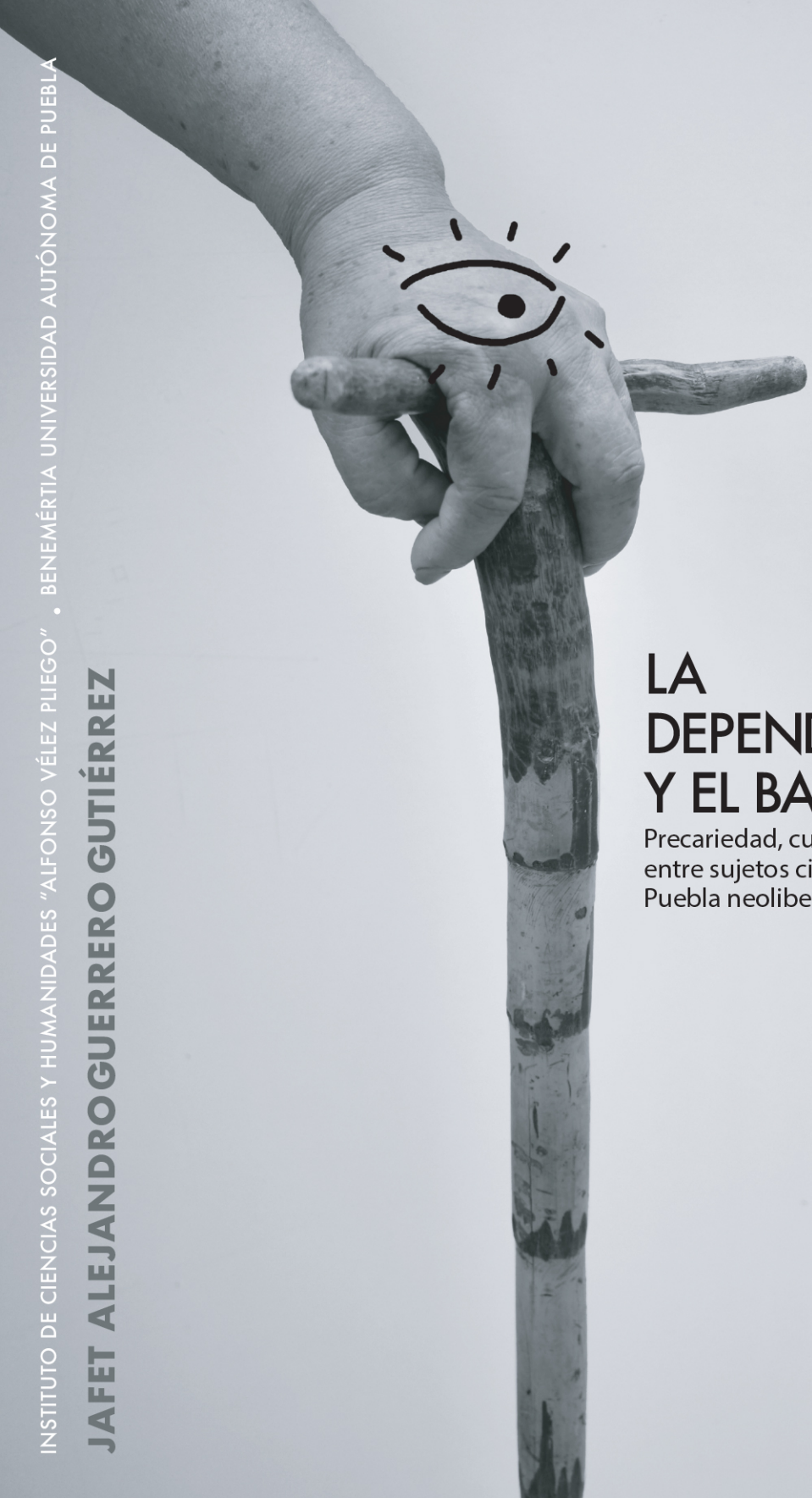
JAFET ALEJANDRO GUERRERO GUTIÉRREZ

INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES "ALFONSO VÉLEZ PLIEGO" • BENEMÉRTIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA



LA DEPENDENCIA Y EL BASTÓN

Precariedad, cuerpo y género entre sujetos ciegos de la Puebla neoliberal

Esta es una etnografía que se centra en la producción de poblaciones sobrantes y su relación con el capital y el Estado, a partir de un estudio de hombres y mujeres con ceguera en la ciudad de Puebla. Se ofrecen los resultados de un trabajo de campo realizado en distintos lugares donde transcurre la vida cotidiana de estas personas: las calles del centro de la ciudad, el interior de una ONG para invidentes, algunas instituciones de gobierno y sus propios hogares.

Su existencia como clase social ha oscilado entre la limosna y las redes de dependencia -con el Estado, la industria, las asociaciones civiles, el trabajo informal, los familiares, entre otros- que, al mismo tiempo, tejen circunstancias que perpetúan su precariedad. Esta se objetiva en sus cuerpos: soporte que testifica la desigualdad económica, política y de género. Paradójicamente, el poder gubernamental les interpela para que se sientan independientes ante el mundo que les rodea. En ese sentido, el título del trabajo sintetiza la metáfora de ese sujeto contradictorio que oscila ansiosa y permanentemente entre la dependencia y el bastón.

En su formato de tesis, esta investigación obtuvo el premio Fray Bernardino de Sahagún en 2019, otorgado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), en la categoría de mejor tesis de maestría en Etnología y Antropología social.

ICSYH.COM

BUAP ICSYH "Alfonso Vélez Pliego"

LA DEPENDENCIA Y EL BASTÓN

PRECARIEDAD, CUERPO Y GÉNERO ENTRE SUJETOS CIEGOS DE LA PUEBLA NEOLIBERAL

LA DEPENDENCIA Y EL BASTÓN

PRECARIEDAD, CUERPO Y GÉNERO ENTRE SUJETOS CIEGOS DE LA PUEBLA NEOLIBERAL

Jafet Alejandro Guerrero Gutiérrez

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
"ALFONSO VÉLEZ PLIEGO"

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

MA. LILIA CEDILLO RAMÍREZ
Rectora

JOSÉ MANUEL ALONSO OROZCO
Secretario General

GIUSEPPE LO BRUTTO
Director del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
"Alfonso Vélez Pliego"

La obra fue dictaminada por especialistas, por lo que cumple con estándares de calidad académica.

Primera edición, 2022

D.R. © Benemérita Universidad Autónoma de Puebla
4 Sur 104, Col. Centro Histórico, Puebla, Pue. C.P. 72000
Teléfono (222) 229 55 00
www.buap.mx
Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
"Alfonso Vélez Pliego"
Av. Juan de Palafox y Mendoza 208, Centro Histórico
C.P. 72000, Puebla, Pue. Tel. (222) 229 55 00 Ext. 3131
www.icsyh.com

ISBN BUAP: 978-607-525-949-9

Coordinación editorial: Margarita Muñoz Loyola
Corrección y formación: Noé Blancas Blancas
Portada: Julio Broca, Sarai López González y David Mendoza Rojas

Hecho en México
Made in Mexico
Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito de los titulares de los derechos

A la memoria de mi tío Sergio Guerrero Martínez

ÍNDICE

Agradecimientos 9

Prólogo 13

Introducción… A una desarticulación articulada. 15
- Articular un problema de investigación 16
- Rastrear los cuerpos sobrantes 20
- Metodología 24
- Organización de la obra 26

Capítulo I. Las poblaciones sobrantes ciegas para el capital y la noción de dependencia. 29
- Poblaciones sobrantes y su dependencia al capital 29
- La discusión de cara al presente 46

Capítulo II. "Vengo a pedir caridad, es que no tengo trabajo": relaciones de clase y dependencia en la inestabilidad 53
- Primera cohorte (1948-1957): "Mi mamá estaba pensionada por mi papá que era obrero, pues estuvo en la Mayorazgo" 56
- Segunda cohorte (1961-1966): "Yo soy siete oficios, catorce necesidades" 74
- Tercera cohorte (1968-1973): "No lo veas como trabajo, velo como una ayuda" 79
- La dependencia y el género 84

Capítulo III. Gobernando a la ceguera en el marco neoliberal 89
- La gestión de la vida del ciego: del sujeto "dependiente" al sujeto "autónomo" 91
- La "discapacidad" como interpelación neoliberal 106
- ¿Hacia una lumpen-precarización neoliberal? 116

Capítulo IV. Cuerpo y precarización 131
- Desigualdad material y falta de reconocimiento: el cuerpo como testigo. 132
- Cuerpo, poder y violencia: el caso de la diabetes 140
- Otras formas en que encarna la precariedad 153
- De la precariedad del cuerpo a la precariedad en el cuerpo 157

Capítulo V. Articular la desarticulación 161

Referencias 173

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo es producto del esfuerzo colectivo que hoy se materializa en su publicación. A continuación, agradezco a quienes me han acompañado en este proceso, sin que el orden de aparición responda necesariamente al nivel de admiración y cariño que les tengo. Ruego me disculpen quienes pudieran sentirse fuera de esta reducida pero emotiva sección.

A los hombres y mujeres que me compartieron sus historias: son los protagónicos a quienes les debo todo. Sin sus tiempos, espacios y charlas, esta etnografía no existiría. Particularmente, deseo agradecer a *Gabi* y a *Guille*, a quienes llevo siempre en mis pensamientos por la amistad que tejimos. Guiándome más a mí que yo a él, *Goyo* fue clave durante todo el proceso, compartiendo su calidez, sus lágrimas y sus enojos como varón "limosnero". Especialmente, agradezco también a Benjamín y a Margarita, pues me permitieron acceder a las primeras indagaciones acerca de "pedir limosna". Patricia también imprescindible, pues me abrió su corazón por medio de sus desgastadas manos, marcadas por el trabajo doméstico e industrial que, junto a su voz, me permitieron "tocar" su percepción del mundo. Todas las personas que me contaron algo fueron clave para dar un poco de sentido al dolor que descansa en los pasajes que el lector tiene entre sus manos. Los colaboradores encarnaron siempre la biografía de la Historia, del "espacio de los puntos de vista" que atinadamente conceptualizó Bourdieu (2013).

A la Maestría en Antropología Sociocultural (MASC), por ser un refugio de inquietudes que germinaron sanamente.

A la Dra. María Eugenia D'Aubeterre Buznego. Hay mucho de *Maru* −como la llamamos cariñosamente sus alumnos− en este libro, pues su monumental supervisión contribuyó a desmenuzar el nudo temático que aquí se presenta. Sin su esmero y compromiso pedagógicos, no habrían salido a flote estos planteamientos; juntos supimos anudar los análisis a la vez feministas y marxistas. Su escucha paciente, atenta y aguda sirvió para "apuntalar" con profundidad preguntas de investigación susceptibles de corroboración etnográfica. Estoy en deuda con ella no sólo por haberme formado como antropólogo con ahínco socrático −de ese que poco se observa en la actualidad−, sino además

por haberme impulsado a postular esta investigación al concurso del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), que en 2019 le otorgó el premio "Fray Bernardino de Sahagún" a la Mejor Tesis de Maestría en las áreas de Etnología y Antropología Social. A propósito de ello, agradezco al jurado de antropólogos de los distintos centros de investigación del país, quienes leyeron y evaluaron con rigor y detalle esta investigación, decidiendo otorgarle dicho reconocimiento, que impactó tan positivamente el curso de mi carrera.

A la Dra. Paola Velasco Santos (IIA-UNAM) y al Dr. León García Lam (COLSAN), quienes aceptaron con gusto leer, revisar y emitir sus apreciaciones para postular este trabajo al citado concurso.

A mi profesora, la Dra. Leticia Rivermar Pérez, *Leti*, por sus impecables enseñanzas sobre etnografía. Sin sus finas recomendaciones y puntuales observaciones, esta investigación no sería la misma. Hoy, en su papel como coordinadora del posgrado, agradezco también su disposición y apoyo para que este libro saliera avante. Al mismo tiempo, deseo expresar mi reconocimiento a la Dra. Dení Ramírez Losada por sus consejos, comentarios y buen humor durante los periodos de trabajo colectivo.

Al Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades (ICSyH) "Alfonso Vélez Pliego" de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, por haber contribuido significativamente a consolidar mi pensamiento científico, cuyas bases críticas han marcado sin duda mi trayectoria intelectual. En este sentido, le estoy profundamente agradecido al Dr. Giuseppe Lo Brutto, actual director de nuestro querido ICSyH, por su convicción y confianza para publicar esta obra. Asimismo, le estoy por demás agradecido a la Dra. Elizabeth Martínez Buenabad, quien desde la secretaría académica del instituto, y desde la amistad, me apoyó en todo momento para dar seguimiento a las gestiones correspondientes. Su sostén ha sido tanto académico y administrativo, como cariñoso, honesto y de escucha activa. Nadie mejor que *Eli* para comprender que la diversidad es una valiosa oportunidad para tejer diálogos y construir mundos más habitables.

A mi profesor Dr. Eduardo González Castillo, quien durante su estadía en el ICSyH siempre realizó una profunda y cuidadosa lectura de mi trabajo, contribuyendo a tener un espejeo objetivo sobre los alcances de este. Agradezco a *Lalo* por compartir sus conocimientos e inteligencia, y por ser sensible, además de agudo en sus observaciones. Sin el curso optativo que nos impartió en 2016 sobre "Violencia y discriminación", el capítulo cuarto de esta tesis no habría visto la luz. Le agradezco mucho también por aceptar escribir el prólogo que antecede a los capítulos del libro. Es un honor para mí poder contar con sus palabras como telón de apertura.

Al Dr. Antonio Fuentes Díaz, profesor del posgrado en Sociología del ICSyH, quien siempre revisó mis avances y con quien comparto una profunda amistad. Desde un inicio mostró gran disposición para leerme cuidadosamente. Sus formulaciones y cuestionamientos fueron claves en la clarificación de esta discusión. Agradezco su recomendación de leer a Achille Mbembe, pensador camerunés que sin duda me ha interesado para seguir articulando problemas de investigación; esta y otras fuentes teóricas y empíricas, me han permitido tejer lazos intelectuales con *Toño*, sobre todo en torno a la necropolítica. Gracias por siempre estar dispuesto al diálogo, al intercambio y la colaboración.

A mi más querida amiga y colega, a quien respeto y reconozco por su ímpetu, garra y dedicación, Mtra. Jeaqueline Flores Álvarez, siempre cariñosa, atenta, sensible y aguda en sus lecturas de la realidad concerniente al género y la clase. *Yaqui*, además de ser una compañera solidaria durante los momentos más duros de la formación, se volvió una compañera de vida entrañable, de esas que entran al corazón y perduran ahí por siempre. Nuestro reconocimiento mutuo y confidencia personal se han fortalecido pese al correr de los años y la distancia geográfica, pues nos seguimos acompañando en la vida y en la academia mientras estudiamos doctorados en instituciones distintas.

Agradezco también a las autoridades de instituciones sin las cuales este proyecto de investigación no hubiese podido efectuarse. Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), por la beca otorgada durante dos años 2015-2017 para realizar estudios de maestría. Al presidente de una asociación civil, que aquí denomino Francisco, por haberme permitido entrar al espacio que tan celosamente protege. A las maestras de la escuela que hoy lleva el nombre de "Centro de Atención Múltiple Casa Hogar Club de Leones", por abrirme las puertas a datos históricos realmente trascendentales para armar el rompecabezas del proceso que intento mostrar. Un reconocimiento afectuoso a la maestra jubilada Luz María Taylor, quien amablemente me concedió entrar a su hogar para tener largas entrevistas, al tiempo que compartía conmigo una reconfortante taza de café y exquisitas galletitas. Su valerosa labor y trayectoria en la atención educativa a ciegos y ciegas, la han colocado ya en las filas de la historia local y nacional.

Finalmente, emito un especial agradecimiento a quienes me han sostenido con su apoyo moral, dotando de fortaleza mi carácter a lo largo de este proceso. Hemos compartido viajes, risas, llantos y largas horas de convivencia en Puebla, Guadalajara, León y Ciudad de México. Mi familia elegida: Adriana, Corpus, Diana, Edith, Elías, Ilse, Jacqueline, Maggi, Paola, Rafael, Rosa y Yadira. Gracias por la confianza, los momentos y su inmenso cariño. Es recíproco.

PRÓLOGO

Documentar, a partir del trabajo etnográfico, las condiciones de miseria en la que vive una parte importante de la población urbana ha sido una de las contribuciones más importantes de la antropología hecha sobre América Latina. Desde el trabajo pionero de Oscar Lewis sobre las vecindades de la ciudad de México hasta los escritos desestabilizadores de Nancy Scheper-Hughes sobre la vida en las favelas del Noreste brasileño, la antropología urbana ha sido capaz de mostrar a sus lectores las condiciones a veces inimaginables en las que los procesos de proletarización urbana permanente someten a los habitantes más vilipendiados de las ciudades latinoamericanas: los olvidados, los sin-cuerpo, los lumpen. Pero, lejos de quedarse en lo que Philippe Bourgois llamaría una pornografía de la miseria, es decir, un procedimiento truculento, sensacionalista y lastimero, dichos trabajos se han esforzado por ofrecer reflexiones y categorías capaces de permitirnos entender los diferentes procesos que convergen en la reproducción de la miseria estudiada: sus causas socioeconómicas, su dimensión cultural, su naturaleza política. Es de este modo que conceptos, tan criticados como heurísticos, como el de cultura de la pobreza o el de ética de la sobrevivencia, han sido propuestos de modo fructífero por los autores mencionados. Este libro se inscribe con mucho mérito en esta tradición al ofrecer al lector no sólo un estudio etnográfico atento del modo de vida de las poblaciones de ciegos de la ciudad de Puebla, sino también una reflexión bien fundamentada sobre los procesos sociales y las condiciones históricas que convergen en su formación. El estudio de Guerrero Gutiérrez tiene, entre otros, el mérito de entretejer pistas diversas (la sociedad civil, el espacio urbano, los hábitos de consumo) en una trama coherente y esclarecedora que, como su autor los sugiere, nos guían cual bastón en la exploración de un medio que es desconocido para la población en general y poco estudiado en lo que respecta a la antropología: el modo de vida de las poblaciones de ciegos. Gracias a este modo de proceder, la obra de Guerrero Gutiérrez señala nuevos temas y problemáticas urgentes para la antropología social contemporánea. No por nada, este libro se desprende de una tesis de maestría que fue merecedora del

premio Fray Bernardino de Sahagún del Instituto Nacional de Antropología e Historia en 2019. Guerrero Gutiérrez nos presenta una exploración etnográfica de las condiciones de vida de individuos que por diversas razones carecen del sentido de la vista en la ciudad de Puebla. Su autor aborda la problemática retomando de modo atinado los planteamientos de la economía política antropológica a propósito del modo como las poblaciones excluidas del mercado de trabajo se integran al proceso de reproducción de la economía capitalista urbana. Es precisamente este movimiento el que permite al autor rebasar toda inercia lastimera o sensacionalista. La cotidianeidad estudiada se presenta así con toda su dureza, pero en el marco de un tratamiento conceptual alejado de la trampa del melodrama. Guerrero Gutiérrez estudia el cuerpo de los ciegos, las calamidades que marcan su cotidianeidad y sus espacios (todo lo cual está relacionado con enfermedades como la diabetes o con el carácter inadecuado de los servicios y la infraestructura públicos), el modo como el género marca las experiencias de violencia de estas poblaciones. Una atención particular merece en la investigación el trabajo de las organizaciones de la sociedad civil que se interesan en estas poblaciones. Guerrero Gutiérrez nos propone de modo persuasivo la noción de "gestores de la precariedad" para referirse a ellas y a su articulación al interior de la sociedad civil neoliberal y de las prácticas de gobernanza. La manera como el Estado se inserta dentro de esta problemática es también tema de reflexión en este trabajo completo y bien articulado. En suma, el lector tiene en sus manos una obra que gracias a su originalidad, congruencia y creatividad ofrece una exploración esclarecedora de las condiciones de vida de una de las poblaciones proletarias más agraviadas dentro de nuestra sociedad.

Dr. Eduardo González Castillo
Departamento de Criminología de la Universidad de Ottawa

INTRODUCCIÓN
… A UNA DESARTICULACIÓN ARTICULADA

> El etnógrafo es, a un tiempo, su propio cronista e historiador; sus fuentes son, pues, sin duda, de fácil accesibilidad pero también resultan sumamente evasivas y complejas, ya que no radican tanto en documentos de tipo estable, materiales, como en el comportamiento y los recuerdos de seres vivientes.
>
> Bronislaw Malinowski

> El bastón te da identidad, te identifica. Él es el que nos mueve, sin bastón no nos movemos.
>
> Manuel, "El Manu",
> ciego autodenominado "limosnero"

La escritura puede ser pensada como el ejercicio corporal de convertirse en guía para mostrarle a otros lo observado desde la mirada propia. En este sentido, el acto de escribir es análogo al uso de bastón, pues sin ese artefacto, que opera como extensión del cuerpo, al ciego se le dificultaría moverse e interactuar con el mundo circundante; de igual forma que para el etnógrafo la escritura es fundamental para expresar sus hallazgos. Tanto la mirada como el movimiento anatómico –para escribir o sostener el bastón–, funcionan como puentes de entendimiento práctico. Mientras escribo estas líneas, mis dedos accionan articulaciones para poder teclear la computadora, al tiempo que mis piernas se flexionan, mi columna vertebral se acomoda y mi cuello gira o permanece fijo para concentrar mi atención en el monitor. A la par, uno de los padecimientos que se documentó entre las personas ciegas durante el trabajo de campo de esta investigación, fue el de la llamada "gota", una variedad de artritis que dificulta el funcionamiento habitual de las articulaciones.[1] Algunas

[1] Según el sitio de internet de la Arthritis Foundation: "La gota causa ataques repentinos y fuertes de dolor e hipersensibilidad, enrojecimiento, calor e hinchazón

veces dañadas por enfermedades, nuestras articulaciones expresan un ejemplo de fragilidad corporal, misma que se vincula a otros procesos históricos, económicos y políticos −en apariencia desarticulados−, que me interesa desentrañar a continuación, flexionando las articulaciones que permiten escribir.

Articular un problema de investigación

La palabra "desarticular" alude, según la definición de la Real Academia Española (RAE), al acto de "separar dos o más huesos articulados entre sí", "separar las piezas de una máquina o artefacto" o "desorganizar, descomponer, desconectar". Un cuerpo humano concreto es un todo compuesto por partes, porciones conectadas entre sí, articuladas unas con otras: cabeza, tronco, extremidades superiores e inferiores. Sin embargo, este cuerpo no existe desprendido de otro tipo de compuestos o relaciones que, aunque externas a él, le configuran permanentemente. Planteo que dichas relaciones son de carácter social y material en el sentido de Raymond Williams (2000) y que emergen a la sazón de elementos políticos, económicos, simbólicos e históricos, sin que éstos puedan ser desmembrados unos de otros, a semejanza de lo que advierte Sidney Mintz (1996). Por más que se les piense como separados o independientes, los elementos de la realidad se conectan, se relacionan entre sí para poder ser explicados en su conjunto.[2] En pocas palabras, detrás de un aparente desmembramiento sin forma visible, reposa una articulación, un ordenamiento que es susceptible de ser develado, como Durkheim expuso las causas sociales del suicidio, Malinowski los secretos del Kula, Marx el funcionamiento del capital o Freud el del inconsciente. El oxímoron de la desarticulación articulada –anatómica y social– me permite introducir el problema de investigación que permitió el presente trabajo analítico.

---

en algunas articulaciones. Generalmente compromete a una articulación a la vez. La articulación del dedo gordo del pie suele ser la primera". El informante que la padece es Ignacio, cuya historia se delineará en el capítulo segundo de este trabajo. Cabe señalar que los nombres del resto de los informantes fueron modificados para resguardar su identidad, a excepción de la maestra Luz María Taylor, quien manifestó su deseo de ser identificada abiertamente en este trabajo.

[2] Retomo la idea de conexión de Eric Wolf (1987), quien se vale de la misma para estudiar las relaciones históricas y materiales entre diversas regiones del mundo. Su análisis le permite descubrir procesos históricos de largo aliento que no podrían entenderse sino en sus relaciones mutuas.

Mi interés por abordar procesos de precarización fue lo que me permitió imaginar sociológicamente (Wright, 2003) esta investigación. Partiendo de que éstos se conectan con la clase social, teniendo un correlato en los cuerpos de sujetos concretos, decidí abordar su estudio en la ciudad de Puebla bajo un contexto neoliberal. Posicionadas desde un determinado punto en el espacio social (Bourdieu, 2007), las vidas de tales sujetos de clase se han entretejido históricamente con diferencias de género que testifican sus mismas prácticas (Butler, 2006; Federici, 2010; Scott, 2008). En un inicio, consideré trabajar con payasas y malabaristas urbanas que observaba en las esquinas de las calles y bulevares. A cambio de recibir unas monedas de los transeúntes, mientras el semáforo rojo lo permitía, esas mujeres realizaban actos de tragafuegos o lanzando pelotas u otros objetos en el aire. No obstante, pronto me vinculé a una serie de sujetos con ceguera[3] que se dedicaban a "pedir limosna", como ellos mismos refieren, y llamaron poderosamente mi atención al descubrir un orden detrás de ese aparente "desorden" urbano de la "limosna". Ellos se convertirían así en los sujetos de carne y hueso cuyas vidas vertebrarían la discusión sobre precarización a lo largo de la investigación.

Se tuvo como objetivo central contribuir a la discusión sobre la producción de poblaciones sobrantes y su relación con el capital y el Estado, a partir del estudio de la precarización corporal de ciegos y ciegas en la Puebla neoliberal. Como preguntas de investigación, se propusieron las siguientes: 1) ¿Cómo han sido producidas las poblaciones sobrantes ciegas en el contexto neoliberal? 2) ¿Cómo se ha relacionado la idea de la dependencia, considerando las condiciones precarias de existencia en que sobreviven estos sujetos de clase? 3) ¿Cómo estos sujetos ciegos han sido interpelados e intervenidos por el Estado en su faceta neoliberal y de qué manera esto ha configurado su subjetividad? Y 4) ¿Cómo se ha materializado en los cuerpos de los ciegos el proceso de precarización de clase, y qué diferencias de género se registran al respecto?

Antes de continuar, considero necesario aclarar que este no es propiamente un trabajo acerca del tema de la llamada "discapacidad visual". Abor-

[3] Del total de limitaciones físicas en México, las relacionadas con deficiencias visuales ocupan la segunda posición; las padecen "alrededor de 1.6 millones de individuos", siendo superadas sólo por los problemas de limitaciones corporales motrices (INEGI, 2013: 131). Del total de casos, sólo 10.9% de población con "discapacidad visual" vive bajo esta condición desde el nacimiento, lo que indica que cerca de 90% la adquiere por diversas causas a lo largo del ciclo de vida: enfermedad, accidente, edad avanzada, entre otras (INEGI, 2013).

dar la ceguera en los tiempos presentes hace pensar en automático en esa terminología. No obstante, una categoría no tiene que conducir a otra de modo secuencial. Pese a este posicionamiento, ignorar la idea de "discapacidad" sería, razonable y justificadamente, un error que el investigador de lo concreto no debe obviar, pues la categoría fue constantemente utilizada por los informantes y el discurso institucional que les interviene. Tal y como será palpable a lo largo del trabajo, he decidido mantener una distancia crítica, no críptica, en torno a la "discapacidad" pues, como se discutirá en el capítulo tercero, todo parece indicar que no es una denominación inocente sino, por el contrario, aparece cargada de duras significaciones neoliberales que tanto el capital como las políticas estatales han sabido aprovechar a su favor. Así, no sólo emplear a personas con "discapacidad" conduce a ahorrar costos en la producción –por medio de salarios deficientes y evasión de impuestos–, sino que contribuye a edificar un tipo de disciplina y subjetivación para el trabajo, similar a ciertos procesos estudiados por Marx (1999), Foucault (2005) y Silvia Federici (2010). El discurso de este disciplinamiento laboral, emergió con particular fuerza a nivel planetario hacia la segunda mitad del siglo XX, concretamente en la escena neoliberal –desde los años ochenta–, y fue adquiriendo una fisonomía particular, en una fase productiva en que el modo de producción dominante hizo suyas las categorías multiculturales del reconocimiento para acumular riquezas (Fraser, 1997, 2015; Smith, 2011). De este modo, sugiero que ese proceso confluyó con la entrada de la terminología "discapacidad", impuesta por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) hacia finales de los setenta, para referirse a personas con alguna diferencia corporal notable (ceguera, invalidez, retraso mental, por mencionar algunas). Considero entonces que la "discapacidad" deviene dispositivo discursivo que homogeneiza poblaciones que se asumen "discapacitadas", es decir: es una categoría performativa en el sentido de Judith Butler (2009), pues produce y reproduce lo que dice ser cuando se nombra en el espacio y el tiempo.

Siguiendo con esta discusión, postularé a lo largo del documento que, mientras para el capitalismo fordista (Fraser, 2003; Harvey, 2008) o de hegemonía expansiva (Smith, 2011) lo importante era identificar lo que aglutinaba a las masas para implementar regímenes específicos de organización del trabajo, el capital selectivo (Smith, 2011) de corte neoliberal exaltará las identidades –y con ello, la diferencia– para sacar provecho de la fuerza de trabajo a bajo costo. Este argumento utilizará, entre otras identidades, la de "discapacitado" como piedra angular del reconocimiento multicultural de

ciertos sujetos de clase, deformados, incapaces o mutilados en su mayoría por procesos que, por paradójico que resulte, el mismo capital apuntaló históricamente en tiempos de su voraz expansión. Según mi formulación, podríamos hablar de una performatividad sistémica, a partir de la cual el capitalismo produce y reproduce lo que dice que existe, transfiriendo un sinsentido a los sujetos que, sin más, se asumen "discapacitados visuales": sin saber claramente de dónde provino tal categoría, sin entender evidentemente las relaciones de poder detrás de ella, pero echando mano de la misma en términos instrumentales, con el objetivo de ser reconocidos para el trabajo o para recibir dádivas.

En ese sentido, la hipótesis que fue perfilándose desde el inicio, y reformulándose durante el proceso de investigación, tuvo que ver con la constatación de que el Estado neoliberal y el capital flexible han producido poblaciones sobrantes desposeídas que contribuyen a la generación de plusvalía (a través del abaratamiento de esta fuerza de trabajo, la caridad, la evasión de impuestos, etc.). Un ejemplo significativo es el disciplinamiento introducido por las Organizaciones No gubernamentales (ONGs) y el Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia (DIF) hacia finales de los años 1990 e inicios del 2000, mediante la puesta en marcha de una variedad de erráticos programas focalizados a la población "con discapacidad". En ese contexto, un amplio segmento de ciegos y ciegas en la ciudad de Puebla ha atravesado por trabajos que dejan ver la absorción que momentáneamente el capital ha hecho de ellos –en tanto fuerza de trabajo degradada–; pero también en otros momentos, han sido desechados durante períodos largos de tiempo, dificultando su reproducción social. Son justamente las amplias brechas de inseguridad e incertidumbre que se intercalan en sus biografías, las que hacen aparecer la práctica del "pedir limosna" como única opción para obtener ingresos, aspecto que muestra de modo paradigmático el pauperismo en que orbitan estas personas. A su vez, las experiencias de clase constatan que sus cuerpos han enfrentado riesgos y desgastes de forma acelerada: perdieron la vista, se accidentaron frecuentemente, sufrían de sobrepeso o desnutrición, se les violentaba a menudo, y un amplio grupo padecía enfermedades crónicas, por mencionar sólo algunos de los problemas más frecuentes. Anudado a las condiciones materiales de existencia, su intersección con las desigualdades de género y las injurias simbólicas que les degradan, dejan huella en una corporalidad que ha devenido precaria.

Rastrear los cuerpos sobrantes

Una vez delineado en términos generales el problema sobre el que versa esta investigación, referiré algunos estudios previos, a fin de identificar ejes analíticos y sistematizar el estado de la cuestión. Los trabajos acerca del cuerpo tienen una tradición importante en la antropología, principalmente a partir de las investigaciones de Marcel Mauss y las denominadas "tecnologías del cuerpo" (Citro, 2010; Muñiz, 2014). Desde entonces, se ha venido configurando un área de especialidad que podría denominarse antropología del cuerpo (Citro, 2010; Le Breton, 2007; Muñiz, 2014). Si bien la antropología no ha sido la única en abordar socialmente este campo, me enfocaré en esta disciplina para rastrear la producción que a este respecto se ha desarrollado.

Distintas publicaciones han privilegiado una lectura culturalista acerca del cuerpo, con especial interés en la "cosmovisión" mesoamericana de los pueblos indígenas (López-Austin, 1991; Magallanes y Limón, 2005). Otra veta de producción es la desarrollada por la antropología feminista, existiendo un compendio de trabajos clásicos que conjuntan publicaciones de ésta y otras disciplinas cruzadas por una lectura feminista acerca del cuerpo (Price y Shildrick, 1999); asimismo, cabe señalar el trabajo sobre itinerarios corporales de la antropóloga española Mari Luz Esteban (2013), pues ha resultado fructífero en trabajos de lengua castellana. Concretamente en México, son significativos los estudios de Marta Lamas (2002) acerca de la construcción política y cultural de la diferencia sexual, así como las investigaciones de Elsa Muñiz (2014) en materia de cirugía estética, que hoy día representan un importante esfuerzo por conceptualizar las prácticas corporales. Recientemente, ha emergido también una masa crítica de publicaciones sobre feminicidios (Lagarde, 2008; Monárrez, 2007; Segato, 2014). Mucho menos frecuentes son los estudios antropológicos sobre el cuerpo de otros sujetos, es decir, aquellos que no han sido clásicamente abordados por la disciplina. Se tienen así algunos trabajos sobre "cholos" (García, 2009), el comercio de órganos (Díaz, 2014), las peregrinaciones (Aguilar, 2009), la educación física en la historia del siglo xx (Chávez, 2009), así como un sub-campo que ha cobrado relevancia en torno al estudio de las corporalidades sexualmente diversas (Alfarache, 2001; List, 2005; Núñez, 1999).

Por otro lado, los estudios que han abordado los cuerpos de las poblaciones sobrantes[4] son recientes y comparativamente escasos, pero han sido reali-

[4] Más adelante se discute este concepto con mayor amplitud.

zados en los marcos de otros contextos disciplinares. En Puebla, por ejemplo, tenemos los aportes de Natatxa Carreras (2007; 2010) para el caso de la prostitución de mujeres transexuales desde la sociología y el psicoanálisis. En Estados Unidos, destacan las publicaciones del sociólogo Richard Sennett (1997; 2005) para referir a la historia de los cuerpos en general, aunque con un importante guiño a las clases trabajadoras empobrecidas. Resalta también el trabajo de la geógrafa Melissa Wright (2006) respecto a sus investigaciones empíricas con mujeres de la maquila en Ciudad Juárez. Importantes también son los de las sociólogas y economistas feministas en España (Del Río, 2004; Pérez, 2014; Precarias a la Deriva, 2004), centrados en la comprensión del cuerpo y los trabajos precarios, y los de la sociología latinoamericana: en Colombia con trabajadoras y trabajadores ambulantes (Arango, 2007), en Ecuador con el cruce de cuerpos cuya sexualidad diversa se entrecruza con otras desigualdades urbanas (Sancho, 2011), y destacadamente en Argentina, abordando el tema de los cuerpos de personas en situación de pobreza y precariedad laboral extremas (Scribano, 2013; Vergara, 2014).

Respecto a las poblaciones con ceguera, los temas que se han trabajado en México son los siguientes. Instancias como el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI, 2013) y otros organismos públicos han reflexionado en las últimas dos décadas al respecto, particularmente desde la idea de inclusión social de las personas con discapacidad. En el terreno específico de la antropología, existe el estudio pionero de John L. Gwaltney (1967) en un pueblo de Oaxaca hacia finales de los años sesenta, centrado en el caso de poblaciones rurales que entonces perdieron la vista por enfermedades vinculadas a la pobreza, como la oncocercosis. Después del trabajo de Gwaltney, la antropología en México no ha vuelto a investigar la compleja relación entre pobreza y ceguera, no obstante, se realizó una tesis de maestría en antropología sobre la accesibilidad en espacios públicos para personas con discapacidad visual en la Ciudad de México (Hernández, 2010). Por otro lado, desde la perspectiva de los estudios urbanos, se abordó el tema de la informalidad bajo la que trabajan los "discapacitados visuales", en el contexto del sistema de transporte colectivo metro de la Ciudad de México (Serna, 2013). Otro trabajo particularmente relevante para este estudio, desde la sociología, es el de Brenda Bustos (2015), quien investiga las representaciones simbólicas del cuerpo entre mujeres ciegas de Monterrey, poniendo especial énfasis en las marcas del reconocimiento frente a sociedades ocularcentristas. Este emergente campo de investigación denota que el tema de los sujetos ciegos ha sido escasamente explorado en el país, en general por

las ciencias sociales y en particular por la antropología. Además, resulta llamativo que no contamos con datos precisos respecto a las particularidades geográficas que adopta el fenómeno en cada contexto local, mostrando así la importancia de emprender nuevas investigaciones al respecto. A su vez, la desigualdad social en el país se expresa de formas particulares entre este sector demográfico, hecho que demanda igualmente más trabajos que aborden las diversas problemáticas que el fenómeno presenta.

En sintonía con lo anterior, me posiciono teóricamente desde la perspectiva que señala la producción de estas poblaciones sobrantes con relación a la desigualdad económica que el capitalismo ha desencadenado en el devenir histórico contemporáneo. Para el geógrafo y sociólogo David Harvey (2007), el problema es que se ha heredado un razonamiento malthusiano al respecto, individualizante y aislado que no permite entender a nivel histórico y estructural los procesos socioeconómicos que producen las condiciones de desigualdad de poblaciones en miseria, tal como los ciegos que piden limosnas en las calles de la ciudad de Puebla. El discurso malthusiano continúa rondando como fantasma y amenaza con instalarse una y otra vez. Para Maurice Godelier (1998), esta miseria se revive constante y mediáticamente, puesto que así se busca resucitar un poderoso sentimiento de caridad laica que pretende generar compasión entre la población y así responsabilizarla socialmente de las penurias poblacionales que el capitalismo va dejando a su paso. Estas poblaciones que aquí denomino irónicamente "sobrantes" –empobrecidas por procesos de acumulación capitalista, dejadas a la deriva en situación de miseria y caridad–, encajan discursivamente con el malthusianismo: gente que no pudo "salir adelante" por sí misma y que, por tanto, es problema de la "caridad". El discurso dominante que prevalece para leerlas, para representarlas frente a los demás, es el que se amalgama con la ideología liberal extrema, mismo que achaca al individuo la responsabilidad del "ser pobre", aislándolo sin posibilidad de interpretarlo a la luz de las complejas relaciones históricas que le produjeron.

Frente a esas interpretaciones, contamos con el análisis de Marx (1999) sobre el desarrollo del modo de producción capitalista en el siglo XIX. Observar y analizar esa praxis histórica y concreta, condujo al filósofo a diversificar su jerga científica con el objeto de dar cuenta minuciosa sobre los procesos que, en conjunto, explicaban el funcionamiento del sistema económico en expansión. Hoy día el capital ha mutado con amplios procesos de acumulación y desposesión (Carbonella y Kasmir, 2015; Harvey, 2008), sin descuidar su fuerza creativa pues, a diferencia de otras instituciones e

individuos, el capital goza de vitalidad envidiable, y es por ello necesario explicar los mecanismos por medio de los cuales se renueva. Una de esas estrategias es justamente corporal, ya que, cuando ha obtenido su cometido (la ganancia), la vida humana –y el cuerpo en sí– se vuelven sobrantes para el capitalismo, deviniendo desechos (Wright, 2006). Es justamente en este punto del proceso donde Marx introduce una noción que resulta medular para mi planteamiento: las poblaciones sobrantes para el capital.

Estos segmentos poblacionales sobrantes no son absorbidos por el modo de producción dominante. Son regularmente dejados a la deriva, abandonados a su suerte. Para Nancy Fraser (2015) conforman excedentes del origen de lo que, hacia el periodo de la industrialización, se comenzó a producir como mendigos, vagabundos, vagos, limosneros. Acorde con Tania Li (2009), constituyen poblaciones superfluas, unas de ellas reconocidas por el modo de producción dominante, otras abandonadas por el mismo proyecto. Igualmente, Gavin Smith (2011) las considera poblaciones superfluas, sin funcionalidad para el capital, a menos que posean ciertas características que les vuelvan hegemónicamente selectivas, blanco de la mira, propicias para morder el anzuelo de una pesca concertada por la "gubernamentalidad desestatalizada", en el sentido de Fraser (2003: 30). No por ello "excluidos", pues el hecho de que no sean "empleados" con un cierto reconocimiento social e institucional, no implica que estén al margen de la economía capitalista, ya que tienen una funcionalidad para la misma, que es: diluir su imagen como "desempleados" y no como sobrantes del capital (Forrester, 2000); por tanto, representados como responsables de sus desgracias. Por otro lado, dicha funcionalidad atraviesa también otro aspecto inmanente al propio capitalismo, a saber: incrementar la plusvalía para las burguesías al representar un ahorro en gastos por conceptos salariales (Marx, 1999). Es decir, las poblaciones sobrantes son producto del capitalismo –pese a que no se hace cargo de ellas– y le son ampliamente funcionales para su reproducción estructural. Las profundas implicaciones históricas que este proceso tuvo en los cuerpos de las poblaciones en general, y de manera específica en los de las mujeres, se dieron a partir del despojo material, palanca mediante la cual recayó la violencia de tales hechos en la carne de las personas, literalmente en sus osamentas (Federici, 2010). De esta manera, puede decirse que no somos precarios *per se*, como individuos aislados, desgastándonos por un mero proceso "natural", sino que nuestra existencia anatómica se precariza a lo largo de la historia por razones tanto materiales como simbólicas.

Metodología

La antropología de la clase considera que el método etnográfico es la herramienta de investigación que dota de particularidad a la disciplina, y que es capaz de dar cuenta de procesos históricos, económicos y políticos en términos concretos (Kalb, 2015). En otras palabras, el antropólogo se vale de la etnografía para estudiar cómo aterrizan los fenómenos macro en las vidas de las personas, a partir de cambios diacrónicos que cobran especificidad en las biografías de los sujetos, en un momento dado. Fue desde ese punto que se planteó llevar a cabo un ejercicio de investigación descriptivo y explicativo acerca de cómo se han producido poblaciones sobrantes con ceguera en la ciudad de Puebla, a partir del acercamiento a un grupo en condiciones de mendicidad. Esta metodología partió de una lectura transversal al contexto histórico de cambios profundos por los cuales el capital ha reconfigurado a las clases sociales en lugares específicos (Kalb, 2015), dimensión que constituye la unidad de análisis de esta investigación, tal como la entiende Zendejas (2008: 127), "[…] en términos relacionales, abiertos y de procesos históricos". Estos elementos contextuales, si bien no representan la totalidad del trabajo de investigación, permiten visualizar las relaciones históricas en que el tema de investigación está ubicado, mediante unas coordenadas de anclaje para colocar la mirada etnográfica.

Se propuso un diseño de investigación de corte cualitativo flexible a partir del método etnográfico,[5] que consistió en llevar a cabo aproximaciones de campo con las personas implicadas, así como la observación y el registro sistemático de acciones y testimonios. El estudio se abordó en diferentes espacios: la calle en sí, donde los ciegos suelen pedir limosna; en el interior de algunas asociaciones civiles para ciegos; en algunas de sus casas y espacios de convivencia cotidianos; así como en instituciones gubernamentales. Como técnicas de investigación, se aplicó la observación directa y participante en el terreno de los hechos, la descripción etnográfica en diario de campo y las entrevistas semiestructuradas. Se entrevistó tanto a personas ciegas como a algunos de sus familiares y servidores de instituciones públicas y privadas que

[5] "Las investigaciones comúnmente llamadas cualitativas (no-estándar) se prestan habitualmente a diseños más flexibles: hay cuestiones que se pueden definir de antemano, pero hay muchas otras que no pueden ser definidas con anticipación y que deberán ser decididas a lo largo del proceso de investigación y en función del acercamiento a los objetos o sujetos de interés" (Marradi, Archenti y Piovani, 2007: 77).

les intervienen. La información etnográfica fue recuperada mediante archivos de audio y descripciones del diario de campo. A la par, se llevó a cabo un análisis estadístico con cifras oficiales para conocer la magnitud del fenómeno y así, poder dimensionar su importancia pública, datos que se trabajaron mediante tablas que permitieron cruzar con los datos cualitativos.

En todo momento fue importante mantener abierta la flexibilidad del diseño de investigación (Marradi, Archenti y Piovani, 2007) puesto que, si bien los espacios callejeros donde se encuentran estas personas regularmente son muy transitados, estos hombres y mujeres suelen ver con recelo a quien intenta aproximarse a ellos, más allá de la relación de compra y/o interacción efímera del día a día. Cierta literatura sobre el método etnográfico ha clarificado algunos problemas metodológicos para estudiar en estos espacios: la calle, las plazas, los mercados, las estaciones de autobús. Por ejemplo, la reflexión que a partir de la idea de "desatención civil" de Erving Goffman hacen Hammersley y Atkinson (1994: 71) diciendo que no necesariamente los lugares públicos se caracterizan por un anonimato *per se*, sino que elementos como la "falta de interés entre los sujetos, un contacto visual mínimo, un tratamiento cuidadoso de la proximidad física, [… así como lo] superficial y breve", implican un desafío que el trabajador de campo deberá afrontar viendo, calculando, reflexionando lo que su presencia como investigador implica en lugares cargados de "normalidad cotidiana". Fue de gran utilidad también recordar en todo momento lo que Guber (2001) refiere como "reflexividad" del trabajo de campo para no quedarse en la "superficialidad" del entorno, ahondar en los significados de los propios interlocutores, y buscar una explicación más profunda al respecto, puesto que, como menciona otro autor, es recurrente ver en las investigaciones sociales del siglo pasado (de mediados de los treinta a la década del setenta) una tendencia a naturalizar la existencia de las personas en situación de calle y mendigos, considerándolas con pocos lazos sociales, retrotraídas, aisladas y poco amistosas (Bachiller, 2015).

La estrategia de campo fue tomando forma a partir de mis constantes observaciones en los lugares, valiéndome de la ya citada reflexividad etnográfica. Ejemplo de ello fue mi primer acercamiento con la pareja de "limosneros" ciegos a la que más adelante referiré como Benjamín y Margarita. Después de varios periodos de observación, entendí que "ayudarles" a cruzar la calle o a conducirlos, es decir, convertirme en su "bastón humano", me permitiría ir tejiendo lazos de confianza para escuchar información valiosa sobre sus historias. Al inicio también tejí lazos con Cecilia, pues la acompañé por las calles para que llegara al lugar donde pedía limosna. Después, la encontré como usuaria de

la primera asociación civil a la que ingresé. El contacto con las ONG lo establecí a partir del directorio telefónico y ofreciéndome a realizar trabajo ahí dentro, a modo de retribución por abrirme las puertas. Con las instancias de gobierno me acerqué mediante oficios y peticiones de información vía internet.

Organización de la obra

El libro se estructura en cuatro capítulos y un apartado de conclusiones. En general, cada capítulo buscó abarcar objetivos concretos de investigación. Vale resaltar que a lo largo de la estrategia expositiva se buscó no disociar la teoría del dato etnográfico, ni del componente histórico para interpretarlo; esto, como ejercicio de vigilancia epistemológica en el sentido de Bourdieu, Chamboredon y Passeron (2002), cuidando permanentemente no incurrir en interpretaciones aisladas de los datos, desencajadas del contexto en que fueron producidos –como suelen hacer algunas vetas posmodernas y culturalistas–. En el primer capítulo, "Las poblaciones sobrantes ciegas para el capital y la noción de dependencia" se pretendió enmarcar teóricamente a las poblaciones ciegas estudiadas, para leerlas en su adscripción a una clase social. A su vez, el objetivo buscó trazar un bosquejo de los vínculos de dependencia que el capital crea con las personas, básicamente desde sus orígenes históricos como modo de producción.

A lo largo del capítulo dos, " 'Vengo a pedir caridad, es que no tengo trabajo': relaciones de clase y dependencia en la inestabilidad", se pretendió exponer las experiencias de clase, en orden cronológico; no para crear generaciones cuadradas y excluyentes unas de otras, sino para desmenuzar ciertos ordenamientos locales y hallar formas de interpretar el proceso histórico del que los sujetos ciegos de clase han sido objeto. A la par, complementando el capítulo precedente, se ofrece una serie de comentarios en que se discute la idea de la dependencia no sólo con relación al capital, sino en torno a las diferencias de género que se identificaron durante el trabajo de campo.

En tercer lugar, aparece otro capítulo denominado "Gobernando a la ceguera en el marco neoliberal", que pretende esbozar a grandes rasgos los procesos que ha tenido y tiene el Estado[6] para intervenir a las pobla-

[6] Considero importante aclarar que utilizo Estado con mayúscula para referirme al mismo y distinguirlo de otros términos, como gubernamentalidad o instituciones de carácter público. Cuando aparece con minúsculas ("estado") en alguna cita textual, es porque he querido respetar el uso original que le dan los autores correspondientes.

ciones con ceguera, llamadas "discapacitadas visuales" en la fase neoliberal del capitalismo. Así, se consigue explicar cómo surge un específico tipo de subjetivación contradictoria que (des)orienta a los sujetos, pues si bien no pueden verse a sí mismos como sujetos de clase, tampoco pueden pensarse como sujetos autónomos emprendedores. Aquí cabe la importancia de la discusión sobre la relación precarización-lumpen, sin olvidar la regulación gubernamental del cuerpo.

A continuación, tiene lugar el capítulo cuarto, intitulado "Cuerpo y precarización", que ofrece algunas pistas para entender cómo la precariedad encarna en los cuerpos de los sujetos y cómo dicho proceso ocurre de manera violenta –como caso paradigmático se muestra la enfermedad crónica de la diabetes. A su vez, se ahonda también en la configuración de una diferenciación a la vez de clase y de género.

El libro cierra con el capítulo "Articular la desarticulación", una serie de redondeo de argumentos y observaciones finales, dando cabida a formulaciones respecto a los hallazgos en conjunto. Como todo postulado serio del trabajo de investigación antropológico, las conexiones propuestas –aludiendo de nuevo a Eric Wolf–, permanecen abiertas a la discusión académica "articulada".

CAPÍTULO I
LAS POBLACIONES SOBRANTES CIEGAS PARA EL CAPITAL Y LA NOCIÓN DE DEPENDENCIA

El objetivo de este primer capítulo es debatir críticamente la categoría marxista de "superpoblaciones relativas" (Marx, 1999), sin olvidar algunas observaciones etnográficas recabadas en campo. Esta noción teórica es empleada a la luz de realidades contemporáneas estudiadas por antropólogos como Tania Li (2009) o Gavin Smith (2011), autores que convergen en un punto nodal que anima la presente discusión: el capital no ha cesado de producir población excedente para sus intereses. Las poblaciones sobrantes –como les referiré de modo genérico– continúan produciéndose y existiendo en el neoliberalismo, aunque este momento histórico diseñe discursos de autonomía y voluntad propia que harían sospechar que el empobrecimiento "es porque la gente quiere". Prestando particular atención a la experiencia de clase de los sujetos ciegos, se ahondará en las preguntas: ¿cómo son producidas estas poblaciones sobrantes en el contexto neoliberal? ¿Cómo se relaciona la idea de la dependencia considerando las condiciones precarias de existencia en que sobreviven estos sujetos de clase?

Poblaciones sobrantes y su dependencia al capital

Al primero de mis informantes ciegos de 54 años, a quien llamaré Benjamín, lo conocí en octubre de 2015. En distintas ocasiones me ofrecí a llevarlo para que subiera al autobús. Me solía tomar del hombro para que lo condujera hacia la parada del camión, junto con Margarita, su esposa –ciega "de nacimiento", igual que él–, quien a su vez lo tomaba del brazo, armando los tres juntos una especie de hilera de elefantes por la calle. A cada paso, el hombre me contaba de su vida y de su "trabajo". Pronto averigüé que durante diecisiete años –entre 1985 y 2002–, laboró en un zoológico local en el área de "almacén" acomodando cosas. Recordaba que en ese empleo vivió el terremoto de 1985 que, según dijo, para él "fue horrible", pues al haber

nacido en el norte del país –en la ciudad de Los Mochis, Sinaloa–, no estaba acostumbrado a esa clase de fenómenos naturales. Desde que fue despedido del zoológico, ingresó al terreno del pauperismo por vía de la limosna. Dijo que ni a él ni a Margarita les avergüenza "ser limosneros"; después de todo:

> Uno tiene que saber hacerlo. Algunas personas piensan que es cualquier cosa, pero no, uno tiene que saber cómo hacerle, total si la gente no te da, uno tiene que entender que la gente no tiene dinero (Benjamín, ciego de nacimiento, 58 años, octubre de 2015).

Una tarde me cité por teléfono con Benjamín. Lo esperé durante dos horas en la calle sobre la que regularmente "pedía limosna". Arribó con el ceño fruncido, expresando enojo con el tono de voz, ya que, cuando se transportaba hacia el centro, alguien había chocado con él, rompiendo por tal descuido su bastón blanco (ver Figura 1).[7] De manera algo entrometida, aprovechando el coyuntural suceso y mi familiaridad con "Benja", me presenté con Manuel, su amigo ciego, quien también se definía como "limosnero" y estaba con Benjamín en la pequeña orilla donde ambos tocaban. Ambos solían unirse en dueto para interpretar melodías: uno tocando la guitarra ("Benja") y el otro al compás de la armónica y la maraca ("Manu"), con la esperanza de "juntar" más monedas y que "saliera pa' la papa".

Una vez que Manuel se tranquilizó del desafortunado incidente que sufrieron él y su bastón, los tres comenzamos a charlar. Primero conversamos acerca de nuestros lugares de origen y el amor por el terruño de nacimiento –Manuel nació en Puebla y yo en el estado de Guanajuato. Cuando pregunté al "Manu" si tenía familia, respondió que sí, aunque se incomodó cuando quise averiguar cuántos hijos en total había procreado. Me dijo: "de

[7] La expresión "bastón blanco" alude a una vara larga de ese color que, desde los años treinta del siglo xx, fue instituido en Estados Unidos para facilitar la movilidad e identificación de personas ciegas. "En 1930, el León [así se nombra a los hombres miembros de la organización Club de Leones] George A. Bonham, Presidente del Club de Leones de Peoria (Ilinois) introdujo la idea de usar el bastón blanco con una banda roja como medio de ayuda a los ciegos en cuanto a movilidad independiente" (Lions International, 2014). Según dicha fuente, así como otras explicaciones de informantes durante el trabajo de campo, el uso estandarizado de esta señalética del bastón se popularizó a raíz del incremento de hombres ciegos que perdieron la vista en las guerras de primera mitad del siglo xx, fomentando su reincorporación en los países de origen. Actualmente, el armatoste suele fabricarse de aluminio y es plegable. Las citas traducidas al español de ésta y las restantes fuentes anglosajonas utilizadas a lo largo de la discusión, son enteramente mi responsabilidad.

lo personal, no", insinuando que de eso no hablaría. Benjamín intervino diciéndome: "Ya ves, no todos son como yo, que platico de todo". Fue sin embargo un error de escucha lo que alentó la fluidez para romper el hielo:

> Etnógrafo (E): "¿Puedo sentarme un rato a platicar con ustedes?"
> Manuel (M): "Claro, ¿de qué quieres platicar?"
> E: "De la vida".
> M: (Aproximándose a mí, una vez que estuve sentado junto a él, en tono susurrante) Oye, y la Biblia de la que nos vas a hablar, ¿de qué religión es?
> E: "¿Biblia?" –respondí confundido–. ¡No! Dije: De la vida (nos reímos mucho por el malentendido) (julio de 2016, Diario de campo).

Figura 1. Hombre con bastón blanco pidiendo limosna en las calles del Centro Histórico de la ciudad de Puebla. Fuente: Fotografía de Jafet A. Guerrero Gutiérrez, 2016.

Entonces, Manuel me invitó a hablar de otros temas coloquiales, como política o futbol. Accedí. Me contó que a veces los intentan encuestar "niñas de la universidad que no saben hacer preguntas". Advirtió que una de ellas le cuestionó en una ocasión: "En caso de que junte muchas monedas en su bote, ¿se echaría a correr?" Las carcajadas de ambos no se hicieron esperar, y "Manu" señaló: "¡Ya parece si un ciego va a poder irse corriendo por la calle! ¡Hasta tontas son para preguntar! Además, el que recibe datos tiene que ser completamente confiable". Fue así como empecé afinando los oídos para insertarme en el mundo de los ciegos, aunque, a decir verdad, aquella conversación en trío fue bastante accidentada. Entendí que, si deseaba colectar los datos que mi proyecto de investigación demandaba, con ellos no podía seguir una guía de entrevista ordenada, sino que tendría que transitar sigiloso entre chistes y charlas informales. Al ser primordial en mi pesquisa el tema laboral, busqué orientar la plática en esa dirección, pues al parecer no incomodaba a Manuel, ya que no lo consideraba un tema "personal" –como el tópico acerca de la familia. Pronto sentenció:

> Según dicen las empresas que para el invidente hay trabajo, y para los discapacitados. Pero yo no iría a una factoría, ¡para que me den $400.00 semanales! (Manuel, ciego adquirido de 67 años, julio de 2016).

Entre parloteos similares, fue asomándose información interesante, pues supe que "Manu" trabajó, desde que era niño, haciendo ladrillos en el vecino municipio de Cuautlancingo –su madre era ladrillera y le enseñó el oficio a él y a sus hermanos. En otras visitas al sitio donde "pide limosna", averigüé que es ciego "adquirido", como se les dice a quienes perdieron la vista en el transcurso de su vida. A la edad de dieciocho años perdió el sentido de la vista a causa de su prolongada exposición a la soldadura –era ayudante de un "maestro herrero" desde los doce.

Así fueron los hechos: después de la jornada regular de trabajo, llegó a casa de su madre con un intenso dolor de cabeza. Le atribuyó el dolor a una posible falta de sueño y, sin vacilar, decidió dormir temprano. Al día siguiente, despertó ciego. El "maestro" le dio dinero a su madre para atenderlo con un médico, mas, al representar una relativa alta suma en aquellos tiempos, la mujer decidió utilizar tal cantidad para gastos que cubrirían necesidades en el hogar, y lo llevó con "unas yerberas" que accedieron atenderlo por un precio más barato, utilizando mastranzo, hueso de aguacate y ruda. Evidentemente, la cura no surtió efecto y un año después el médico les dijo que ya no había salvación, era tarde, pues las córneas estaban quemadas en su totalidad.

En lo subsecuente, el hombre se convertiría en voceador de periódicos de *El Sol de Puebla* durante varios años, incluso un tiempo estuvo viviendo en las bodegas de la misma compañía, en un dormitorio para trabajadores donde se les permitía bañarse y adquirir comida a bajo precio. Años después, Manuel consiguió trabajo en la Lotería Nacional para la Asistencia Pública. "La Lotería" les pagaba los gastos para asistir a mítines y apoyar las campañas de los entonces candidatos del Partido Revolucionario Institucional (PRI) a la Presidencia del país. Dijo haber asistido a eventos propagandísticos de los siguientes: Luis Echeverría Álvarez, José López Portillo, Miguel de la Madrid, Carlos Salinas de Gortari y Luis Donaldo Colosio. Esto, derivado de que los trabajadores de la Lotería solían ser afiliados de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares (CNOP), emblema del priísmo corporativista vigente aún en aquel momento. En la Lotería trabajó un total de trece años, según contabilizó con su memoria que a ratos desvariaba: los primeros cinco estuvo de "sub-billetero" –revendedor sin seguro ni prestaciones–, mientras que en los ocho restantes logró entrar de "billetero" –con prestaciones de ley–, ganaba como $3'000.00 bajo esta modalidad: "de aquellos de antes, lo que ajustaría como $30,000.00 de hoy", afirmó. A la par, añadió: "La Lotería ya no es lo de antes, pues ya no es del gobierno, ya está privatizada por concesiones". En otras charlas, Manuel aseguró que salió de la Lotería Nacional porque lo asaltaron, explicación que refleja su dificultad para visualizar la realidad a nivel estructural ("ya está privatizada"), teniendo que verbalizar una razón individual ("me asaltaron") para dar sentido a lo sucedido. Lo simbólico de la palabra enmascara ideológicamente una experiencia traumática, como lo es perder el empleo.

Después de quedarse sin ese puesto de trabajo conformó, junto con otros cuatro varones, un grupo musical que les permitía obtener algunos ingresos de vez en cuando. Los cuatro amigos restantes se fueron muriendo hasta que sólo quedó él, quien durante la recolecta de datos contaba con 67 años. Desde entonces se dedicó a "la limosna". Lleva aproximadamente veinte años "juntando" más o menos $100.00 pesos por día, lo cual tiende a variar por factores como la enfermedad –si le da gripe o infección de garganta–, la lluvia y el sol –pues mellan el espacio de trabajo– u otros como "el regreso a clases" –en época de verano–, pues es una temporada en que la gente avienta menos monedas al bote, según ha notado.[8] De cara a estos "retazos etnográficos"

[8] No es extraño que las personas que se dedican a la limosna se apropien de ciertos talismanes para sortear lo fortuito de la "buena suerte". En su caso, Manuel siempre lleva en la lata una moneda de un dólar, que hace mucho un turista estadounidense

(Zendejas, 2008), busco problematizar experiencias de vida como la de Manuel, a partir de las valiosas y atentas observaciones llevadas a cabo por Karl Marx (1999) sobre el funcionamiento del modo de producción capitalista en el siglo XIX, mismo que prevalece hasta nuestros días.

En su conjunto, Marx ofreció al mundo un análisis meticuloso acerca de los mecanismos de los que se vale el capital para destruir y producir lo que a sazón le alimenta, fundamentalmente, la fuerza de trabajo viva y muerta. De este modo, las potentes herramientas científicas que el filósofo produjo dan pauta al estudio del conjunto de las agudas transformaciones que entonces ya alcanzaban un auge descomunal,[9] y que a la fecha proliferan. Con el objetivo de dar cuenta de los procesos demográficos concomitantes que explicaban la acumulación creciente de capital, logrando desentrañar las peculiaridades del trabajo en este contexto de producción de mercancías,[10] Marx propuso la producción y reproducción de un creciente y

("un gringo") le regaló. Otros se encomiendan a algún santo o virgen –como aseguró Cecilia, cuya historia se narrará más adelante–, mientras que otros más llegan a explicar que establecen redes de reciprocidad de suerte, tal como yo lo entiendo. Este último caso lo observé a partir de las narraciones de Gregorio, quien comentó que una prostituta suele pasar a darle una o dos monedas de diez pesos, y al ponerlas en el bote, la mujer le dice, mientras le acaricia el pecho, algo así: "Aquí están tus monedas, papi, me das suerte. Si al rato me caen más clientes, te doy otras".

[9] No hay que olvidar que los tiempos de clásicos como Marx, Durkheim y Weber fueron tiempos de cambios profundos y acelerados, como la industrialización en ascenso o la creciente secularización de la vida social, de la mano de los crecimientos urbanos y demográficos, por mencionar sólo algunos ejemplos.

[10] Siguiendo a Marx (1999), detrás de las mercancías existen dos nociones de valor, el valor de uso –cualidad que satisface alguna necesidad humana– y el valor de cambio –entendido de manera general como una relación cuantitativa que permite intercambiar objetos de un mismo valor. Continuando con su argumentación, si prescindimos del valor de uso de una determinada mercancía, lo que quedará será una representación abstracta, no materializada, del valor; por tanto, equivalente al trabajo que la produjo. Por poner un ejemplo, si una costurera produce suéteres en una maquiladora, al retirar el trabajo concreto que realiza –mismo que da forma a su oficio con maquinaria y estambre, finalmente objetivado en un bien material que cubre del frío–, lo que queda es trabajo humano abstracto –en referencia al desgaste físico de sangre y músculo, pensamientos y emociones del trabajador–, el cual se retribuye no precisamente por todo el tiempo y energía que ella invirtió en el proceso productivo, sino a través de la forma salarial que asegura solamente la reproducción de la vida de la trabajadora, para que así vuelva a generar excedente en sus jornadas futuras. Este trabajo social, al igual que los bienes, se convierte en mercancía en el contexto capitalista, puesto que transfiere valor y genera ganancias, a modo de

exponencial ejército industrial de reserva, es decir, un segmento de fuerza de trabajo dispuesta a ser explotada ante la desposesión sufrida históricamente, que iría quedando en el abandono, al ritmo del ascenso de la sociedad burguesa. Hoy en día, lejos de haber perecido, el capital se ha perfeccionado para aprovechar al máximo el potencial de ciertos segmentos de la fuerza de trabajo disponible, y así, resultar victorioso mediante amplios procesos de acumulación por desposesión (Carbonella y Kasmir, 2014 y 2015; Harvey, 2008), aspecto que implica que se desprenda a la gente de los medios para asegurarse la vida, volverlos mercancías y así, repuntar la generación de riqueza y más riqueza. Según algunas perspectivas, es necesario y urgente continuar con la "fundamentación" y "ampliación de la teoría marxista" (Sohn-Rethel, 2001: 11), de cara a los procesos de cambio en lo concreto del mundo durante el siglo XX y el XXI, que pueden leerse igualmente bajo las premisas del materialismo histórico.

Por poner un ejemplo emblemático de estas metamorfosis capitalistas en la ciudad de Puebla, se puede citar el caso del proyecto del Paseo de San Francisco (Cabrera y Tenorio, 2006; Churchill, 2008), mismo que alentó la gentrificación de una céntrica zona de la ciudad hacia los años noventa, sustentado por el discurso gubernamental neoliberal en pro del consumo, el ocio y la iniciativa privada, aunque perjudicial para decenas de familias de trabajadores y habitantes desplazados que solían vivir en la zona y que se convirtieron en sujetos desechados de las antiguas industrias locales. A finales del mes de noviembre de 2016, tuve la oportunidad de entrevistar a Gonzalo, un ciego adquirido por causa de sufrir retinopatía diabética,[11] quien trabajó en el mencionado proyecto urbano por un periodo de alrededor de doce meses como ayudante subcontratado por arqueólogos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), quienes lo emplearon hace más de quince

plusvalía, para el propietario de los medios de producción, pues lo que aprovecha en sí, es la fuerza humana extraída y plasmada en una mercancía material o inmaterial –piénsese en las ocupaciones del sector servicios, como el trabajo de acomodador en el zoológico o de vendedor de billetes de lotería– que luego se pondrá a circular para extraer más valor, engrosando exponencialmente la riqueza acumulada para beneficio del capital.

[11] Alude a una enfermedad del ojo cuando una persona padece diabetes. Según la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2017): "Es una causa importante de ceguera y discapacidad visual. Está causada por el daño de los vasos sanguíneos de la capa posterior del ojo, la retina, lo que ocasiona una pérdida progresiva de la vista, que a veces llega a ser ceguera".

años en las excavaciones que se hicieron en el Paseo de San Francisco. Durante la reconversión del lugar, antes de que se construyera el centro comercial que actualmente se encuentra ahí, se hallaron vasijas y demás restos arqueológicos con los que posteriormente se edificó un museo de sitio. Gonzalo dijo haberse "acercado" y así le "dieron trabajo" los arqueólogos para limpiar las vasijas, retirando plastas de lodo con brochas y agua. Una vez ahí, "jaló" a otros cuatro o cinco amigos ciegos para trabajar en lo mismo.[12] De modo ambiguo indicó, sin mencionar una cifra específica: "ganaba muy bien, me ajustaba bien", aunque su apreciación no deja de ser una valoración relativa.

Este hombre también fue trabajador fabril durante nueve años en la industria automotriz para la empresa Volkswagen y, al igual que Manuel y Benjamín, ha transitado por la limosna, sólo que de manera intermitente y no de forma estacionaria, como ellos. La clase social es entonces una relación maleable, que se articula por procesos históricos que van sucediéndose de manera no-lineal sino azarosa, gelatinosa, viscosa, dado que se moldea al antojo de lo que los caprichos productivos demanden (Kalb, 2015). Por ello, es preciso insistir en que las historias de estos sujetos, aunque parecieran evolutivas, carecen de todo componente teleológico. Basta notar que han ido y venido de los trabajos "estables" a la inestabilidad, del ingreso salarial a la limosna, de modo pendular y en forma zigzagueante. En otras palabras, sus trayectorias como asalariados no son lineales, pues tienden a configurarse de forma torcida y discontinua, a manera de traslapes que hablan de una compleja experiencia de clase, como otros trabajos han demostrado en contextos diversos (Cross, 2010; Du Toit y Neves, 2014; Li, 2009; Narotzky y Smith, 2010; Sennett, 2005; 2007; Smith, 2002 y 2011). Es importante remarcar que la anterior es la postura que adopto en esta investigación, y no la de la narrativa encuadrada en la supuesta formalidad industrial salarial prístina y romantizada, que supondría un encuadre lineal como única forma posible que adopta la clase trabajadora cuando el capital domina la organización productiva. Es decir, aunque parezca reiterativo, apelo a que las experiencias de clase no tienen que ser necesariamente industriales o formales, para que sigan siendo consideradas experiencias de clase social.

Habría que decir que es preciso evitar caer en la idea fantasiosa en que incurren instancias como el Banco Mundial, pues tienden a homolo-

[12] Se desconoce con exactitud cómo se dio ese proceso de contratación. Todo parece indicar que los ciegos fueron una especie de peones subcontratados por el equipo de arqueólogos.

gar como trabajo la vasta miscelánea de ocupaciones que se sobreponen en el espectro laboral de los que dichas instituciones igualan como "desempleados" planetarios, pues esas explicaciones suelen naturalizar la existencia de segmentos poblacionales empobrecidos (Du Toit y Neves, 2014). Esa perspectiva achata las experiencias concretas de clase en cifras organizadas a partir de nomenclaturas simplistas, como personas "ocupadas" o "desocupadas", mismo enfoque al que el INEGI se pliega. Puesto que la nuestra es una mirada etnográfica, parto de la documentación de dichas biografías para dar cuenta de cómo, en la práctica, las personas ciegas esquivan las tormentosas amenazas heladas del capital en sus vidas, más allá de pensarlas sólo como empleadas o desempleadas.

Ahora bien, en la actualidad persiste la idea, tanto en el discurso corriente como en la propia academia, de que la clase social ha muerto como formación que dota de sentido la vida de las personas. Sin embargo, esto no es así. Justo en ese punto, coincido con Don Kalb (2015) y Gavin Smith (2002; 2011) en tanto que hoy más que nunca se vuelve pertinente no dejar de mirar a la clase como formación sociohistórica que posibilita entender los problemas que enfrenta la gente en sus entornos inmediatos, a su vez conectados con los procesos estructurales en que operan las relaciones de producción. Así, hay que situar a la clase en el microscopio de la observación etnográfica, ya que el capital ha entrado en una fase de tal rapidez (Harvey, 2008; Sennett, 2007) que es casi imposible notarla si no se cuenta con el utillaje conceptual adecuado. Parafraseando a Smith (2011), diré que no es un capricho teórico ver el asunto desde este ángulo, pues es solamente a partir de la economía política antropológica que se vuelve factible dar cuenta fidedigna de la reproducción social de los sujetos en el siglo XXI. En suma, se vuelve preciso leer a la clase de forma compleja, a nivel teórico y empírico, en tanto categoría vigorosa para explicar la vida de los sujetos que respiran, se alimentan, requieren tiempo de esparcimiento y trabajo, enferman, mueren, etcétera, pero que a su vez sintetizan el estado en que se encuentra el régimen de acumulación[13] al cual contribuyen como fuerza de trabajo.

[13] Utilizo la expresión, en el sentido problematizado por David Harvey: "Un régimen de acumulación 'describe la estabilización en un largo período de la asignación del producto neto entre el consumo y la acumulación; implica cierta correspondencia entre la transformación de las condiciones de producción y las condiciones de reproducción de los asalariados'. Un sistema de acumulación particular puede existir en la medida en que 'su esquema de reproducción sea coherente'. Sin embargo, el problema es introdu-

Si nos remontamos a los pasajes de la acumulación originaria descritos por Marx (1999), notaremos que una de las transformaciones que el capital produjo fue despojar a los sujetos de su dependencia con la tierra (siervos), volviéndolos dependientes de la venta de su fuerza de trabajo (proletarios). Lo dicho hasta aquí supone que, para que el nuevo ordenamiento económico pudiera emerger exitosamente, fue necesario crear un trabajador libre, en el sentido de trabajador liberado o desprendido de los medios de producción, dependiente ya no de la tierra en sí, y de las relaciones sociales que lo ataban a ella, sino de la venta de su fuerza de trabajo a cambio de una retribución. El proceso histórico reseñado alude al proceso que indujo al trabajador a volverse una mercancía en sí mismo. Este proceso no se dio de una vez y para siempre, ya que la acumulación está ocurriendo permanentemente, en diferentes puntos geográficos, respondiendo a movimientos de fuerzas productivas que se valen de formas precapitalistas para crear valor excedente, transformándolo en capital. Dicha precisión la detalló Rosa Luxemburg (1951) en un tratado sobre la lectura de Marx acerca de la acumulación originaria, y estudiosos contemporáneos la ratifican (Carbonella y Kasmir, 2014).

Esta evolución desde y para el capital, así como la concomitante reconversión de clase que tiene lugar (Carbonella y Kasmir, 2015; Kalb, 2015), suele componerse de cursos violentos que implican la instauración de nuevas formas de disciplinar a la gente, acomodando las posturas del cuerpo humano a los tiempos y espacios que la producción demande (Federici, 2010). Según lo demuestra Eric Wolf (1987), ya durante el siglo XVIII dos grandes imperios capitalistas, Inglaterra y Estados Unidos, se robustecían con fuerza de trabajo convertida en obrera a partir de un par de actos capitalistas inaugurales: (1) la transportación de esclavos africanos para trabajar el algodón, y (2) la conversión de poblaciones antes campesinas que fueron despojadas y llevadas a las fábricas textiles, sujetadas a jornadas de tiempo rígidas, salarios poco justos y

cir los comportamientos de todo tipo de individuos –capitalistas, obreros, empleados del Estado, financistas y otros agentes económico-políticos- en alguna configuración que mantenga en funcionamiento el régimen de acumulación. Por lo tanto, debe existir 'una materialización del régimen de acumulación que tome la forma de normas, hábitos, leyes, redes de regulación, etc., que aseguren la unidad del proceso, es decir, la conveniente consistencia de los comportamientos individuales respecto del esquema de reproducción. Este cuerpo de reglas y procesos sociales interiorizados se denomina el modo de regulación' " (Lipietz, 1986: 19, *apud* Harvey, 2008: 143-144).

una novedosa relación con la maquinaria. Esta clase de episodios tienen fecha de nacimiento y son artificiosos en el sentido más literal del término, pues es el capital quien a su antojo y medida les moldea. Vale la pena señalar que el conjunto de fuerza de trabajo, que antes se dedicaba a las labores agrícolas y artesanales, no fue siempre masculina y adulta, como las ficciones sobre el obrero industrial hacen pensar (Smith, 2002), sino que desde un inicio se echó mano de mujeres y niños que abarataron los costos de producción de aquella riqueza germinal (Wolf, 1987). Conforme se van dando estos procesos de desposesión, algunos sujetos logran entrar a las filas de los trabajos remunerados que requiere el capital, aunque no es el caso de tantos otros que, desde la óptica del régimen de acumulación dominante, se considera que sobran, exceden o están de más.

En pocas palabras, resultan sujetos superfluos para efectuar el trabajo necesario que más tarde conducirá a la realización de las mercancías y, por tanto, al incremento de plusvalor. Tal como las migajas se caen de la mandíbula de una persona que degusta una hogaza de pan, así son las sobras humanas para el capital. Si recordamos la versión en caricatura de *El sastrecillo valiente*, donde Mickey Mouse protagoniza un cuento clásico de la literatura universal, el hombre gigante tira boronas y paja cuando degusta desmedidamente sólo la porción que saciará su hambre y sus ociosas ganas de fumar. Así es el capitalismo: se alimenta de lo que sea necesario para calmar su voracidad, sin importarle el basurero de sufrimiento que a su paso va dejando. En este sentido, Marx (1999) sugerirá que dichas "sobras" irán siendo delegadas a la caridad para que existan a expensas de la clase trabajadora y de la pequeña clase media. De forma análoga, va ocurriendo la sobrevivencia de los ciegos que en este trabajo se estudian, pues, orillados a las filas de la miseria, buscan a toda costa incentivar la compasión en el otro, valiéndose de la interpelación sostenida por discursos religiosos o laicos de la caridad que concitan lástima.[14] Cuando se logra articular este medio discursivo, el otro, quien puede dar, se siente responsable de ser un "buen samaritano" dando unas cuantas monedas, "al que lo necesita". Se sostiene así la "ayuda" de la clase media a las clases lumpen[15] mediante una serie de discursos que

[14] Para una amplia discusión sobre la caridad laica, ver la obra de Maurice Godelier (1998).

[15] La noción de lumpenproletariado aparece en Karl Marx, específicamente en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, cuando se narran los acontecimientos políticos de Francia en 1848, respecto a la constitución de la Asamblea Nacional. Marx comenta: "A la *monarquía burguesa* de Luis Felipe sólo podía suceder la *república burguesa*; es decir, que si en

les interpelan y, en este caso de estudio, se entretejen con la idea de pobreza, "discapacidad" y miseria multiforme –enfermedad, carencia, dolor, sufrimiento, depresión, entre otros infortunios–.

Tomando como punto de referencia de esta producción de clase la categoría de "superpoblaciones relativas" (Marx, 1999), entendida como aquellos segmentos demográficos que, en determinados momentos son o no absorbidos por el capital, se discuten las metamorfosis socioeconómicas –inestables, como las condiciones climáticas mismas– a las cuales se somete a los trabajadores dejados a la deriva, abandonados a su suerte, cuya producción histórica no está desligada del proceso de acumulación del capital. Esta formulación no implica que tales personas hayan sido siempre desechadas, ni que necesariamente hayan pasado por el trabajo fabril asalariado. Diversos estudios (Carbonella y Kasmir, 2014; Narotzky y Smith, 2010; Smith, 2002) insisten en la maleabilidad con que históricamente ha sido conformada la clase en relación al lugar donde ésta se reproduce, a manera de procesos que conducen a hacer, deshacer y rehacer a la clase, momentos que también ocurren en el contexto neoliberal (Carbonella y Kasmir, 2014; 2015). Así, es posible sostener que la figura dominante del obrero manual asalariado no es más que una probable forma que el trabajo puede llegar a adoptar bajo determinadas circunstancias, pero que no es condición *sine qua non* para referirse a la idea de trabajo en sí (Smith, 2002). En otras palabras, clase no es sinónimo de obrero fordista, ya que es maleable y está en permanente transformación. Además, la clase es atravesada por la diferenciación de género (Fraser, 2015; Hartmann, 1988; Young, 1992), por lo cual no debe incurrirse en el error de equiparar clase social con trabajador masculino. Dicha representación generizada del proletariado fabril no es más que una figura esencialista que dibujaron en conjunto capital y Estado, y que ciertos

---

nombre del rey había dominado una parte reducida de la burguesía, ahora dominará la totalidad de la burguesía en nombre del pueblo. Las reivindicaciones del proletariado de París son paparruchas utópicas, con las que hay que acabar. El proletariado de París contestó a esta declaración de la Asamblea Nacional Constituyente con la *insurrección* de junio, el acontecimiento más gigantesco en la historia de las guerras civiles europeas. Venció la república burguesa. A su lado estaban la aristocracia financiera, la burguesía industrial, la clase media, los pequeños burgueses, el ejército, el infraproletariado (*lumpenproletariat*), organizado como Guarda Móvil, los intelectuales, los curas y la población rural. Al lado del proletariado de París no estaba más que él solo" (Marx, 1977: 22, cursivas en el original). El término de lumpenproletariado significa aquí: "Literalmente, proletariado en harapos" (según una nota al pie de página del traductor de Marx, 1977: 22).

teóricos de las ciencias sociales han contribuido a solidificar por medio de tradiciones teóricas selectivas que le han presentado como forma única posible del trabajo (Smith, 2002).

A propósito de lo anterior, cabe decir, apoyándome en las anotaciones de David Harvey (2008), que entiendo al fordismo como un régimen productivo capitalista que, desde inicios de siglo xx (1914), con las innovaciones de fabricación en serie implementadas por Henry Ford, fue instaurando la puesta en marcha de la producción para incentivar el consumo en masa. Éste se fincó sobre la administración de jornadas definidas de ocho horas, el disciplinamiento laboral regido por la línea de montaje que teorizó desde la disciplina de la administración Henry Fayol y, además, sobre la idea de que el trabajador se pensase a sí mismo como alguien "nuevo": un trabajador cuya vida íntima, mediante el consumo, se cruzara por completo con la disciplina productiva en serie, al grado de que sus emociones y pensamientos inmediatos fueran indisociables de la organización que el capital entonces requería (Gramsci *apud* Harvey, 2008). A la par, este modo organizativo que el capital adoptó, y que dominaría hasta los años setenta, se apoyó del Estado (keynesiano) no sólo para planificar la producción, sino para gestionar las vidas de los trabajadores en tanto biopolítica (Fraser, 2003), es decir, "hacer vivir" a la clase trabajadora por medio de la técnica científica: la regulación en materia de salud pública y educación, así como la contabilización de la mortalidad y morbilidad, entre otras, como las políticas de prestaciones sociales para incentivar el bienestar –subsidios alimenticios, créditos de vivienda, entre otros. A la par, el fordismo reforzó la división de género que desde la expansión del capital industrial se venía cocinando y que en la primera mitad del xx se sazonó en torno a la narrativa dominante al respecto: pensar al hombre como varón proveedor y a la mujer en tanto ser dependiente de aquél, haciendo extensivo este mito al ámbito espacial (público/privado) y de trabajo (femenino-doméstico-reproductivo, *versus* masculino-extradoméstico-productivo) (Fraser, 2015).

Dicho lo anterior, cobra relevancia puntualizar que: "La superpoblación relativa existe bajo las más diversas modalidades. Todo obrero forma parte de ella durante el tiempo que está desocupado o trabaja solamente a medias. […] [L]a superpoblación relativa reviste tres formas constantes: la *flotante*, la *latente* y la *intermitente*" (Marx, 1999: 543, cursivas en el original). En la narrativa de Marx, la superpoblación relativa flotante va y viene a medida que la industria lo requiere. Con regularidad se trata de poblaciones jóvenes masculinas que, en dado momento, son desechados por la edad y el desgaste vital.

Son atraídos por las demandas de capital, dondequiera que éste se mueva, tendiendo a ser reemplazados por otros varones de menor edad para extraer su energía y plasmarla en formas materializadas de valor (mercancías) (Marx, 1999). Como parte de la primera tipología flotante, es posible rastrear en sus historias de juventud sobre todo a los varones de la primera generación de informantes que se discutirá en el siguiente capítulo.[16] Ello no significa que las mujeres no estén también representadas dentro de esta categoría, pues la historia de Patricia, a la que más adelante se aludirá, demuestra que ellas también integraron las filas de esta población flotante. Al respecto, teóricas del feminismo marxista como Heidi Hartmann (1988) e Iris Young (1992) han cuestionado la categoría de "ejército industrial de reserva" en Marx por considerarla acrítica, considerando que el alemán ignoró, por un lado, a las mujeres como parte de dicha fuerza de trabajo, así como a la resultante vinculación dependiente de ellas con relación a ellos. La lectura feminista es conveniente para no reproducir una explicación patriarcal del asunto.

Por otro lado, la superpoblación relativa latente es aquella población fundamentalmente rural que sobrevive por el trabajo agrícola pero que, en determinado momento, podría ser absorbida por el capital industrial urbano (Marx, 1999). Con esto quiero decir que esta categoría refiere a la población que es proclive de ser tomada y proletarizada. Marx sugiere que las poblaciones latentes transitan entre actividades rurales e industriales. "Con un ojo al gato y otro al garabato", para decirlo según el dicho popular mexicano. Cuando eran más jóvenes, algunos informantes entrevistados en la ciudad de Puebla transitaron de un modo latente respecto a su absorción por las fuerzas productivas (la reseñada historia de Manuel es un buen ejemplo en este sentido, además de la de otros sujetos que en un momento vieron su reproducción ligada al trabajo agrícola o, de manera intermitente, oscilaban entre ese espacio rural y el de la ciudad).[17]

---

[16] Aunque en momentos de expansión productiva, los más jóvenes –segunda y tercera cohorte– han sido captados por industrias (automotrices), al igual que en fases de crisis económicas lo han sido por las maquilas (textiles). Los datos de campo corroboran que estas dos generaciones se colocaron desde temprana edad fundamentalmente en empleos del sector servicios. Esta no es una observación menor, pues alude a la maleabilidad de clase previamente aludida.

[17] Si bien es factible mencionar esta separación conceptual de espacios rurales y urbanos, no les concebimos enteramente separados uno del otro. En ese sentido, cuestiono a nivel amplio esta diferenciación, puesto que no considero que la disciplina antropológica deba subdividirse en urbana o rural. Estas categorías resultan engañosas y fragmentarias, en el sentido que Eric Wolf (1987) criticó las parcelaciones

Ahora bien, otros de los sujetos que participaron, pertenecen actualmente al tercer tipo, la superpoblación relativa intermitente. En el caso de este trabajo, los segmentos intermitentes son principalmente mujeres ciegas y jóvenes que han logrado –o lograron en el pasado– obtener un empleo bajo condiciones de inestabilidad, inseguridad y muy bajas remuneraciones monetarias no salariales propiamente, pues no este pago no se enmarcaba en un nodo de retribución que incluyese servicios de salud o prestaciones para complementar la reproducción social de la existencia.[18] En términos de Marx, es claro que:

> La tercera categoría de la superpoblación relativa, la *intermitente*, forma parte del ejército obrero *en activo*, pero con una base de trabajo muy irregular. Esta categoría brinda así al capital un receptáculo inagotable de fuerza de trabajo disponible. Su nivel de vida desciende por debajo del nivel normal medio de la clase obrera, y esto es precisamente lo que la convierte en instrumento dócil de explotación del capital. Sus características son: máxima jornada de trabajo y salario mínimo (Marx, 1999: 544-545, cursivas en el original).

Sin embargo, pese a que en momentos la amplia mayoría de los informantes anclaron sus vidas a trabajos en el campo, la fábrica o los servicios, sectores económicos entremezclados en el devenir histórico concreto (Narotzky y Smith, 2010), los quince sujetos ciegos entrevistados estarían actualmente, en mayor o menor medida, en las filas de lo que Marx entendió como po-

---

del conocimiento disciplinar de las ciencias sociales, o inclusive a la manera en que Kate Crehan (2004) sugiere cómo es que históricamente el mundo social académico se repartió entre la antropología, a la que se le legó el mundo rural, el pasado y las sociedades muchas veces llamadas "simples", "atrasadas" o "incivilizadas", y a la sociología la modernidad, el presente, las sociedades tildadas de "complejas", "desarrolladas" o "civilizadas". Por ello, una dicotomía de espacios no es posible, ya que la vida de las personas –la dimensión concreta de su realidad– transcurre entre lo que el antropólogo José Luis Escalona (2014: 184) considera "espacios transpuestos": "Podemos decir, […] que los espacios –con sus dinámicas de inclusión y exclusión, de apertura y cierre– son expresión y escenario de una interacción mediada por jerarquías, competencia y asociación estratégica –en síntesis, por dinámicas de poder–. Los espacios, urbanos y rurales, centrales y periféricos, de construcción o emergencia de la industria y de deconstrucción de las formas de producción no salariales, de lo público y lo privado, de lo familiar y lo político, se intersectan y compenetran de diversas formas, como parte de flujos de objetos, personas y símbolos, y como confrontación de lógicas".

[18] Téngase presente esta observación cuando se introduzca la historia de Cecilia, en el próximo capítulo.

blaciones pauperizadas y lumpenproletarizadas. Estas son poblaciones conformadas por todos aquellos desechos que ocupan las escalas más bajas de la estructura de clase en las sociedades capitalistas.

La observación no debe dejar de matizarse en términos históricos ya que, aunque algunas personas que participaron en el estudio tuvieron en ciertas épocas trabajo en lugares específicos por retribuciones más o menos regulares, sus vidas forman parte pendular y no lineal, del trabajo y la incertidumbre (Sennett, 2005), pues cambian constantemente, yendo de lo regular a lo irregular, demostrando la elasticidad de la clase social que se discutió más arriba. No obstante, esta oscilante realidad no es azarosa, pues los testimonios permiten observar ciertas pautas de cambio que ocurren en momentos históricos distintos y específicos. Esto es, la realidad de los sujetos y cómo la significan a partir de sus palabras, no forma parte de sucesos desencajados del devenir histórico, ya que se comprueba la correspondencia en términos de fluctuaciones estructurales según las fases de acumulación correspondientes. Para aproximarme teóricamente a esta condición de clase degradada, que va y viene de la limosna a lo medianamente estable, si es que es posible denominar así a la incertidumbre institucionalizada por las instancias gubernamentales –que se revisará más adelante–, recurro a un amplio pasaje de Marx para entender con claridad a qué se refirió el filósofo alemán por poblaciones que habitan el pauperismo:

> Los últimos despojos de la superpoblación relativa son, finalmente, los que se refugian en la órbita del *pauperismo*. Dejando a un lado a los vagabundos, los criminales, las prostitutas, en una palabra, al *proletariado andrajoso* ("lumpenproletariado") en sentido estricto, esta capa social se halla formada por tres categorías. *Primera:* personas *capacitadas para el trabajo*. Basta consultar superficialmente la estadística del pauperismo inglés para convencerse de que la masa de estas personas aumenta con todas las crisis y disminuye en cuanto los negocios se reaniman. *Segunda:* huérfanos e hijos de pobres. Estos seres son candidatos al ejército industrial de reserva, y en las épocas de gran actividad, […] son enrolados rápidamente y en masa en los cuadros del ejército obrero en activo. *Tercera:* **degradados, despojos, incapaces para el trabajo. Se trata de seres condenados a perecer por la inmovilidad a que les condena la división del trabajo, de los obreros que sobreviven a la edad normal de su clase y, finalmente, de las víctimas de la industria, cuyo número crece con las máquinas peligrosas, las minas, las fábricas químicas, etc., de los mutilados, los enfermos, las viudas, etc. El**

> **pauperismo es el asilo de inválidos del ejército obrero en activo y el peso muerto del ejército industrial de reserva**. **Su existencia va implícita en la existencia de la superpoblación relativa, su necesidad en su necesidad, y con ella constituye una de las condiciones de vida de la producción capitalista y del desarrollo de la riqueza**. Figura entre los *faux frais*[19] de la producción capitalista, **aunque el capital se las arregle, en gran parte, para sacudirlos de sus hombros y echarlos sobre las espaldas de la clase obrera y de la pequeña clase media** (Marx, 1999: 545-546, cursivas en el original, negritas mías).

La existencia de estas distintas formas de la clase trabajadora subsumidas bajo la categoría de poblaciones excedentes o súper población relativa, es un componente necesario que favorece el robustecimiento de la acumulación capitalista, pues la disponibilidad de trabajadores libres es condicionante de dicha expansión (Federici, 2010; Fraser, 2015; Marx, 1999). Por consiguiente, estén o no empleadas mediante relaciones salariales, son poblaciones que, de manera indirecta si se quiere, transfieren valor al capital. Es decir, su existencia precaria es necesaria para que el capital pague menos salarios. Así, ante la creciente existencia de "sobrantes", los demás trabajadores no sólo se encontrarán dispuestos a competir por un número reducido de puestos, sino a aceptar tal o cual empleo a cambio de cualquier remuneración, incluso la más baja e insuficiente para asegurar la sobrevivencia (Marx, 1999). Por ello, feministas como Amaia Pérez (2014) han sugerido que en la actualidad las retribuciones no aseguran la reproducción de la vida del trabajador. Es el denominado conflicto capital-vida, aquella relación con el capital que hace del trabajador un ser dependiente del modo de producción, pero que ya no puede sostenerse ni con lo mínimo que aseguraría su sobrevivencia. En la misma dirección se encuentran las observaciones de Achille Mbembe (2016), quien diría que lo más absurdo del capitalismo neoliberal es que la fuerza de trabajo ni siquiera puede entrar en las relaciones de proletarización, lo que implica un disparate, una contradicción del capitalismo mismo. Las personas devendrían en un desecho en sí, razón por la que no se encuentran a sí mismas como clases trabajadoras, pues se asumen pertenecientes a una no-identidad que les desorienta (Kalb, 2015).

[19] Literalmente, "gastos falsos" de la traducción del francés.

La discusión de cara al presente

Con la finalidad de profundizar el análisis de la precariedad que se presentará más adelante, parto del proceso de degradación de clase (Marx, 1999) en el momento actual de acumulación neoliberal flexible (Harvey, 2008). Un par de posicionamientos teóricos que retomo de la antropología, provienen de estudiosos que escriben desde América del Norte (Canadá y Estados Unidos), aunque sin dejar de pensar globalmente. Encuentro valioso confrontar mi reflexión etnográfica acerca de la precariedad, considerando ambas posiciones: por un lado, el planteamiento de la lumpenproletarización neoliberal de Philippe Bourgois (2009) y por el otro, la propuesta de la hegemonía selectiva de Gavin Smith (2011). Más que una camisa de fuerza, el cruce de miradas propuesto debe ser entendido como antídoto analítico que permite no incurrir en una lectura tautológica de la precarización, sino complejizar la noción, sin desecharla, partiendo de la raigambre de lo material y lo simbólico como fuerzas indivisibles (Mintz, 1996; Williams, 2000) en el terreno de la praxis.

La primera propuesta tiene que ver con la discusión de la expansión del lumpenproletariado en el siglo xxi, a la que referiré como la tesis de la lumpenproletarización neoliberal, apoyándome en Philippe Bourgois (2009). Para este autor, el lumpen que vio Marx (1999) no es el mismo que ahora prolifera. Mientras aquél pensó al lumpen como los niveles más degradados de la escala de clase –vagabundos, amputados, limosneros, entre otros–, Bourgois (2009) postula que esto ha cambiado, aunque no deja de reconocer la potencia de la categoría, ya que cualquier segmento de clase puede devenir lumpen y, por tanto, degradarse –es decir, mira un espectro amplio de posibilidades de clase que escapan al enfoque ortodoxo clásico. Apoyado en las categorías de biopoder y gubernamentalidad foucaultianas, va a suponer que, hoy en día "el lumpen puede ser definido como aquellos sectores de la población que luchan por sobrevivir en una relación parásita con el modo de producción de su era. Su subjetivación se genera a través de una relación abusiva en lugar de una relación de vida con el biopoder y la gubernamentalidad" (Bourgois, 2009: 39). Es decir, si bien son segmentos de clase degradados que sobreviven en la desprotección, bajo el neoliberalismo entran en dinámicas de violencia estructural exacerbada que, de modo concomitante, las acercan al terreno del abuso, las injurias y otras formas de violencia íntima –aquella que se caracteriza por expresarse en lo individual o personal, cuyos orígenes encuentran ecos en lo estructural– (Bourgois, 2009).

El segundo planteamiento teórico está ligado a la noción de hegemonía selectiva, concepto acuñado por Gavin Smith (2011). Esta discusión repara en el modo en que opera la acumulación de capital en una era en la que amplios segmentos de población se encuentran inmersos en procesos constantes de empobrecimiento y despojo, que a su vez son modelados por una distribución de recursos a cuentagotas, filtrados muchas veces por el discurso multicultural de las identidades. Para comprender mejor este fenómeno, podría decirse que significa dar a unos pocos en función de quiénes son y cómo se les reconoce (identidad), dejando a cientos en el abandono por no poder remontar sus "activos", para usar la jerga de las teorías del capital humano que observarían un potencial empresario en todos los sujetos. Esta lógica es distinta a la que predominó durante el fordismo, que se solía operar mediante una "hegemonía expansiva" a través de la cual el capital absorbía amplios segmentos de población, sin seleccionarles por vía de la identidad, pues lo que demandaba era utilizarlos como trabajadores en general para la acumulación. En cambio, la hegemonía selectiva –durante el neoliberalismo–, opera a partir de agudizar las diferencias y el reconocimiento como modo de administrar a las poblaciones. Tanto la tesis de Bourgois, como la de Smith brindan cierto equipamiento heurístico para profundizar en los procesos de degradación de clase a los que previamente me he referido, mismos que no sólo ponen en juego el desgarre de las condiciones laborales en sí, sino también el de la existencia misma –la salud, el impacto corporal, la exposición a la muerte, etc.–.

Las vidas de los ciegos, así como sus historias de clase, pueden ser interpretadas a partir de estos dos marcos analíticos. Considero que son poblaciones lumpen, administradas por medio de una lógica de hegemonía selectiva neoliberal, ya que su distanciamiento de la narrativa laboral clásica es tal, que han sido interpelados por el discurso de las capacitaciones laborales –como el tejido de macramé, la repostería, los masajes o la computación–, a manera de "salida" –absolutamente incierta– a su condición de sobrantes. El espectro de violencia íntima es notorio, cuando emerge el discurso individualizador como única explicación posible a su desgracia: el fracaso en lo laboral, las razones de la enfermedad, la "culpa" por haber sido violentada en pareja, e incluso el suicidio ante la desesperación del vivir sin ingresos y con "desamor".[20] Por otro lado, son sujetos también tomados por el discurso

[20] En las entrevistas me contaron que Adrián, un ciego de aproximadamente 24 años, tomó raticida para terminar con su vida. Los motivos suicidas que los informantes identificaron se relacionaron con que el hombre estaba decepcionado amorosamen-

multicultural que moviliza el neoliberalismo, para ampararse en las dádivas institucionales que aparecen en torno al discurso del merecimiento. Es decir, unos se sienten merecedores de las migajas y enfatizan que necesitan más que otros. Algunos ejemplos de esto serán rescatados de mi diario de campo en el tercer capítulo, ya que se conectan con la discusión sobre cómo son gobernados por el Estado, sostenidos de la idea de "discapacidad". El siguiente testimonio sirve para ilustrar la fase neoliberal identitaria a la que me refiero. Durante la indagación empírica, un hombre ciego encargado del centro de cómputo para invidentes del DIF mencionó, mientras se le entrevistaba:

> Antes era muy difícil buscar empresas que quisieran discapacitados, ahora es muy difícil la empresa que dice: "no". Porque hay más cultura en cuanto a dar empleo. Por un lado, si tú [que sí ves] quieres buscar trabajo, te avientas tres meses y de repente pescas uno y, más cuando estás chavo, dices: "Bueno, si no me gusta, me salgo y me voy a otro". Pero como a la persona con discapacidad le cuesta mucho trabajo conseguir empleo, cuando lo adquieren, lo cuidan (Marco Antonio, ciego adquirido, agosto de 2016).

En lugar de suavizar la idea con la frase "lo cuidan" –aludiendo al trabajo–, podría afirmarse que los ciegos están casi obligados a no dejar cualquier empleo que se les permita, pues no será sencillo que encuentren otro. Por ello es por lo que hablo de una disciplina que se va diseminando en la subjetividad de estas personas. En consecuencia, el disciplinamiento de clase ocurre a partir de la categoría de "discapacidad". El cuerpo marcado así, como cuerpo "discapacitado", es a la vez una condición que potencia el aumento de plusvalía. Es decir, a medida que el capital deja de recurrir a amplios sectores poblacionales para incentivar la producción en masa y el consumo –hegemonía expansiva, en auge durante el fordismo–, va transformándose, dando un giro: ya no hacia lo masificado, sino hacia lo selectivo. Hoy en día categorías identitarias como "indígena", "adulto mayor", "gay",

---

te ("fue por desamor"). Sin menospreciar tal explicación, otra serie de circunstancias parecen complementar las causas: solía estar encerrado en casa de sus familiares desde pequeño ("les daba vergüenza porque era ciego"), situación que le deformó la espalda ("lo tenían amarrado en una silla; siempre durmió en una silla"); se escapó y sobrevivía de la limosna; no contaba con un lugar donde dormir, hasta que la asociación civil que se referirá más adelante fungió como refugio durante algunos meses. Si se observa en perspectiva, se pueden ir mostrando gajos que, en conjunto, demuestran las violencias amalgamadas que explican su condición. Adrián encarna a un lumpen, en el sentido de Bourgois (2009).

"discapacitado", entre otras, filtran los recursos a manera de embudo para que cientos de personas se arrebaten, unas a otras, determinados ingresos (Smith, 2011), contribuyendo con ello a que emerjan múltiples formas de fragmentación de clase (Carbonella y Kasmir, 2014). Este filtro pasa necesariamente por los discursos del merecimiento, en otras palabras, por la idea ampliamente difundida de que unos sujetos meritan más que otros, según sean reconocidos o no bajo una realidad discursiva específica. ¿Qué dota de ontología a estos sujetos ciegos en la fase selectiva del capital? La categoría que les interpela, el nombrarse y el reconocerse en los motes legitimados por el Estado, quien produce y sostiene a la "discapacidad" en la legislación vigente. En el capítulo tercero, se dará continuidad al análisis crítico de la emergencia de este término que, propondremos, pertenece al arsenal de formas de interpelación que el multiculturalismo ha fabricado para administrar a las poblaciones en el neoliberalismo.

Es por esto que, considerando la variabilidad en las historias laborales de los sujetos ciegos en Puebla, cabe preguntarse si es posible problematizar sus vidas como lumpen pauperizadas o como parte de los trabajadores en activo, o quizás en ambas modalidades; tal vez han ido y venido de intermitentes a flotantes, o de latentes a lumpen; se observó que algunos fueron en un momento clase obrera industrial, y en otros momentos trabajaron en el sector servicios, mientras algunos otros pasaron del campo al sector terciario, o tendieron a combinar trabajo doméstico y de cuidados (reproductivo) con trabajo productivo, etcétera. Los postulados teóricos que hasta el momento han sido recuperados de la tradición de la economía política crítica, son de utilidad para desmontar la idea anquilosada y endurecida sobre las clases sociales. Tal como David Harvey (2007) señala, las interpretaciones malthusianas suelen seguir siendo hegemónicas no sólo en los estudios demográficos respecto a las poblaciones y la distribución de los recursos, sino también en las políticas que operan para interpretar el "origen" de las poblaciones en situaciones de empobrecimiento.[21]

[21] En la crítica que Harvey hace, sostiene que "Malthus reconoce que 'la miseria tiene que tocarle a alguien' y sostiene que los controles positivos recaerán necesariamente sobre las clases más bajas […], explicando así la miseria de éstas como resultado de una ley natural que funciona 'con absoluta independencia de toda reglamentación humana'. El sufrimiento de las clases bajas debe interpretarse, por lo tanto, como 'un mal tan profundamente asentado que ningún ingenio humano puede solucionarlo' […]" (Harvey, 2007: 56). Las comillas simples indican palabras que el autor retoma del propio Malthus.

Conviene así ahondar en las biografías concretas de los ciegos. Los invidentes con quienes tejí lazos y pude charlar no comparten realidades homogéneas, pues hay que decir que se corroboraron diferencias de clase, por lo cual no se debe asumir que todos pertenecen a una misma experiencia y condición material y simbólica de existencia. Los hay exitosos, con un puesto de trabajo en una determinada institución, presidentes de asociaciones, apoderados de cargos relevantes en el ordenamiento político municipal, líderes de proyectos artísticos o deportivos, etcétera. No está demás decir que este primer grupo es minoritario con relación al total y, a su vez, son los más visibles públicamente. Dicha visibilidad se nota cuando las instituciones los nombran, los medios de comunicación los refieren, algunos funcionarios los designan, les dan un lugar, e incluso las televisoras y radiodifusoras locales les entrevistan para que sus quejas sean oídas públicamente. Apoyándome en el pensamiento de Judith Butler (2006; 2010) puedo decir que son sujetos legibles y reconocidos públicamente, pues se hallan dentro de los marcos de la representación. Sin embargo, no hay que pasar por alto que, aunque este grupo ocupa una posición distintiva en la jerarquía de estatus o prestigio local, tampoco pueden ser entendidos como grupos económicos con la posesión de medios de producción –es decir, como una burguesía clásica–, sino más bien como una élite trabajadora perteneciente a la misma clase desposeída, aunque con mayores posibilidades materiales y simbólicas que el resto. Aquí puedo mencionar, como casos notables, por un lado, a Francisco, que es presidente de la Organización de Ciegos en Puebla A.C. (OCPAC),[22] quien ocupó un puesto en la administración municipal priísta de 2008 a 2011; por el otro, las y los profesores del actual Centro de Atención Múltiple (CAM "Club de Leones"). En el curso de la investigación supe de otros ejemplos, aunque no los entrevisté.[23] A este minoritario grupo de ciegos legibles, los demás los nombran como "ciegos de primera clase".

La otra cara de la moneda representa a la gran mayoría numérica, aunque con una representación pública prácticamente estéril. Estos, los "super-

[22] Dicha organización remite a una de las muchas que hay en la ciudad. Sin embargo, el nombre es ficticio. Decidí modificar el nombre original puesto que las riñas entre las mismas y el municipio son álgidas. En adelante, se hará alusión a OCPAC para referirme a ella.

[23] Por mencionar algunos, el líder de un grupo local de futbol para ciegos, otro que fundó una universidad privada en la ciudad, uno más que se dedica a llevar un club de cine para ciegos, así como líderes de otras ONGS.

numerarios" como diría Marx (1999), son ilegibles, menos reconocibles, siguiendo la terminología empleada por Butler (2006; 2010). Se difuminan en un caleidoscopio multicromático como "socios", "esposas", "limosneros", "pensionados", "discapacitados". Sus historias suelen ser las que acarrean más desgracias, aquellas con niveles altos de penuria por los trajinares de la incertidumbre social y laboral, una deficitaria atención a la salud e incluso la potenciación de violencias urbanas como el acoso callejero que enfrentan las mujeres, o los asaltos, más frecuentes en los relatos de los varones. En sus propias palabras, ellos mismos se dicen los "ciegos de segunda clase", asumiéndose en tal posición del espacio social (Bourdieu, 2007). Para Bourdieu (2007), el espacio social constituye un espacio no sólo en el sentido geográfico, sino en el terreno de las luchas simbólicas y desiguales en que se hayan distribuidas las relaciones sociales entre los agentes (personas). Es decir, a partir de la posición que ocupa cada uno de los agentes que habita el mundo, diferenciado por los capitales que posee –educación escolar, ocupación laboral, origen familiar, apreciación cultural y estética, gustos musicales, etcétera–, tendrá la posibilidad de tomar determinadas disposiciones o acciones al respecto. En conjunto, el espacio social limita las posibilidades de acción de los sujetos. Es así como, de acuerdo con el lugar que se ocupe, se podrán explicar "los puntos de vista" (1999) que el agente pueda llegar a tener respecto a algo, así como las prácticas asociadas a ello. En esta investigación etnográfica, los "ciegos de segunda" ocupan, sin lugar a duda, una butaca desventajosa y enmohecida de la sala de cine: pueden sentarse y apreciar el mundo, pero no alcanzan la realidad de la pantalla, esa a la que otros sí acceden, es decir, los "ciegos de primera". En ocasiones aludiré a estos conceptos de Bourdieu para explicar la información obtenida durante el trabajo de campo. Por ejemplo, en el próximo capítulo será fundamental el concepto *habitus* para comprender ciertos cambios históricos.

Es este grupo de invidentes "de segunda" en el que me centraré a lo largo de las discusiones que abordo en esta obra. En el capítulo siguiente me doy a la tarea de revisar las trayectorias laborales por las cuales han transitado, con el objetivo de comprender cómo han sido producidos como sujetos de clase, y qué posiciones ocupan en el espacio social. Discutiré una serie de continuidades y contradicciones que observo en las biografías de esta gente, pretendiendo comprender la dimensión concreta del mundo que se entreteje a lo largo de la exposición, el mundo de los "ciegos de segunda".

CAPÍTULO II
"VENGO A PEDIR CARIDAD, ES QUE NO TENGO TRABAJO": RELACIONES DE CLASE Y DEPENDENCIA EN LA INESTABILIDAD

Un día que me encontraba trabajando en OCPAC, llenando paquetes de pañales para adulto que serían vendidos a un par de "socios", Patricia llegó con el semblante desencajado. Las gafas oscuras no escondían las lágrimas que a momentos le escurrían hasta alcanzar los labios. Esforzándose por levantar los dedos a la altura de las mejillas y tallarse los párpados, narraba su doliente situación familiar. Estaba preocupada porque a su madre, de noventa y un años –que usaba una andadera para ponerse de pie–, "le cuesta mucho trabajo" cuidar a su sobrino de cincuenta años, mutilado de una pierna a raíz de un accidente laboral sucedido años atrás, postrado en cama por derrame cerebral y dializado por disfunción renal. En el mismo departamento "de Infonavit" vivían además las dos hijas del hombre.[24] La menor, de veintiún años, concluyó la preparatoria y ocasionalmente tenía empleo en tiendas de autoservicio. La mayor, de veintitrés, estudiaba para ser abogada, tenía un trabajo –también en el sector servicios– que le reportaba escasos ingresos que en su mayoría utilizaba para sostener sus estudios.[25] La familia "junta"

[24] Conocí la vivienda de Patricia, a doña Refugio, su madre, y a una de las sobrinas. Aquel día llegamos después de una cansada jornada de entrega de despensas a la que acompañé a Paty. Apenada, me dijo de inmediato al entrar: "Ay manito, ¿qué te invito? Creo que hay sopa [de fideo]. ¿O te traemos un refresco? Me da harta pena". El espacio es reducido, como suelen ser los departamentos que desde los años setenta construía el Instituto del Fondo Nacional de la Vivienda para los Trabajadores (Infonavit) para ciertos sectores de la fuerza de trabajo amparada con ese derecho (Infonavit, 2017). Al igual que los alojamientos de otros informantes (Gregorio, Ignacio y Angélica), el de Patricia cuenta con una pequeña sala anexada al comedor, un reducido patio de lavado, un pequeño "estudio" –que suele funcionar como otra recámara con cama–, dos cuartos para dormir y un baño completo.

[25] De acuerdo con el Censo de Población 2010 de INEGI, la Población Económicamente Activa (PEA) en el municipio de Puebla estuvo distribuida de la siguiente

las pensiones de la madre y de Paty, los "apoyos",[26] así como los exiguos ingresos de las hijas del sobrino para "completar el gasto", según narró la informante. A la par, Patricia trabaja vendiendo mazapanes, chicles, cacahuates y otras confiterías en las calles de su colonia, "La Cristal".[27]

La viñeta anterior sintetiza tan sólo una de las múltiples situaciones de sufrimiento que advertí durante el trabajo de campo. Entiendo sufrimiento como la secuela a nivel personal de la violencia social estructural (Bourgois, 2009; Farmer, 2004), macerada por consecuencias que el correr de los cambios históricos en sus escalas global, nacional y local, va dejando entre la gente (Kleinman, 1997). A continuación, procedo desbrozando los relatos personales que dan cuenta de algunas de las características de ese sufrimiento de clase compartido por los ciegos, mismos a quienes he decidido agrupar en tres cohortes generacionales (ver Figura 2). El concepto sociológico de cohorte generacional es amplio y problemático, como han señalado algunos especialistas (Caballero y Baigorri, 2013; Leccardi y Feixa, 2011). No obstante, es factible partir de una noción lo suficientemente amplia, pues se dice que una generación alude al

> conjunto de seres humanos que, perteneciendo a cohortes de edad iguales o cercanas, comparten un conjunto de elementos identitarios claramente diferenciados que co-determinan, junto a otros componentes estructuracionales, su personalidad, y consecuentemente sus actitudes y hábitos de vida. Cada oleada de coetáneos es marcada por un herraje cultural distinto, fruto de la evolución cultural; pero además de los valores dominantes en cada periodo, y de los que adquieran como consecuencia de su pertenencia a otras categorías sociales (clases o grupos de status), […] hay momentos que contribuyen a conformar las mentalidades porque capturan la atención, y provocan la emoción de millones de individuos en una

forma, según sectores económicos: 1.13% primario (agricultura, ganadería, silvicultura, caza y pesca), 25.56% secundario (minería, extracción de petróleo y gas, industria manufacturera, electricidad, agua y construcción), 72.28% terciario (comercio 23.52%, transporte, gobierno y otros servicios, 48.77%) y 1.03% no especificado.

[26] Por ser "discapacitada visual" (ciega), ella y sus "compañeros" reciben otra serie de "apoyos" a manera de dádivas de programas gubernamentales que serán discutidos más adelante.

[27] El nombre de la colonia "La Cristal" es ficticio, con el objetivo de resguardar la confidencialidad.

> etapa formativa clave como la infancia y la adolescencia (Caballero y Baigorri, 2013: 5).

Debido al marco teórico al que recurro, no comparto la idea de "evolución cultural" en un sentido ascendiente, sino más bien la concibo como cambio social no exento de rupturas y discontinuidades, en tanto éstas hablan de una experiencia dinámica de clase (Crehan, 2004), formación dúctil, contradictoria y en modelación permanente a lo largo del tiempo (Carbonella y Kasmir, 2014 y 2015; Kalb, 2015; Narotzky y Smith, 2010; Smith, 2002; 2011). Hablar de clase implica tener en mente un concepto poroso que no se encuentra compartimentado en tajos temporales deterministas. Así, pese a que recurro al ejercicio analítico por cohortes generacionales, las formaciones de clase social que aquí abordo deben ser tomadas con cautela epistemológica, bajo riesgo de crear ficciones intelectuales que después se reifiquen y se vuelvan en contra del propio análisis, tal como ha sucedido con la categoría de trabajador fabril en las ciencias sociales (Smith, 2002).[28]

Prestando atención a la documentación de las experiencias biográficas que se colectaron a lo largo del trabajo de campo etnográfico, planteo la posibilidad de hacer una síntesis generacional (una vez más, no determinista) de las trayectorias laborales, los sucesos fatídicos en el terreno familiar, del tema de la dependencia y su relación con el orden de género, a fin de comparar las historias de clase de los informantes ciegos.

[28] El argumento se apoya también de las enseñanzas de Raymond Williams (2000), quien insiste en que la interpretación marxista de la cultura no puede reducirse a un mero reservorio de conceptos (modo de producción, ideología, plusvalía, etc.), sino que, entre sí, forman parte indisociable de la vida humana. Siguiendo la lectura crítica del intelectual galés, pese a que la división analítica del marxismo se efectúe con objetivos de examinaciones rigurosas en cuanto a su composición y entrelazamiento conceptual, los procesos que dan sustento material a la nomenclatura nunca dejan de ser más complejos que la mera disección categorial en el papel. Es decir, pese a que la estrategia expositiva que planteo recurre a dividir en tres generaciones los hallazgos en las entrevistas, no concibo a la realidad compartimentada en el mismo sentido, no llevo a cabo un análisis mecanicista de ella, pues evidentemente es de mayor complejidad y debe mirarse en términos relacionales (Bourdieu, 1997).

Cohortes según años de nacimiento	*Nombre*	*Sexo*	*Edad*	*Ocupación actual**
Primera cohorte (1948-1957)	Patricia	♀	68	"Desempleada"
	Manuel	♂	67	"Limosnero"
	Ignacio	♂	62	"Lavacoches" y "recolector de basura"
	Angélica	♀	59	"Ama de casa" y "desempleada"
Segunda cohorte (1961-1966)	Margarita	♀	55	"Ama de casa" y "Limosnera"
	Francisco	♂	55	"Presidente de OCPAC"
	Zulema	♀	55	"Ama de casa" y "Desempleada"
	Benjamín	♂	54	"Limosnero"
	Gregorio	♂	53	"Limosnero"
	Marcelo	♂	50	"Desempleado"
Tercera cohorte (1968-1973)	Daniel	♂	48	"Limosnero"
	Melesio	♂	47	"Vendedor de limas de uñas"
	Héctor	♂	45	"Desempleado"
	Gonzalo	♂	43	"Desempleado"
	Cecilia	♀	43	"Ama de casa" y "Masajista"

Figura 2. Cohortes generacionales de los informantes.
Fuente: Elaboración propia con base en información recolectada durante el trabajo de campo.
*Definida según lo que cada informante manifestó sobre sí mismo.

Primera cohorte (1948-1957): "Mi mamá estaba pensionada por mi papá que era obrero, pues estuvo en la Mayorazgo"

La primera cohorte se conforma por quienes nacieron entre 1948 y 1957. Fueron troquelados por una experiencia de clase familiar y personal de trabajo manual, en la que la producción industrial textil o artesanal de ladrillos, fueron realidades objetivas primordiales para su reproducción social. Nostálgicos porque ya no tienen lo que tuvieron en algún momento, sea por la dependencia al trabajo o al ingreso transferido a la familia a modo

de pensión, resuenan sus voces plagadas de añoranza y dolor. Sobresale que los padres de Patricia e Ignacio fueron trabajadores de la industria textil poblana, esa vieja manufactura que decayó hacia finales de los años sesenta del siglo xx (Estrada, 1997). Ambos hombres proveyeron con salarios a sus familias bajo el cobijo de la fábrica Mayorazgo: "Mi papá era obrero textil de la Mayorazgo, San José Mayorazgo. Mi mamá era ama de casa" (Ignacio, ciego adquirido, 62 años, julio de 2016). A su vez, tanto las madres como los hijos fueron producidos como dependientes del "salario familiar" (Fraser, 2015), mismo del que pudieron gozar los padres en tanto trabajadores industriales del mencionado ramo.[29]

Al morir el padre de Patricia, la herencia por los años de trabajo textil masculino fue una modesta pensión proveniente del salario, transferencia monetaria que contribuía a la sobrevivencia y reproducción de su familia hasta el momento en que realicé el trabajo de campo. Su envejecida madre encarna el modelo de esposa dependiente del salario familiar, al menos hasta su muerte. El dato anterior no es menor, pues tal como propone Gauss (2009), la división sexual del trabajo de la industria textil en Puebla consolidó el mandato de la fórmula del varón proveedor, volcado a la esfera de la producción, y el de la mujer cuidadora encargada del ámbito de la reproducción. Esta formulación se asemeja a la discusión que teje Nancy Fraser (2015) respecto a ciertas experiencias en el contexto estadounidense de posguerra, distintivas de ciertos segmentos de clases trabajadoras y de capas medias cobijadas por el Estado de bienestar. Pese a ello, no hay que olvidar que ese modelo nunca fue total, pues siempre existieron personas que no fueron amparadas por él (Fraser, 2015).

Si bien la industria textil poblana tiene antecedentes al menos desde el primer tercio del siglo xix (Estrada, 1997; Gamboa, 2001), sufre un retro-

[29] La idea de salario familiar la retomo de Nancy Fraser, quien sostiene: "El orden de género que ahora está desapareciendo desciende de la era industrial del capitalismo y refleja el mundo social de su origen. Se centraba en el ideal de *salario familiar*. En ese mundo se suponía que las personas se organizaban en familias nucleares heterosexuales encabezadas por el varón, y que vivían principalmente de lo que el hombre ganaba en el mercado de trabajo. El cabeza de familia varón recibía un salario familiar, suficiente para sostener a los hijos y a una esposa y madre que realizaba el trabajo doméstico sin remuneración. Incontables vidas nunca encajaron en este patrón, por supuesto. Aun así, proporcionaba la imagen normativa de una familia correcta" (Fraser, 2015: 139, cursivas en el original).

ceso a inicios del siglo xx, aunque sin perder su centralidad nacional.[30] En consecuencia, la industria ligera orientada a producir bienes de consumo –la textil dentro de este espectro– tuvo dificultades durante el porfiriato, aunque a la par siguiera desarrollándose (Speckman, 2008). Asimismo, enfrentó problemas para que los bienes producidos fueran consumidos por la población nacional, debido principalmente al entorno de inestabilidad financiera y escasez de materias primas; además, se acrecentó el poder económico concentrado en grupos privilegiados consolidados por el mismo régimen, quienes se alimentaron de los beneficios de la riqueza local producida (Speckman, 2008). Al tiempo que estos cambios productivos tenían lugar en el país, los inicios del siglo xx se emparejaron también con un incremento demográfico importante. Vale destacar que la población creció en esos años significativamente en la entidad poblana.[31] Esto significó que, hacia los años de nacimiento de la primera cohorte de entrevistados, se había acelerado la formación de un amplio ejército de reserva que el capital demandaba en aquél entonces. En ese sentido, la Secretaría de la Economía Nacional (1930), en el quinto censo de población, menciona la importancia que cobraba la industria en Puebla de aquellos tiempos, aunque ya en descenso con relación a otras ramas de la actividad económica:

> Si en la minería la actividad industrial en *Puebla* es escasa, en otras ramas de la industria sobresale como uno de los sectores más activos de la *República*. Varios ingenios de importancia extraen de la caña dulce, azúcar, panela y alcohol, y los molinos de trigo existentes producen harina suficiente para el consumo del Estado y para exportar a otros puntos del país. **La industria fabril cuenta con numerosas fábricas de hilados y tejidos**; de sombreros, zapatos, cristal y vidrio. Es de citarse también la industria de la cerámica de Puebla, que goza de gran prestigio y es indudablemente por su valor estético una de las artes representativas de México. Otro de los recursos naturales industrializados que han dado nombre al Estado son las fuentes de agua mineral, cuya explotación principal se halla en *Tehuacán*, en donde se

[30] En 1935, Puebla encabezaba este ramo pues concentraba 30.82% (257,139) del total de husos en el país; por debajo se encontraban Veracruz y el Distrito Federal (Luna, 1980 *apud* Estrada, 1997).

[31] En el periodo porfiriano se elevó el número de habitantes, pasando de 65,000 (año 1877) a 94,000 (año 1900) y 96,000 (año 1910) (Speckman, 2008). De acuerdo con el INEGI, la ciudad contaba en 1930 con 124,063 habitantes (44.9% varones y 55.1% mujeres), en 1940 con 148,701 (46.08% varones y 53.91% mujeres) y en 1950 con 234, 603 (46.36% varones y 53.64% mujeres).

> han instalado balnearios muy concurridos, por las cualidades medicinales y curativas de sus aguas. Estas son embotelladas directamente en el brote de los manantiales, y tienen gran demanda en todo el país (Secretaría de la Economía Nacional, 1930: 10, negritas añadidas).

En la misma fuente se menciona que, además de metales, cuya explotación no era en ese momento significativa, "se hallan en el subsuelo […] algunos minerales como el yeso, tecali y mármol, principalmente empleados en trabajos ornamentales y en la fabricación de objetos de arte" (Secretaría de la Economía Nacional, 1930: 10). La madre de Manuel –el ciego que trabajó en la Lotería Nacional, del que hablé en el capítulo primero–, trabajaba en el campo y sabía elaborar ladrillos en Cuautlancingo, oficio que enseñó a sus hijos. Así lo relató el hombre:

> Mi mamá era ladrillera. Hacíamos los ladrillos con gavera, era una tabla más grande que un ladrillo. Agarrabas tu barro, bien amasadito y lo medías. Luego, con un aro, rebabeábamos. En ese entonces nos los pagaban ¡de a cinco centavos cada pinche tabique, cabrón! Para ganarte cinco pesos, tenías que hacer cien ladrillos. Entre los once hermanos que éramos, hacíamos trescientos ladrillos (Manuel, ciego adquirido de 67 años, julio de 2016).

Cabe decir que, pese a la manufactura industrial pujante, en el primer cuarto de siglo predominaba aún la población rural. En 1930, siete de cada diez personas vivían en entornos rurales de la capital poblana. Sin embargo, tan sólo dos décadas más tarde el censo de 1950 mostraba una realidad radicalmente distinta: nueve de cada diez habitantes del municipio residían ya en espacios urbanos. Así, se comprueba una transformación significativa que denota la producción de un segmento de clase a partir de su experiencia ligada al trabajo fabril, más cerca de las actividades urbanas como el comercio y la propia industria textil. Ejemplo de ello es la descripción pormenorizada con que se aborda el tema del crecimiento industrial diversificado en el octavo censo de población (Secretaría de Industria y Comercio, 1960):

> La Entidad contaba con 4 413 establecimientos, en los que trabajaban 65 487 personas que percibían sueldos y salarios por $289 317 000. Para llevar al cabo la producción industrial que ascendió a $1 197 673 000, se consumieron $564 348 000 por concepto de materias primas. El capital invertido en ellos tenía un valor de $960 421 000.
>
> Entre su variada industria, Puebla posee la textil, la más antigua del país y la más importante para la Entidad, por ocupar el mayor nú-

> mero de trabajadores y por tener las cifras de mayor significación en cuanto al valor de su producción y al volumen de su inversión.
> Los principales municipios, por el número de establecimientos industriales, son: Puebla, Tehuacán, San Martín Texmelucan, Atlixco y Chietla.
> **Las actividades que se distinguen por la importancia económica que representan para la Entidad, son: la de hilados y tejidos que da ocupación a gran parte de la mano de obra poblana**; la industria alimenticia, que sobresale por el valor de sus inversiones y por el personal que ocupa; la elaboración de azúcar; los molinos de nixtamal; la producción de dulces y confituras; la producción de pan y pasteles; y el beneficio de diversos productos agrícolas. Son también importantes la industria del vestido; la fabricación de accesorios y refacciones para maquinaria; la industrialización de la madera y sus derivados; la producción de cemento; la siderurgia e industrias metálicas; la elaboración de vinos y aguardientes, sidra, refrescos y aguas gaseosas; la alfarería y la producción de materiales para la construcción.
> Hay 189 plantas generadoras y revendedoras de energía eléctrica que proporcionan servicio de luz y fuerza a 39 municipios, siendo insuficiente en 23 y no existiendo en los restantes (Secretaría de Industria y Comercio, 1963: VI-VII, negritas añadidas).

A inicios de la década de los sesenta, la realidad industrial ha calado hondo en el estado en general y en la ciudad de manera particular. La magnitud fue tal, que la Secretaría de Industria y Comercio (1963) consideró pertinente señalar los bajos salarios (capital variable) del grueso de trabajadores con relación a las materias primas y al "capital invertido", probablemente en maquinaria y otras formas de trabajo muerto (capital constante).[32] Según este mismo documento, 97.23% de la población en la capital del estado es considerada urbana. En este contexto crece Patricia, nacida ciega en 1948. No obstante, no es lo mismo haber nacido con esta condición sensorial, que haber perdido la vista en el transcurso de la vida, tal 3 los demás informantes de esta cohorte. Ella entró a estudiar a la Escuela Hogar para Ciegos del Club de Leones (en adelante, Escuela Hogar) desde pequeña, donde el

[32] Con el objetivo de dimensionar esa transformación pujante de fuerza de trabajo industrial en Puebla, según cálculos propios con base en la fuente mencionada, solamente 15.95% de capital fue invertido en pago por concepto de salarios, y 31.11% en materias primas, lo que indicaría que se tuvo una plusvalía mayor a 50% del total de riqueza producida. La información habla de unas condiciones materiales de vida muy bajas para el obrero industrial "proveedor" de aquellos años.

entrenamiento y capacitación en el trabajo manual fue relevante, ya que trabajó en la maquila domiciliaria de mercancías en dicho espacio, a su vez educativo y laboral:

> Cuando supimos de una escuela que era para puros invidentes, me agarraron mis papeles y eso y sí entré. Hice mi primaria normal como ustedes [los videntes], pero aparte teníamos talleres. Había de música, manualidades, de piano, mandolina y guitarra. Las manualidades eran de tejido, […] clases de máquina para coser. Luego le llevaban maquilas a la maestra. [Nos daban] trabajo así por ejemplo [de] la grapa, ¿ve que se le mete un hulito que se llama aislante? ¿A la grapa de luz?, esa nos la pagaban a $3.00 pesos el kilo. Y luego, también hacíamos unas redes para balón, nos pagaban por esas, creo que $0.20 o $0.25 centavos. Yo entré a la escuela como de diez años, más o menos fue como en 1964 o 1963, [o] en 1965, por ahí así (Patricia, ciega de nacimiento, 68 años, julio de 2016).

Desde entonces, la vida de Patricia comenzó a cincelarse por el trabajo manual, aunque la experiencia industrial viniese configurándose previamente por medio del padre. No obstante, no se trata ya del antiguo régimen de trabajo que desempeñó el hombre proveedor, ligado a un disciplinamiento de clase, pedagógicamente transmitido por la fábrica industrial del ramo textil, donde percibía un "salario familiar" que después mutaría en "pensión". La experiencia productiva de Patricia a nivel personal estuvo vinculada al trabajo a destajo. En ese momento, había en la Escuela Hogar una disciplina que atravesaba la reproducción de la vida de las y los ciegos en un sentido amplio. Allí se les daba de comer, se les instruía en aseo y cuidados personales, así como en el trabajo de maquila, desempeñado por niños y adultos por igual. Este aspecto cambiaría más tarde, pues hacia la primera década del siglo XXI, la Escuela Hogar dejó de representar un espacio dual, auspiciado por la asistencia privada (Club de Leones) y pública (Secretaría de Educación Pública, SEP), pues pasó a neoliberalizarse gubernamentalmente. Absorbido enteramente por la SEP, el "Centro de Atención Múltiple CAM Club de Leones"[33] dejó de representar un lugar de reproducción de la

[33] Actual nombre de la institución, que alude a la atención no sólo de la ceguera, sino de "discapacidades" múltiples. Esto significa que hoy se puede atender a niños solamente ciegos, pero también a niños ciegos con problemas de motricidad, sordos ("sordociegos") o con "discapacidad intelectual". La cuestión es mostrar una atención "múltiple" de "discapacidadades" sobrepuestas.

vida, la educación y el trabajo, transformándose sólo en escuela primaria para menores de edad. Esto significó la expulsión de cualquier adulto que adquiriera la condición de ceguera y quisiera rehabilitarse. El proceso de conversión del espacio educativo melló la importancia amplia que tuvo en materia de reproducción social la Escuela Hogar durante cerca de cinco décadas –de mediados de los cincuenta a inicios de los años 2000–, pues hoy día se le limita solamente a impartir clases y no a dar trabajo a quienes así lo necesitan. Vale destacar que el *Lions Club International* se ha retirado de la transferencia de recursos económicos.

Sin embargo, los ingresos del padre no sostenían enteramente a la familia de Patricia, aspecto presente en la totalidad de historias que se abordan. Ningún informante, independientemente del año en que nació, ha sobrevivido nunca por un solo ingreso. Todos han recibido dinero y recursos en especie de familiares, conocidos, amigos, instituciones, etc., a fin de realizar su existencia material. Prueba de ello fueron las actividades de la madre de Patricia y la suegra de Ignacio, mujeres que, a la par que realizaban trabajos domésticos y de cuidados con sus propias familias, "lavaban ajeno" para complementar los ingresos familiares, ya de por sí pauperizados. La concatenación de estos hechos modela las formas que conducen a conocer los matices que estructuran la diferencia sexual y de clase en términos de género, pues no son lineales, totalizantes, ni intrínsecos. Por el contrario, deben comprenderse en términos geográficos e históricos específicos pues, a su vez, "construyen las relaciones de poder, dominación y subordinación entre hombres y mujeres" (Scott, 2008: 21).

Habría que decir también que concuerdo con Bourdieu (2007) en cuanto a que no es posible aprehender el mundo social si no se recurre a una perspectiva posicional y relacional. Esto es, el investigador lee determinadas prácticas, al tiempo que deshilvana la posición que los agentes ocupan en el espacio social, perspectiva metodológica que a su vez alude a comprender los *habitus* que los sujetos despliegan. Conviene esbozar la idea de *habitus* que servirá de hilo conductor, no sólo para entender el tema de la precariedad y la clase, sino también el del discurso que interpela a las poblaciones "limosneras", e incluso las posturas que adquiere su corporalidad, moldeada también a partir de la limosna. El sociólogo francés sostiene que:

> El *habitus* es ese principio generador y unificador que retraduce las características intrínsecas y relacionales de una posición en un estilo

> de vida unitario, es decir un conjunto unitario de elección[34] de personas, de bienes o de prácticas. [... L]os *habitus* se diferencian; pero asimismo son diferenciantes. Distintos y distinguidos, también llevan a cabo distinciones: ponen en marcha principios de diferenciación diferentes o utilizan de forma diferente los principios de diferenciación comunes. [… incluyen, por tanto,] prácticas distintas y distintivas –lo que come el obrero y sobre todo su forma de comerlo, el deporte que practica y su manera de practicarlo, sus opiniones políticas y su manera de expresarlas difieren sistemáticamente de lo que consume o de las actividades correspondientes del empresario industrial–; pero también son esquemas clasificatorios, principios de clasificación, principios de visión y de división, aficiones, diferentes. Establecen diferencias entre lo que es bueno y lo que es malo, entre lo que está bien y lo que está mal, entre lo que es distinguido y lo que es vulgar, etc., pero no son las mismas diferencias para unos y otros (Bourdieu, 2007: 19-20, cursivas en el original).

Los *habitus* representan la incorporación de la cultura en las prácticas, según el lugar que se ocupe en el espacio social. Esa cultura incorporada actúa a manera de "lenguaje" por medio de "signos distintivos" de los agentes que se ubican más cercanos entre sí en el espacio social.[35] Es de mi interés mostrar,

---

[34] No se malentienda el uso del término "elección" en los argumentos de Bourdieu. No se refiere a elecciones desprovistas de contexto social, histórico y político. No está refiriendo por tanto a la idea dominante de elección en el pensamiento liberal. En su propuesta conceptual, inserta en una tradición social integradora, bajo la cual no es posible inclinar la balanza totalmente hacia la estructura ni enteramente hacia la acción individual, las elecciones vendrían a representar un cierto margen de acción que los agentes (para usar su propia terminología) tendrían bajo específicas condiciones históricas de posición. En este punto, ha sido insistente él mismo en distintos trabajos (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 2002; Bourdieu, 2007), donde además ha cuestionado seriamente la noción de elección en la teoría liberal que concibe actores absolutamente autónomos. Muy probablemente esta crítica es desarrollada a partir de la economía política crítica, pues no hay que olvidar dos cosas: (1) Que Marx (1977) concibió que los hombres actúan bajo condiciones históricamente dadas, y (2) que Bourdieu es un cuidadoso lector de Marx.

[35] "Con mayor precisión […] una diferencia, una propiedad distintiva, color de la piel blanco o negro, esbeltez o gordura, Volvo o 2 CV, vino tinto o champán, Pernod o whisky, golf o fútbol, piano o acordeón, bridge o mus (procedo por oposiciones porque, las más de las veces, así es como funciona, pero es más complicado), sólo se convierte en diferencia visible, perceptible y no indiferente, socialmente *pertinente*, si es percibida por alguien que sea capaz de *establecer la diferencia* porque, estando inscrito en el espacio en cuestión, no es *indiferente* y está dotado de categorías de percepción, de esquemas clasificatorios, de un *gusto*, que le permiten establecer diferen-

partiendo del *habitus*, el origen de clase familiar que salta a la luz, aunado al ordenamiento patriarcal de género y trabajo mencionado más arriba –binomio mitificado como padre proveedor y madre cuidadora. Las mujeres se dedicaron al trabajo doméstico de cuidados, pero también lavaron y plancharon "ajeno", labor femenina remunerada que también contribuyó a la reproducción social de clase. Es tal vez este *habitus* generizado el que se ha esparcido con mayor fuerza por las tres cohortes, pues como podrá apreciarse más adelante, ha sido inscrito –y continúa siéndolo–, mediante un orden patriarcal que interpela a los varones para proveer, ganar dinero y ser atendidos por mujeres que igualmente ganan dinero, cuidan y desempeñan labores domésticas, sin importar su condición de ciegas. Pese algunas variantes, este hecho ha trascendido las particularidades laborales de cada generación, aspecto que no hay que confundir con algo naturalmente dado de forma innata, sino que puede interpretarse como una amalgama socio-histórica, un hueso difícil de roer, a la vez de clase y género. Este armazón ideológico, pese que alimenta la reproducción del capital, adaptándose a las necesidades de acumulación de riqueza y, por tanto, al cuidado de la fuerza de trabajo, tiende a mostrarse borroso, a ser invisible, aunque los sujetos lo desplieguen en todo momento. Ese *habitus* es un componente de la "ceguera" de clase, pues actúa sin que pueda ser visto con claridad.

En otro orden de ideas, siguiéndole la pista a la producción de maquilas domiciliarias al interior del espacio normativo que significó la Escuela Hogar, identificamos que, además de los plásticos que menciona Patricia en su testimonio, los educandos solían elaborar jergas y franelas para distribuir en tiendas de capital local o nacional, mismas que durante un período también fueron compradas por el Estado para ser utilizadas en escuelas primarias públicas de la ciudad. En palabras de la maestra Luz María Taylor, quien fuera directora durante veintiocho años de la Escuela Hogar:

> [Rafael Arta Sánchez] nos regaló unas máquinas de tejer, hacíamos tela y la vendíamos para lugares así que hacían suéteres y etcétera. Decíamos: "¿qué vamos a hacer? ¿de qué van a vivir [los jóvenes ciegos]?". Tejían chanclitas [y] había una cosa de grapas, sacaban maquilas. También las cajitas para una crema, redes para balones, redes para el mandado. Una maquila que tuvimos años después [fue] de una fábrica de camisetas. Me acuerdo que la fábrica era una cerca de la

cias, discernir, distinguir entre un cromo y un cuadro o entre Van Gogh y Gauguin" (Bourdieu, 2007: 21, cursivas en el original).

> "San Ignacio", era [una] textil. Entonces nos daban a maquilar eso y llegó el momento que comprábamos nosotros franela y jergas, les poníamos las orillas, se enfajillaban y las entregábamos a Blanco, a Astor, a Comercial Mexicana, etcétera, para su venta. Y en la fajilla, decía: "Hecha por personas ciegas y débiles visuales" (Luz María Taylor, 81 años, septiembre de 2016).

Para profundizar el análisis de esta histórica producción de clase, propongo ver a las mujeres y hombres ciegos de nacimiento que trabajaron en la maquila de la Escuela Hogar, como remanentes de lo que ya de por sí era un segmento degradado de la clase obrera textil. Me refiero al sector de mujeres obreras que enfrentó dificultades específicas con relación a los trabajadores textiles varones (Gauss, 2009).[36] En comparación con las trabajadoras textiles (no ciegas) que se insertaron en la cadena de producción como manufactureras "[…] del tejido de punto, en particular calcetines y medias" (Gauss, 2009: 283), las y los ciegos de la Casa Hogar recibían los sobrantes de calcetines provenientes de empresas textiles. Dicho aspecto les forjó simbólica y materialmente como clase social inferior en la escala social, pues solían fabricar a partir del desecho, retazos que eran utilizados en la Escuela Hogar a fin de producir trapos para uso doméstico, concretamente en forma de sujetadores de objetos calientes para las cocinas poblanas que, por cierto, se vendían a muy bajo precio. Así lo testifica también el relato de la maestra Taylor:

> Una trabajadora social nos ayudó mucho cuando los alumnos aprendieron a hacer de esas cosas para agarrar lo caliente, con desperdicio

[36] "A principios del siglo XX, casi no había mujeres en ningún sector de la industria textil poblana; en los años cuarenta, seguían siendo menos el 5% de la fuerza de trabajo legal del ramo en ese estado. Sin embargo, desde la introducción de la industria textil en el siglo XIX hasta al menos la década de los cincuenta, las mujeres dominaron la producción bonetera o manufactura del tejido de punto, en particular calcetines y medias. Los sindicatos y los propietarios de empresas incluso promovieron el empleo de las mujeres en la bonetería, considerando que era una extensión de las labores domésticas de las mujeres, quienes tenían aptitudes naturales para las condiciones y las tareas de esta industria específica. La Constitución de 1917 y la Ley del Trabajo de 1931 otorgaron a las trabajadoras de la industria bonetera el derecho a moverse en espacios político-legales previamente cerrados a las mujeres. Ellas reclamaron las medidas de protección especialmente conferidas a las obreras; pero también exigieron derechos que normalmente se consideraban privilegio de los trabajadores hombres, incluyendo el derecho a un salario familiar" (Gauss, 2009: 283).

> de calcetín. Cuando ella ya no estaba en la escuela, nos consiguió fábricas que nos regalaban los costales con desperdicio, que además [de] esas madejitas, que eran una forma para saber mover las manos, para tener mayor destreza eran muy buenas. También después fueron una forma de ingreso económico. No más tenían ahí sus bastidores y lo hacían. Eran cosas que se vendían a $1.00 o a $2.00, etcétera, todo mundo los compraba. A eso se dedicaban bien felices ellos para obtener su dinero. Todo eso se lo debemos a la trabajadora social (Luz María Taylor, 82 años, septiembre de 2016).

Una vez concluida su educación primaria, Patricia ingresó a la Escuela Nacional de Ciegos "Ignacio Trigueros" (en adelante, Escuela Nacional), ubicada en la Ciudad de México. Ahí estudiaría durante dos años una formación técnica en masoterapia, cuyo título fue emitido por la Secretaría de Salud (SS). Mientras estudiaba y trabajaba en un hospital como practicante, laboraba igualmente haciendo sábanas en una maquiladora dentro de dicha institución. Es decir, este trabajo de los ciegos también era llevado a cabo desde la institución educativa y, al parecer, surtía de sábanas a hospitales. Vale la pena advertir cierta semejanza entre esta forma de trabajo de encierro y los trabajos que históricamente los presos han efectuado en las prisiones. En *Vigilar y castigar*, Michel Foucault (2002) enfatiza la sofisticación de ciertas técnicas de control sobre el cuerpo en los trabajos carcelarios desde el siglo XIX. Al cuerpo ya no se le toma como espacio donde recaen directamente los suplicios, sino que se le trata púdicamente a fin de ser aprovechado bajo una supuesta "civilidad" sobre el sujeto. Esto es, el aprovechamiento de fuerza de trabajo excedente, disciplinada, a partir de la que se extrae valor mediante técnicas corporales disfrazadas de suavidad ("civilidad") que le vuelven socialmente menos indigno al sujeto que trabaja bajo este esquema.[37] El tiem-

[37] "El cuerpo se encuentra aquí en situación de instrumento o de intermediario; si se interviene sobre él encerrándolo o haciéndolo trabajar, es para privar al individuo de una libertad considerada a la vez como un derecho y un bien. […] Como efecto de esta nueva circunspección, un ejército entero de técnicos ha venido a relevar al verdugo, anatomista inmediato del sufrimiento: los vigilantes, los médicos, los capellanes, los psiquiatras, los psicólogos, los educadores. […] Pero un castigo como los trabajos forzados o incluso como la prisión –mera privación de libertad–, no ha funcionado jamás sin cierto suplemento punitivo que concierne realmente al cuerpo mismo: racionamiento alimenticio, privación sexual, golpes, celda. […] E]n una economía servil los mecanismos punitivos tendrían el cometido de aportar una mano de obra suplementaria, y de constituir una esclavitud 'civil' al lado de la que mantienen las guerras o el comercio; con el feudalismo, y en una época en que la

po al interior de la Escuela Nacional se repartía entre las horas de trabajo y las de estudio, tal como hizo notar la informante:

> Medio día trabajaba en un taller de costura, cosiendo fundas y sábanas, estaba ahí dentro de la escuela. Y medio día tomaba para estudiar. No me acuerdo cuánto me pagaban, me pagaban por quincena. Había casi la mayoría de invidentes, dos personas y la jefa. Las dos personas eran para hacer el orleado, coser en las máquinas, en las Overlok, que hacen el zigzag. [Eso lo hacían] personas que veían. Nosotros nada más [hacíamos] el dobladillo, puro dobladillo ancho. Entraba [a trabajar en el taller de costura de sábanas] a las ocho y salía a las dos de la tarde. Ya me iba al comedor, regresaba, estudiaba un rato y a las cuatro tenía clases. Estudiaba un ratito y mis clases eran a las cuatro. Y por supuesto, en la noche estudiaba, y ya no más al otro día repasaba yo. [Llevaba] anatomía, cómo eran las caras de los huesos, primero los huesos solitos, sus caras, sus bordes, luego lo de las articulaciones, los nervios, los músculos y después ya teníamos un esqueleto entero para cuando vimos lo de las articulaciones, todo eso estudiábamos (Patricia, ciega de nacimiento, 68 años, julio de 2016).

Después de pasar por la maquila de ambas escuelas, Patricia consiguió un empleo en la industria de cosméticos, mediante la bolsa de trabajo de la misma Escuela Nacional, en los laboratorios "BDF de México" (fabricantes de las cremas Nivea), donde laboró aproximadamente veinte años. Sin embargo, tuvo que dejar su empleo porque la familia la presionó para cuidar a su madre luego de un desafortunado deceso. Su hermana falleció por diabetes, la madre entró en una honda depresión y los hermanos restantes le pidieron que regresara a Puebla para cuidarla. Esta historia hace manifiestas las razones de género a través de las cuales se le obligó a hacerse cargo de la madre.

---

moneda y la producción están poco desarrolladas, se asistiría a un brusco aumento de los castigos corporales, por ser el cuerpo en la mayoría de los casos el único bien accesible, y el correccional –el Hospital general, el Spinhuis o el Rasphuis–, el trabajo obligado, la manufactura penal, aparecerían con el desarrollo de la economía mercantil. Pero al exigir el sistema industrial un mercado libre de la mano de obra, la parte del trabajo obligatorio hubo de disminuir en el siglo XIX en los mecanismos de castigo, sustituida por una detención con fines correctivos. [... E]n nuestras sociedades, hay que situar los sistemas punitivos en cierta 'economía política' del cuerpo: incluso si no apelan a castigos violentos o sangrientos, incluso cuando utilizan los métodos 'suaves' que encierran o corrigen, siempre es del cuerpo del que se trata – del cuerpo y de sus fuerzas, de su utilidad y de su docilidad, de su distribución y de su sumisión" (Foucault, 2002: 18-33).

Al ser una mujer que no se casó ni tuvo hijos, la presión de los cuidados recayó enteramente sobre ella.[38]

Una vez que regresó a Puebla, Patricia pudo tramitar una pensión raquítica, después de haberse enfrentado a las burocracias del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS). Hay que notar que, para que obtuviera su pensión, no sólo bastó demostrar su experiencia laboral de dos décadas en la empresa correspondiente, sino que además debió someterse a estigmas y formas de violencia estructural a las que aluden Veena Das (2006) y Akhil Gupta (2012) en el caso de la India; es decir, violencias que los mismos agentes de Estado llevan a la práctica cuando atienden a poblaciones empobrecidas. Así lo deja ver un largo, pero detallado testimonio:

> Pero una de mis amigas agarra y me dice: "¿Sabes qué, Paty?, vete a Derechos Humanos […], tú diles que necesitas tu medicina porque eres diabética y tienes un control cada mes". Y en ese entonces daban seis meses de servicio [de salud] después de haber salido [del trabajo], y pues me dio tiempo gracias a Dios. Que voy a Derechos Humanos y ya que le digo a la licenciada que me tocó: "Pues yo vengo a ver si me pueden ayudar. Yo trabajaba en los laboratorios BDF de México, ahorita ya me quedé sin trabajo y vengo a ver si me pueden ayudar porque yo necesito mensualmente mi medicina de control porque soy diabética". Y sí, tuve suerte que me dio una carta […]. Ya que voy a mi consulta y que le digo a mi doctora… cuando yo trabajaba, le llevaba cada mes a la doctora que su crema para las manos, que su crema para la cara, le llevaba a veces sólida, de frasco, a veces le llevaba yo la uv y así […]; y esa vez que fui yo a la consulta, le digo: "Doctora, ya no voy a estar acá y mi cambio [de clínica] voy a hacer para que me pueda pensionar, me mandan que cambie yo de clínica". Y me dice: "No, hija, no cambies, ahorita que baje tu mamá y que pida en el archivo unas hojas de pensión, yo te voy a ayudar; porque si tú haces cambio de clínica, va a dilatar mucho tiempo tu pensión y mejor yo te ayudo". Y sí, así le hizo la doctora, que me manda a medicina interna y el director de medicina interna me dice: "Ah, ¿con que buscando pensión, verdad? ¿Qué, no puede usted entrar, aunque sea de lavatrastes?" ¡Así me dijo el doctor! Y le digo: "Mire, doctor, con todo respeto, […] si

[38] Esta supuesta orientación "natural" de las mujeres hacia lo "frágil" y "compasivo", revivida por argumentos androcéntricos desde el XIX para ligarlas irremediablemente hacia el cuidado como un designio universal incuestionable "surge, según [… de la idea de] que la aptitud para la compasión la prepara para los menesteres del amor y de la ternura conyugales, para el afecto maternal, el cuidado de los enfermos y moribundos, etc." (Héritier, 2007: 75).

> usted me consigue el trabajo, órale, doctor, yo no me echo para atrás porque a mí, desde niña me ha gustado ganarme mis centavitos. Lo reto, doctor, usted me consigue trabajo y yo entro". Ya no me chistó nada. Ya me empezó a consultar, me mandó a análisis, me volvió a citar (Patricia, ciega de nacimiento, 68 años, julio de 2016).

Este relato refleja aspectos nodales. Ilustra su añejo problema de diabetes, las dificultades para negociar una pensión, así como la violencia institucional por parte del personal médico del IMSS. Por un lado, a la "doctora" la solía tener de su lado llevándole cremas a manera de obsequio; por el otro, el médico la violentó por pretender la obtención de su pensión. Pero la cadena de injurias no se detiene ahí. Por medio de argumentos morales de trabajo, cruzados por el género ("aunque sea de lavatrastes"), el "doctor" la interpeló para causarle un sentimiento de vergüenza por la dependencia de un estipendio que, paradójicamente, se había ganado a lo largo de varios años de trabajo en la industria cosmética.[39] Enseguida, prosiguió explicando la sensación que le generó el hecho de obtener esa pensión:

> Me dieron la cita para Medicina del Trabajo. Llego y me dice el doctor: "¿Traes tu papel con el que te aseguraron? ¿El rosa?" Le digo: "Sí, aquí lo tengo". Y me dice: "Uy, ¡ganabas muy poco! Va a ser una pensión muy raquítica. ¿Sabes qué? Te voy a aumentar el 25%". Le digo: "Gracias, doctor" [tono compasivo]. Y ya de ahí me citó como dos o tres veces. Ya en la tercera vez me dice: "Ya, está todo listo. Vas a cobrar para el mes de febrero". Y yo salí el 21 de junio. ¡Ay, joven! [tono de alivio] salí contenta, casi brincaba de gusto, porque me había dicho que para febrero ya iba a cobrar mi pensión. Ya había quedado pensionada, fue el doctor Martínez el que me ayudó. En febrero cobré mi primera pensión y allá en México me iban aumentando cada año, cada año. Y acá también, poquito, pero aumentaban cada año. Solamente este año [2016], sentí que no aumentaron, que dicen que las pensiones ya no corresponden al Seguro [IMSS]. Yo sentí que ya no vino aumento […] ¡quién sabe qué estará pasando! (Patricia, ciega de nacimiento, 68 años, julio de 2016).

En este momento su vida recobró un poco de certeza ante el porvenir, ya que podría dedicarse a cuidar de su madre y sobrevivir con la "raquítica"

[39] El asunto de la vergüenza con que se interpela a las clases empobrecidas ha sido trabajado desde la sociología de las emociones. A manera de ejemplo, véase la investigación de Gabriela Vergara (2009), quien recalca: "la vergüenza supone un conflicto que se da en el mundo interno del sujeto, en el marco de determinadas relaciones diferenciales de autoridad" (Vergara, 2009: 41).

pensión. Sin embargo, la "pensionada" hizo notar que en la actualidad la pensión ya no aumenta porque asume que ya no son administradas por una instancia de carácter público. No obstante, al mismo tiempo que verbalizó el hecho, no le resultó posible entender qué sucede, pues se le dificulta darle sentido a un hecho incontrovertible ("¡quién sabe qué estará pasando!"). Por momentos se asoma la posibilidad de que el sujeto comprenda que el achicamiento neoliberal del bienestar estatal opera en detrimento de sí mismo, pero termina por escapársele de forma escurridiza, ya que resulta imposible asimilar un giro brusco en la operación del sistema de pensiones. Para Pierre Bourdieu (1998), las tragedias biográficas suelen dar cuenta del sentido contradictorio del mundo social. De ello puede deducirse que la puesta en palabras del motivo de la suspensión del aumento en la pensión, a la vez que se dice expresamente que no se sabe el motivo, es un oxímoron que hace parte del carácter incongruente de los tiempos actuales. Lejos de hablar de una inconsistencia entre discurso y práctica, lo absurdo de esta evidencia no evidente corrobora la enajenación de estos segmentos de clase.

Por otro lado, al filo de los primeros años de 1970, vemos a un sujeto varón que ya no formaba parte de las filas obreras que engrosaban la pasajera industria textil, en la fábrica San José Mayorazgo, a la cual estuvo también vinculado laboralmente el padre de Ignacio. A este informante, la necesidad le condujo a buscar a toda costa un certificado de estudios de primaria, alentado por la esperanza de conseguir mejores condiciones de trabajo. Esa "necesidad" venía revestida de la ansiedad por sostener económicamente a la prematura familia que a corta edad se encontraba conformando al lado de su compañera conyugal:

> No tuve yo estudios, fui [a la escuela] pero me iba de pinta. Me quedé en segundo de primaria. Me casé a los diecisiete años. No me alcanzaba porque me pagaban muy poco y entre los quince y diecisiete me puse a lavar coches en [el barrio de] San Francisco. No me alcanzaba porque ya venía "el fruto" y entonces lavando coches ganaba yo más que en la herrería. Ahí estuve hasta los veintiuno o veintidós. Entonces mi suegra trabajaba con una directora, le lavaba ropa. Le hablamos a la directora, me hizo mi certificado chueco de primaria, nada más pidió un retrato y mi firma [y] como no sabía yo firmar, pues inventé mi firma (Ignacio, ciego adquirido, 62 años, julio de 2016).

Por más dispares que sean las historias, se entretejen las experiencias de una ciega de nacimiento y un hombre que en ese entonces no era ciego. Hoy por hoy, les unifican ciertos antecedentes de clase social, y no la condición de "discapacidad visual" que el discurso del reconocimiento de identidades múl-

tiples promueve en la era neoliberal (Fraser, 2015; Smith, 2011). Sus condiciones van más allá de la identidad de discapacitados. La inestabilidad de la experiencia de clase se comparte: hombres trabajadores manuales en industrias cambiantes –padres de la primera cohorte–, mujeres dependientes que lavan ajeno –madres de la primera cohorte–, hijos e hijas –hoy ciegos– que se desplazaron en actividades artesanales e industriales movedizas. Resalta la incertidumbre ante el porvenir de estos sujetos de clase en transformación. La explicación de estas condiciones no puede dejar de ser de carácter histórico, pues hacia 1940 Puebla entra en una "nueva fase de desarrollo industrial" (Estrada, 1997: 9) que conlleva la expansión de otro tipo de industrias como la siderúrgica y la química, dejando en desventaja a ciertos sectores tradicionales, tales como los de la producción textil (Estrada, 1997).

No obstante, pese a dicha transformación del panorama industrial en el país y la consecuente contracción de la producción de telas y prendas, Puebla sigue teniendo en el periodo 1940-1960 una importante participación en el ramo, lo cual implica que, "en su mayoría, la clase obrera se [… encontraba] empleada en el sector textil, mostrando una evidente heterogeneidad" (Estrada, 1997: 10). Podría decirse que se trata de un periodo de continuidad y estancamiento de esta industria en las postrimerías de su auge. Ello coincide con las dificultades económicas sobre las que llama la atención el hombre entrevistado, que se incorpora en esos años al mercado de trabajo. Es así como los integrantes de la primera cohorte de informantes de esta investigación nacen al filo de la agonía de la industria tradicional y bajo el alumbramiento de otra etapa económica en la ciudad. En suma, son hijos de momentos de cambios estructurales profundos en cuanto al ordenamiento productivo. Véase cómo ni Ignacio ni Patricia forman parte de la clase obrera textil tradicional, sino que son el resultado de la avanzada y cambiante bisagra productiva que desplegó el dinamismo del capital local, esa necesidad de destrucción y transformación que le caracteriza.

Asimismo, gracias al trabajo de "lavar ajeno" de la suegra, Ignacio pudo obtener el codiciado certificado escolar que tanto anhelaba. Más tarde, este documento le permitiría acceder a otros empleos. Pese a ello, resaltó en todo momento el valor del entrenamiento en los oficios de plomero y herrero que le introdujo su padre, observación que hace pensar que aquel conocimiento le resultó de mayor utilidad que el certificado de primaria:

> Ve que le dije que era yo plomero… mi primer trabajo fue herrero, tenía como ocho años, herrería y plomería. Me enseñaron a cortar el

> fierro, ahí los "maestros", me enseñaron la plomería, a correr un ángulo, ahí en un taller tlacuachito, de los que pues en todas las colonias había. Fue como por 1960, yo vivía en Xonaca y caminaba yo hacia El Alto, caminaba yo de chiquito. Mi papá conocía al "maestro", me llevó ahí como ayudante y me quedé. Duré hasta los quince (Ignacio, ciego adquirido, 62 años, julio de 2016).

A diferencia de Manuel, a Ignacio la soldadura no lo dejó ciego cuando trabajó de joven en la herrería. La formación en dicho oficio posibilitó su entrada a trabajos fabriles temporales durante la nueva fase industrial siderúrgica y automotriz de la ciudad.[40] En la niñez, su padre lo llevó a trabajar con el "maestro" herrero, lo cual demuestra que en aquellos años había una asociación generizada del trabajo de oficios, una especie de orgullo masculino por haberse formado en la herrería que no requería de títulos escolares para ser legitimada como formación.[41] Después de que consiguió obtener su certificado "chueco" de primaria, comenzó a ingresar a otro tipo de empleos, mediados por contratos escritos constantemente renovados:

> Cuando lavaba coches, [en] una ocasión llovió, y pues no tenía yo economía, ya tenía yo dos hijas y esposa, y nos quedamos sin comer. Entonces me preocupé, dije no pues tengo que trabajar. Anduve buscando en las federaciones, en la CTM, en la CROM, en la FTP, todo eso, me pedían la primaria. Así, por medio de la CTM trabajé en Volkswagen. Como sabía yo soldadura, punteábamos las carrocerías del Brasilia. Ahí era por contrato, casi un año de contrato. Antes eran así los contratos, de veintiocho días, eventual. Cada veintiocho días iba yo a formarme. Era como 1976 o 1978. En total hice como tres contratos de veintiocho días. No me daban prestaciones porque no estaba uno

[40] Así lo señalaba Pierre Bourdieu (2013: 14) en el caso de Francia en épocas similares: "La formación se hacía 'en el taller', por medio de un aprendizaje práctico no sancionado por ningún título". Esto es, más allá del certificado escolar de educación primaria que obtuvo de manera fraudulenta, le valió más el saber trabajar con metales, conocimiento aprendido en el taller, para obtener empleos en la nueva industria poblana. En otras palabras: el papel de la SEP sólo funcionó como formalismo, requisito para trámites en la búsqueda de empleo.

[41] En este sentido, otro informante (Manuel) solía decirme, cuando lo visitaba en la calle, donde "trabaja como limosnero", que los estudiantes de la universidad "son unos huevones. ¡Ustedes no saben nada!". Durante las entrevistas, ostentaba sus conocimientos en la herrería, a manera de orgullo que lo dignificaba: "El 'maestro' herrero y yo hicimos inclusive los barandales de distintos edificios de aquí del centro".

> de planta, ganaba en aquel entonces $38.00 diarios, sólo me daban seguro (Ignacio, ciego adquirido, 62 años, julio de 2016).

Se percibe cómo va siendo transmitido el sentido del hombre proveedor como responsable de la manutención del hogar, a partir de la misma idea de "salario familiar" instaurada bajo la expansión fordista (Fraser 2015). No obstante, la historia de Ignacio muestra que ello sólo se logró de forma parcial por medio de trabajos "eventuales" no sólo en Volkswagen, sino en una empresa de la industria siderúrgica surgida hacia el decaimiento de la textil, según reporta la historiadora Rosalina Estrada (1997). El hombre narró así los saltos de una empresa a otra:

> Salía yo y dije no pues ya me aburrí. Entonces entré a Hylsa, era de fierros, hacían todo, ángulo, estaba por Volkswagen. También dilaté no más un mes porque ahí, un calorón de horno al rojo vivo, sacaban el fierro, ¡y a cortar!, había una cuchilla de 6 metros, que claro lo ponían a uno su traje de astronauta, ¡un calorón! No me gustó por la misma calor. […] También era de eventual, trabajaba 8 horas (Ignacio, ciego adquirido, 62 años, julio de 2016).

El conocimiento acumulado por este hombre fue adquirido en su desempeño de oficios tradicionales, en este caso en la industria del "fierro", como él la denomina. Este oficio se fue forjando desde su niñez entre la formación de clase y la de género, pues estas dimensiones son indisociables entre sí (Fraser, 2015; Gauss, 2009; Stolcke, 2014). Así, primero como "chalancito" de un "maestro" de la herrería –conducido por el padre–; posteriormente modelado por contratos temporales en la industria automotriz, y después aprovechado por la siderúrgica Hylsa (Hojalata y Lámina, S.A.).[42] Hoy por hoy, aunque Ignacio posee ese conocimiento tipo *know how,* como lo nombra hoy el capitalismo que pondera el llamado "capital humano", no puede obtener un empleo en esa área, principalmente debido a la ceguera.

[42] Tal empresa se corresponde, como ya se dijo, a un novedoso giro, ya que: "Es precisamente durante 1960-76 cuando la industria de transformación en Puebla se ajusta a un ritmo de acumulación de capital que había surgido en el país desde los años cuarenta, marcando la pérdida de la hegemonía de la rama textil y el desarrollo de un nuevo tipo de empresas como 'Hojalata y Lámina, S.A.' (Hylsa) y 'Volkswagen' " (Estrada, 1997: 10).

Segunda cohorte (1961-1966): "Yo soy siete oficios, catorce necesidades"

La segunda cohorte se integra por los nacidos entre 1961 y 1966, quienes se han configurado, a modo de bisagra, entre la añoranza de lo que pudo haber sido, pero no fue. Aparecen con mayor frecuencia en sus trayectorias las ocupaciones temporales y en el sector servicios, estructuradas a través de relaciones laborales como el *outsourcing*, el *part time* o el autoempleo, pues se observará que, de manera intermitente, la maquila llega a absorber a la fuerza de trabajo en momentos de coyuntura o crisis económica. La característica primordial de esta colectividad que propongo revisar, nacida hacia la primera mitad de la década de 1960, es que sus primeras ocupaciones laborales no fueron en el área industrial.

Una de las relaciones más fuertes que establecí durante el trabajo de campo fue con Gregorio, un hombre de cincuenta y tres años que trabajó fundamentalmente en empleos del sector servicios. Se sabe que a finales de los setenta se registra un ascenso constante de ocupaciones en el sector de los servicios y el comercio en México (García, 2010). Esto quiere decir que, en el auge del ciclo vital, Gregorio fue parte de un ejército de reserva masculinizado, absorbido por el sector terciario de las fuerzas productivas. Más tarde, sería expulsado al pauperismo vía la limosna forzada ante el desempleo permanente. Una vez que perdió la vista, hace aproximadamente veinte años, su inestabilidad laboral se incrementó, pues una persona invidente pierde prácticamente en automático un amplio número de posibilidades para insertarse en el mercado de trabajo. En ese sentido, hay que resaltar que las poblaciones sobrantes ciegas y enfermas regularmente no pueden "encontrarse con el capital", echando mano de la metáfora con que Tania Li (2009) ilustra la situación de otros segmentos demográficos semejantes.[43]

[43] La enfermedad puede ser uno de los motivos que conducen a que la clase salga intempestivamente de la narrativa teleológica que a nivel de interpelación se le impone (Li, 2009), cayendo de forma contingente en lo que más adelante se discutirá como precarización. En un determinado momento de desesperación por no tener trabajo, luego de una intervención quirúrgica de la vesícula biliar, Gregorio empezó a trabajar en la limosna en una calle del centro histórico de Puebla para pedir "*caridad*" a los transeúntes. Estas condiciones de inestabilidad y degradación, así como los factores históricos que las producen, forman parte de las múltiples formas en que se vive la violencia estructural en su conjunto (Bourgois, 2009; Carbonella y Kasmir, 2014; Farmer, 2004; Kleinman, 1997).

La biografía de "Goyo", como le dicen sus amigos, ejemplifica una historia laboral accidentada. De joven abandonó la formación universitaria en dos licenciaturas –una en filosofía, otra en contaduría pública. Posteriormente comenzó a trabajar en una imprenta familiar, pasó por la mensajería de un banco, se involucró brevemente en el área administrativa de una fábrica textil, limpiaba salas de un cine e incluso llegó a conducir una unidad del transporte público. Cuando perdió el sentido de la vista trabajó un breve periodo de tiempo revisando toallas con sus manos en una pequeña empresa textil de un amigo, mediante la cual accedió a una escueta pensión con la que aporta ingresos al hogar,[44] negocio que quebraría después. Así lo mencionó él mismo:

> Yo soy siete oficios, catorce necesidades. Yo fui chofer de combi, trabajé en una fábrica de toallas, fui árbitro profesional. Antes de quedarme ciego, estuve en una fábrica que se llamaba La Pubilla, hacían toallas y batas de baño. Fue entre el 1993 y 1994. Cuando salí de la Escuela Hogar, un día me encontré a un amigo que era ingeniero de la fábrica donde estuve hace años como contador, pero ahora ya tenía él su propia fábrica. Fue gerente de producción en la fábrica de La Pubilla Tollas, y después hizo su fábrica, con un taller de costura grande, que se llamaba Unicornio Textil. Me dio la chance. Me vio y me dijo: "Oye, pero por qué no me viniste a ver si somos cuadernos". Y le dije: "Pues sí, pero yo me perdí, o sea, mi enfermedad… ¡Y olvídate!". Y que me dice: "Bueno, si me llevas al baño, tienes trabajo". Vamos a suponer que tú eres el ciego, y yo te digo: "Jafet: si tú me llevas al baño ahorita, tienes el trabajo". Yo fui a pedir trabajo, pero porque era contador, pero ya de contador no la iba yo a hacer, y me la dieron en control de calidad. Entonces lo llevé al baño ahí en la

[44] La pensión de Gregorio es, según dijo, de $1,500.00 mensuales (agosto de 2016). A ello se le suman los días en los que pide limosna –seis por semana–, en cada uno de ellos busca "sacar" $100.00 o $150.00. Su esposa Teresa trabaja como enfermera en un hospital público. Desde muy joven, la mujer realiza jornadas nocturnas en ese lugar, aunque la situación le ha acarreado serios problemas de salud –obesidad y diabetes principalmente–. Cuando Gregorio enfermó y perdió la vista, sus horas de trabajo se duplicaron como ella misma mencionó: "Fue mucho trabajo con Goyo así. Imagínate, trabajar toda la noche allá en el hospital y luego venir y atenderlo, darle de comer y todo. Muy cansado". A la par, los dos hijos de la pareja reportan ingresos también: el mayor –31 años, desempleado al momento de la entrevista– es mesero ocasional –"propinero" como él dice–, y el menor (24 años) entró como camillero al mismo hospital que su madre. Gregorio mencionó que los ingresos en conjunto no alcanzan para cubrir las necesidades del hogar.

> fábrica, al fondo a la derecha, así lo llevé. "¡Tienes trabajo!", dijo mi amigo. Duré como tres años, mi amigo cerró la fábrica porque se le inundó un día de lluvia y perdió todo (Gregorio, ciego adquirido, 53 años, agosto de 2016).

Las palabras de Gregorio dejan entrever el sentido de degradación de su trabajo: "fui a pedir trabajo, pero porque era contador […] y me la dieron en control de calidad". Su enunciación al mismo tiempo se cruza con la sensación contradictoria de emoción por haber obtenido un empleo pese a la ceguera. Al igual que Manuel y Patricia (primera cohorte),[45] Gregorio tampoco puede identificar las causas estructurales que ocasionaron que se quedara sin trabajo. Cabe subrayar el hecho de que Gregorio ingresó a la maquila en los años noventa, sin haber tenido previamente formación en el trabajo manual textil. Se puede apreciar cómo estos sujetos llegaron a ser absorbidos por la industria en momentos de crisis y devaluación (1993-1994), incluso cuando su trayectoria laboral les había dotado de una experiencia más alineada con las habilidades que se despliegan en el sector servicios. Este caso etnográfico contribuye a desmitificar dos ideas: por un lado, aquella que supone que el trabajador industrial siempre lo es –de principio a fin de su vida productiva– y en segunda, la que sugiere que una persona se dedica a una misma actividad el resto de su vida, tal como lo han notado también dos destacados antropólogos contemporáneos en una etnografía histórica que analiza, entre otros temas, la pluriactividad presente en una región de España (Narotzky y Smith, 2010). Siguiendo el mismo argumento, Richard Sennett (2007) apuntó que la narrativa del trabajo estable que fincó el fordismo hacía imaginar a los sujetos en un periodo relativamente estable de tiempo y espacio, pues se partía de la supuesta inserción en una empresa y la permanencia ahí prácticamente hasta la muerte; dicha representación ha sido desafiada desde los hechos, pues se ha constatado que las historias de clase tienden a moverse y ser flexibles. Esta variabilidad de clase no nació con el neoliberalismo, sino que se remonta a la historia fundacional del capitalismo en tanto modo de producción dinámico (Federici, 2010; Marx, 1999; Wolf, 1987); pese a ello, este dinamismo esquizofrénico de cambios constantes, sí es exacerbado en su fase flexible (Harvey, 2008).

[45] Respecto a la pérdida del empleo en la Lotería Nacional o ante el poco poder adquisitivo de su pensión, respectivamente.

De ese modo, la desesperación de no poder encajar en las lógicas del "nuevo capitalismo" (Sennett, 2007) aparecen cuando mutan los anteriores regímenes de acumulación (Harvey, 2008). La personalidad que se exige en este nuevo modelo demanda tres rasgos centrales: (1) la capacidad de adaptarse al corto plazo y al cambio temporal brusco e inesperado de las situaciones; (2) la renovación de talento orientada por la idea de transformar las habilidades y capacidades según lo demande el ordenamiento global; y (3) operar a partir de la renuncia, de poder despedirse y dejar atrás lo que fue y ya no es. En tal sentido, sostengo que los ciegos que colaboraron en esta etnografía no pueden adaptarse a esta nueva forma de capitalismo, no por una incapacidad *per se*, sino precisamente porque no pueden detectar claramente el problema ni en ellos, ni fuera de sí mismos; además, su ser social intenta sostenerse sin éxito desde la explicación de un supuesto tiempo lineal –que implicaría la durabilidad de lazos a largo plazo y la especialización laboral–; en suma, desde la narrativa fordista fueron troquelados en lo más hondo de su ser durante el modelo precedente. Algunos de los más jóvenes –tercera cohorte– juegan mejor al discurso del capitalismo renovado que plantea Sennett (2007), pero los más viejos no, pues están más atrapados en el encadenamiento discursivo, a modo de grillete, producido como ficción histórica. Es decir, la noción de trabajador estático. Coincido con el sociólogo estadounidense, que afirma: "Lo que yo sostengo es que estos cambios no han liberado a la gente" (Sennett, 2007: 18).

La situación corporal de Zulema es distinta en el sentido de que su ceguera se debe a una degeneración congénita de astigmatismo y miopía. Transitó por diversos trabajos antes de que su vista disminuyera al grado de autodenominarse "débil visual"[46] y utilizar bastón. Esta condición le permite distinguir algunos colores, manchas, luces o sombras. Así narra su experiencia de trabajo, ligada a la historia familiar:

> Actualmente no trabajo. Trabajé la primera vez hace más de treinta años, estuve en el hotel Misión como jefe de conmutador, entré a los veinticinco, estuve como un año. […] Me salí por cuestiones familiares de enfermedad. Después estuve en una constructora como secretaria,

[46] Este tipo de denominaciones, como la de "discapacidad visual" son insertadas por determinadas instancias internacionales como la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y la Organización Mundial de la Salud (OMS), así como por saberes médicos especializados que, a partir de la clasificación y la enunciación, tenderán a subjetivar a los individuos a modo de "diferentes". El asunto se trata en el próximo capítulo.

> no recuerdo el tiempo. Ya había yo perdido la vista del ojo izquierdo, veía con el derecho, lo que podía yo ver. Duré ahí como un año más o menos. Fue más o menos un año después de lo del hotel, por la cuestión de mi papá que murió. Mi mamá trabajaba en Cáritas como ayudante de cocina, trabajó ahí como cuatro o cinco años aproximadamente; […] mi hermana es contadora, también aportaba a la casa (Zulema, débil visual por enfermedad congénita, 55 años, julio de 2016).

Después de abandonar el trabajo por cuidar a su padre enfermo, y de perder progresivamente el sentido de la vista, Zulema no volvió a emplearse hasta años después, pues una vez muerto su padre, su madre sufrió un accidente que la dejó paralítica e igualmente tuvo que cuidarla. Consiguió después "trabajo en casas"[47] durante seis años. Posterior a ello, circuló entre varios empleos bajo el régimen de *outsourcing*, experiencia que duró cuatro años. Así lo recuerda:

> Y en Lavatap, como se aceptaba personas con todo tipo de discapacidad, entré a trabajar creo que el mismo día que fui a pedir. De ahí nos distribuían a empresas y si les gustaba cómo trabajábamos, si nosotros también poníamos mucho de nuestra parte, si no éramos chismosas, si no éramos rateras, si no abusábamos de todo lo que nos estaban ofreciendo. Yo tardé dos años en Teléfonos de México, estuve también en Compartamos Banco, estuve también en Provident, que es un lugar donde prestan dinero. Cubríamos también a las personas que no llegaban a trabajar por enfermedad, por incapacidad, entonces yo conocí muchos lugares. Me pagaban $2,100.00 mensuales, tenía seguro, precisamente ahí me operé la última vez del ojo, fueron como dos meses de incapacidad. Hasta hace ocho años estuve trabajando en Lavatap Limpieza. Ahí nos mandan a empresas a hacer la limpieza y ellos cobraban por nosotros. Pero no nos daban directamente el empleo las empresas (Zulema, débil visual por enfermedad congénita, 55 años, julio de 2016).

Estas dos historias muestran cómo la experiencia de clase de esta segunda cohorte ocurre fundamentalmente en empleos del área de los servicios, tal como la historia de Benjamín en el zoológico, referida al inicio del Capítulo 1. Por su parte, Marcelo fue carpintero y perdió la vista "por llevar una mala vida", pues abusó del consumo de alcohol.[48] Su historia la ubico como un punto

[47] Trabajo doméstico. Contratada verbalmente por familias de manera ocasional, trabajaba para diferentes personas recibiendo pagos "por día".

[48] En sus propias palabras: "Fue un mal hábito de mi vida anterior. Me subió la presión arterial y todo quedó en el nervio óptico".

de intersección que me permite ligar a esta segunda cohorte con la siguiente. Durante la indagación etnográfica, Marcelo se empeñaba en aprender computación, pues decía que así sería más probable que alguna empresa le diera trabajo. Cuando le pregunté por qué no contaba con un empleo, indicó:

> Depende de cada persona, de su adiestramiento. A veces se requiere de una nueva capacitación. Anteriormente era carpintero, pero con la discapacidad pues ya no. A mi manera de entender la discapacidad, pues algunos compañeros son flojos. Pero algunos tenemos inquietudes. Por ejemplo, antes, de videntes,[49] no teníamos la inquietud de aprender computadora, pero ahora nos surgió (Marcelo, ciego adquirido, 50 años, agosto de 2016).

Es notorio cómo el discurso de Marcelo posee un tono fragmentario, dividido entre ser carpintero y un novedoso disciplinamiento que no logra alcanzar, régimen de vida plenamente notorio en la tercera cohorte. Esa rugosa y poco clara "inquietud" que se manifiesta como algo mágico que no se sabe de dónde provino ("ahora nos surgió"), bien podría aludir a la expansión del pensamiento basado en el capital humano, en la reconversión de las capacidades individuales que el capitalismo en la actualidad demanda para incluir a la fuerza de trabajo (Mbembe, 2016; Sennett, 2007). Este informante constituye un puente entre una cohorte y otra, ya que él mismo muestra una historia de clase cercenada (carpintero) y otra emergente ("aprender computadora").

Tercera cohorte (1968-1973): "No lo veas como trabajo, velo como una ayuda"

Reflexiono finalmente sobre la cohorte de los que se muestran más disciplinados respecto al autoempleo y la responsabilidad individual para "salir adelante", mismos que confían más en las deficientes capacitaciones laborales que el Estado les brinda, a manera de estrategia de supervivencia –masajes, tejido de macramé,[50] repostería, etc. Me refiero concretamente a quienes nacieron

[49] Entre los ciegos, una persona "vidente" es alguien que cuenta con el sentido de la vista.

[50] El macramé es un tejido que se realiza por medio de nudos pequeños. Se pueden tejer bolsas, cinturones, llaveros, pulseras, entre otros ornamentos. Ha sido una de las capacitaciones más extendidas entre este sector de población, ya que instituciones como el DIF y algunas ONGs parten de que puede ser una actividad fácil para los ciegos, debido a que se dice que tienen una habilidad táctil más desarrollada que

hacia finales de los sesenta (1968) y la primera mitad de los setenta (1973). Por ejemplo, Daniel fue futbolista de joven, solía jugar en un equipo local de segunda división. Entre los excesos de su profesión, cayó en la adicción al alcohol hacia el final de su vida como deportista. Fue este peculiar hábito el que lo llevó a perder el sentido de la vista pues ingería, sin saberlo, bebidas adulteradas. Hoy en día pide limosna en la zona centro de la ciudad y cerca de un hospital público ampliamente conocido. Interpela al transeúnte con la frase: "Disculpe, ¿puede escucharme?". Claro que esa es sólo la verbalización por medio de la cual despista a la gente, después ésta se acerca ofreciéndose como bastón humano para conducirlo hacia otro punto de la ciudad, y es ese el momento preciso en que añade: "quisiera saber si me puede ayudar con unas monedas". Actualmente se considera "limosnero" pues "no hay trabajo para él". Acotó, al igual que Manuel en otra ocasión: "hay ciegos que viven de otros ciegos", aludiendo a los dirigentes de las asociaciones civiles. ¿Pero dónde se percibe el manejo del discurso del merecimiento, con el que el neoliberalismo ha interpelado eficazmente a esta cohorte? En todo momento, durante las entrevistas, Daniel buscó distinguirse de otros que "piden limosna" en la calle:

> A veces me pregunto por qué a mí me dan dinero y a otros no. A las mujeres de la Sierra que andan pidiendo con sus hijos, esos angelitos de Dios, no les dan porque traen maldad. A mí me dan que los $10.00, que los $20.00 y a ellas no les dan, porque traen maldad. Con tantas mentiras, ¿crees que Dios les va a dar? Cuando sus esposos trabajan para "Los Zetas"[51] o sembrando drogas o si no, son de esos huachicoleros.[52] Dios no les da, Dios dice que si tú haces lo malo para obtener lo bueno, todo te quitará. La vida te da lo que tienes que vivir, pero es lo que te tocó. Dios es justo (Daniel, ciego adquirido, 48 años, agosto de 2016).

En el fondo de la narración de Daniel, permanece la idea de que él se purifica por pertenecer a la religión mormona, y las mujeres indígenas que deambulan por las calles de la ciudad no, razón que le es útil para explicarse las desgracias que ellas afrontan, y a su vez, la "suerte" que él posee como

---

otros sujetos. En sí, el asunto es problemático pues, aunque sepan hacerlo, demoran mucho tiempo elaborando una pieza que no podrá ser vendida ("Nadie nos lo compra"). En sí, no logra la función de actividad para reportar ingresos constantes.

[51] Cártel mexicano de narcotraficantes que practica distintas actividades delincuenciales.

[52] En la jerga mexicana, se ha popularizado recientemente el término "huachicolero" para hacer referencia a las personas que, de manera ilegal, ordeñan ductos de gasolina para revenderla a precios más baratos en un mercado no regulado. Recientemente esta actividad se ha asociado al crimen organizado del narcotráfico.

individuo. Contó que una vez habló con una de estas mujeres, quien le dijo que provenía de la Sierra de Oaxaca. "Era madre soltera" –Daniel entonces frunció la boca e hizo tono de incredulidad– "según ella alquilaba un departamento". La misma idea que escuché en un retiro espiritual católico "Para hermanos y hermanas con discapacidad", resuena en el pensamiento de Daniel: "cada quien carga con su propia cruz".

El origen de Melesio es distinto. Nació ciego en San Pablo del Monte, Tlaxcala, y desde pequeño ayudó a su familia en el trabajo agrícola –sabe "desyerbar" y arrancar el "chinamite".[53] Cuando creció, viajó a la ciudad de Puebla pues se salió de la escuela, ya que no le gustaba estudiar. Empezó a "vender cosas en la calle", principalmente dulces. Después, capacitado en la elaboración de bisutería por medio de una asociación civil –ya en los años 2000–, vendía también pulseras y collares que él mismo elaboraba. Posteriormente vendió antenas de televisión, pero después del apagón analógico que ocurrió en México en 2016, dejó de venderlas, y se limitó a ofrecer "limitas" para uñas en la vía pública. Confía plenamente en las ganancias de su venta callejera: "Te digo que es lento pero seguro".

Quizás las de Gonzalo y Héctor son historias más similares, aunque, a su vez, distantes. Gonzalo trabajó en Volkswagen durante nueve años y dejó de trabajar porque fue perdiendo la vista a causa de la diabetes. Cuando lo conocí, estaba arreglando trámites de una pensión por sus años laborados con la empresa. Dijo haber estado pidiendo limosna aproximadamente un mes, "por desesperación", porque no tenía ingresos. Nuevamente la desgracia es explicada a partir de la enfermedad, pues no solamente perdió la vista, sino que uno de sus pies tiene el hueso del talón desecho, a raíz de la misma enfermedad crónica que le aqueja. En ese momento, Gonzalo confiaba en "ser positivo" para afrontar sus problemas económicos y de salud. El segundo informante mencionado también se acerca a las esferas precarias del pauperismo, aunque provenía de un trabajo no industrial. Héctor fue policía, actualmente tiene cuarenta y cinco años y sus problemas visuales iniciaron a los treinta y siete, principalmente a raíz de dos factores. El primero de ellos fue un accidente durante un operativo en el año de 1998. La

[53] El "chinamite" es lo que queda después de cortar el elote, sirve para quemar y prender anafres, según acotó el entrevistado. Cabe señalar que mencionó que en su pueblo se comen el "nopal de corazón", que es algo "grandote" como "desecho de los nopales". Lo asan, lo abren y se comen "lo de adentro". En el lugar también se siembra frijol, haba, calabazas, tomate verde y chile guajillo.

camioneta donde iba con sus compañeros del cuerpo policial[54] se volcó; en este accidente, Héctor recibió golpes en la cabeza:

> Dejé de trabajar en 2008 para la policía municipal. Me dieron mi pensión, pero me la dieron con el salario mínimo. Pero antes, cuando trabajaba, me iba mejor, pues además del salario mínimo tenía los estímulos, esos que le da el gobierno a uno: que de puntualidad, que de bono por asistir todo el año, etcétera. Ahora no me ajusta, me dan $1'800.00 al mes, ¡sólo $60.00 diarios! La gente me dice que al menos tengo eso, que quién me da esa cantidad al mes. Pero aun así no es suficiente (Héctor, 45 años, adquirido, julio de 2016).

La violencia institucional se asomó también en los relatos de Héctor. Mencionó que, en una ocasión, él y otros de sus compañeros fueron a realizar el trámite de su retiro, a quejarse porque era insuficiente la cantidad monetaria que les había sido asignada. Entonces, una secretaria del municipio les dijo: "la culpa de que estén así no es del gobierno, la culpa es de ustedes por no informarse". El segundo factor que propició el problema de ceguera, fue que sufre de una enfermedad denominada psoriasis,[55] misma que le ha cubierto uno de los ojos con un "velo blanco" que progresivamente le tapó por completo la visión. Agregó que los médicos le habían dicho que era un tipo de

[54] Desde 1995 se conformaron "grupos de reacción", por lo cual la policía del municipio de Puebla organizó "células de reacción", de las cuales él formó parte. Éstas se solían desplazar en estas camionetas, equipadas así: un chofer y un copiloto que llevaba el mando del grupo (cabina delantera); siete "elementos" en la parte trasera (descubierta): dos policías de protección, tres de penetración, uno que recaba datos y uno más de refuerzo. Héctor era uno de los policías de penetración.

[55] De acuerdo con la página de internet de la Asociación Mexicana contra la Psoriasis: "Tradicionalmente la Psoriasis se ha considerado una enfermedad inflamatoria de la piel de larga evolución, de causa desconocida, que evoluciona con recaídas alternadas con periodos de piel sana y que, en su forma más frecuente, se presenta con placas rojas con escama gruesa. Sobre todo en los individuos con predisposición familiar, la psoriasis puede ser producida o agravada por los siguientes factores:

1. Traumatismos físicos.
2. Reacciones de intoxicación por la luz ultravioleta del sol.
3. Activación de las reacciones defensivas del organismo (debido a infecciones por bacterias y virus, o vacunación).
4. Medicamentos tomados o inyectados (contra el dolor, la inflamación, la presión arterial, etc.).
5. Estrés emocional".

artritis, "artritis psoriásica".[56] Sufre de resequedad en la piel, misma que me mostró durante nuestras charlas, asomando los brazos y codos con manchas blancuzcas y enrojecidas que le brotaban en la piel. Por falta de lubricación en los ojos, derivada de la misma psoriasis, le dio una "úlcera corneal"[57] que le tapó el ojo derecho –el izquierdo lo perdió a raíz del accidente automovilístico durante su trabajo. Lo que unifica a esta generación es la crudeza del discurso de las capacitaciones y la confianza individual como opción para "salir adelante": Héctor, al igual que Marcelo, confía aprender computación para obtener trabajo. Por su parte, Gonzalo expresa su confianza en el esfuerzo individual: "La razón por la cual los ciegos no tienen trabajo es porque no quieren, ¡por huevones! ¡Una vez que lo consiguen, dejan de ir! La culpa es de ellos".

A modo de ejemplo de las poblaciones sobrantes intermitentes, es contundente el hecho de que tan sólo una de las mujeres entrevistadas se consideró "con trabajo" en una entrevista en julio de 2016. Me refiero a Cecilia, la de menor edad del grupo (43 años) que semanas antes había dejado "la limosna", luego de haber permanecido más de un año realizándola. De hecho, la expresión que da vida al título del presente capítulo: "Vengo a pedir caridad, es que no tengo trabajo", es suya, de meses atrás, cuando la había conocido, pues se consideraba desempleada y "limosnera". No obstante, había ingresado un mes antes (junio) como "masajista" en un spa, a manera de trabajadora intermitente, ganando "por comisión", permaneciendo sin contrato, ni horarios fijos, ni prestaciones. Su jefa, la dueña del spa, constantemente le decía: "No lo veas como trabajo, velo como una ayuda":

---

[56] "La artritis psoriásica es un trastorno que causa dolor e inflamación en las articulaciones. Ocurre en personas con psoriasis, que es una enfermedad crónica (de larga duración) de la piel que se caracteriza por la presencia de un salpullido reseco en la piel, en forma de escamas y que causa comezón. Este salpullido o erupción cutánea es más común en los codos, en las rodillas y en el cuero cabelludo. La psoriasis puede originar cambios en las uñas de los dedos de las manos y de los pies como pequeñas depresiones que semejan puntitos en la superficie de las uñas, llamadas fóveas" (Arthritis Foundation).

[57] "Una úlcera de la córnea es una llaga abierta en la córnea (la capa delantera y transparente del ojo). La córnea cubre el iris (la parte coloreada del ojo) y la pupila, de la misma forma como un cristal cubre la cara de un reloj. Una úlcera de la córnea suele ser el resultado de una infección ocular, aunque puede ser causada por una condición de ojo seco severa u otros problemas visuales" (American Academy of Ophthalmology).

> Porque el spa se llama "Manos Curativas", entonces, mi jefa me dijo: "Tú estás ayudando a la gente, con tus manos, con tu energía". Entonces me pagan por masaje, si en un día hago tres masajes pues me los pagan, me llevo una comisión. Me pagan a $100.00 cada masaje [aunque ahí los suelen cobrar, al menos en $500.00 cada uno], pero pues ya voy aprendiendo y ya cuando tenga yo un masaje particular puedo cobrar yo a lo mejor hasta los $300.00 o $400.00 (Cecilia, 43 años, débil visual de nacimiento, julio de 2016).

Se concreta así la historia de un segmento de clase disciplinado, algunas veces por el trabajo manual, otra por los servicios o por el discurso de la autonomía que deja las esperanzas al autoempleo –"echarle ganas", "salir adelante", "no lo veas como trabajo". Ella fue capacitada en masajes por un amigo que a su vez aprendió en una instancia pública –posiblemente el DIF o el Instituto de Capacitación para el Trabajo del Estado de Puebla (Icatep). A diferencia de Patricia, de la primera cohorte, quien obtuvo un título técnico en masoterapia –en un contexto fordista–, la formación de Cecilia es informal y flexibilizada, no está respaldada por documento alguno, tal como no lo están las formaciones al respecto del resto de informantes que poseen capacitaciones, pues las instancias públicas no otorgan un documento legal que les respalde por la SEP.

Durante los meses de trabajo de campo, averigüé que Héctor se encontraba tomando un curso de computación para invidentes en el DIF, movido por el deseo de destacar en esa formación y, así, tener mayores posibilidades de insertarse en algún servicio de *telemarketing*. A pesar de ello, él era consciente de que eso era verdaderamente difícil, pues en caso de que se llegaran a ofrecer espacios, serían muy pocos, "y somos muchos", sentenció. Esto indica que el disciplinamiento orientado al "salir adelante" por sí mismo, discurso de la autonomía –"no tenemos que depender de nadie para movernos", "somos ciegos autónomos", entre otras frases ilustrativas–, si bien se encuentra plenamente expandido, sobre todo en esta cohorte, los sujetos saben que no les asegura prácticamente nada, más allá de las enclenques dádivas públicas y privadas que contribuyen a que sobrevivan en las condiciones materiales más degradadas.

La dependencia y el género

Persiste entre las historias una serie de nudos acerca de la dependencia, conexiones que no pueden ser leídas solamente bajo los criterios de la expe-

riencia propiamente laboral, sino que deben interpretarse en su articulación con las relaciones de género. Si bien los hombres de las tres cohortes fanfarronearon con regularidad, haciendo gala de proezas que les hacen ver como fuertes, potentes y valerosos, usualmente dependen de los cuidados y provisiones de las mujeres. Son ellas quienes mantienen limpia la casa, las que les cocinan, quienes los cuidan cuando están enfermos e incluso, las que mantienen impecable el espacio de la asociación civil. Todos ellos, aunque no estén unidos conyugalmente –como Melesio y Gonzalo–, cuentan con una mujer a su lado que les cuida: los va a recoger "una amiga vecina de la vecindad" en donde viven; la compañera en unión libre les lleva comida hasta el sitio donde reposan pidiendo limosna; la mujer con la que viven les limpia la casa, entre otros ejemplos. El asunto de las relaciones de género que se materializan en el cuerpo será atendido con mayor detalle en el cuarto capítulo, valga aquí mencionarlo para tener un primer acercamiento a los problemas que atañen a los asuntos del poder, la dependencia y la división sexual del trabajo existentes entre ellas y ellos.

Los casos de las mujeres ciegas en relación con la dependencia merecen particular atención pues, a partir de ellos, se comprende relacionalmente la posición de los varones y la de ellas mismas. Del total de mujeres, dos son divorciadas (Angélica y Cecilia), dos son solteras (Patricia y Zulema) y una está casada (Margarita). Las divorciadas dijeron haberse separado por cuestiones de violencia conyugal, en un caso, y de infidelidad, en el otro. A diferencia de los hombres separados, estas mujeres han cargado solas con el peso de la manutención de las y los hijos. El caso de Cecilia de la tercera cohorte refleja bien a lo que me refiero:

> El papá de mis hijos [ya después] nunca me dio dinero, jamás. Por eso se salió de Nestlé, porque le cayó la pensión alimenticia. Por eso se salió de Garcicrespo, de Electropura, porque le cayó la pensión alimenticia. En Sabritas, en 2010, le llegué a embargar y pues sí, le embargué el salario, me daba la mitad de su salario cada 8 días. Pero hubo una situación con la señora que tuvo su último hijo, porque él tiene tres hijos con diferentes mamás, además de mis tres hijos (Cecilia, débil visual de nacimiento, 43 años, julio de 2016).

Además de las empresas que mencionó en el fragmento citado, su marido fue trabajador de Volkswagen por tres años y, cuando lo recortaron del personal, empezó a tener trabajos en el área de los servicios, cayendo así en un constante problema con el consumo desmedido de alcohol pues solía deprimirse

por no tener un trabajo fijo. Cecilia lidió con las infidelidades de su esposo, como el relato refleja –su ex-marido tuvo hijos con otras mujeres, pese a que con ella estaba casado. A causa de la violencia física y verbal que recibía en casa, sobre todo cuando él se alcoholizaba, decidió separarse definitivamente por la vía legal, aunque en otras ocasiones ya lo había hecho sin formalizar, mismas en que, de manera intermitente, solía regresar a vivir con él, presionada por no cumplir con su papel como "buena esposa" y "buena madre".

El otro caso de divorcio fue el de Angélica de la primera cohorte. Si bien no quiso dar grandes detalles respecto a su anterior relación, dejó en claro haber dependido durante varios años de la pensión de su antigua pareja, pues él trabajaba en Tabacalera Mexicana, y la pensión duró hasta que lo corrieron. Es claro que los varones no son los únicos dependientes de las mujeres, en tanto necesitan de ellas trabajos de cuidado y reproducción, sino que ellas también dependen en ocasiones de ellos,[58] estando amenazadas de ser abandonadas al desamparo en caso de que reciban algún ingreso propio.[59] Entonces, Angélica optó por demandar una pensión, pues sus ingresos en el campo de los servicios no eran suficientes. Así lo manifestó la entrevistada:

> Entonces le demandé alimentos para mis hijas y lo gané. Yo podría de nuevo demandarlo, pero sería menear papeles. Como nunca me volví a casar, el cónyuge inocente tiene derecho a los alimentos cuando se les compruebe el adulterio. […] [La pensión] nos ajustaba para comer, para vestir, par medicinas, para paseos, para todo (Angélica, ciega adquirida, 59 años, julio de 2016).

En total, recibió esa pensión durante diecisiete años, aunque llevaba ya siete sin ella. Ese recurso se formalizó cuando contaba con 35, y al momento de la entrevista tenía 59, lo que implica que le fue suspendida a los 52 porque su exesposo perdió el empleo en la tabacalera. Siente que su condición de "desempleada" se relaciona con su edad y su condición de ciega. Actualmen-

[58] Al respecto de esta dependencia generizada, señala la filóloga feminista Elena Simón Rodríguez (2002: 21): "Si a algunas mujeres se les niega el derecho a un salario y a los varones la posibilidad de desarrollar las habilidades expresivas para el cuidado y la atención a otras personas, la mujer depende del hombre económicamente, el hombre depende de la mujer funcionalmente, no podrán a penas salir del círculo vicioso y podrán llegar a creer que la naturaleza los diseñó para no ser completos".

[59] El esposo de Angélica le puso como condición que se saliera de trabajar o no le daría la pensión. Solía trabajar durante un tiempo como vendedora de mostrador en una tienda de zapatos; otro periodo, en una de electrodomésticos y muebles.

te vive con un compañero (vidente) en unión libre –al no recibir la pensión del excónyuge, ya no le preocupa tener una nueva relación– y una de sus hijas le provee de "algo de dinero" para cubrir algunas necesidades básicas. Este es un testimonio que muestra la violencia del Estado y su papel en la reproducción de la dependencia y fragilidad de las mujeres. Ellas siempre son trabajadoras secundarias o reserva de mano de obra en calidad de intermitentes, condición errática que las moldea y define en la incertidumbre permanente e híper fluidez, obligándolas a dar giros estrepitosos de un trabajo a otro en busca del sustento para sus hijos. Muchas veces las mujeres renuncian a las pensiones porque carecen de medios para emprender una denuncia o un juicio por alimentos, entre otras necesidades de reproducción ("Yo podría de nuevo demandarlo, pero sería menear papeles"). En ese sentido, los vericuetos de trámites y su alto costo para estas personas, les disuaden de la búsqueda de reparación de los daños. ¿Cuál es el resultado? La desesperanza y la desconfianza.

Por otro lado, las solteras fueron Zulema (55 años, segunda cohorte) y Patricia (68 años, primera cohorte). La primera de ellas es madre de dos hijas y se consideró "madre soltera", ha dejado de trabajar constantemente por enfermedades de familiares, para cuidarlos –como el caso del padre–, o por cuidar a sus nietos mientras su hija trabaja. La segunda, aunque no tuvo hijos, ha aportado ingresos para sostener a su familia; además, ha transferido cuidados en el hogar: a su madre de noventa y un años de edad, quien a su vez recibía una pequeña pensión de su marido que fue trabajador textil; a su sobrino que estaba dializado, mutilado de una pierna y con derrame cerebral, así como a las hijas de dicho sobrino. Es decir, aunque las mujeres no estén unidas formalmente con un varón en matrimonio, tengan o no hijos, e independientemente de las transformaciones estructurales que el capital va teniendo para seguir saciando sus hambres, son ellas quienes cargan con el cuidado de otros, a diferencia de los varones. La explotación de la cual son parte, como las responsables del trabajo reproductivo impago e invisible, es notoria en sus biografías, colocándoles en posición de desventaja frente a ellos. No hay que pasar por alto que entre ambos sexos existe una brecha en cuanto a la disposición y uso del tiempo.

La única mujer casada entrevistada en este estudio fue Margarita de la segunda cohorte, la pareja de Benjamín. Vivía con él, dependiendo de su ingreso y para desplazarse al centro de la ciudad, y así, poder sacar "unas monedas" vía la limosna, pues temía salir sola a las calles. La actividad de "pedir limosna" al lado de su compañero solía interrumpirse cuando la mujer

enfermaba de sus pies por la diabetes. En tal sentido, era él quien la mayoría de las veces llevaba dinero al hogar. Margarita se dedicó un tiempo a cuidar de sus nietas cuando su hija, madre de las niñas, murió por consumo de drogas y alcohol. Las dos niñas –de las cuales desconocí la edad– dependieron de la pareja durante algún periodo; tiempo después, fueron custodiadas por el DIF y reubicadas en la casa de la hermana de Margarita, en el municipio poblano de Tehuacán. Ella perdió la custodia porque Benjamín fue acusado de haber abusado sexualmente de la mayor de las nietas. Esta referencia, además de reflejar explícitamente la violencia de género que enfrentan las mujeres ciegas, independientemente de su edad, permite advertir la superposición de violencias. Motivado por la rabia en contra de la institución que llevó el proceso legal que les quitó la patria potestad, Benjamín decidió no tener nada que ver con la instancia (DIF), por lo que ni él ni Margarita poseían la "Credencial de Discapacidad" que el organismo emite, credencialización que les habría posibilitado una pequeña dotación de alimentos mensualmente. Pese a lo enmarañado, el ejemplo etnográfico ilustra el continuum de violencias traspuestas en su conjunto, estudiado por Bourgois (2009): la patriarcal –dependencia por género y violación sexual– se articula con la estructural –empobrecimiento y degradación de clase permanente–, en materia de salud –no poder ir a pedir limosna, debido a la enfermedad–, y finalmente la institucional –credencialización para poder ser acreedor de un "apoyo alimenticio"–. Sin estar desanudadas, las violencias en conjunto son reproducidas sistemáticamente en detrimento de los sujetos más desposeídos.

CAPÍTULO III
GOBERNANDO A LA CEGUERA EN EL MARCO NEOLIBERAL

Según cifras oficiales de inicios del siglo xx, los estados del centro del país –Puebla entre ellos–, concentraban un mayor número de personas con ceguera.[60] Los "defectos físicos y mentales", como entonces el gobierno mexicano solía clasificarlos, no sólo incluían a "ciegos" sino también a "cojos", "idiotas", "jorobados", "locos", "mancos", "mudos", "sordos", "sordomudos" y "tullidos" (Reyes, 2012). El dato mencionado permite aproximar el interés que el Estado ha tenido históricamente por contabilizar a la población con alguna deformación anatómica (Reyes, 2012), en el sentido de conocer el cuerpo de estas personas para administrarlas y hacerlas legibles de diversas maneras. Además, resulta importante reparar en las terminologías que solían emplearse para nombrarlas, pues muestran el tipo de reconocimiento estatal que en ese entonces se les otorgaba.

Identificados en aquellos años como "defectos" y no como "discapacidades", como actualmente se designan, es posible advertir cierta metamorfosis, entre una forma de gobierno basada en un sujeto disciplinado que respondía a su "capacidad para el trabajo",[61] y otra forma posterior, en la

[60] El primero fue Guanajuato con 1,444 personas ciegas; después Puebla con 1,135; y en tercer lugar Michoacán con 1,096 (Censo General de la República Mexicana 1900, Secretaría de Fomento, Colonización e Industria, 1902; 1903; 1905).

[61] El Sexto Censo de Población de 1940 (Secretaría de la Economía Nacional, 1947) agrupa a los ciegos en la categoría "Población con Defectos Físicos y Mentales y Capacidad para el Trabajo". Es decir, se comenzó a contabilizar su presencia, según si eran o no capaces de trabajar. El hecho de contabilizar a la fuerza de trabajo más barata aún que el resto –el proletariado con "defectos físicos y mentales"–, fue de suma importancia pues lo que podría denominarse una razón gubernamental, tomaba consciencia del ahorro que, en términos de retribución podría representar la fuerza de trabajo "defectuosa", por decirlo de algún modo. Vale destacar que es un momento de expansión económica nacional, cuando se dinamizaron todos los recursos posibles para el crecimiento económico, mismo que se vería reflejado en el

actualidad consolidada. La primera, desarrollada en un entorno cerrado y camuflado entre las filas de "trabajadores" en masa; la segunda, caracterizada por la emergencia de un sujeto liberado no sólo de los medios de producción –como ya sucedía con antelación–, sino inclusive sin posibilidades de obtener trabajo. En otras palabras, se necesitaba de un sujeto que ya no se concibiera como trabajador, cuyos derechos debían asegurar sus condiciones materiales de existencia. Hoy por hoy, ese sujeto errático y contradictorio, se asume "una persona con discapacidad visual", a partir del mote identitario que le lleva de la demanda de derechos a la implora del merecer. Es decir, que asume que puede o no sobrevivir y ello dependerá, en gran medida, del reconocimiento que el Estado le otorgue, por medio de la legibilidad que él mismo le confiera. En ese sentido, el tratamiento demográfico sobre los cuerpos defectuosos es una acción biopolítica que irá mutando con el correr de los años, puesto que dicha forma de gobierno de las poblaciones, sofistica paulatinamente la producción de tales sujetos (Foucault, 2000). Como se observó en el capítulo anterior, algunas veces lo llegó a hacer a partir del trabajo de encierro como técnica disciplinaria del cuerpo del ciego para los fines productivos, semejante al trabajo realizado en las prisiones estudiado por el mismo Foucault (2002). Hoy ese orden se ha refinado.

En el presente capítulo se buscará evidenciar las peculiaridades que dichas formas de gobierno han adoptado en el neoliberalismo, a partir de las mutaciones que ha sufrido el Estado por vía de la extensión de los tentáculos de su actuar en espacios que, hasta hace unas décadas, no se concebían propiamente como estatales (Trouillot, 2011). La exposición muestra que no sólo las instancias oficiales –DIF, Icatep, SEP, entre otras– recurren al discurso de la discapacidad para nombrar a estas poblaciones –y, por tanto, gobernarlas–; también lo hacen las ONGs (OCPAC) y las mismas empresas que llegan a emplearlas o a transferir donativos en especie. Dicha interpelación conlleva la finalidad de administrar a estas poblaciones como segmentos sobrantes de clase en el neoliberalismo. A su vez, se sugiere que el capitalismo en esta fase ha troquelado como "discapacitados" a los ciegos, llevándolos a ser parte de una política identitaria multiculturalista que, en el terreno de los hechos, se muestra efectiva para incentivar la acumulación de riqueza para el capital, como se ha estudiado en otros grupos (Smith, 2011).

---

crecimiento urbano y demográfico del llamado período del "milagro mexicano", que va aproximadamente de la década del cuarenta a los años setenta.

La gestión de la vida del ciego: del sujeto "dependiente" al sujeto "autónomo"

Una breve viñeta extraída del trabajo etnográfico me permite ejemplificar este proceso de gobierno de las poblaciones ciegas. Alguna vez Francisco (55 años, presidente de OCPAC y ciego de nacimiento), afirmó: "A los ciegos, no hay quién los gobierne. Son un grupo peligroso". La frase no me pareció inocua, por lo que busqué ahondar en el asunto para que él mismo ampliara su explicación. Con el objetivo de ilustrar lo que decía, mencionó que es frecuente que, "al ayudar a un ciego a cruzar la calle, luego te pida dinero. Si no le das unas monedas, no resulta extraño que 'te miente la madre' ".[62] Posteriormente, agregó:

> Te sacarás de onda, pero así es, el ciego no está regulado por la ley. Incluso un policía te podría decir que lo entiendas, que seas consciente de su situación. Aunque esto es como justificar a un ciego, victimizarlo por su discapacidad.

Sin embargo, los ciegos se encuentran inmersos en redes que les gobiernan, más allá de lo que las palabras del director de la ONG mostraron aquella tarde. Él mismo incluso forma parte de estos tejidos que cercan las vidas de otros invidentes. En tanto propuesta metodológica, Veena Das (2006) formula una doble realidad del Estado, a la vez que es oscura y subrepticia, es efectiva, formal y procedimental. Esta dualidad del Estado es su carácter mágico, lo cual implica en la terminología de Das que, "para estudiar el estado necesitamos cambiar nuestra visión de los lugares obvios en los cuales esperamos que resida el poder, hacia los márgenes y los escondrijos de la vida cotidiana en los cuales cada infortunio puede ser observable" (Das, 2006: 163-164). Apoyándome en esta propuesta de cómo la figura del Estado puede ser aprehendida etnográficamente, puedo plantear no que éste se haya retirado o haya desaparecido en el neoliberalismo, tal como se ha solido entender bajo determinadas posturas según apunta críticamente Trouillot (2011), sino que ha mutado, se ha reconfigurado adoptando nuevos disfraces, por lo que las herramientas antropológicas deben proponerse decodificar esas engañosas vestiduras para aprehenderlo. Bajo tal supuesto:

> […] el estado se encuentra presente en la vida de la comunidad –su suspensión entre una entidad racional-burocrática y una mágica. Como en-

[62] Expresión coloquial que en México se utiliza a modo de ofensa. "Mentar la madre", como diría Octavio Paz, alude a "chingar a tu madre", que significa "cogértela" y que es uno de los peores insultos que se le pueden hacer a un mexicano.

> tidad racional se presenta en la estructura de reglas y regulaciones: las costumbres de la comunidad están hechas para aparecer como válidas en las sombras de estas reglas y regulaciones. Pero en cuanto a sus cualidades mágicas, éstas aparecen en una misteriosa presencia que se logra en la vida de la comunidad, incluso en los momentos del desafío de la comunidad al estado –esto es como si la comunidad derivara en su propia existencia, proveniente de una lectura particular del estado (Das, 2006: 166-167).

Tal y como ya se hizo mención en la introducción del capítulo, prestar atención a las estadísticas oficiales sirve como punto de arranque para observar el tema del Estado en torno al gobierno que se ejerce sobre los ciegos. Así, se tiene que de 1910 a 1940 la presencia numérica fue muy similar, aunque es probable que en 1930 haya habido un error de captación del dato, pues baja en ese año y en 1940 vuelve a repuntar, manteniendo una cierta normalidad estadística respecto a inicios de siglo, tal como se observa en la tabla correspondiente (Figura 3).

De acuerdo con los datos mencionados, en 1940 se contabilizó que del total de ciegos (777), 530 tenían capacidad para trabajar, esto representaba 68.21% o cerca de siete de cada diez. De ese segmento, los hombres representaron 54.21% mientras que las mujeres 45.78%, información que indica que ellas eran utilizadas prácticamente en las mismas proporciones que los varones para la producción. Esto quiere decir que el capital aprovechaba no sólo la fuerza de trabajo barata de acuerdo con los "defectos físicos" sino que lo hacía, además, tomando en consideración el sexo y, por tanto, la construcción genérica de los cuerpos.[63] Se apoderó entonces de ambos componentes con la finalidad de ahorrar costos de producción.

	Hombres	Mujeres	Total
1910	479	342	821
1930	46	44	90
1940	462	315	777

Figura 3. Ciegos en el estado de Puebla, según sexo.
Fuente: Elaboración propia con base en información de los censos correspondientes (Secretaría de Fomento, Colonización e Industria, 1902 y 1917; Secretaría de la Economía Nacional, 1930 y 1947)
Nota: Los datos para el Censo de 1921 no se presentan porque sólo existen para el nivel nacional y no para el estatal.

[63] En 1940 el total nacional de hombres ciegos fue de 68,834, y el de mujeres ciegas de 83,165 (Secretaría de la Economía Nacional, 1947).

Por otro lado, la identidad es producida en momentos históricos específicos a través de procesos de subjetivación, según advierte Foucault (2005). Esta noción alude al grabado permanente del sí, es decir, a la conformación política del sujeto o, parafraseando sus términos, la disciplina sobre sí mismo. De modo tal que, para llegar a ser lo que los discursos nos dictan ser, en un marco institucional dado, es necesario comprender qué discursos y qué instituciones vehiculan las ideas para ampliar el entendimiento del concepto marxista lumpen (Bourgois, 2009), condición a partir de la cual es notorio que sobrevive la población estudiada de ciegos en Puebla. Este sector no está exento de atravesar dicho proceso de subjetivación, pues permanentemente dicen ser lo que los discursos les dictan ser, pese a que tal existencia descanse en una diferenciación de clase verídica, aunque contradictoria, como se analizó en el capítulo anterior: imposible de verbalizar de manera consciente pero contundente en las historias biográficas. En ese sentido, a lo ciegos les es difícil pensarse en tanto clase social y relativamente sencillo asumirse como "discapacitados visuales".

A pesar de lo anterior, cabe señalar que las historias de los ciegos no son ajenas al disciplinamiento de clase del que es blanco la población en general desde el siglo XVII, este disciplinamiento administraba al cuerpo individual a través de técnicas de poder mediante las que:

> se aseguraba la distribución espacial de los cuerpos individuales (su separación, su alineamiento, su puesta en serie y bajo vigilancia) [...] técnicas por las que esos cuerpos quedaban bajo supervisión y se intentaba incrementar su fuerza útil mediante el ejercicio, el adiestramiento, etcétera. [...] toda la tecnología que podemos llamar tecnología disciplinaria del trabajo, que se introduce desde fines del siglo XVII y durante el siglo XVIII (Foucault, 2000: 219).

Si bien esta disciplina llevaba ya varios siglos de haber sido introducida –y Federici (2010) coincide con esta emergencia histórica–, según Foucault (2000) se renueva a finales del XVIII y principios del XIX, con el nacimiento de la biopolítica.[64] En este estudio se observan tales técnicas disciplinarias

[64] "esta nueva técnica de poder no disciplinario se aplica a la vida de los hombres e, incluso, se destina, por así decirlo, no al hombre/cuerpo sino al hombre vivo, al hombre ser viviente; en el límite, si lo prefieren, al hombre/especie. […] [L]a disciplina trata de regir la multiplicidad de los hombres en la medida en que esa multiplicidad puede y debe resolverse en cuerpos individuales que hay que vigilar, adiestrar, utilizar y, eventualmente, castigar […L]a nueva tecnología introducida

en el diseño de las políticas educativas que intervinieron a los ciegos en la ciudad de Puebla, al menos desde la segunda mitad del siglo XX.[65]

Esta forma de docilidad inducida para gobernar a los ciegos, se implementó en Puebla a través de los saberes autorizados que la biopolítica instauró: maestros de educación física, de manualidades, de música e inclusive "una especialista en educación para ciegos y débiles visuales", como mencionó la profesora Taylor para aludir al campo del conocimiento autorizado para instaurar dicha obediencia. Es preciso recordar que la maestra Taylor fue directora durante veintitrés años (1962 a 1985) de la Escuela Hogar en la ciudad de Puebla, contratada por la SEP.[66] Podría decirse que "estos conocimientos definieron la normalidad, la legalidad, el progreso, así como los derechos y obligaciones de los ciudadanos" (Bourgois, 2009: 28). Dicha forma de gobierno se encarga ya no sólo de aleccionar al cuerpo en tanto individuo sino, además, de administrar a ese cuerpo especie, a través del concepto de población y mediante una disciplina *ex profeso*: la demografía (Foucault, 2000). ¿Cuáles son los primeros ámbitos de poder de los cuales la biopolítica se vale para gestionar la vida? El control de la natalidad, la morbilidad, la mortalidad, la vejez, la regulación de las incapacidades en materia de salud, el autogobierno mediante la propia subjetividad y el control de las condiciones del medio –como el incremento de las ciudades a razón de la creciente industrialización del XIX. No obstante, estos ámbitos no son

---

está destinada a la multiplicidad de los hombres, pero no en cuanto se resumen en cuerpos sino en la medida en que forma, al contrario, una masa global, afectada por procesos de conjunto que son propios de la vida, como el nacimiento, la muerte, la producción, la enfermedad, etcétera. Por lo tanto, tras un primer ejercicio del poder sobre el cuerpo que se produce en el modo de la individualización, tenemos un segundo ejercicio que no es individualizador sino masificador, por decirlo así, que no se dirige al hombre/cuerpo sino al hombre-especie. Luego de la *anatomopolítica* del cuerpo humano, introducida durante el siglo XVIII, vemos aparecer, a finales de éste, […] lo que yo llamaría una *biopolítica* de la especie humana" (Foucault, 2000: 220, cursivas en el original).

[65] Previamente sólo existían algunas iniciativas privadas de educación artística en casas particulares. Específicamente, se les enseñaba a tocar instrumentos musicales como la guitarra, el piano y la mandolina.

[66] El *Lions Club International* es una institución de asistencia privada que por más de cinco décadas operó en Puebla pagando insumos de la Escuela Hogar (alimentos, instrumentos de limpieza, propiedad del terreno, luz, agua, teléfono, entre otros). La profesora Taylor fue empleada de la SEP, aspecto que da cuenta del maridaje institucional entre dos ámbitos: el privado asistencial y altruista, y el público gubernamental.

los únicos, pues posteriormente surgirían otros más sofisticados, según lo advierte Foucault (2000). Esos otros saberes pueden ser ejemplificados por medio de las clases impartidas en la Escuela Hogar –manualidades, música, educación física, entre otras.

¿Qué objetivo político hizo surgir a la biopolítica? A decir de Foucault (2000: 218), esta innovadora forma de gobierno tiene que ver no con "sustituir, pero sí en completar ese viejo derecho de soberanía –hacer morir o dejar vivir– con un nuevo derecho que no borraría el primero pero lo penetraría, lo atravesaría, lo modificaría y sería un derecho o, mejor, un poder exactamente inverso: poder de *hacer* vivir y *dejar* morir" (cursivas en el original). En el terreno de la biopolítica se pasa entonces al "hacer vivir y dejar morir", transición que Tania Li (2009) retomará para referirse a los efectos biopolíticos contra las poblaciones sobrantes, aludidas en el Capítulo 1. De acuerdo con Nancy Fraser (2003), este modo de operar en términos biopolíticos fue la disciplina de la era fordista del capitalismo.[67]

En el sentido anteriormente descrito, no sería descabellado postular que en el contexto neoliberal la biopolítica adquiera arreglos particulares (Fraser, 2003), entorno desde donde me interesa problematizar la producción gubernamental de las poblaciones ciegas como objeto de precarización. A nivel general, estos cambios cualitativos tienen que ver con la regulación de asuntos asumidos por el mercado, que antes competían al Estado.[68] Abordo la precariedad, a partir de la desigualdad de clase y de género,

---

[67] "Como yo uso el término, el 'fordismo' abarca el periodo del 'breve siglo xx', que va desde la Primera Guerra Mundial hasta la caída del comunismo. En este periodo, el capitalismo generó un modelo distintivo de acumulación basado en la producción industrial y los bienes de consumo de masas, y la corporación integrada verticalmente. […] Al organizar a los individuos, al disponer de los cuerpos en tiempo y espacio, al coordinar sus fuerzas, al transmitir poder entre ellos, este modo de gubernamentalidad ordenó las relaciones sociales básicas de acuerdo a una lógica de control diseñada por expertos" (Fraser, 2003, 17-19).

[68] "En este régimen de 'gubernamentalidad desestatalizada', la política sustantiva de bienestar cede su lugar a las tecnologías formales de responsabilidad económica, en tanto los auditores reemplazan a los profesionales de servicios como los principales agentes de disciplina. Mientras los *vouchers* reemplazan a los servicios públicos y el 'manejo de riesgos' privatizado sustituye la seguridad social, los individuos son definidos para asumir nuevos niveles de 'responsabilidad' en sus vidas. Al desplazar las técnicas fordistas de 'control social', los mecanismos de mercado organizan grandes segmentos de actividad humana; inclusive las decisiones sobre el matrimonio y crianza de los niños son reguladas con incentivos de mercado" (Fraser, 2003: 30).

agudizadas por la lógica del capitalismo neoliberal (Chant, 2002; Fraser, 2003), y sostengo que el Estado se mueve por las rendijas más insospechadas, pues no deja de actuar (Trouillot, 2011) para gobernar a las poblaciones hoy marcadas por el multiculturalismo neoliberal como "discapacitadas visuales". Recurro así a la conceptualización del Estado que formula el antropólogo haitiano Michel-Rolph Trouillot (2011), considerando a la vez tres presupuestos para estudiarlo antropológicamente. El primero de ellos indica que no existe una institución en sí que capte enteramente al Estado, ni histórica ni teóricamente. En segundo lugar, se advierte que los "efectos del Estado" no se alcanzan sólo a través de instituciones gubernamentales o instituciones oficiales. Por tanto, hay otras como las ONGs que colaboran en sus funciones. Por último, está el hecho de que las características anteriores se ven potencializadas bajo un contexto global en el que está inmerso el capitalismo en la actualidad.

En tal sentido, Trouillot (2011: 151) identifica cuatro posibilidades de estos "efectos de Estado" exacerbados en un contexto neoliberal. En primer lugar, está la individualización de los sujetos, que toman forma de aislados, propiciando que sean considerados por la gobernanza como "un 'público' indiferenciado pero específico". El segundo efecto es la identificación de los sujetos, es decir, su subjetividad se muestra individualizada o atomizada, por lo cual se reorganiza, entonces los individuos se miran unos a otros como iguales. Un tercer efecto es el de la legibilidad, lo cual apunta hacia "la producción de un lenguaje y de un conocimiento para la gobernanza; de herramientas teóricas y empíricas que clasifiquen, serialicen y regulen a las colectividades; y de las colectividades engendradas de esta manera". Finalmente, un cuarto efecto atañe a la espacialización, producto del engendramiento de fronteras (externas e internas), a nivel jurídico y territorial. Dichos efectos pueden ser ilustrados etnográficamente entre la población estudiada en este trabajo (ver Figura 4).

El sujeto ciego en el neoliberalismo aparece bajo la forma de un individuo que fantasiosamente está convencido de ser responsable de sus propias desgracias, así como de las violencias que vive –violencia íntima aludida en otro momento–, enfrentando formas específicas de identificarse. Por ello, no es posible seguir pensando una figura de Estado anquilosada, rígida ni estática, pues más que haberse extinguido, se ha transformado particularmente en la fase neoliberal (Trouillot, 2011). En ese sentido, coincido también con Das (2006) en cuanto a que la gubernamentalidad se expresa intermitentemente: no es aplastante y

constrictiva de forma totalizada, sino que a la vez interactúa con sujetos cuya subjetividad está inmersa en la misma producción discursiva que demandan las formas estatales.

Derivado de esa gubernamentalidad con fisuras, las condiciones materiales recrean formas sociales a través de medios de negociación que se establecen entre los "agentes del estado", en el sentido de Das (2006), y los sujetos intervenidos gubernamentalmente. Podemos decir que, en el caso de la ciudad de Puebla, los inspectores de mercados son partícipes de este proceso en tanto interactúan con los llamados "vendedores ambulantes". Desde esta óptica, los sujetos no sólo son producidos, sino también mantenidos en existencia por el mismo Estado.[69] Son vidas que, aunque no merezcan ser vividas, parafraseando a Butler (2006; 2010), pues todo parece indicar que penden siempre de un hilo, se mantienen a flote, palpitantes, mediante formas que el Estado encuentra para hacerlas sobrevivir y, con mucha frecuencia, dejarlas morir o a la deriva.

En el caso de las poblaciones sobrantes que nos interesan, ciegos marcados como "discapacitados visuales", son también producidos por agentes de Estado, a quienes denomino gestores de la precariedad. Pueden estos definirse como individuos de un grupo heterogéneo, que funcionan como intermediarios entre los sujetos inmersos en amplios procesos de desposesión (Carbonella y Kasmir, 2015) y precarización vital (Pérez, 2014), y el Estado: trabajadoras sociales, repartidores de despensas y medicamentos, empleados que administran su entrega en las oficinas –estatales o municipales– de asistencia pública –como el DIF o el Icatep–, psicólogos que difunden discursos hegemónicos –destaca el de la "resiliencia"–, encargados de dormitorios públicos y espacios de rehabilitación y capacitación laboral, entre otros.

Efecto de Estado	Observación etnográfica
Individualización	Acceso a determinados recursos por "méritos propios" (ser amigo del director de OCPAC, poseer la credencial de discapacidad, trabajar por cuenta propia, etc.).

[69] Mientras el Estado continúe siendo partícipe de esta producción depauperada de clase social, es absurdo querer desterrar la mendicidad y/o el ambulantaje de la vía pública.

Efecto de Estado	Observación etnográfica
Identificación	En general, conciben que cada uno tiene lo que merece. Es decir, cada uno de ellos trabaja o no trabaja por razones que cada uno, en tanto individuo, consigue. Este discurso se expande por medio de una categoría borrosa que vivifican desde hace algunos años: "discapacitado visual".
Legibilidad	Emergencia histórica de la categoría "discapacidad" y de los marcos legales que la fundamentan y vehiculizan.
Espacialización	Se confinaron espacios durante el periodo de la hegemonía expansiva (Casa Hogar), que hoy en día se reconvierten en ONGs (OCPAC o Posada Rosario). Aunque prevalecen instancias gubernamentales como el DIF, Icatep, Secretaría de Salud, IMSS e ISSSTE. Otras espacialidades son el dispensario o la farmacia de medicamentos similares.

Figura 4. Efectos de Estado entre la población ciega en Puebla.
Fuente: Elaboración propia con base en Trouillot (2011) e información de los diarios de campo.

Los gestores de la precariedad pueden ser también personal de asociaciones civiles que, igualmente, encausan los recursos aparentemente "limitados" (despensas, medicamentos, bastones, consultas médicas, etc.) provenientes de donaciones públicas o privadas, individuales o empresariales, que distribuyen objetos entre las poblaciones destinatarias, mismos que los mantienen con vida y que son suministrados selectivamente, en el sentido de Gavin Smith (2011), según criterios de edad y enfermedad. Para decirlo con Pierre Bourdieu (1998: 2), los que aquí entiendo como gestores de la precariedad, se hallan en lo que el sociólogo francés denominó "la mano izquierda del estado":

> llamo la mano izquierda del estado, al conjunto de agentes de los así llamados ministerios de gasto que son el rastro, junto con el estado, de las luchas sociales del pasado. Ellos se encuentran opuestos a la mano derecha del estado, los tecnócratas del Ministerio de Finanzas, los bancos públicos y privados y los gabinetes ministeriales.

En cierto sentido, el personal de trabajo social, asistencia, entrega de despensas, son los responsables de otorgar las migajas de un Estado social raquítico que día con día recorta sus gastos de operación. Existen otros sujetos, de ahí la

propuesta de ampliar la idea hacia gestores de precariedad, que en el neoliberalismo adquieren características particulares y ambiguas respecto a las manos diestra y siniestras referidas por Bourdieu (1998). Encarnan como gestores de la precariedad quienes intervienen a las poblaciones definidas como "discapacitadas", bajo un discurso de distribución a cuentagotas de beneficios materiales del bienestar, a partir de la interpelación discursiva de las lógicas privatizadoras, de emprendimientos, la capacidad de autogestión y de la creatividad como motor para salir de los baches biográficos que cada sujeto vive. El ámbito discursivo en el que operan, es el que el filósofo político Achille Mbembe (2016: 29) denomina "empresario de sí", categoría entendida como la interpelación acuciante del capitalismo actual, bajo la cual todos debemos convertirnos en empresarios, exigencia que cada día se vuelve más evidente y cínica.

Como ya mencioné, entre estos gestores de la precariedad enmarco tanto a aquellos agentes de "la mano izquierda" estatal, como a las psicólogas del DIF que observé durante los "talleres de resiliencia" impartidos a ciegas y ciegos; al personal del consejo ciudadano que discute temas de discapacidad; a los burócratas de la administración municipal que observé en el Centro Municipal de Equinoterapia y Rehabilitación Integral (CMERI) y en el Icatep. Caben, además, los líderes de asociaciones civiles como Francisco de OCPAC o doña Cristina de la Posada Rosario.[70] Esta escurridiza categoría, cuyos elementos por separado parecieran ser distantes e incluso ajenos entre sí –gestión[71] y precariedad[72]–, se unifican de modo pragmático y discursivo. Hay una diferencia entre el discurso viejo de la intervención estatal para con los ciegos, y el nuevo

[70] "Posada Rosario" es un nombre ficticio de una ONG que atiende a invidentes en la ciudad, primordialmente en el ámbito de la capacidad laboral y de la entrega de recursos monetarios ("aguinaldos") en diciembre de cada año. Dicha asociación civil es identificada por los ciegos como la principal institución en la que, actualmente, se les brindan capacitaciones laborales como repostería, macramé, música, así como otras relacionadas con su autonomía y bienestar personal: bastón, terapia *tai chi*, motricidad para niños, entre otras. La institución es sostenida por "Las Damas de Rosario", mujeres de clases altas, algunas esposas de médicos destacados en la ciudad, que recaudan fondos privados para asistir a los ciegos.

[71] La palabra gestionar deviene del lenguaje de la iniciativa privada propiamente, al relacionarse con la idea de administración. La Real Academia Española la separa en tres acepciones: "[1] Llevar adelante una iniciativa o un proyecto. [2] Ocuparse de la administración, organización y funcionamiento de una empresa, actividad económica u organismo. [3] Manejar o conducir una situación problemática".

[72] En el tercer apartado del presente capítulo se clarificará más a detalle la noción de precariedad, pero tiene que ver con una situación de inestabilidad e incertidumbre

discurso que aparece vigorizado, potente, que interpela a los sujetos –sobre todo a los más jóvenes– para que se piensen como autónomos, libres y responsables de sus propias desgracias, así como de sus éxitos y logros personales.

Quienes conforman las falanges izquierdas estatales van en picada, mientras las diestras crecen en importancia, profundizándose conforme avanza el proyecto neoliberal, como lo ha sugerido Bourdieu (1998). No obstante, como ya se ha dicho antes, esto no significa que el Estado se retire, que deje de existir. La careta del Estado sería mejor comprendida en la actualidad si la pensamos justamente como máscara, como una especie de surco oculto que busca marearnos para que no le notemos; un ente rugoso y embustero, hasta cierto punto engañoso, que no deja de actuar, pero, al hacerlo bajo terminologías encubiertas de una ambigua novedad, y a través de actores colectivos distintos a los actores "clásicos" (Smith, 2002) –como es el caso de las ONGs en lugar de sindicatos–, parece que no actúa más, que ha desaparecido. Esto es parte de la configuración "mágica" del Estado (Das, 2006). Dichos amasijos de mensajes y señuelos repercuten en las subjetividades contemporáneas, puesto que:

> Una de las principales razones de la desesperación de toda esta gente [poblaciones precarizadas] es que el estado se ha retirado, o se está retirando, de un número de sectores de la vida social ante los cuales respondía previamente: vivienda social, servicios públicos de radio y televisión, escuelas, hospitales, etc., lo que es aún más pasmoso y escandaloso, en algunas de estas áreas, es que fueron hechas por el gobierno socialista, que debía visualizarse como el garante del servicio público en tanto que servicio abierto disponible para todos, sin distinción… Lo que es descrito como una crisis de política, anti-parlamentarismo, es en realidad la desesperación del fracaso del estado como el guardián de los intereses públicos (Bourdieu, 1998: 2).

Podría decirse entonces que las ansiedades e incertidumbres que los sujetos experimentan provienen, en gran medida, del desgarre del Estado social que antes solía asegurar determinadas condiciones en cuanto a la reproducción de la vida de las personas, así lo ha sugerido también Richard Sennett (2005). Hoy en día esto se desploma y, en su lugar, aparecen los actores estatales del *New Public Management*, es decir, sujetos configurados a partir del

ante el vivir. Así, el hecho de pensar en gestionar la precariedad, manejar, administrar o llevar adelante la incertidumbre misma, resulta sugerente.

proceso de la migración de discursos gestados al fragor de la empresa privada, hacia la gestión pública gubernamental que interviene a las poblaciones.

Por otro lado, se conservan y relanzan añejas prácticas corporativas. Uno de los aspectos que se observó durante el periodo de trabajo de campo, fue el control de carácter clientelar que se ejerce desde el Estado hacia las poblaciones de ciegos. El clientelismo y las relaciones entre amigos que se ejercen verticalmente, se dan a partir de la dominación simbólica por medio de la cual los gobernantes suelen ejercer su mando (Bourdieu, 1998). Dichas formas de entablar relaciones de poder son un factor que no se había considerado en el proyecto de investigación inicial. El caso más visible de estos modos de proceder lo tenemos encarnado en Francisco, quien llegó a tejer fuertes lazos con las autoridades municipales hasta formar parte de sus cuadros de base durante el trienio gobernado por el PRI, encabezado por Blanca Alcalá, primera mujer que alcanzó esta posición en la ciudad de Puebla. No obstante, esa es sólo una de las expresiones más claras de lo "etnográficamente visible" (Farmer, 2004), ya que antropológicamente fue posible desentrañar otras evidencias durante la observación cotidiana y las charlas llevadas a cabo cuando acompañaba a los entrevistados a realizar sus labores cotidianas. "El Manu" me relató que era usual que lo llevaran a mítines presidenciales. Además, me habló de su militancia en el priísmo local y de su descontento con el Partido Acción Nacional (PAN).[73] Es significativo también el relato de Gregorio sobre cómo los utilizaron para promover la candidatura de Blanca Alcalá. De igual forma, la profesora Taylor expresó una serie de relaciones que el PRI promovió hace décadas en beneficio de los ciegos. Durante una entrevista, la maestra comentó:

> Que el PRI, que el PAN, a mí eso no me interesa. Pero ha habido gobernadores, por ejemplo, Marín en Puebla, con muchos problemas, etcétera. A mí sí me dicen "Señor Marín", yo le digo: "Lo amo". ¡Cómo

[73] En una ocasión mencionó que Martha Erika Alonso, dirigente del DIF estatal y esposa del entonces gobernador poblano panista, Rafael Moreno Valle, les dijo en una reunión a un grupo de ciegos: "Nosotros no queremos darles el pez, queremos que ustedes aprendan a pescar". Expresando un gran enojo, Manuel me dijo: "¡Puras pinches mamadas de esa cabrona!". La frase de la ex primera dama de Puebla encarna la visión del Estado, esa que se orienta fuertemente a la capacitación laboral, más que a responsabilizarse por la seguridad material de la gente. El descontento del "Manu" refleja claramente el disgusto ante un discurso vacío, ampliamente divulgado por los gobiernos neoliberales de las últimas décadas, pero con resultados poco efectivos en la práctica.

> me ayudó a mí con mis muchachos! Me dio un camión precioso, fue el primer camión que tuvimos. Llevaba su nombre y todo. ¡Pero un señor camión que nos dio! Me mandó operar a varios muchachos con recursos del Estado, nos dio aulas de adiestramiento, computadoras, nos ayudó muchísimo. Blanca Alcalá muchísimo nos ayudó también. Que si políticamente han hecho muchas cosas chuecas, que si metieron la pata, yo no sé, yo sé las cosas que hicieron desde el ángulo que hicieron con mis alumnos. No dejo de reconocer, no puedo pensar en otras cosas porque nos ayudaron mucho (Luz María Taylor, 81 años, septiembre de 2016).

Siguiendo esas representaciones discursivas, cuya base material también es abordada por Das (2006), cabe preguntarse si las "donaciones" –tanto públicas como privadas– pueden estar fetichizadas como lo son las mercancías, pero en tanto recursos del Estado igualmente "mágicos". En distintas ocasiones, los asociados ciegos aludieron a lo que se decía que se almacenaba en las bodegas de OCPAC –por ejemplo, las latas de atún o de sardinas–, o la limitada atención médica privada que llegan a conseguir –unas cuatro o cinco consultas para más de 40 "socios".[74] Siguiendo la propuesta de Gavin Smith (2011), me permito elaborar la pregunta: ¿cómo operaba la donación de estos recursos en tiempos de hegemonía expansiva –por ejemplo, durante la existencia de la Casa Hogar–?, ¿y cómo opera en tiempos de hegemonía selectiva –por ejemplo, en momentos que predominan instituciones como OCPAC y Posada Rosario como reguladoras de los donativos–? Antes, instituciones como Cáritas de Puebla, A.C. también brindaban servicios médicos de intervenciones quirúrgicas, ahora sólo quedan opciones como Farmacias Similares, disponibles sólo para aquellos que no cuentan con servicios de atención pública, incluso quienes están afiliados al programa gubernamental del Seguro

[74] En una de las dos bodegas de OCPAC se almacenan cobijas, pañales, así como otros donativos en especie. Y en la otra sólo se almacena comida donada. Esto es relevante pues los objetos se mitifican en las voces de la gente a través de la circulación de frases como: "dicen que hay un lugar donde Francisco guarda todo, atunes, sardinas, mermeladas…". El caso de los productos alimenticios más codiciados (mermeladas, proteínas, aceitunas, vinos, entre otros), son sólo entregados en tres o cuatro despensas "especiales" o "navideñas" sólo a los "socios" más cercanos, aquellos que son leales a Francisco y lo demostraron con méritos durante todo el año correspondiente. Otro ejemplo de cómo estos productos son controlados, es el hecho de que Francisco cobra a $1.00 cada pañal para adulto, aunque a él se los donan para los miembros de la ONG que así lo requieran.

Popular optan por ir a consultas a Farmacias Similares.[75] Un ejemplo más de este proceso de fetichización simbólica y material en las situaciones de nueva espacialidad neoliberal (Trouillot, 2011), son las "hojas de baja", expedidas por OCPAC y otras asociaciones, para que los ciegos puedan circular de una asociación a otra, sin duplicar beneficios. A pesar de esta previsión, ciegas y ciegos reciben despensas por partida doble: las que da el gobierno directamente –"DIF programa alimentario para personas con discapacidad"– y las que dan las asociaciones por vía de donaciones de particulares.

Siguiendo a Das (2006), puedo decir que las habilidades de negociación de los sujetos con los agentes estatales determinarán sus posibilidades de seguir viviendo. Luego entonces, la "sostenibilidad de la vida" (Pérez, 2014) en tiempos neoliberales depende, en parte, de las estrategias que los sujetos desplieguen con quienes gestionan la precariedad. Algunos lo logran y otros no, o lo hacen sólo ocasionalmente, dependiendo de una serie de aspectos azarosos e inestables como simpatizarle al gestor, ayudarle o apoyarlo en algo –lo cual lo obliga a reciprocar– e, incluso, mantener relaciones sexuales para lograr algún beneficio, como es el caso de algunas mujeres ciegas en los espacios ONGizados.

Para desentrañar el asunto acerca de cómo se imponen los criterios de selectividad al interior de la ONG, aludiré al caso de "las bajas" que observé durante los meses de trabajo en la asociación civil. Entonces se estaba efectuando una purga de "socios" en el lugar. Siempre me pregunté a qué se debía. Hallé diversas versiones. Las más recurrentes entre los "socios" fueron dos: que estaban "dando de baja" a algunos "porque no son muy participativos". Ser "dado de baja" puede asimilarse a lo que anteriormente significaba ser despedido de una empresa. Aunque ser "socio" no es un trabajo reconocido como tal, en los hechos lo es, pues la gente invierte tiempo, dinero y esfuerzo asistiendo al local de la asociación a cambio de las dádivas en especie y monetarias. Otra de las razones expuestas fue que los estaban corriendo por "problemáticos", es decir, quienes "no participan" o no se alinean –no se disciplinan–, generan problemas. La tercera versión, la más contundente

[75] Empresa que surge el 8 de septiembre de 1997, "con la finalidad de ofrecer productos y servicios de salud a los estratos más desprotegidos del país". En la actualidad "existen más de 5000 sucursales y franquicias establecidas en todo México, Chile y Guatemala" (Información obtenida del sitio web del negocio). Las despensas que son repartidas por OCPAC provienen de donantes privados, principalmente de la "Fundación del Dr. Simi, A.C."

a mi parecer, la dio el mismo Francisco, quien comentó que se "da de baja" a quienes están enfermos[76] o que ya no pueden "caminar bien" –pues usan muletas o andaderas–, o que tienen "otras discapacidades u otros problemas de salud". Esta razón tiene que ver con posibles eventos que comprometan a la asociación, por ejemplo, que algún miembro tenga un episodio de enfermedad grave y pueda llegar a morir en el local de la ONG. Sin embargo, lo que esconde esta razón es el hecho de que han dejado de ser fuerza de trabajo útil para cumplir los fines de la ONG: no pueden "embolsar" alimentos; no pueden llevar oficios o cartas a instituciones a las cuales se solicitan donativos; no pueden hacer aseo ni acomodar el lugar. En pocas palabras, son cuerpos decaídos que no pueden trabajar para la asociación. Así, la ONG aparece como un sitio contradictorio neoliberal: aparentemente las actividades que los ciegos y ciegas realizan no es un trabajo pues no se les paga un salario, pero emplea trabajo humano para funcionar e, igual que la empresa o fábrica capitalista, deja fuera al enfermo, mutilado o próximo a morir, pues su corporalidad ya no es rentable. La contradicción entre los espacios y el discurso hace que el Estado se muestre invisible incluso en la ONG, donde sin embargo reside (Das, 2006; Trouillot, 2011).

En una ocasión, Francisco ilustró un ambicioso proyecto que en ese momento tenía en mente con los más jóvenes de los "socios", quienes, a su decir, eran "de más vitalidad". Es decir, requería individuos dúctiles que se adaptasen al trabajo no pagado. Su "proyecto productivo", como él mismo lo denominó, consistía en instalar en el área donde está el consultorio de masajes de la organización un *telemarketing*,[77] con la finalidad de emplear a estos sujetos jóvenes y vigorosos. A la par, pensaba vender productos medicinales alternativos, "así como productos hechos a base de nopal". Según dijo, una persona que conocía y que trabajaba en la Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS), le ayudaría a llevar a buen término su idea "productiva". El plan era instalar computadoras para que, mediante software de

[76] Diabetes e hipertensión, problemas renales, por los que estaban siendo dializados, o incluso enfermedades respiratorias que les obligaba a cargar un tanque de oxígeno.

[77] Los espacios pensados para lo que en algún momento significó una posibilidad de empleo para los ciegos (masoterapia), ya no lo son más, por lo cual Francisco proponía reconvertir el uso del sitio. Si en OCPAC la "clínica" para masajes ya no era rentable, su director esperaba poder convertirla en un espacio de ventas por teléfono, un *call-center*. Es importante recordar que la tercera generación, los más jóvenes, manifiestaron todo el tiempo el deseo por aprender computación.

audio, los ciegos trabajaran para empresas y que éstas pagaran un subsidio para su sueldo, aprovechando que esa dádiva es deducible de impuestos:

> Las razones de hacerlo en la asociación es porque los ciegos están familiarizados con el espacio, saben dónde está el baño, la cocina, etcétera. Colocaremos un cancel de vidrio para que la gente que venga vea el trabajo de los ciegos y poder así fomentar una cultura del empleo (Francisco, 55 años, ciego de nacimiento, director de OCPAC, julio de 2016).

Podemos observar que entre los planes del presidente de la asociación estaba mostrar al ciego trabajando, en una actitud que denote que puede ser "productivo". Advirtió que exactamente necesitaba quedarse con treintaicinco personas, de las casi sesenta que había a inicios de 2016. Cuando empecé mi trabajo en la asociación, a comienzos de julio del mismo año, ya habían sido dados de baja aproximadamente quince "compañeros". Dijo que el número era "para trabajar más a gusto, es que no puedo trabajar bien con los cuarenta y tantos de ahora". No obstante, el mismo día en que Francisco me hablaba de sus planes, arribó a la asociación un hombre de veintiocho años con debilidad visual solicitando información para ser miembro. Francisco dijo querer incorporarlo como nuevo "socio". Si el objetivo fuera sólo reducir a un determinado número, ¿por qué el interés por incorporar a nuevas personas, cuando ya había suficientes? La respuesta está en la vitalidad, la energía que implica para el trabajo el ser joven y, por otro lado, en el interés por las cuotas estatales que los presidentes de las asociaciones reciben por cada integrante que se sume a la misma. Selectividad corporal, podría formularse, parafraseando la propuesta de Smith (2011).

Es importante anotar que existen rivalidades entre asociaciones, no sólo por la disputa de los recursos materiales (donaciones, financiamientos, entre otros), sino también por el reclutamiento de los ciegos mismos. Los "compañeros" pueden circular entre las asociaciones, van de una a otra, son dados de baja en unas y de alta en otras, bajo riesgo de fortalecer a algunas y de debilitar a otras. Simbolizan el botín más preciado que nutre el autoritario poder de los dirigentes. "No porque seamos ciegos, no somos cabrones", expresó Gregorio en una ocasión que charlábamos al respecto.

De 1940 a 2010, los datos se han modificado. Según el Censo de Población del año 2010 (INEGI), en el estado de Puebla hubo un total de 63,575 (29,963 varones y 33,612 mujeres) personas "con limitación para ver", término higienizado en la categoría de la "discapacidad visual". A

nivel municipal, la capital de Puebla contó con 13,623 personas ciegas, de las cuales 6,325 fueron hombres y 7,298 mujeres. Las razones del aumento responden en parte al crecimiento demográfico que el país experimentó durante el siglo xx. No obstante, con el incremento de la enfermedad crónica de la diabetes, así como los cambios en los patrones de enfermedad, es posible pensar que también estos son factores relevantes a la hora de comprender dicha transformación.[78] Sin embargo, el objetivo de este apartado no se ha orientado hacia el esclarecimiento de las causas de la ceguera, sino respecto a cómo son subjetivadas dichas poblaciones, hoy día identificadas como "discapacitadas visuales".

La "discapacidad" como interpelación neoliberal

Teniendo como antecedente el trabajo de Veena Das (2006), rescato un testimonio fragmentario y poroso que da cuenta del carácter histórico que se encierra detrás de la idea de "discapacidad". Teniendo en mente que el lenguaje contribuye a la producción permanente de lo cotidiano (Das, 2006), esta dimensión es dinámica pues se está inscribiendo constantemente (Das, 2006). A continuación, destaco la voz de la profesora Luz María Taylor:

> Se llegó el momento que no sé quién, porque no supe bien cómo fue eso, que hubo unas campañas para ayudar a las personas que en ese tiempo llamaban "atípicas", fuera de tipo, yo creo como por los años cuarenta, una cosa así. Primero se les llamó inválidos, luego fueron atípicos, después fueron diferenciales, después fueron personas con discapacidad, ahora personas con necesidades educativas especiales. Los nombres han ido cambiando a través de los tiempos (Luz María Taylor, 81 años, septiembre de 2016).

Aunque la maestra Taylor no reconocer con claridad a qué factores se debió la transformación de la nomenclatura para referir a las personas que hoy son reconocidas como "con discapacidad" ("no sé quién, porque no supe bien cómo fue eso"), los enunciados de la maestra consiguen ordenar cronológicamente cómo fue cambiando esa jerga de vocablos –sin consciencia de ello. En este mismo sentido, Francisco destacó en una ocasión:

> Eso de los trabajos y las empresas incluyentes, es un… puro… rollo mareador […] Pues porque a veces las empresas incluyentes lo hacen

[78] La relación de la enfermedad crónica con la ceguera se discutirá en el siguiente capítulo.

> porque quieren que a un discapacitado lo empleen, le paguen, y ese salario se los toma en cuenta Hacienda para deducir impuestos. O sea, en sí no te está pagando la empresa, sino ¡Hacienda! Está ayudando a que la empresa declare tu salario como parte de sus impuestos. Pero de repente, el invidente, por ejemplo, en estos casos, accede a pertenecer a esa empresa porque se siente competente (Francisco, 55 años, ciego de nacimiento, director de OCPAC, julio de 2016).

Ambos testimonios demuestran un tema neurálgico: la cronología concreta de la idea de "discapacidad", tal como se ha vivido desde los actores implicados, y los "ahorros" que el capital obtiene por medio del Estado –recursos públicos vía la subvención fiscal–, empleando e "incluyendo" a los "discapacitados". La diferencia corporal de la ceguera –condición fisiológica–, es potencializada por las políticas neoliberales para gobernar a los ciegos –sujetos con dicha condición–, a través de la idea de "discapacidad" –discurso de poder que produce y reproduce una identidad–, consiguiendo así que los subalternos implicados en esta realidad discursiva y estatal cotidiana, no perciban claramente la realidad concreta que el capital aprovecha para doblegar a la propia clase social.[79]

La siguiente descripción busca aproximar el tema de cómo se produce la diferencia entre los propios ciegos, para hilvanar históricamente este proceso. Aquella tarde, al bajarnos del camión en la colonia "La Cristal", donde vive Gregorio, caían ligeras gotas sobre nosotros. Nuestras pieles eran testigo del inicio de lo que más tarde sería un torrencial aguacero poblano. Entonces Gregorio me dijo: "Ya está lloviendo, ¿verdad? Es que un ciego siente con la carne". Para una persona ciega los sentidos del tacto, el oído, el gusto y el olfato representan un papel central, a través de ellos interactúa con el mundo, se ubica en el espacio, adquiere información y, por tanto, conoce su entorno (Infociegos, 2016). Esta clase de situaciones y enunciados son fre-

[79] En este sentido, me apoyo de Nancy Fraser, quien señala que el régimen neoliberal implica "un modelo de mercado, que reduce la igualdad a una visión idealizada del intercambio mercantil, en el que agentes económicos independientes intercambian libremente mercancías equivalentes. Esta visión, por supuesto, no tiene nada que ver con la coerción y la desigualdad que caracteriza a las transacciones mercantiles que tienen lugar en el mundo real. **La perspectiva neoliberal** celebra, sin embargo, la elección individual, el intercambio entre iguales y el logro meritocrático, al tiempo que **cierra los ojos ante las desigualdades estructurales laboriosamente descubiertas y cuestionadas durante las décadas anteriores por los grupos subalternos**, incluidos los feministas" (Fraser, 2015: 13, negritas añadidas).

cuentes al realizar trabajo de campo con personas ciegas. Otro ejemplo fue cuando Patricia me contó cómo llegar a su casa. Las referencias que verbalizó aludían a olores de puestos comida, de tiendas de verduras, tortillerías, etcétera. Otras veces, noté a varios "compañeros" identificando monedas con las yemas de los dedos, examinando los bordes y los sellos para deducir cuál era su denominación.[80] A través del oído, también se relacionan con el mundo, no sólo registran sonidos como el claxon o ciertas melodías, sino también las voces de quienes les rodean. En distintos momentos hicieron alusión a mi voz: "Eres Jafet, ¿verdad?" o "Te oyes bien, que estás bien". En cuanto a las experiencias de sensopercepción, también los sueños son un espacio donde ésta se manifiesta, a la par que las emociones y recuerdos:

> [Soñé] con un muchacho que ya me iba yo a casar, tuvo un accidente y se murió. Y duré un año soñándolo, le lloraba. […] Soñaba que estaba en el jardín con él. […] Un día lo soñé y me dice: "Oye, Paty, fíjate que me soñé que me moría yo. Pero vamos a hacer un pacto, vamos a acostarnos y a sellar nuestro amor. Si algún día alguien te pide que te entregues a él, no te quiere; si en verdad te quiere, te tiene que respetar como yo, y te tiene que llevar al altar pura". Esas palabras no las sentí de un novio, sino como de un hermano, como de un amigo. Dice: "Si dios me lo permite, me despido de ti corporalmente pero espiritualmente, no". Y otro día en otro sueño, me dice: "Ya no me llores tanto porque no me dejas descansar en paz" (Patricia, entrevista de julio de 2016).

Estos referentes son de gran relevancia para los ciegos en cuanto a su forma de conocer el mundo, al grado de que, en ocasiones, lo utilizan como legitimidad identitaria entre ellos mismos. Un día, conversando con Héctor en el puesto de discos "piratas" donde trabaja su esposa, enfatizó cómo difiere el sentido del tacto entre un ciego "adquirido" y uno "de nacimiento". Los ciegos "de nacimiento" presumen de tener sus otros sentidos muy desarrollados, "son más hábiles para ciertas cosas"; en cambio, los ciegos "adquiridos" –como es su caso– exaltan de manera un tanto presuntuosa que tuvieron el privilegio de haber sabido lo que era ver; por tal motivo, dicen, "no nos pueden hacer tontos". El hombre ilustró esa diferencia valiéndose de un ejemplo concreto:

> A mí me pueden enseñar un bilé, lo toco y, como lo conocí, porque vi, puedo saber al tocarlo sí es bilé o uno de esos para los labios

[80] En el caso de los billetes, frecuentemente sospechan el valor por el tamaño y/o material de estos, aunque a menudo solicitan la rectificación de la información con un vidente.

> partidos ["¡O un resistol!", agregó Rosa, su esposa, y él asintió]. En cambio, a los de nacimiento se los pueden hacer tontos porque nunca vieron (Héctor, julio de 2016, diario de campo).

Así, según el origen de su ceguera, deslegitiman unos a otros por sus "capacidades". Entre semejantes traducen estas particularidades como códigos distintivos jerarquizantes, y la producción de tales diferencias es un rasgo que fortalece la fragmentación de la clase. Como apuntan Carbonella y Kasmir (2014: 7), fundamentándose en W. E. B. Du Bois, "la producción de diferencia y desigualdad va unida". De este modo, el capitalismo instala una especie de pedagogía de la diferencia, la desigualdad y del disciplinamiento de clase. Para el caso que aquí me ocupa, postulo que esa producción pedagógica se ubica en el surgimiento de la idea de "discapacidad". Los tiempos de crisis y de reajustes en el modo de producción dominante, a la vez que lideran constantes procesos de desposesión, producen diferencias y desigualdades –"de nacimiento" y "adquiridos", por ejemplo. Y dichos procesos de despojo tienen su envés en historias de sujetos precarizados.

Estos procesos pasan por y a través del cuerpo, con lo cual se vuelve necesaria una perspectiva que integre la visión de cómo se produce sociopolíticamente el andamiaje ontológico corporal al cual alude Butler (2010). Para Butler, es claro que dicha ontología corporal no puede separarse del contexto político en el que se incrusta, es decir, no es una lectura sustancialista (Butler, 2010). Si bien Judith Butler no es una pensadora que se instale en la tradición marxista, puedo ponerla en diálogo con dicha tradición, pues su propuesta formula y evidencia ideas como precariedad, violencia y vulnerabilidad, cuyas consecuencias personales calan hondo en la corporalidad de los sujetos ciegos lumpenizados. Por un lado, algunos de ellos vivieron al filo del correr de un tiempo lineal, en el sentido de Sennett (2005); dicha percepción teleológica del tiempo fue generalizada por el capitalismo hasta los años setenta, cuando un individuo podía pensarse horizontal y relativamente estable con respecto a momentos concretos de su vida –estudios, ahorros, esfuerzo, trabajo, jubilación, etcétera. No obstante, prácticamente todos los informantes han vivido la ansiedad que el capitalismo flexible trae consigo, esa noción de incertidumbre ante el porvenir que, impulsada con particular vigor desde los ochenta, ha generado una lectura apresurada del tiempo, fragmentaria, inestable, ruinosa (Sennett, 2005), que lleva consigo la sensación de no poder subir a bordo de ese barco que se ampara en el discurso de la "competen-

cia", el "emprender" o el "salir adelante", pues la mayoría de las personas no pueden esquivar esa noción desarraigada de la vida (Sennett, 2007).[81]

Los sujetos cuyas voces estructuraron el presente estudio, han sido parte de relaciones políticas específicas, delimitadas por una serie de discursos e instituciones que enmarcan un momento histórico específico en la transformación capitalista, caracterizado por la circulación de la idea de la "discapacidad". Considero pertinente introducir aquí el surgimiento histórico de este potente discurso gubernamental. De acuerdo con la Organización de las Naciones Unidas (ONU), históricamente la atención a personas con discapacidad ha transitado

> de la prestación de cuidados en instituciones a la educación de los niños con discapacidad y a la rehabilitación de las personas que sufrieron discapacidad durante su vida adulta. Gracias […] [a ello], esas personas se han vuelto cada vez más activas y se han convertido en una fuerza motriz en la producción constante de la política en materia de discapacidad (ONU, 1993).

Desde el ámbito internacional, esta aseveración se implantaba a finales del siglo pasado. Se muestra un discurso que gira todo el tiempo alrededor de los temas de las llamadas "personas con discapacidad", es decir, aquél que moviliza la idea de autonomía, individualidad, autosuficiencia, esfuerzo personal, resiliencia, capacitación, entre otros términos que cobran sentido sólo en un mundo en el que predomina la idea del individuo desencajado de sus relaciones sociales e históricas concretas. Vale decir que ese conjunto de significantes, operan como supuesto motor para generar mejoras en la calidad de vida de los sujetos. El trasfondo de la discapacidad, entonces, es el discurso de la teoría del capital humano, de raigambre evidentemente liberal y capitalista. Esta ideología se difunde entre los gestores de la precariedad que administran los talleres de capacitación de las mismas organizaciones civiles: "Desafortunadamente hay gente a la que no le gusta trabajar; pero aquí, por ejemplo, les enseñamos a hacer galletas y las pueden vender en la

[81] Lo que el capitalismo flexible de la era neoliberal exige es: "Un yo orientado al corto plazo, centrado en la capacidad potencial, con voluntad de abandonar la experiencia del pasado, es […] un tipo de ser humano poco frecuente. La mayor parte de la gente no es así, sino que necesita un relato de vida que sirva de sostén a su existencia, se enorgullece de su habilidad para algo específico y valora las experiencias por las que ha pasado. Por tanto, el ideal cultural que se requiere en las nuevas instituciones es perjudicial para muchos de los individuos que viven en ellas" (Sennett, 2007: 12).

calle".[82] Otra vía de transmisión de este discurso se ilustra con el juicio de un transeúnte que escuché apalabrar: "A ese ciego sí le doy porque está trabajando" e, incluso, con el discurso de un representante estatal durante un taller de resiliencia hablando de las emociones y cómo manejarlas:

> Si nosotros tratamos de sacarle lo positivo al enojo o a la crisis que estamos viviendo, podemos ir encontrando ese tipo de cosas. Pero es un aspecto difícil de hacer este tipo de clasificaciones. Entonces ustedes exprésense como crean que las emociones las identifican, ya sea en el ámbito positivo o negativo, para que nosotros podamos trabajar y desarrollar hoy en esta sesión esa parte. De qué tan importante es esta identificación de emociones y, aunado con la sesión anterior, que hablábamos del auto-concepto. Acuérdense que, desde la primera sesión, les decíamos que este trabajo de las personas resilientes, todos los temas que vamos tocando van entrelazados. ¿Por qué? Porque a la hora de que trabajamos con el auto-concepto, que es la imagen que tenemos, que nos conocemos, nosotros también sabemos cómo o en qué determinado momento manejamos las emociones o qué emociones sentimos ante ciertas cosas. Parte de conocerse a sí mismo es saber qué me enoja, qué me entristece, qué me pone muy de nervio. […] Para que les vaya funcionando, y más aparte, para que ustedes lo vayan acomodando a nivel individual (Xóchitl, psicóloga del DIF, julio de 2016).

Desde esa escala discursiva, blindada y resguardada por la ideología liberal, se desplazan los problemas hacia la persona aislada, suponiendo que en ella residen fuerzas suficientes para transformar sus propias condiciones desventajosas, por medio de un voluntarismo hiper-exaltado. Al respecto, el año de 1981 fue designado por Naciones Unidas como el Año Internacional de los Impedidos, del que se desprendió el 3 de diciembre de 1982 el Programa de Acción Mundial para los Impedidos (ONU, 1993):

> Ambos [instrumentos] subrayaron el derecho de las personas con discapacidad a las mismas oportunidades que los demás ciudadanos y a disfrutar en un pie de igualdad de las mejoras en las condiciones de vida resultantes del desarrollo económico y social. También por primera vez se definió la discapacidad como función de la relación entre las personas con discapacidad y su entorno (ONU, 1993).

[82] Frase enunciada por una de las mujeres de clase alta que colabora, como dijo, "por una buena causa" en la Posada Rosario. Forma parte del grupo de las llamadas "Damas de Rosario".

En 1987, en Estocolmo durante

> la Reunión Mundial de Expertos para examinar la marcha de la ejecución del Programa de Acción Mundial para los Impedidos […] se sugirió la necesidad de elaborar una doctrina rectora que indicase las prioridades de acción en el futuro, [… que] debía basarse en el reconocimiento de los derechos de las personas con discapacidad (ONU, 1993).

Hacia inicios de los años noventa, la Asamblea General de Naciones Unidas y el Consejo Económico y Social, convienen el planteamiento de un documento rector que más tarde derivaría en las *Normas Uniformes sobre la igualdad de oportunidades para las personas con discapacidad (resolución 48/96)*, de 1993, con la finalidad de promover

> la igualdad de oportunidades para los niños, los jóvenes y los adultos con discapacidad, en estrecha colaboración con los organismos especializados del sistema de las Naciones Unidas, otras entidades intergubernamentales y organizaciones no gubernamentales, en especial las organizaciones de personas con discapacidad (ONU, 1993).

Dichas normas se desarrollaron bajo las discusiones del Decenio de las Naciones Unidas para los Impedidos (1983-1992) (ONU, 1993). Como es posible notar, diversos son los documentos jurídicos bajo los cuales se declaran las normas uniformes propuestas por la ONU en 1993, fundamentalmente amparados bajo el discurso de los Derechos Humanos.[83] Se parte de la idea de que la "igualdad de oportunidades"[84] descansa en el fondo de esta normativa hacia las "personas con discapacidad", promovida por la comunidad internacional, sin dejar de entrecruzarse con otras "diferencias" que, si bien existían como hechos en la historia de los pueblos (Ferrajoli, 2010), se exal-

[83] "El fundamento político y moral de estas Normas se encuentra en la Carta Internacional de Derechos Humanos, que comprende la Declaración Universal de Derechos Humanos, el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales y el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos y también en la Convención sobre los Derechos del Niño y la Convención sobre la eliminación de todas las formas de discriminación contra la mujer, así como en el Programa de Acción Mundial para los Impedidos" (ONU, 1993).

[84] "Por logro de la igualdad de oportunidades se entiende el proceso mediante el cual los diversos sistemas de la sociedad, el entorno físico, los servicios, las actividades, la información y la documentación se ponen a disposición de todos, especialmente de las personas con discapacidad" (ONU, 1993).

tan discursivamente en un contexto de hegemonía selectiva, tal como puede apreciarse a continuación:

> El logro de ***la igualdad de oportunidades para las personas con discapacidad constituye una contribución fundamental al esfuerzo general y mundial de movilización de los recursos humanos***. Tal vez sea necesario prestar especial atención a grupos tales como *las mujeres, los niños, los ancianos, los pobres, los trabajadores migratorios, las personas con dos o más discapacidades, las poblaciones autóctonas y las minorías étnicas. Además, existe un gran número de refugiados con discapacidad* que tienen necesidades especiales, a las cuales debe prestarse atención (ONU, 1993, cursivas y negritas mías).

¿A qué responde el hecho de que, además de anclarlos como discapacitados, sean los sujetos doble o triplemente diferenciados por otras rotulaciones identitarias? Me parece que la respuesta a esta pregunta tiene que ver igualmente con las condiciones neoliberales. Es decir, aquellas huellas corporales de mayor exposición política a la precariedad en unos sujetos y de menor en otros, como sostiene Butler (2010). Curiosa o no tan curiosamente, son los segmentos de clase más explotados, hacia quienes se dirige la propuesta de la ONU como grupos dignos de "prestar especial atención" (mujeres, niños, ancianos, pobres, trabajadores migrantes, poblaciones autóctonas, minorías étnicas, personas con dos o más discapacidades acumuladas). Lo que esconde este discurso es la dádiva ante la desposesión material, por lo que la enunciación, en caso de ser sincera, debería francamente decir algo así: "Te reconozco como discapacitado, mas no como sujeto de la explotación de clase".

En aras de abonar a la discusión sobre el "reconocimiento" de los sujetos ciegos, podríamos decir que haberlos marcado desde inicios de los años ochenta como "discapacitados", no implica necesariamente el reconocerlos plenamente, sino más bien una "aprehensión" en el sentido de Butler (2010: 18), es decir, como algo "que puede implicar el marcar, registrar o reconocer sin pleno reconocimiento". Ante esta posibilidad de ser aprehendidos, que no reconocidos, es más precisa una idea ampliada que considere la dimensión histórica en que se enmarca el reconocimiento, no sólo a priori, como se procede simplemente desde la aprehensión de una vida, puesto que "no recurrimos simplemente a normas de reconocimiento únicas y discretas, sino, también, a condiciones más generales, históricamente articuladas y aplicadas, de 'reconocibilidad' " (Butler, 2010: 19). A partir de esta observación es entonces posible llevar a cabo un análisis histórico de la producción de una categoría como la de "discapacidad".

Hasta los años setenta, "[l]a terminología reflejaba un enfoque médico y de diagnóstico que hacía caso omiso de las imperfecciones y deficiencias de la sociedad circundante" (ONU, 1993), por ello se formularán los usos mencionados de "discapacidad" y "minusvalía", provenientes de la Organización Mundial de la Salud (OMS) en 1980, que incluye además la idea de "deficiencia".[85] En esta homologación normativa de la ONU, también se definieron las ideas de prevención[86] y rehabilitación[87] de las personas con discapacidad. Desde inicios de la década de los noventa, se ha dejado claro que las personas con discapacidad, "[d]eben recibir el apoyo que necesitan en el marco de las estructuras comunes de educación, salud, empleo y servicios

[85] "Esa clasificación, que distingue claramente entre deficiencia, discapacidad y minusvalía, se ha utilizado ampliamente en esferas tales como la rehabilitación, la educación, la estadística, la política, la legislación, la demografía, la sociología, la economía y la antropología. Algunos usuarios han expresado preocupación por el hecho de que la definición del término minusvalía que figura en la clasificación puede aún considerarse de carácter demasiado médico y centrado en la persona, y tal vez no aclare suficientemente la relación recíproca entre las condiciones o expectativas sociales y las capacidades de la persona. […] La terminología actual reconoce la necesidad de tener en cuenta no sólo las necesidades individuales (como rehabilitación y recursos técnicos auxiliares) sino también las deficiencias de la sociedad (diversos obstáculos a la participación)" (ONU, 1993).

[86] "Por prevención se entiende la adopción de medidas encaminadas a impedir que se produzca un deterioro físico, intelectual, psiquiátrico o sensorial (prevención primaria) o a impedir que ese deterioro cause una discapacidad o limitación funcional permanente (prevención secundaria). La prevención puede incluir muchos tipos de acción diferentes, como atención primaria de la salud, puericultura prenatal y posnatal, educación en materia de nutrición, campañas de vacunación contra enfermedades transmisibles, medidas de lucha contra las enfermedades endémicas, normas y programas de seguridad para la prevención de accidentes en diferentes entornos, incluidas la adaptación de los lugares de trabajo para evitar discapacidades y enfermedades profesionales, y prevención de la discapacidad resultante de la contaminación del medio ambiente u ocasionada por los conflictos armados" (ONU, 1993).

[87] "La rehabilitación es un proceso encaminado a lograr que las personas con discapacidad estén en condiciones de alcanzar y mantener un estado funcional óptimo desde el punto de vista físico, sensorial, intelectual, psíquico o social, de manera que cuenten con medios para modificar su propia vida y ser más independientes. La rehabilitación puede abarcar medidas para proporcionar o restablecer funciones o para compensar la pérdida o la falta de una función o una limitación funcional. El proceso de rehabilitación no supone la prestación de atención médica preliminar. Abarca una amplia variedad de medidas y actividades, desde la rehabilitación más básica y general hasta las actividades de orientación específica, como por ejemplo la rehabilitación profesional" (ONU, 1993).

sociales" (ONU, 1993); a su vez, es menester que, a medida que adquieren esa igualdad de condiciones, se responsabilicen sobre su propia situación: "Como parte del proceso encaminado a lograr la igualdad de oportunidades deben establecerse disposiciones para ayudar a esas personas a asumir su plena responsabilidad como miembros de la sociedad" (ONU, 1993). El documento sobre las normas uniformes toca, además, el tema del derecho a la no discriminación en el ámbito laboral, el de la promoción de un lenguaje adecuado, la atención médica, el favorecimiento de servicios de apoyo –por ejemplo, infraestructura para el desplazamiento de los ciegos en Puebla o el acceso a bastones blancos y regletas y punzones para escribir braille, etc.–, así como la ejecución de actividades de rehabilitación (ONU, 1993).

Hasta aquí, podría decirse que la maquinaria de la puesta en acto de la diferencia implica desposesión para engrosar la acumulación de riqueza (Carbonella y Kasmir, 2014), tal como lo realizaron las políticas de ajuste estructural que llevó a cabo el Consenso de Washington y que se conectan con los recortes, privatizaciones y raspaduras a los subsidios en Latinoamérica en los campos de la salud, la educación, la alimentación, entre otros, contexto en el que nace la idea de discapacidad, por iniciativa de las Naciones Unidas (ONU, 1993). Este tipo de jerarquías identitarias coadyuvan a la profundización de la fragmentación de clase, impidiendo así que se gesten y maduren procesos organizativos políticos que podrían entenderse como de solidaridad de la clase trabajadora (Carbonella y Kasmir, 2014).

A su vez, no podemos obviar que el prefijo latino "dis" indica algo que niega o contraría algo más. En tal sentido, la "dis-capacidad" negaría la "capacidad", término que, por contradictorio que parezca, ronda en todo momento a los ciegos –piénsese en las recurrentes alusiones verbales a las "capacitaciones laborales" en macramé, elaboración de galletas, masajes, entre otras. Parafraseando a Don Kalb (2015), diré que el discurso discapacitante adecúa el modelo hegemónico que les reconstruye y produce como clase, aunque la realidad tiende a mostrarse contradictoria, como se ha mostrado a partir de diversos testimonios y observaciones. Por un lado, en su condición de "discapacitados" los ciegos quedan al margen de ciertas actividades; por el otro, se les "incluye" en otras "capacitaciones" acordes a su condición subordinada. Siguiendo esta idea, las instituciones resignifican su condición físico-sensorial de "discapacitados visuales" a nivel corporal, para que les sean otorgados determinados recursos políticos, tanto materiales como simbólicos. Ejemplo de lo anterior son los "apoyos", las donaciones de particulares, los descuentos por medio de la interpelación caritativa al otro –en una

empresa, o en las limosnas callejeras–, exhibiendo su situación desventajosa, buscando causar lástima.

No obstante, al mismo tiempo, se argumenta que algunos –los más jóvenes, "con vitalidad"– son "invidentes productivos" para demostrar que resultan de utilidad, como ilustra el "proyecto productivo" que Francisco pretendía llevar a cabo en OCPAC, exhibiendo a ciegos jóvenes trabajando para que las empresas acudieran a la asociación, los vieran actuar desde sus posibilidades de ser "productivos", e invirtieran para "generar empleos". Aquí la dimensión política y anatómica de "ver", emula la actuación del poder de subordinación que el capitalismo y el Estado fortifican en todo momento: los poderosos ven, los desposeídos no. Entonces, la ceguera opera también como mecanismo para que los grupos subalternos no estructuren explicaciones sistemáticas respecto a los problemas que les aquejan. Según Gramsci, esta desarticulación respecto a la visión del mundo subalterna le es conveniente a los proyectos hegemónicos (Crehan, 2004). La figura de "el bastón" resume en este trabajo etnográfico la contradicción de un sujeto corporeizado que, a la vez que se ubica subordinado y distinguido en el espacio social (Bourdieu, 2007), es utilizado con cierta armonía y rentabilidad para el modelo de producción capitalista.

En suma, el concepto de "discapacidad" emerge en tanto categoría del reconocimiento multicultural que, en ocasiones, eclipsa las desigualdades promovidas por el neoliberalismo. Tal como se ha mostrado en la exposición, el concepto de "discapacitados" desvía la atención: de las condiciones materiales y simbólicas de desigualdad entre las poblaciones depauperadas ciegas, hacia la exaltación identitaria. Entre otras características, el discurso de la "discapacidad" responsabiliza a los individuos de su propia desgracia –como la falta de empleo, la falta de "capacitación", o la falta de experiencia visual, según demuestran los datos etnográficos.

¿Hacia una lumpen-precarización neoliberal?

La crisis neoliberal es una crisis de carácter polivalente que atraviesa todas las capas de la existencia de los sujetos (Fraser, 2015). En ese sentido, encuentro concordancia entre la observación de Nancy Fraser y las palabras de Amaia Pérez Orozco (2014: 21), que asegura: "Vivimos una crisis sistémica que implica la degradación generalizada de las condiciones de vida y la multiplicación de las desigualdades sociales. Se reinventa y/o refuerza

el control heteropatriarcal y capitalista sobre nuestros cuerpos y nuestras vidas" o, lo que ella también denomina una crisis del capital neoliberal en relación con la vida, que implica que éste ya no sostenga ni siquiera la existencia de los sujetos,[88] lanzándolos al abandono de su reproducción social. En conjunto, el problema formulado aquí es el de la precarización vital en ascenso. Sin embargo, dicha tendencia no puede conceptualizarse limitando su significado solamente a las condiciones de trabajo remunerado, pues una interpretación así incurriría en cierta miopía teórica respecto al trabajo de cuidados que, hemos visto, las mujeres ciegas desempeñan. Podría decirse que interpretar la precariedad sólo en términos de precariedad laboral, forma parte de una epistemología plagada de pensamiento patriarcal (Del Río y Pérez O., s/f).

Sin restar importancia a la noción de precariedad laboral, desde el punto de vista feminista es central llevar más allá el concepto de "precariedad", interpretarlo desde esferas de la vida misma, del aprovisionamiento de medios para satisfacer las necesidades humanas de las personas en sí (Del Río y Pérez O., s/f; Del Río, 2004). De no abordar de esta manera la cuestión, se corre el riesgo de perpetuar y hacer extensiva la imaginaria visión escindida de la división de los espacios públicos y privados de trabajo, con barreras cuasi infranqueables de género ya que, si se observa a "lo precario" sólo a partir de las condiciones de trabajo extra-doméstico, se invisibiliza el proceso más amplio al que se refiere la precarización y reproducción social de la vida. Y el trabajo reproductivo ha sido una tarea designada históricamente a las mujeres (Rendón, 2003).

Para problematizar más a fondo el tema, partiré de la definición que ofrece el diccionario de la Real Academia Española con respecto a lo "precario". Esta fuente lo define como un adjetivo en tres sentidos distintos: (1) "de poca estabilidad o duración", (2) "que no posee los medios o recursos suficientes" o algo (3) "que se tiene sin título, por tolerancia o por inadvertencia del dueño", en sentido jurídico. Conviene al mismo tiempo, no dar por sentado el origen histórico que esta palabra conlleva:

---

[88] Con ello, no quiero decir que el capitalismo alguna vez haya sostenido dignamente la vida, sino más bien que anteriormente, con el modelo fordista, las clases que conseguían entrar en ciertos esquemas salariales, podían acceder a un mínimo de condiciones básicas y derechos que les aseguraban cierta reproducción social. Con el neoliberalismo, ese acuerdo del capitalismo con el Estado se reconfigura, amplificando la incertidumbre.

> Las palabras *precario* y *precariedad* tienen una larga historia. Luego de su etimología que le da el mismo origen de *plegaria*, del latín *precarius*, la palabra *precario* ha conocido múltiples acepciones, tanto como adjetivo y sustantivo, o como agregado al vocabulario corriente y al derecho. Hace alusión a la idea antigua de obtener una cosa por plegaria, aunque la acepción moderna de precariedad, reenvía principalmente a aquello cuya duración y solidez no está asegurada, sino que se halla unido a lo *inestable* e *incierto*, a aquello que es *corto*, *fugaz* o *fugitivo*, así como a lo que es delicado y *frágil* (Cingolani, 2015: 49, cursivas en el original).

Los debates recientes que han tenido lugar en torno al problema del trabajo desde la segunda mitad del siglo xx, y al proceso que le ha acompañado de borramiento de las antiguas prerrogativas del bienestar estatal (Castel, 2002), han dado pie al uso recurrente de la idea de precariedad como forma de interpretar esas crisis. No obstante, a inicios de este siglo los problemas relacionados con la precariedad han venido tomando mayor relevancia (Cingolani, 2015). Justamente por la desigualdad agudizada que genera la precariedad, parece estar siendo la norma que prevalece en el capitalismo contemporáneo (Cross, 2010; Fraser, 2015). Históricamente han sido acuñados diversos vocablos para designar la experiencia de erosión de las condiciones laborales en sí ("trabajo precario"),[89] de las personas marcadas por dicho proceso ("precarios", como sustantivo),[90] e incluso del curso de de-

[89] Hacia finales de los años setenta e inicios de los ochenta, aparece en Francia la noción de trabajos precarios, concepto ligado a las características de trabajo temporal, inestable, subcontratado, así como a la dificultad de los trabajadores por agruparse y ejecutar acciones políticas a su favor (Cingolani, 2015). En los ochenta, el trabajo precario en Francia se discutió a partir de un doble tiempo, mismo que encapsuló desde el presente a dos tipos de trabajadores cuyos orígenes cronológicos se empalmaron: por un lado, la "clase obrera tradicional" como "minoría privilegiada" y, por otro, el "neoproletariado postindustrial" cuya pertenencia ya no estaría anclada a la idea de clase ni a la de estatus y conllevaría las características relativas al trabajo por tiempo parcial, poco duradero y fluctuante (Gorz en Cingolani, 2015: 51).

[90] Se habla de una nueva subjetividad del trabajo, distanciado del obrero clásico: el precario es un sujeto desarraigado de la fábrica como lugar de trabajo, asociado más bien al ámbito ocupacional del espacio empresarial urbano. Se percibe de otra manera a causa de los niveles de escolaridad alcanzados, permanece amnésico respecto a las luchas históricas del proletariado y no suele observarse a sí mismo como trabajador en el estricto sentido del término, pese a que "[…] están expuestos a […] nuevas condiciones de explotación del trabajo" (Cingolani, 2015: 52). Considero que esta noción de los precarios podría acercarse a una noción cultural del tema, co-

gradación y empobrecimiento que implica en términos amplios ("precariedad" o "precarización").[91] Esta diversificación conceptual de la precariedad ha dado cuenta del poder explicativo que el término posee, pese a que sea igualmente ambiguo (Cingolani, 2015).[92]

Otra perspectiva ha sido introducida por la filósofa Judith Butler (2010), quien entiende la precariedad como la fragilidad de la vida misma, que se puede recrudecer por razones políticas e identitarias. Como punto de partida y análisis de la precariedad en las biografías reseñadas de los informantes ciegos, apoyado en las observaciones de Judith Butler (2006: 43), diré que se trata de "vidas precarias", en las cuales "[…] nuestra propia supervivencia pueda ser determinada por aquellos a los que no conocemos y a los cuales no podemos controlar de forma terminante". La incertidumbre se exacerba debido al deterioro de las condiciones de vida, siendo la limosna y las formas de mendicidad institucionalizadas –dádivas monetarias o en especie–, la punta del iceberg en ese sentido. Por tanto, "la precariedad parece centrarse […] en aquellas condiciones que amenazan la vida y la hacen escaparse de nuestro propio control" (Butler, 2009: 322). Según Butler (2010), es necesario distinguir entre dos términos: aquella precariedad (*precariousness*) que tiene que ver con el proceso de existencia misma –como seres humanos, podríamos decir, somos proclives

---

rriendo riesgo de obviar el tema de la clase, tal como advierte Don Kalb (2015). En México, un prototipo ordinario serían los denominados popularmente "Godínez", jóvenes con trabajos de oficina y salarios deficientes que buscan satisfacer sus deseos de consumo por medio del endeudamiento, fines de semana de fiesta y excesos y un disfrute del aquí y el ahora sin preocuparse por el futuro. Así, "Los precarios hacen ajustes y compromisos con el empleo para satisfacer el deseo de las actividades estéticas, de carácter político o cultural" (Cingolani, 2015: 52).

[91] A lo largo de la década de los ochenta aparece en Francia una tercera noción de precariedad, esta vez ligada a los ataques al Estado de bienestar, acercándose el concepto al tema de la pobreza (Cingolani 2015). En este sentido, hablar de precariedad o precarización implica que "La pobreza no se entiende y no se aborda […] como un estado estructuralmente determinado en nuestras sociedades, sino como el producto de la sumatoria de criterios de inseguridad, como el producto de precariedades acumuladas" (Cingolani, 2015: 52). Asociado a la falta de "seguridades que permiten a los individuos y a las familias asumir responsabilidades elementales y gozar de los derechos fundamentales. [...] La incertidumbre que resulta, por lo general, conduce a la pobreza extrema cuando afecta a varios aspectos de la existencia" (Wresinski, 1987: 24 *apud* Cingolani, 2015: 52).

[92] Sería más apropiado hablar de precariedades en plural y no sólo de una precariedad pues, pese a que el concepto es proclive de tomar diversas acepciones y sentidos, el plural denota su vigor explicativo (Cingolani, 2015).

de la precariedad por mero proceso biológico de crecimiento, desgaste, envejecimiento y muerte–; mientras que la precaridad (*precarity*) estaría relacionada con una formulación específicamente política –a partir de la cual, ciertos sujetos se encuentran más expuestos que otros a la precariedad–:

> El "ser" del cuerpo al que se refiere esta ontología es un ser que siempre está entregado a otros: a normas, a organizaciones sociales y políticas que se han desarrollado históricamente con el fin de maximizar la precariedad para unos y de minimizarla para otros (Butler, 2010: 15).

Sin dejar de lado las reflexiones de Butler (2006; 2009; 2010), me parece interesante poner sus conceptos a dialogar con el marxismo, desde el ángulo de los segmentos de población sobrantes. En ese sentido, considero pertinentes las observaciones del sociólogo francés Loïc Wacquant (2001; 2010), quien teoriza cuatro lógicas estructurales que recientemente han tenido lugar en el capitalismo avanzado de occidente, y han derivado en lo que entiende como "marginalización avanzada". La primera de dichas lógicas corresponde al aspecto social y se refiere a la polarización y desigualdad crecientes; la segunda, pertenece al terreno económico y pone énfasis en la mutación del trabajo asalariado hacia uno flexible y precario; la tercera, atañe a la dimensión política, específicamente a la transformación de los mecanismos de exclusión del Estado de bienestar y, de manera específica, del Estado neoliberal; finalmente, persiste una lógica del tema espacial, en el marco de la discusión sobre el "gueto", que contempla la concentración de poblaciones en lugares geográficos urbanos estigmatizados.

De acuerdo con el argumento de Wacquant (2001), puede decirse que persiste un proceso de fragmentación que polariza los extremos: por un lado, crece la acumulación en los sectores más privilegiados e inversamente, la clase trabajadora se marginaliza o, para conjugarlo en términos de Butler (2010), entra en una fase de precarización construida políticamente (precaridad) que aumenta los riesgos de vida en este segmento de población. Puede mencionarse un dato ilustrativo: en 2015, la desigualdad en México se tradujo en 53.3 millones de personas que vivían en situación de pobreza, frente al "10 por ciento más rico de México [que] concentra 64.4 por ciento del total de la riqueza del país" (Sánchez, 2015). A la par, es importante subrayar que son las mujeres quienes representan el mayor porcentaje de

empleadas en trabajos flexibles y precarios en el cambio de una economía predominantemente industrial a otra de servicios (Antunes, 1998).[93]

El "nuevo régimen de marginalidad urbana" al que hace alusión Wacquant (2001: 167) se viene gestando desde las postrimerías "de la era fordista, definida por la producción industrial estandarizada, el consumo masivo y un contrato social keynesiano que vinculaba ambos aspectos bajo la tutela del Estado de Bienestar Social". Por el contrario, la consolidación del nuevo régimen desigual de "marginalidad avanzada" (Wacquant, 2001), aumenta la variabilidad de clase social trabajadora que ella misma produce:

> Cualquiera sea la etiqueta utilizada para designarla –"infraclase" ["*underclass*"] en Estados Unidos e Inglaterra, "nueva pobreza" en Holanda, Alemania y el norte de Italia, "exclusión" en Francia, Bélgica y los países nórdicos–, los signos reveladores de la nueva marginalidad son inmediatamente reconocibles incluso para el observador casual de las metrópolis occidentales: hombres y familias sin hogar que bregan vanamente en busca de refugio; **mendigos en los transportes públicos que narran extensos y desconsoladores relatos de desgracias y desamparo personales**; comedores de beneficencia rebosantes no sólo de vagabundos sino de desocupados y subocupados; la oleada de delitos y rapiñas, y el auge de las economías callejeras informales (y las más de las veces ilegales), cuya punta de lanza es el comercio de la droga; el abatimiento y la furia de los jóvenes impedidos de obtener empleos rentables, y la amargura de los antiguos trabajadores a los que la desindustrialización y el avance tecnológico condenan a la obsolescencia; la sensación de retroceso, desesperación e inseguridad que ganan las barriadas pobres, encerradas en una espiral descendente de ruina aparentemente imparable, y el crecimiento de la violencia etnorracial, la xenofobia y la hostilidad hacia los pobres y entre ellos (Wacquant, 2001: 170, negritas añadidas).

Este crisol variado y complejo ha intentado entenderse también por medio del concepto "precariado", que acuñó el economista Guy Standing (2014: 8), quien lo ha propuesto como un concepto político.[94] Mediante un juego

[93] En 1990, la proporción de trabajadores ocupados por cuenta propia o en una empresa familiar en México fue, en el caso de los hombres, 2.9 por ciento, mientras que en el de las mujeres 1.2 por ciento. No obstante, la proporción se invirtió dieciocho años después: en 2008 ese indicador creció sólo 1.6 veces para los hombres y más de 8 veces para las mujeres (CEPAL, 2015).

[94] "cuanta más gente tome consciencia de que su situación no se debe al fracaso personal sino a factores estructurales y políticas concretas, sacarán la fuerza necesaria

de palabras (precario y proletariado), Standing (2014) fusiona un neologismo que constituye la condición de clase de gran parte de las personas que habita el planeta en el siglo xxi (Standing, 2014). Este sujeto se caracteriza primeramente por tener diferentes relaciones con el trabajo respecto al proletariado clásico, en cuanto a que "el precariado tiene un empleo inseguro, inestable, cambiando rápidamente de un trabajo a otro, a menudo con contratos incompletos o forzados a puestos de trabajo negociados e intermediados mediante agencias o *brokers*". En segundo lugar, se distingue por relaciones de distribución específicas:

> sus fuentes de ingresos difieren de las de otros grupos sociales. […] [El precariado] recibe casi todos sus ingresos en forma de salarios monetarios; sin embargo, no recibe la serie de beneficios no salariales de empresas que normalmente han recibido los asalariados y el proletariado (Standing, 2014: 9).

Una tercera distinción hace referencia a que:

> el precariado tiene relaciones específicas con el Estado. Ello significa que aquellas personas que pertenecen al precariado tienen menos derechos civiles, culturales, sociales, políticos y económicos, y más débiles, que otros grupos en relación con el orden jerárquico teniendo en cuenta la media de ingresos. El precariado es la primera clase social de masas en la historia que ha ido perdiendo sistemáticamente los derechos conquistados por los ciudadanos (Standing, 2014: 9).

Siguiendo a Standing (2014), podemos decir que la vida de los sujetos ciegos parece escurrirse a lo largo de dos de las tres posibles formas que puede adoptar el precariado en tanto clase "en formación". Estos grupos serían los atávicos (primera cohorte)[95] y los nostálgicos (segunda y tercera cohorte),[96]

---

para oponerse a aquellos poderes sociales y económicos, e intentarán promover un cambio estructural" (Standing, 2014: 14).

[95] "compuesto por aquellos que se quedan fuera de las comunidades proletarias, cuyos padres tradicionalmente tenían trabajos manuales. Este grupo está alienado, anómico, ansioso y enfadado porque no puede reproducir el pasado" (Standing, 2014: 13).

[96] "son los ciudadanos de segunda clásicos, siendo migrantes o minorías étnicas, incapaces de recuperar la vida perdida, sin un presente. Están demasiado alienados, anómicos, ansiosos y enfadados, pero, tienden a mantener un perfil político bajo, con ocasionales revueltas cuando sienten que su espacio de libertad está siendo usurpado." (Standing, 2014: 14).

dejando fuera a los progresivos,[97] pues no se corroboró en campo que alguno de los ciegos tuviese tal perfil, primordialmente debido a que, en su amplia mayoría, no alcanzan niveles destacados de formación escolar.

Partiendo de los estudios antes citados, planteo que el tema de la precarización debe entenderse como un esfuerzo conceptual por comprender los procesos a través de los cuales se degrada la clase, en el sentido marxista de las poblaciones sobrantes. Esta propuesta se relaciona también con la noción de corrosión que acuña Sennett (2005; 2007), y que le sirve para explicar cómo impactan los cambios estructurales del capitalismo en la vida personal de los sujetos. La clase precarizada es permanentemente maleable en el sentido de Carbonella y Kasmir (2015), y adopta formas específicas bajo el capitalismo neoliberal. La antropología, acompañada del método etnográfico, permite dar cuenta en términos concretos de estos procesos por los cuales el capital ha configurado a la clase en lugares específicos (Kalb, 2015; Roseberry, 2014), como se ha expuesto a través de las tres cohortes generacionales comentadas en el segundo capítulo. Aquí cabe afirmar que los sujetos históricos no somos precarios *per se*, lo cual haría suponer un proceso biológico semejante al que todos nos dirigiríamos naturalmente; por el contrario, nuestra existencia se precariza políticamente, deviene precaria ante los sistemáticos mandatos de acumulación de riqueza abandonando material y simbólicamente a la mayoría de "los otros", de los sujetos desclasados que no tienen posibilidad de remontar sus condiciones desventajosas. Ambas esferas, material y simbólica, se encuentran íntimamente ligadas y generan injusticias (Fraser, 1997); en este estudio, eso se palpa por medio de experiencias de clase como el uso del mote "discapacitado", o la significación del género, a partir de la división sexual del trabajo.[98]

---

[97] "consiste en personas altamente cualificadas, que consideran que se les niega un futuro, que se les deniega la posibilidad de construir una vida y una carrera profesional, que se rompe la promesa de progreso individual basada en la educación. Experimentan una sensación de privación relativa o frustración de estatus. Lo que se está convirtiendo en una importante fuente de estrés" (Standing, 2014: 14).

[98] Tanto el capital como el patriarcado producen a sus "otros", para decirlo en los sugerentes términos que ofrece Julia O'Connell (2005), esa especie de *alter ego* funcional para conseguir exitosamente la desposesión y la opresión. El capital configura a su figura emblemática como trabajador desposeído ("independiente") de los medios para sobrevivir, es decir, al proletario; el patriarcado configura a la mujer como ser subordinado al varón (Rubin, 1986), contribuyendo así a que se reproduzca una estructura jerárquica del poder. Esta paradójica tensión epistemológica es central para la antropología,

En otro orden de ideas, retomando el tema del pauperismo y la figura que prototípicamente lo ha encarnado en el marxismo (el lumpen), es posible notar ciertas diferencias en cuanto a las "estrategias de generación de ingresos" (Bourgois y Schonberg, 2007) que llevan a cabo los ciegos a través de la "limosna" en la ciudad de Puebla. Algunos interpelan al transeúnte por medio del discurso religioso ("Una limosnita por el amor de Dios"). Este aspecto ha sido referido por la literatura como "mendicidad pasiva" (Bourgois y Schonberg, 2007: 12), y puede estar cruzada por distinciones étnicas, como son los *homeless* blancos que suelen proceder en ese sentido.[99] Ante la serie de casos que aquí expongo, considero que el uso de la pasividad no se debe precisamente al componente étnico, sino a otras marcas de identidad y estatus, como la pertenencia a una ONG o el hecho de poseer redes familiares de mayor densidad. Por poner un ejemplo, Cecilia y Gregorio, que recurren al discurso religioso para "pedir limosna", además de ser miembros de OCPAC, poseen redes que les posibilitan tener otros ingresos –el mismo presidente de la asociación que es más cercano a ellos, o sus hijos y compañeros conyugales que tienen ingresos propios. Ese distintivo no deja de estar cruzado por el género: Gregorio depende de su mujer para "andar limpio" y comer en casa, además del salario que ella reporta como enfermera; Cecilia, a pesar de ser divorciada y no contar con el apoyo permanente de un varón

pues ciertas corrientes teóricas de la disciplina suelen incurrir en el error de producir a sus "otros" en tanto sujetos-objetos de conocimiento, exaltando sus particularidades y diferencias, descuidando la universalidad que les da soporte en tanto seres humanos (Stolcke, 2008). En el capítulo cuarto, planteo que las experiencias corporales de los sujetos precarizados –esos residuales "otros" del capitalismo flexible–, deben ser matizadas por criterios de clase y género, ya que los varones exteriorizan su masculinidad según su nivel de degradación de clase, mientras que las mujeres tienden a volcar hacia dentro cierta forma de feminidad asociada a esa misma humillación degradante.

[99] En sí, la "pasividad" de esta forma de mendicidad se da cuando los *homeless* blancos que estudian Bourgois y Schonberg (2007) muestran solamente algún cartel con una leyenda similar, sin denotar expresión verbal alguna. En el caso de los ciegos en Puebla esto nunca ocurre así, siempre se expresan con la palabra –aunque lleguen a acompañar la expresión hablada con algún cartel colgado en el cuello, como sucede con los afroamericanos que los mismos autores referidos estudian en territorio estadounidense. Sin embargo, la pasividad ocurre, pero en otra dirección: unos sólo expresan lamentaciones para recibir una moneda a cambio, otros, se sienten más bien interpelados a sí mismos por el discurso del "trabajo" y necesitan demostrar que se ganan el recurso por medio de cantar, soplar una armónica o, de manera más velada y difícil de percibir, como mendicidad mediante otras formas de trabajo impago y ocasional.

a su lado, ha llegado a tener redes –más inestables que las de Gregorio– que le han servido para subsistir. Un ejemplo de ello es la intervención de su padre, quien, a pesar de ser un hombre viejo, le brindó "un techo donde vivir" cuando se separó del marido que la violentaba, y le ha ayudado a conseguir enseres para sus hijas, como una carriola proveniente de la basura –que él mismo recogió, limpió y pintó para que su nieta la utilizara nuevamente. Además de ello, la mujer refirió también a "un compadre" que emigró a la ciudad de Nueva York, y que durante un tiempo le hizo llegar dinero, a modo de remesas, para cubrir gastos de sus hijas.

Resulta importante revelar el hecho de que algunas personas entrevistadas dijeron no haber transitado por "la limosna" o "la caridad", aunque se verifiquen distintas actividades en sus trayectorias de vida, igualmente inestables y desgarradas que aquí he optado por nombrar mendicidad, caridad o limosna disfrazada o institucionalizada. La dádiva del bastón es un buen ejemplo en este sentido.[100] Algunos combinan esta limosna disfrazada con otras actividades que se visualizan en el entramado público como "trabajo". En este sentido, resultan ilustrativas las narraciones de Patricia, quien dice "completar" los ingresos de su pensión y trabajo impago en la asociación civil, con la venta de dulces en la calle; igualmente Ignacio, quien recolecta basura ("residuos reciclados") para venderla por kilo o lavar autos de sus vecinos. Además, identifican las jornadas de tiempo invertidas en OCPAC como una forma de obtener ingresos complementarios o como trabajo no pagado:

> pues a veces vendo que dulces en la calle, a veces trabajábamos el masaje […] en la sala [de masoterapia de OCPAC]; ahí estudiamos. Francisco me hizo favor de que me dieran cursos de reflexología, esos los pagó él con una maestra. Entonces por eso pues ahí, mientras hay trabajo, pues nos estamos acá [en la asociación] […]. La persona llega y pide masaje, pues se los damos (Patricia, ciega de nacimiento, 68 años, julio de 2016).

[100] Cabe resaltar que, según cifras del DIF estatal, entre 2011 y 2016, del total de bastones otorgados a personas con "discapacidad visual", 70% de las transferencias se hicieron directamente de la instancia de gobierno al beneficiario, mientras 30% se realizó con intermediación de alguna ONG. En el caso del DIF municipal la relación fue casi inversa durante el mismo periodo: 40% de los bastones se entregó directamente de la institución gubernamental a los beneficiarios, de cara a 60% que se entregó con intermediación de alguna ONG. El dato muestra cómo el Estado entabla en la capital de la entidad una relación gubernamental más fuerte con las ONGS. Esta situación vulnera más a las personas, en tanto les hace depender de favores y clientelismos agudos por medio de este modus de triangulación neoliberal.

Respecto al trabajo impago, Ignacio mencionó:

> Llegué acá [a OCPAC] como en el 2000, tengo como catorce años acá. Era 1999 cuando fui a la Escuela Hogar. Anduve caminando así, vagando, y ya me dijo mi tocayo que viniera. Entonces ya aquí después. Vine de nuevo, me inscribieron y ya empecé en los 2000. Vine a buscar trabajo y ahora sí que no es por hablar mal de la asociación, pero nunca me dieron un trabajo. Podríamos llenar las cajas de despensas [en la asociación] y que nos den un sueldo, ¿no? Al presidente lo conocen muchos empresarios, ¿a poco no nos puede ayudar? Pero pues no, nadie nos apoya (Ignacio, ciego adquirido, 62 años, julio de 2016).

Esto quiere decir que las personas ciegas han acudido a las ONGs en búsqueda de empleo, aunque sin éxito. Así, los espacios ONGizados parecen ser en realidad espacios donde se concentran las poblaciones lumpen que el capital neoliberal ya ha desechado previamente. Una especie de oxímoron, pues se pueden pensar como cementerios vivos: panteones en tanto captan lo que Marx (1999) llamó el segmento demográfico muerto, al que ya no atiende el capital, pero vivos en tanto los recursos raquíticos como los medicamentos, las despensas y donaciones monetarias, les hacen sobrevivir como "muertos vivos".[101] Es decir, la ONG llega a ser un refugio u hostería que ampara, de manera limitada y subrepticia, a las poblaciones sobrantes ciegas.

Para abundar un poco más, es posible decir que, una vez depauperados (Marx, 1999), impulsados por la ansiedad y desesperación (Morris, 2011; Sennett, 2005; 2007), el sentido de desarraigo, de desolación, de tristeza y fracaso llega a promover o, mejor dicho, a sentar las bases de un novedoso tipo de subjetivación que les irá tornando disciplinados, ya no precisamente para el trabajo asalariado, sino para el trabajo impago dentro de la asociación civil: limpiar el lugar (barrer, trapear, lavar baños y trastes); asistir a talleres y "pláticas" que el gobierno lleva a la asociación –como cursos de resiliencia que el DIF imparte en las instalaciones–; efectuar actividades como "embolsar" mensualmente las despensas (con arroz, azúcar, frijol, etc.); contestar el teléfono y abrir la puerta; buscar donadores por medio de las "gestiones" pertinentes –entregar oficios a empresas e instituciones educativas–, entre otras tantas. Podría decirse que se trata de la contraprestación mediante un servicio a cambio de un membrete que les hace merecedores de una canasta básica ("despensa"), de algún trabajo temporal (masajes), de la obtención de

[101] Utilizo la alegoría a partir de la novela *Drácula,* de Bram Stocker.

alguna medicina, etcétera. No hay que olvidar que, por los mismos años que arrancan operaciones este tipo de ONGs –alrededor del 2001–, instituciones como el Club de Leones emprendieron la retirada de las tareas de "gestión de la vida" (Foucault, 2000) de los ciegos, que fueron suplidas por asociaciones civiles que asumieron dicho mandato pero a medias, de forma deshilachada y siempre en términos selectivos (Smith, 2011). Formas de intervención pública que se han tenido a lo largo de los años, mismas que actúan junto con el capital privado. Esto es interesante, pues demuestra que el Estado no se retira en el neoliberalismo, como sí lo llegaron a hacer determinadas instancias de asistencia privada, siendo un caso ejemplar en esta pesquisa, el Club de Leones. En esa dirección, lejos de retirarse, el Estado muta para operar de maneras variadas en entornos neoliberalizados (Trouillot, 2011).

Ante el sentido de incertidumbre, maximizado por el capitalismo neoliberal (Sennett, 2007) por medios diversos como las devaluaciones, las pensiones raquíticas, las crisis y privatizaciones, la esperanza de obtener un empleo en una asociación civil los captura y desde ahí se troquela un control más fino y cernido, depositado en la subjetividad. La esperanza en el "sí mismo" (individualismo), eso que Foucault (2005) denominaría "gobierno de sí" y que Achille Mbembe (2016: 29) entiende como un sujeto nuevo, "empresario de sí mismo". Entonces, se disciplinan "por necesidad" de trabajo y se mantienen ahí, en la ONG, dispuestos a que el presidente utilice sus tiempos (sin pago), por dependencia de la misma mendicidad disfrazada como despensas, atenciones médicas insuficientes, medicamentos distribuidos de vez en cuando o bastones otorgados a cuentagotas. La dependencia así configurada adquiere otro cariz: ya no es la dependencia a un salario y/o a una pensión o jubilación, mucho menos a la tierra; sino que la dependencia se encadena a una serie de recursos impredecibles, regularmente insuficientes y generalmente condicionados al control del tiempo y del propio cuerpo. La flexibilización del capital resuena en estas prácticas, aparentemente inmediatas, individualizadas y desconectadas de los flujos financieros por medio de los cuales se mueve el modo de producción. Ahí, en esos rincones recónditos hace eco la voz del capital financiero que ha lanzado a la incertidumbre a miles de seres humanos en el planeta.

Otros invidentes "piden limosna" a partir de cierto "trabajo" que ostentan con su cuerpo para ganar dinero. Ejemplo de ello son Manuel y Benjamín, quienes tocan la guitarra, raspan una lata, agitan una maraca o cantan para "ganarse la vida". Ellos poseen redes muy endebles, pues no están cobijados por familiares que igualmente reporten ingresos. Su pertenencia a ONGs es

nula, pese a que en algún momento hayan formado parte de ciertos colectivos, movilizados principalmente por partidos políticos como el PRI, y parecen tener menor vinculación con el DIF. Por ejemplo, Benjamín no permite que ni él ni Margarita reciban apoyos de esa institución de gobierno orientada a brindar atenciones a las familias, ya que fue esa instancia la que le quitó la patria potestad sobre sus nietas (tiene un rencor importante hacia esa institución). Pese a que otros como Manuel y Daniel sí posean esta vinculación institucional, el no ser "asociados" los expulsa de los "apoyos", igualmente brindados de manera selectiva a través de los dirigentes de las ONGS. Un ejemplo en ese sentido son los "contactos" de Francisco como presidente de OCPAC, recurso simbólico que distribuye sólo entre algunos de sus allegados ("socios" predilectos) para obtener medicamentos en caso de enfermedad, estudios médicos que corroboren su discapacidad o, incluso, estipendios monetarios que les brinden otras instituciones privadas. Así, la vida de estos informantes "limosneros" posee un poroso vínculo con ciertas instituciones públicas y privadas, al tiempo que mantiene lazos con el capital, pues son consumidores, aunque también en un sentido que denota fragilidad. Por ejemplo, durante el trabajo de campo supe que algunos de ellos recurren a cuentas de ahorro en tiendas como Coppel, o a cuentas de crédito para adquirir aparatos electrodomésticos –como una pequeña estufa o un radio.

Las familias de los informantes no fueron parte de la clase alta en la ciudad.[102] La degradación de clase ha venido heredándose según los momentos de expansión de capital. En general, podríamos esbozar a grandes rasgos algunos de esos trayectos que el análisis de estas historias de vida ha permitido esbozar: de trabajadores industriales manuales, a desempleados y/o limosneros; del aprendizaje de determinados oficios, a desempleados y/o limosneros; de empleados en los servicios, a desempleados y/o limosneros. Este repertorio verifica una clase que fue proletaria, que ya no se considera

[102] Solamente Francisco proviene de un sector de clase distinto. Su madre fue trabajadora de la Secretaría de Educación estatal. Varios informantes llegaron a decir que él "nació en cuna de oro" –aunque lo dicen a partir de la posición que ellos ocupan en el espacio social, por lo cual la aseveración es relativa–. Su familia contó con mayores recursos económicos y simbólicos, muestra de ello es que recibió desde pequeño clases particulares de música. Gracias a las relaciones burocráticas de su madre, ocupó por más de una década un espacio como profesor de música en una prestigiosa institución pública de educación básica. No es de extrañar que, ya durante su cargo como presidente de OCPAC, fuera requerido para desempeñar un cargo en el gabinete priísta de un trienio pasado.

así, y que ahora intenta recuperar su respetabilidad como elemento moral que queda, frente a la degradación material. Considero que así se presenta, más que una lumpen-proletarización neoliberal (Bourgois, 2009), una lumpen-precarización neoliberal a partir de la interpelación moral multicultural de la "discapacidad" y del discurso del capital humano de "capacitaciones" inservibles, que no surte más efectos que el desgarre material y expansivo de las condiciones de existencia.

Así, los más depauperados suelen tener historias de vida llenas de tragedias, desgracia y relaciones subordinadas de clase donde los padres, hermanos e hijos atravesaron o atraviesan situaciones precarias de contratación laboral. Las cohortes generacionales del capítulo segundo así lo demuestran: padres convertidos a obreros textiles; madres dependientes que "lavaban ajeno"; empleadas de mostrador; esposos absorbidos y desechados por la industria (automotriz, siderúrgica, tabacalera, refresquera…); esposas enfermeras con exceso de trabajo; hijos meseros temporales; sobrinos mutilados, personas varadas debido a enfermedades laborales; mujeres desempleadas por el imperioso mandato de género que les obliga a cuidar padres o madres enfermas; campesinos despojados de sus parcelas, emigrados a la ciudad, donde se dedican a la limosna o el ambulantaje; músicos, voceadores de periódicos e incluso, árbitros y jugadores de fútbol, ahora degradados como "limosneros". Podría seguir enunciando matices de experiencias de clase ligadas al ámbito laboral. Baste esa red semántica para ilustrar que el fotograma es diverso, multifacético y difícil de homogeneizar, sobre todo en un momento en que el Estado y el capital actúan en sintonía para no ser vistos, pero en detrimento de la clase trabajadora. En sí, la ceguera que conviene a las fuerzas productivas y gubernamentales hace alianza con la ceguera fisiológica y sensorial de los informantes, y en conjunto hacen emerger la figura de un nuevo sujeto disciplinado, pues desarraigado y despojado de su propia condición proletaria, no encuentra dónde depositar sus quejas más que en la idea de discapacidad, que no le permite más que acceder a la institucionalización disfrazada de dádivas insuficientes. No obstante, estas experiencias continúan siendo experiencias de clase social, por más que se les difumine por vía de la identidad.

CAPÍTULO IV
CUERPO Y PRECARIZACIÓN

Durante una de las entrevistas, Héctor mencionó que la Posada Rosario: "Es una asociación altruista que ayuda a la gente, no sólo a ciegos", frase que me hizo preguntarme: ¿Acaso no son "gente" los ciegos? En ocasiones, "ser ciego" aparece en la jerga coloquial como algo que no es humano, un ente deficitario que queda fuera de los marcos del reconocimiento de lo humano, como diría Judith Butler (2006), justamente en relación con la discapacidad y la normativa que busca normalizar los cuerpos.[103] De tal forma, ser ciego se simboliza también como monstruosidad, como algo fuera de la norma, a menos que sirva para fines del poder, como se ha hecho referencia en el capítulo anterior, ante la materialización del discurso de la discapacidad como forma de gobierno instaurada sobre ciertas poblaciones, sujetos de clases trabajadoras degradadas.

En una sesión de los talleres de resiliencia a los que acudí como parte de mis indagaciones etnográficas, Héctor también señaló: "Me arde el cuerpo por mi psoriasis, pero hay compañeros peores que yo, más enfermos, hasta con diálisis y así. Yo creo que lo que necesito aprender aquí es a tener amor

[103] Esta delgada línea entre "lo humano" y aquello que no es reconocido como tal, está atravesada por los ideales normativos de las morfologías anatómicas: "Consideremos la oposición intersexual a la extendida práctica de realizar cirugía coactiva a los neonatos niños con anatomías sexualmente indeterminadas o hermafroditas con el fin de normalizar sus cuerpos. Este movimiento ofrece una perspectiva crítica sobre la versión de lo 'humano' que requiere morfologías ideales y la constricción de las normas corporales. Al resistirse a la cirugía coactiva, la comunidad intersexual hace un llamamiento para que se comprenda que los niños de condición intersexual son parte del contínuum de la morfología humana y que deben ser tratados desde el supuesto de que sus vidas son y serán no sólo viables, sino también ocasiones para su florecimiento como personas. Así pues, las normas que gobiernan la anatomía humana idealizada producen un sentido de la diferencia entre quién es humano y quién no lo es, qué vidas son habitables y cuáles no lo son. Esta diferencia opera también en una amplia variedad de incapacidades (aunque la norma que funciona para las incapacidades no visibles es otra)" (Butler, 2006: 17-18).

y autoestima. Pues no quiero quejarme cuando hay otros peores que yo". Este aspecto muestra cómo los discursos institucionales que rondan la esfera subjetiva –por medio de la que estas personas explican su sufrimiento corporal–, son un tanto perversos porque nublan el entendimiento, al grado de minimizar el daño. Es así como el sentido común alza la voz con fuerza rotunda: tal vez no sea para tanto porque "hay otros peores que yo".

Lo que plantearé a lo largo de este capítulo, es que los cuerpos de los sujetos que hablan en esta investigación, además de encontrarse inmersos en relaciones históricas de clase social, permanecen en los márgenes del reconocimiento, pues han sido sistemáticamente producidos por realidades materiales degradadas. En otras palabras, la dimensión simbólica del cuerpo es indisociable de la realidad concreta y objetiva, en tanto elemento físico y tangible. Así, no será posible comprender la precariedad en que viven ciertos segmentos de población, los ciegos en este caso, si sólo se alude al binomio identidad-reconocimiento; para conseguir una lectura vasta y crítica, es necesario también poner atención a la dimensión de la desigualdad de los recursos materiales que cruzan a estas anatomías precarizadas.

Desigualdad material y falta de reconocimiento: el cuerpo como testigo

Luego de andar varias horas por el centro de la ciudad, Gregorio me invitó a comer en su casa. Cuando llegamos, su esposa Teresa comenzó a preparar salsa verde mientras uno de sus dos hijos sacaba guarniciones del refrigerador. El muchacho ayudó a rebanar cebolla y ralló queso para aderezar lo que serían chilaquiles. Minutos después, fue a la tienda por una enorme bolsa de totopos y una Coca-Cola de dos litros y medio. Aquella tarde me llamó mucho la atención ver que toda la familia sufría problemas de sobrepeso, realidad contemporánea nada extraña en el país.[104] Teresa, que es muy gorda, mucho más que Gregorio, es enfermera en un hospital público de la ciudad y siempre ha trabajado en turnos nocturnos. Su avanzada diabetes la

[104] "De acuerdo con la Encuesta Nacional de Salud y Nutrición, 2012, en México hay 48 millones de personas mayores de 20 años que viven con sobrepeso u obesidad; asimismo, habría alrededor de 6.3 millones de adolescentes con la misma problemática, y una cifra aproximada de niñas y niños menores de 12 años en la misma condición; como resultado hoy tenemos a más de 6.4 millones de personas con diabetes mellitus y 22.4 millones con hipertensión arterial" (Fuentes, 2013).

obliga a inyectarse diariamente insulina para no morir, evitando así padecer problemas más severos en el cuerpo, como mutilaciones de extremidades o enfermedades renales. "¡Ni modo! Son los riesgos que padecemos los diabéticos", expresó la mujer en una ocasión.

El primogénito de Gregorio, quien ese día ayudó en la cocina, tiene unas dimensiones similares a las de su madre. De tez morena y cabello negro que peinaba con una coleta hacia atrás, el joven desertó de la educación media superior. En ese momento, laboraba intermitentemente como mesero y barman, atravesando periodos fluctuantes de desempleo. Su segundo hijo, *"*El Güero*"*, también era regordete y unos años antes, su madre "le consiguió" un puesto de camillero en el hospital donde ella trabaja, lo que Teresa logró acogiéndose a un derecho sindical que hoy los trabajadores del sector salud ya no poseen pues, según dijo Teresa, "han sido recortados esos beneficios".[105]

El menú de aquella ocasión fue sopa de pasta y chilaquiles verdes con crema, queso y cebolla, además de unos mínimos trozos de longaniza y falda de res. La protagonista en la mesa era la Coca-Cola, que representaba un líquido fetichizado para agasajar al invitado –fui el primero a quien se le sirvió y el primero a quien se le ofreció un segundo vaso del gaseoso elixir. Todo el tiempo mi amigo clamó por más y más vasos repletos. *"*Ay, Goyo, ya tomaste mucha Coca*"*, se acongojaba Teresa. Comprender estas imágenes que van y vienen, entre el placer de paladares azucarados y el sufrimiento que los cuerpos mudos gritan, me remite a los señalamientos de Judith Butler (2006; 2010). En dicho sentido, las violencias que se viven de manera peculiar en el terreno de lo personal son, a su vez, producto de fenómenos sociales que se conforman por vía de lo político, y considero que es desde ese anclaje que deben ser interpretadas. Concretamente, en términos de que el cuerpo pueda permitir pensar la precariedad, como señala Butler:

> mi propósito es afirmar que, si queremos ampliar las reivindicaciones sociales y políticas respecto a los derechos a la protección, la persistencia y la prosperidad, antes tenemos que apoyarnos en una nueva ontología corporal que implique repensar la precariedad, la vulnerabilidad, la dañabilidad, la interdependencia, la exposición, la persis-

[105] Teresa reportó que el sindicato de su trabajo se estaba disolviendo. Previo a ese erosionado panorama, ella y sus compañeras recibieron la propuesta para "meter" camilleros, dando preferencia a sus hijos con preparatoria –el caso del "Güero"– o carrera trunca. Lo capacitaron quince días y desde entonces, tiene el puesto de camillero.

> tencia corporal, el deseo, el trabajo y las reivindicaciones respecto al lenguaje y a la pertenencia social (Butler, 2010: 15).

Parece ser, no obstante, que la propuesta teórica butleriana permanece un tanto distante de la centralidad de la desigualdad material, pues insiste constantemente en el papel de la representación de la vida y su vínculo con la precariedad, una precariedad que las más de las veces se torna discursiva en sus textos. En pocas palabras, alude al tema del reconocimiento identitario como prioridad a la hora de leer la relación de la precariedad con el cuerpo. La problematización que Butler (2010) ofrece en relación con los conceptos *precariousness* y *precarity* es poderosa pero insuficiente hasta cierto punto. Su análisis es potente, en tanto que pone de manifiesto el carácter político polarizado que revisten las políticas de la vida, maximizando el daño en unos sujetos y minimizándolo en otros (Butler, 2006; 2009). Pero esta lectura conduce a considerar que dicha desigualdad parece quedar fijada en la representación y reconocimiento de los otros, es decir, en lo que pienso yo acerca de otros, o bien, en lo que otros piensan de mí, parafraseando las formas enunciativas a las que la misma Butler recurre.

Por otro lado, resulta interesante recordar que Butler (2002: 11) ha planteado con claridad que no se aparta de lo que se suele denominar "materialidad del cuerpo", aunque sí ha emprendido una reflexión más cargada, diría yo, hacia la representación discursiva y el dilema de la legibilidad corporal. Esto es, ha examinado con mayor agudeza el tema de los marcos de representación bajo los cuales las vidas y los cuerpos pueden ser pensados (Butler, 2002; 2010). Otros estudios han reparado también en el poco peso que Butler le da a lo material. En ese sentido, coincido con la crítica de Gavin Smith (2011), quien sugiere que el trabajo conceptual sobre la precariedad en la obra de Butler es poderoso para un análisis sofisticado del asunto, pero adolece de un enfoque materialista histórico.

A fin de subsanar la anterior carencia, o continuar con el desarrollo crítico del argumento, propongo nutrir la idea de precariedad política recuperando a otra pensadora contemporánea, Nancy Fraser (1997), heredera de la tradición del feminismo marxista. Fraser mantiene una posición crítica de la desigualdad que, coherentemente, no deja de lado la dimensión material en los tiempos presentes. La cuestión histórica de la actualidad conduce al pensamiento fraseriano a reparar en el predominio hegemónico del tema de la identidad y el reconocimiento en el ámbito de la justicia, contexto en el que actualmente se mueven los ciegos a los que se estudió

durante el trabajo de campo. Dichos sujetos no existen de manera autónoma, libre y desencajada de factores estructurales y materiales, sino que se nombran a sí mismos de acuerdo con la lógica discursiva que predomina en el actual contexto de hegemonía selectiva. Dicho de otro modo: los ciegos sucumben ante el discurso que se les impone para poder ser merecedores de una despensa, un medicamento o un bastón, por mencionar algunos de los objetos materiales más codiciados entre quienes son gubernamentalmente etiquetados a partir del discurso multicultural de la discapacidad.

Así, es posible comprender mejor cómo es que se ostentan como "discapacitados visuales" en ciertos momentos y como "ciegos" o "invidentes" en otros. En ocasiones conviene hacer uso de la identidad artificiosa de la discapacidad como moneda de cambio, mientras en otros no. Aquí, la política particularista opera como una herramienta perfeccionada de dominación que selectivamente brinda a unos cuantos en función de su identidad y, del mismo modo selectivo, desplaza a otros que no cumplen con los atributos de una determinada identidad (Smith, 2011). No obstante, insiste Fraser (1997; 2015), dichas políticas del reconocimiento que inundan el mundo en la era neoliberal no son suficientes para entender las desigualdades, ya que éstas no corresponden exclusivamente al terreno de la representación, lo legible, lo simbólico, lo discursivo o lo identitario. A la par, la desigualdad se objetiva también en lo tangible, lo palpable, lo corporal… En suma, en lo material. De ahí la utilidad de Fraser para enmendar las fisuras de Butler.

Vale destacar que el mundo contemporáneo está plagado de desigualdades en muchos sentidos. Partiré de una de las dimensiones más comunes al leer al fenómeno, la desigualdad económica. De acuerdo con cifras del Banco Mundial, México ha tenido un promedio de índice de Gini[106] de 49.6 durante treinta años (entre 1984 y 2014), lo que significa que mantiene una desigualdad media; esto es, que no tiene una brecha de ingresos absolutamente desigual (100), ni de igualdad absoluta (0). Sin embargo, la

[106] "El índice de Gini mide hasta qué punto la distribución del ingreso (o, en algunos casos, el gasto de consumo) entre individuos u hogares dentro de una economía se aleja de una distribución perfectamente equitativa. Una curva de Lorenz muestra los porcentajes acumulados de ingreso recibido total contra la cantidad acumulada de receptores, empezando a partir de la persona o el hogar más pobre. El índice de Gini mide la superficie entre la curva de Lorenz y una línea hipotética de equidad absoluta, expresada como porcentaje de la superficie máxima debajo de la línea. Así, un índice de Gini de 0 representa una equidad perfecta, mientras que un índice de 100 representa una inequidad perfecta" (Sitio de internet del Banco Mundial, 2017).

mexicana es una de las desigualdades más extremas del mundo, similar a la de otros países latinoamericanos como Argentina, Bolivia, Ecuador, Guatemala, Brasil, Chile, Honduras, Colombia, Perú o Costa Rica; al igual que se asemeja a la de países africanos como República del Congo, Gambia, Lesoto, Mozambique o Zambia, y asiáticos, como Malasia o Filipinas.

Siguiendo la misma argumentación, según cifras del 2010 del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval), el estado de Puebla es una de las entidades del país con mayor número de personas en situación de pobreza, 61.2%, equivalente a 3,546,321 personas.[107] La misma institución evaluadora proporcionó estadísticas para comprender el dato a nivel municipal, aspecto que brindó una pauta objetiva para dimensionar el caso en el espacio de estudio etnográfico. La ciudad de Puebla, con una población total de 1,539,819 habitantes, ocupó el lugar número uno a nivel nacional durante 2010 con el mayor número de personas en situación de pobreza, 732,154 equivalente a 39.9%, lo que representó que cuatro de cada diez poblanos vivió en esa situación. A su vez, se encontró que poco más de la tercera parte de capitalinos (506,708) fue vulnerable por alguna carencia social,[108] mientras que más de la mitad (900,774) sobrevivía con ingresos inferiores a la línea de bienestar. La desigualdad material trasciende la dimensión internacional pues se engarza con los entornos locales más micro e íntimos, y la ciudad de Puebla es uno de los espacios que lo ejemplifica de modo más evidente.

Ahora bien, respecto a las personas con limitaciones para ver que, según el censo de INEGI de 2010 fueron 13,623 en la ciudad de Puebla –6,325 hombres y 7,298 mujeres–, un total de 4,720 (34.6%) no era derechoha-

[107] De acuerdo con datos recientes del mismo organismo público, en 2016 el porcentaje de personas en situación de pobreza en el estado de Puebla disminuyó porcentualmente a 59.4%, aunque en términos absolutos se incrementó el número de habitantes bajo esa condición: un total de 3,728,200. La cifra oficial reporta un porcentaje menor (datos relativos), aunque con más personas en situación de pobreza (datos absolutos), lo cual puede deberse al crecimiento demográfico. Más aún, la reducción porcentual no es significativa, por lo cual he decidido seguir apoyándome en los datos de 2010.

[108] Las carencias que Coneval consideró para el cálculo de datos en 2010 fueron las siguientes: rezago educativo (16.3% | 299,621), carencia por acceso a los servicios de salud (38.8% | 711,224), carencia por acceso a la seguridad social (53.7% | 984,512), carencia por calidad y espacios de la vivienda (11.1% | 202,960), carencia por acceso a los servicios básicos de la vivienda (16.5% | 303,395) y carencia por acceso a la alimentación (28.2% | 517,593). Las cifras entre paréntesis muestran los datos relativos y absolutos respectivamente.

biente de servicios de salud, dividido en 2,276 hombres (35.9%) y 2,444 mujeres (33.5%).[109] Esto muestra que tres de cada diez personas invidentes en la ciudad no contaron con acceso a servicios de salud. En el caso de la división por sexo del dato, la cifra a nivel estatal se replica, aunque con ligeras variaciones de género que conviene leer meticulosamente. Es claro que, de acuerdo con el porcentaje, los hombres ciegos estarían más vulnerados en cuanto a este derecho, aunque las mujeres no se encuentran significativamente en mejores posiciones. La primera razón se relaciona con un dato absoluto mayor, pues en términos reales son más mujeres ciegas (2,444) que varones ciegos (2,276), quienes no cuentan con acceso a salud. La segunda razón alude a la mayor absorción de las mujeres ciegas como fuerza de trabajo precarizada, probablemente más explotadas, con jornadas extenuantes y peor remuneradas. En ese sentido, conviene recordar un par de detalles: las mujeres ciegas, en comparación con los varones, son más captadas por el capital –como el caso de Cecilia–, aunque en condiciones ínfimas, lo que las convierte en población supernumeraria relativa intermitente.[110]

En relación con las mujeres sin limitaciones para ver (las videntes), el dato relativo se invierte: entre ellas son menos las derechohabientes (42.4% | 328,556) en comparación con los varones (44.6% | 315,119). Esta observación me lleva a inclinarme por una contundente explicación: a medida que el cuerpo de las mujeres decae, resulta más propenso para ser captado por el capital; por el contrario, a medida que el cuerpo de los varones decae, resulta menos propenso a ser captado por el capital. Dicho de otra manera: la vitalidad del cuerpo masculino joven importa más en cuanto fuerza de trabajo remunerada, y no es que la vitalidad del cuerpo femenino no importe para tal efecto, importa y mucho, aunque para otros fines: los de la reproducción de la clase social, los cuidados y el trabajo doméstico. Cuando esa vitalidad femenina pierde eficacia para tal efecto, entonces es aprovechada para desarrollar actividades mal remuneradas, aunque con altos rendimientos para ciertos mercados –masajes, maquilas, limpieza, etc., por mencionar algu-

[109] Del total de personas sin limitaciones para ver (videntes) 1,480,036 (equivalente a 43.49%) no era derecho-habientes. Esto hablaría de una situación grave que trasciende las particularidades fisiológicas, es decir, la desigualdad se encuentra distribuida de forma extendida entre la población más allá de que sean ciegas o no. Una muestra más de que la identidad no es la única vía para comprender la precariedad.

[110] En 2010, cuando se levantó el censo, sólo 3.78% de mujeres ciegas declararon estar desocupadas, en contraste con 8.19% de los varones invidentes.

nos–, sin que eso las libere del "eterno" deber moral de cuidar de otros.[111] Las voces de los relatos expuestos así lo revelan. Para reforzar esta observación es posible corroborar que, a medida que las mujeres ciegas envejecen, tienden a mostrar menores tasas de desocupación –de los 50 a los 79 años, 13.67%–, caso contrario al de los varones, quienes son más ocupados económicamente en edades más tempranas –principalmente entre los 30 y los 49 años, con 10.75%– (Figura 5).

Una vez dimensionado a grandes rasgos el tema de la desigualdad cabe destacar que en México 9 de cada 10 personas con ceguera han perdido la vista a lo largo del ciclo vital (INEGI, 2013). Este dato es similar a nivel internacional: según la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2014), 80% de casos a nivel planetario podrían curarse o ser evitados. A su vez, otra cifra extraída de la misma fuente llama poderosamente la atención: "un 90% de la carga mundial de discapacidad visual se concentra en los países de ingresos bajos" (OMS, 2014). La precariedad material por razones políticas es incontrovertible, ya que no solamente se relaciona con la adquisición de la ceguera a lo largo de la vida, sino que, además, implica considerar cómo se viven estas vidas y los recursos que poseen para mantenerse vivas, pues las estadísticas muestran una relación notoria entre la deficiencia de recursos económicos y la ceguera. Parafraseando a Fraser (1997), diría que las políticas del reconocimiento de la "discapacidad visual" tienen lugar en entornos de vastas desigualdades materiales, lo cual implica que no puedan desprenderse unas de otras.

Evidentemente no todas las personas con situaciones económicas precarias derivan en ceguera. Pero estar más expuesto a malas condiciones de trabajo, deficiencias en la alimentación, acceso limitado a la salud, situaciones de violencia estructural en general, parecen elevar el riesgo de padecer ceguera y otros problemas de malestares crónicos. En ese sentido, el cuerpo puede ser visto alegóricamente como el estacionamiento último e íntimo donde la precariedad echa raíz. Los casos de los sujetos aquí estudiados se conectan con una vasta multiplicidad de problemas en ese sentido: las historias de Héctor y su psoriasis; de la diabetes avanzada en Gregorio, Angélica, Gonzalo, Margarita y Patricia; los achaques por ácido úrico ("gota") de Ig-

[111] Recuérdese que, según los datos expuestos, las informantes, aunque nacieran o quedaran ciegas durante su vida, siempre han cuidado de hijos, de pareja, de nietos, de sobrinos, de madres, de padres.

nacio; la ceguera por alcoholismo de Daniel; las enfermedades respiratorias de Melesio; el suicidio de Adrián.

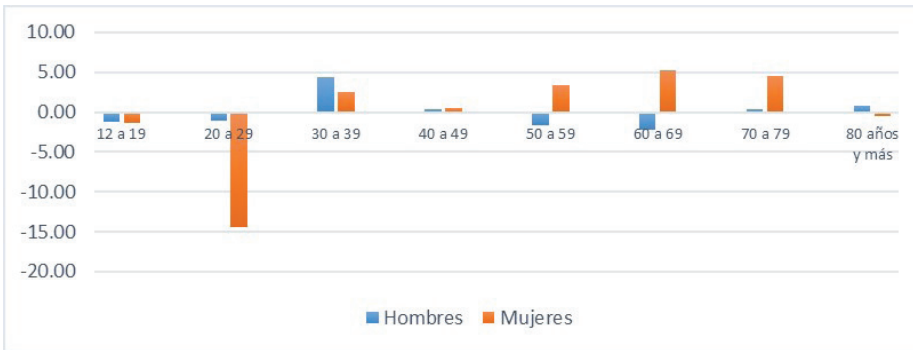


Figura 5. Tasa de ocupación* entre ciegos de la ciudad de Puebla, por grupos de edad y sexo.
Fuente: Cálculos propios con base en los resultados del censo 2010 de INEGI.
*Los números positivos (hacia arriba) representan una tasa más elevada de ocupación, mientras los negativos (hacia abajo), una predominante tasa de desocupación en los correspondientes grupos etarios.

Una vez mostrado a grandes rasgos el panorama en que opera la desigualdad en el contexto de este estudio, concuerdo con Nancy Fraser (1997) cuando asevera que las desigualdades del reconocimiento ocurren actualmente en entornos de profunda desigualdad de distribución:

> **Las luchas por el reconocimiento tienen lugar en un mundo de exageradas desigualdades materiales** –en cuanto a ingresos y propiedad, acceso al trabajo remunerado, educación, salud y recreación, **pero también, y de modo más descarnado, en cuanto al insumo de calorías y a la exposición a entornos tóxicos, y, por lo tanto, en cuanto a las expectativas de vida y a las tasas de morbilidad y mortalidad**. La desigualdad material aumenta en la mayoría de los países del mundo […]. También se está incrementando globalmente, de manera más dramática, en la línea que divide el Norte del Sur (Fraser, 1997: 17-18, negritas añadidas).

Por tanto, el asunto de la precariedad en el cuerpo de los ciegos no puede ser entendido sólo a partir de la identidad de "discapacitado visual", sino también en torno a la inequidad que genera la parcial satisfacción de las necesidades de carácter material. Cabe recordar, como se mostró en el Capítulo 2, que la totalidad de informantes se consideró "desempleado" al momento de cono-

cerlos y empezar las charlas del trabajo de campo. Solamente Cecilia logró ser captada en esos meses por un spa, subcontratada sin prestaciones y retribuida miserablemente por cada masaje que daba para proveer de un bienestar a los clientes. Paradójico que provea del bienestar que ella misma carece.

Cuerpo, poder y violencia: el caso de la diabetes

Un fin de semana de abril de 2015, llegué al centro histórico de Puebla con el objetivo de contactar al "Benja". Se encontraba en el sitio donde siempre lo visitaba: en "los portales" del zócalo de Puebla, justo afuera del restaurante de mariscos donde le solían guardar el banquito en el que se sentaba para raspar una lata vacía y pedir limosna. Sin embargo, su esposa Margarita no estaba a su lado, pues se había "puesto mala" y había suspendido "el trabajo" desde hacía un par de meses. La mujer padece diabetes y en esa ocasión tenía "una herida abierta en el talón de un pie" que llevaba tiempo sin cicatrizar. Recibía atención mediante el Seguro Popular,[112] aunque constantemente el médico le proscribía solamente "pastillas para el dolor" y reposo. Propongo leer estas historias, en las que la dimensión corporal está absolutamente expuesta, a la luz de la noción de violencia estructural, aspecto que se conecta con la idea de "violencia íntima" que Philippe Bourgois (2009) acuña para referir las formas de violencia que los sujetos experimentan como propias de sus biografías, sin necesariamente tomar consciencia de que ambas dimensiones violentas se conectan entre sí.

Es posible descifrar, a partir de retazos etnográficos (Zendejas, 2008), cómo en el caso de las y los ciegos se observan determinadas prácticas que pueden entenderse como formas individualizadas de violencia que se han producido estructuralmente, pero que pasan de largo como invisibles; no obstante, conforman un espectro amplio de violencias amalgamadas con una diversidad de elementos (Farmer, 2004). Un peculiar caso de ello, es el frenético consumo de Coca-Cola que pude notar en los diversos momentos que compartí con mis informantes. En muchas ocasiones "la Coca" nos convocaba para las charlas –en la mesa, en la reunión en la ONG, en la tiendita de la esquina, en la calle. Este consumo aparece en el discurso de los ciegos mediante su práctica

[112] El Seguro Popular (SP) ha sido el "brazo operativo" del Sistema de Protección Social en Salud (SPSS) que data de 2004, como una estrategia que el Estado mexicano implementó para asegurar a los segmentos de población que, derivado de las reformas estructurales neoliberales, habían quedado desprotegidas del acceso a los servicios de salud, las poblaciones "discapacitadas" entre ellas (Uribe, Rodríguez y Agudelo, 2015).

y su voz, escapándose de esa "lógica informal de la vida cotidiana" geertziana que la antropología marxista ha criticado acertadamente, pues más que la mera reproducción de símbolos, este consumo evidencia las configuraciones de poder y clase en momentos históricos específicos (Crehan, 2004: 61).

Un día, después de que llevé a Gregorio y a Héctor al DIF para averiguar las fechas en que serían entregadas las despensas en sus respectivas colonias, me invitaron a comprar "petróleo". En un primer momento me confundí y les dio risa cuando pregunté a qué se referían; me dijeron que querían ir por Coca-Cola: "Es que no podemos vivir sin 'la Coca' […]. Es el refresco de la muerte y nosotros ya vamos para allá" (Gregorio, julio de 2016). "Goyo", quien padece diabetes e hipertensión, consume aproximadamente litro y medio de Coca-Cola cuando está en "la oficina"[113] y, llegando a su casa, la familia suele comprar un envase de dos litros y medio del refresco negro para sentarse a la mesa. Esta imagen se asemeja a los comerciales publicitarios de la trasnacional refresquera: familias riendo alrededor de la mesa, unidas por el sabor y disfrute del adictivo líquido. La diferencia es que, en este caso, no son precisamente sujetos sonrientes ante un diversificado festín de alimentos por devorar, sino sujetos que optan por el placer efímero de lo que saben con certeza que de alguna manera les matará ("ya vamos para allá").

Aquel día de diligencias asistenciales, Héctor no especificó la cantidad de refresco que consumía durante un día, pero sí presumió que no es diabético, como si ello le asegurara la libertad de consumir cuanto líquido quisiera. Estando con Héctor y su esposa Rosa en el puesto del mercado donde trabajan en un local de venta de "discos piratas", lo primero que vino a mis manos cuando me hube sentado fue un colmado vaso de Coca-Cola acompañado de un plato de fruta –sandía, papaya y melón– repleto de miel. Al segundo bocado, me empalagó el triple dulzor: el del azúcar del líquido, la fructosa y la glucosa añadida con miel "de abeja" que no parecía tal, sino más bien uno de esos jarabes endulzantes de bajo precio, derivados de azúcar refinada. En esa ocasión, perdí la cuenta de cuántas veces solicitó Héctor a Rosa que le rellenara el recipiente con más Coca-Cola. Por esto, siguiendo el estudio ejemplar que lleva a cabo desde la antropología médica Paul Farmer (2004) en Haití, argumento que la expansión de la diabetes a nivel planetario[114] es el

[113] Así denomina el lugar del Centro Histórico donde pide limosna.

[114] Entre 1980 y 2014 el número de personas con diabetes en el mundo casi se cuadruplicó, pasando de 108 a 422 millones respectivamente (OMS, 2016). "La diabetes es una importante causa de ceguera, insuficiencia renal, infarto de miocardio, accidente

producto de una epidemia global, cuya extensión no puede comprenderse al margen de las causas históricas, económicas y políticas que la produjeron. No es menor el que, según la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2016), la presencia de dicha enfermedad tienda a incrementarse con mayor celeridad en los países con ingresos medios y bajos. Se vuelve necesario discutir teóricamente la pertinencia del campo de los estudios antropológicos sobre salud, violencia y sufrimiento, para entender cómo se producen factores materiales e históricos que elevan las posibilidades de padecer diabetes, diferenciando entornos que amplifican las modalidades a través de las cuales las personas enfrentan el dolor. Teniendo presente el caso de esta enfermedad crónica, y con base en fuentes documentales oficiales y descripciones etnográficas, sostengo en los siguientes párrafos una discusión a respecto.

Al tratarse de una enfermedad crónica degenerativa, la diabetes aumenta las probabilidades de padecer graves deterioros en el cuerpo de quien la padece. La prevalencia de esta enfermedad en amplios sectores de la población mexicana ha llamado la atención del gobierno, que declaró hace unos años el territorio nacional en "emergencia epidemiológica" por diabetes. Por primera vez la Secretaría de Salud lanzaba una alerta de tal magnitud por una enfermedad crónica –con anterioridad, se habían declarado estas acciones sólo por enfermedades infecciosas (Hernández, 2016). La diabetes constituye una expresión de lo que los expertos en salud pública han dado en denominar "transición epidemiológica" desde los años setenta, para explicar el cambio de los patrones de morbilidad y mortalidad. Uno de los supuestos, es que esa transición hace referencia al cambio registrado hacia finales de los sesenta, cuando ciertas enfermedades infecciosas dejaron de ser recurrentes en determinados países, mientras que otras de tipo crónico, como la diabetes o la hipertensión, empezaron a cobrar más importancia, pues son las que han incidido con más peso en las causas de los índices de mortalidad (Omran, 1971). Pese a que se reconoce este cambio de patrón en las muertes por padecimientos crónicos, es necesario no quedarse en el ámbito de la dinámica demográfica para realizar una aproximación más completa. Es decir, se vuelve necesario buscar explicaciones cualitativas de los cambios cuantitativos.

---

cerebrovascular y amputación de los miembros inferiores" (OMS, 2016). Hoy en día 9 de cada 10 personas ciegas en el país han perdido la vista por alguna de las siguientes razones: accidentes (7.1%), edad avanzada (25.9%) y enfermedades (42.1%), entre otras no especificadas (12.2%). Sólo 1 de cada 10 es ciega de nacimiento (10.9%) (INEGI, 2013).

En México estas transformaciones se comenzaron a notar más hacia inicios del siglo XXI, y las interpreto como un ejemplo de lo que Farmer (2004) denomina "lo visiblemente etnográfico". En ese sentido, es un desafío epistemológico conectar el actual problema sanitario que la diabetes representa, con procesos históricos de larga data. No me es posible en este documento agotar en profundidad las causas históricas a lo largo de varios siglos, tal como lo hace Farmer (2004) en su estudio sobre el VIH y la tuberculosis en Haití. Sin embargo, intentaré aportar algunas pistas que ayuden a desprender las capas de la cebolla para ir descubriendo su centro.

Primeramente, hay que dejar claro que la violencia forma parte de lo político, es decir, no es posible entender cómo han llegado a moldearse los medios que la integran sin tomar en consideración al poder, en tanto formación que la entrecruza, tal como lo han hecho ciertos estudiosos del tema (Benjamin, 1998; Bourgois, 2009; Butler, 2004; Carbonella y Kasmir, 2014; Das, 2006; Farmer, 2004; Gupta, 2012; Nelson, 2009). Siguiendo esta breve referencia sobre aproximaciones teóricas al tema de la violencia, tomo distancia de posturas como las de Hannah Arendt, para quien "[e]l poder y la violencia son opuestos; donde uno domina absolutamente falta el otro" (Arendt, 2006: 77). Para mí, en cambio, la violencia no está escindida del poder, en tanto no sería posible visualizar claramente los mecanismos que la configuran. De igual manera, me aparto de otros enfoques que problematizan la violencia desde la óptica culturalista, mismos que colocan en el centro del análisis una definición cerrada de cultura que presuponen como elemento explicativo de la violencia, dando por sentada una "cultura de la violencia", premisa que no encuentro suficientemente sólida.[115]

A contracorriente, planteo que no sólo el incremento de la diabetes se construye violenta y políticamente, sino que la enfermedad misma es una vía en sí que agudiza el dolor en los sujetos. Si esta pandemia produce, remarca y profundiza determinados rostros del sufrimiento entre las personas que la padecen, pensando a partir de Das (2006) y Kleinman, (1997), o incluso entre aquellos que se encuentran alrededor de los dolientes, es posible pensarla como un medio (Benjamin, 1998) a través del cual opera estructuralmente el poder. Estas formas de enfermedad y poder se encarnan en el cuerpo de quien las vive (Holmes, 2013) y, a su vez, responden a criterios de diferencia y jerarquía de

[115] Para un análisis minucioso sobre cómo la antropología ha abordado la violencia, ver Ferradiz y Feixa (2004).

clase social (Carbonella y Kasmir, 2014; Kleinman, 1997) y género (Connell y Messerschmidt, 2005). Una vez que he dejado claro que entiendo a la diabetes como una enfermedad política que encarna la violencia y la desigualdad, no está de más definir algunos otros conceptos útiles para esta argumentación.

Aunque no me gusta segmentar a la violencia en una taxonomía enciclopédica de tipos aislados, misma que contribuiría a pensarla como "violencias" separadas entre sí, encuentro valioso referir ciertas violencias con adjetivos, en tanto me parece una estrategia clarificadora en términos de explicación, cuidándome de no aislar una violencia de otra, sino dando cabida a pensarlas de modo relacional. Así, la violencia como la entienden Philippe Bourgois y Nancy Scheper-Hughes (2009), forma parte de un continuum en el cual la llamada violencia estructural no está distanciada de la violencia experimentada en el terreno de lo íntimo, y a su vez conlleva en sí una cantidad de manifestaciones que deben ser nombradas para poder ser estudiadas. En este sentido, resulta igualmente útil recordar que los actos violentos están a su vez configurados simbólicamente en los términos enmarcados por Pierre Bourdieu:

> La violencia simbólica es [...] una forma de violencia que generalmente no es percibida y, en contraste con los sistemas en los cuales se necesita de la fuerza para mantener la jerarquía social, es una forma efectiva y eficiente de dominación en la cual los miembros de las clases dominantes necesitan ejercer poca energía para mantener su dominación (Schubert, 2008: 184).

Entre otras características, la violencia simbólica es aprehensible a través del uso del lenguaje (Das, 2006; Schubert, 2008). Con el fin de ilustrar las formas como las violencias se relacionan unas con otras en la práctica, referiré una vez más a la historia de uno de mis informantes.

Gregorio (ciego adquirido de 54 años), siendo joven trabajó sobre todo en empleos del sector servicios. Después de perder la vista, se exacerbó su condición de precariedad, deambulando de un empleo a otro hasta encontrar en la limosna no una vía de solución, sino de cierta regularidad de ingresos insuficientes. La serie de padecimientos y dolores que acumula Gregorio en el cuerpo, enraizados en un contexto de violencia íntima (Bourgois, 2009), puede entenderse desde la "fragilidad de lo social" (Das, 2006: 9), contexto en el cual el cuerpo está inserto y comprometido para concretar una forma válida de explicación del estado en que se encuentra el sujeto. Su ceguera se debió a una cisticercosis contraída, según sus palabras, "por comer en la calle cemitas de una carne de puerco mal". La infección parasitaria contribuyó a la degeneración del

globo ocular, pues "el animal le carcomió algo de los órganos visuales", según coligió del diagnóstico médico. Al cisticerco, se sumaron otras enfermedades: diabetes, hipertensión, hidrocefalia, disfunción eréctil, obesidad, problemas biliares y pérdida del olfato. A las condiciones de sufrimiento agudo y cotidiano, se suma que entre los sectores empobrecidos son maximizadas (Kleinman, 1997), no sólo porque están más expuestos a la vulnerabilidad y la violencia (Butler, 2004), sino porque, históricamente, no se encuentran en condiciones de acceso propicias a los servicios de salud de calidad (Farmer, 2004). Lo corporal dice mucho no sólo de los individuos en particular, sino de las formas históricas de subjetividad y el contexto que les configura (Citro, 2010).

El traslape de violencias en el caso reseñado es notorio. Por un lado, el hombre ha sido sistemáticamente despojado de un empleo estable debido a un condicionamiento derivado de su(s) enfermedad(es). El capital desecha lo que no le sirve, no obstante, ello no significa que ese desecho deje de ser funcional al modo de producción. Ahora "Goyo" es parte de una ONG y del discurso "caritativo" neoliberal por medio del cual es intervenido, tanto por donaciones de empresas privadas, como por programas de gobierno. Este tipo de ambigüedades hacen recordar el carácter bicéfalo del Estado, utilizado por Diane Nelson (2009) para explicar un Estado amorfo que actúa en dualidad. A decir de esta autora, el Estado tiene dos caras: política y militar, o política y económica, o gubernamental y no-gubernamental, etc., a través de las cuales encarna actuando o actúa de manera encarnada. Podría decirse, como indiqué en el Capítulo 3, que el Estado es fuerte y sus efectos ocurren en múltiples espacios (Trouillot, 2011), pero a su vez su poder es vulnerable, ya que otros actores intervienen por él (Nelson, 2009). Es perceptible en los casos observados cómo dicha inestabilidad estatal impacta también al cuerpo.

Para esta situación, recurro nuevamente a la idea de "magia de estado" que refiere irónicamente Das (2006). La diabetes aparece no sólo en el nebuloso existir de Gregorio y en el de otros informantes, como su misma esposa Teresa, o Patricia, o Gonzalo, o la pareja de limosneros Benjamín y Margarita, o Angélica; se muestra también en torno al rápido esparcimiento de la enfermedad crónica en el país. Para Das (2006: 163), estas prácticas "mágicas" estatales tienen que ver en primer lugar con que ocurren consecuencias reales, pese al carácter activo o inactivo del Estado. En segundo lugar, con el hecho de que esas consecuencias puedan ser visibles o no −es decir, no son transparentes. Una tercera característica tiene que ver con que, "están cercanamente alineadas a fuerzas de peligro, a causa de la combinación de oscuridad y poder", por ejemplo, cómo se dan en entornos de incertidumbre y riesgo. Finalmente, alude a que "[…] participar de lo mágico

implica situarse uno mismo en una posición de vulnerabilidad", esto derivado del tercer punto. La propuesta teórica se enriquece al enfatizar que ese carácter mágico del Estado, oscuro y poderoso a la vez, invisible y evidente al mismo tiempo, debe ser registrado por el etnógrafo, dándose a la tarea de observar cuidadosamente lo que ocurre en lo cotidiano, captando lo que tiene lugar ahí para poder detectar las marcas o firmas de Estado, y los arreglos y ajustes que tienen lugar en esos mismos entornos irónicamente mágicos (Das, 2006).

Se vuelve necesario desentrañar los claroscuros "mágicos" que le permiten al Estado actuar de modo errático y efectivo al mismo tiempo, proceso que aquí se ejemplifica a partir de las violencias que vive un hombre degradado, o las violencias institucionales a las que la totalidad de informantes se ha enfrentado. A inicios de noviembre de 2016 visité de nuevo a Gregorio, entonces me habló de un documento oficial. Se trataba de un "certificado de discapacidad" que emite la Jurisdicción Sanitaria de la Secretaría de Salud del Estado de Puebla, y que le serviría para recibir una despensa que la Posada Rosario (ONG) da año con año a los ciegos.

Una vez que el director de la citada Jurisdicción dio fe, por medio de una carta, de que el susodicho es "discapacitado visual", se anexó un certificado médico en el que se describía su estado de salud. Entre otros datos como el peso y la talla, declararon que era enfermo crónico y que sus abuelos paternos tuvieron diabetes mellitus. El Estado marca, firma la enfermedad producida en parte por los altos consumos calóricos en forma de azúcares −elevada ingesta de Coca Cola y dulces− y harinas −tortillas, pan o "memelas". Gregorio sabía que iba a morir prematuramente, no obstante, no cambiaba sus hábitos alimenticios. A veces, cuando le dolía la cabeza o se sentía debilitado, consumía "petróleo" de etiqueta roja (Coca-Cola). Similar a lo que sucedía en la investigación de Seth Holmes (2013) con jornaleros agrícolas, Gregorio no podía visualizar el origen de sus achaques, quedando atrapado en un círculo de más dolor y deterioro exponencial −más cansancio, más "Coca", más riesgo que la diabetes empeore.

La firma del Estado, que en este caso se encontraba en el certificado médico, suele utilizarse para que las ONGs "reconozcan" al ciego y le brinden un "apoyo" o dádiva. Igualmente, opera como mecanismo para que se administren los recursos etiquetados para "discapacitados", mismos que distribuyen instituciones como el DIF. Un ejemplo son las despensas mensuales del programa alimentario a personas con discapacidad, de las que a los llamados "discapacitados visuales" en la ciudad de Puebla se entregaron las siguientes: 391 en 2011 (161 a mujeres, 230 a varones); 1,436 en 2012 (592 a mujeres, 844 a varones); 2,181 en 2013 (900 a mujeres, 1,281 a varones); 3,014 en 2014 (1,244 a mujeres, 1,770 a

varones); 6,437 en 2015 (2,666 a mujeres, 3,771 a varones); 7448 a agosto de 2016 (3,182 a mujeres, 4,266 a varones).[116] Estas cifras son muestra de que el Estado establece mecanismos para firmar no sólo documentos, sino cuerpos, en tanto observa, clasifica y legitima quién puede ser reconocido como "discapacitado" y quién no y, con ello, quién merece recibir ciertas cosas y quién no, así como mantener con vida a la gente, aunque sea precariamente, ya que para ser acreedor de una despensa mensual se debe demostrar que se sufren carencias económicas y "discapacidad" al mismo tiempo. No está demás enlistar los artículos que los ciegos reciben en las cajas mensualmente: 1kg de soya texturizada, 1 kg de arroz, 2 kg de frijol negro, 1kg de leche descremada en polvo, 1 litro de aceite, ½ kg de avena, dos paquetes de pasta de fideo y una lata de atún.[117]

Estos individuos, llamados por Byung-Chul Han (2013) "sujetos del rendimiento", se exigen a sí mismos y ven en ellos el origen de sus males, aparentemente libres, sin restricciones temporales ni necesariamente algo externo que les constriña, volcando toda responsabilidad hacia adentro, derivando en una especie de auto violencia.[118] Ello explica en gran medida cómo los sujetos van interiorizando, a modo de carga individual, todo su sufrimiento, sin siquiera poder explicar las causas externas que tuvieron que acontecer para que el dolor llegara a instalarse en sus cuerpos, bajo esas condiciones. Este tipo de violencia dirigida hacia uno mismo no deja de responder al discurso dominante que

[116] Información obtenida del DIF estatal, por medio de una petición específica por parte del investigador en el portal de internet de acceso a la información pública.

[117] Tuve la oportunidad de acompañar a cuatro de mis informantes (Gregorio, Héctor, Patricia e Ignacio) para recoger ocho despensas cada uno. El DIF les debía cuatro de meses anteriores y del que iba corriendo (mayo, junio, julio y agosto), y cuatro se les iban a entregar, por única ocasión, de forma adelantada (septiembre, octubre, noviembre y diciembre), ya que el exgobernador Rafael Moreno Valle estaba por dejar la administración del estado y tenía que dar cuentas de sus "acciones". Se les hizo esperar por más de seis horas bajo el sol abrasador, formados afuera de una telesecundaria. Una vez que recibieron las despensas, acompañé a Patricia para ayudarle a cargar las pesadas cajas hasta su departamento. Después de beber agua y charlar con ella y su familia, quiso regalarme algunos paquetes de los alimentos recibidos, a modo de agradecimiento. Me negué a aceptarlos. Al bajar las escaleras del edificio de ladrillo rojizo, me tomó la mano y me puso tres monedas que sumaban $25.00, diciendo: "Aunque sea para lo de tu camión, manito". Comprendí entonces que estaba agradeciéndome el favor y que para ella esta acción era dignificarse de algún modo ante una persona ajena a su contexto, que venía a ayudarla en una práctica de caridad institucionalizada.

[118] Es posible advertir una similitud con el cuerpo en el tema deportivo. Cabe destacar el trabajo del sociólogo argentino Pablo Alabarces (2006) en el que se problematiza el tema del "aguante" con relación al futbol y la violencia reflejados en el cuerpo.

promueve la OMS respecto a los denominados "estilos de vida",[119] discurso neoliberal que culpabiliza al individuo de sus malestares crónicos de salud.

Cabría preguntarse en qué medida el sufrimiento de Gregorio por diabetes e hipertensión ha derivado de consecuencias netamente individuales o en qué medida sido resultado de transformaciones estructurales de largo plazo. Siguiendo a Kleinman (1997): "El sufrimiento […] es el efecto de la *violencia social* que el orden social-local, nacional-global acarrea en la gente" (226, cursivas en el original). Para este autor, la enfermedad se distribuye de forma injusta y, si bien todas las clases enfrentan ciertos niveles de sufrimiento, las más empobrecidas lo resienten de maneras más profundas (Kleinman: 1997).

Tomando en cuenta estas consideraciones, es altamente probable que la diabetes no se genere simplemente por los descuidos personales de los sujetos, sino que dichos procesos se relacionan con las limitadas condiciones materiales de existencia, por un lado, y por factores políticos y estatales, por el otro. Después de todo, las superpoblaciones relativas que conceptualizó Marx (1999) deben renovarse, esto es: nacer-trabajar-morirse, para que el disciplinamiento de clase (Carbonella y Kasmir, 2014) se siga produciendo y, con ello, se ensanche la acumulación de riqueza. Considero que este proceso se alcanza, en parte, por medio de enfermedades crónicas como la diabetes en contextos de precarización.

A pesar de que la alta ingesta de bebidas azucaradas y carbohidratos es un problema en este sentido, el discurso continúa culpabilizando al individuo de sus propias condiciones −la emergencia epidemiológica no pasa de campañas sociales más agresivas para que los individuos modifiquen sus "estilos de vida". El caso que he decidido poner al centro representa tan sólo uno de los tantos escenarios donde ciertos sujetos, cuyas vidas están a la deriva, en la incertidumbre y la oscuridad del porvenir, interactúan con el día a día, por medios violentos (Das, 2006; Kleinman, 1997). La historia de Gregorio, con todo y su degradación, está encuadrada por políticas burocratizadas de atención a la pobreza (Gupta, 2012), tales como las despensas del DIF u otras dádivas monetarias otorgadas por empresas privadas a través de

[119] "La OMS recomienda que se adopte un estilo de vida saludable a lo largo de todo el ciclo vital con el fin de preservar la vida, mantenerse sano y paliar la discapacidad y el dolor en la vejez. Los entornos adaptados a las necesidades de las personas mayores, la prevención, la detección precoz y el tratamiento de enfermedades mejoran el bienestar de los mayores. Si no se adoptan medidas, el envejecimiento de la población dificultará la consecución de los objetivos de desarrollo socioeconómico y humano" (OMS, 2012).

ONGs intermediarias. Todas estas conforman estrategias anatomo-políticas y biopolíticas (Foucault, 2005; Nelson, 2009) que apuntalan la sobrevivencia masiva, por medio de migajas que evidencian un abrumador abandono sistemático. Al respecto, el etnógrafo puede contribuir a evidenciarlo si presta atención a relatos breves pero significativos, gesticulaciones que hablan silenciadas, "con discurso pero sin voz", como diría Das (2006: 8).

Uno más de los "efectos del Estado" a los que alude Trouillot (2011), que se vincula con el cuerpo, está relacionado con que varios de los ciegos y ciegas que conocí habían sido "dados de baja" de la ONG cuando tuvieron crisis debido a las "subidas de azúcar", ya que el director temía que murieran o se agravaran en el espacio institucional, donde no se contó con atención médica. Además, la enfermedad dificultaba que satisficieran los fines político-clientelares del encargado de gestionar esta romantizada sociedad civil, pues no los podía poner a trabajar en las actividades de la institución, justamente por la precarización de la cual han sido parte. Estas formas tan silenciadas y tan rugosas no dejan de ser prácticas violentas que, en el curso de lo cotidiano, pueden pasar inadvertidas si no se cuenta con unos lentes teóricos adecuados. Por lo cual, no hay que olvidar que:

> [Ese] poder sobre la vida se desarrolló desde el siglo XVII en dos formas principales; no son antitéticas; más bien constituyen dos polos de desarrollo enlazados por todo un haz intermedio de relaciones. Uno de los polos, al parecer el primero en formarse, fue centrado en el cuerpo como máquina: su educación, el aumento de sus aptitudes, el arrancamiento de sus fuerzas, el crecimiento paralelo de su utilidad y su docilidad, su integración en sistemas de control eficaces y económicos, todo ello quedó asegurado por procedimientos de poder característicos de las *disciplinas: anatomopolítica del cuerpo humano*. El segundo, formado algo más tarde, hacia mediados del siglo XVIII, fue centrado en el cuerpo-especie, en el cuerpo transido por la mecánica de lo viviente y que sirve de soporte a los procesos biológicos: la proliferación, los nacimientos y la mortalidad, el nivel de salud, la duración de la vida y la longevidad, con todas las condiciones que pueden hacerlos variar; todos esos problemas los toma a su cargo una serie de intervenciones y *controles reguladores*: una *biopolítica de la población*. Las disciplinas del cuerpo y las regulaciones de la población constituyen los dos polos alrededor de los cuales se desarrolló la organización del poder sobre la vida. […] La vieja potencia de la muerte, en la cual se simbolizaba el poder soberano, se halla ahora cuidadosamente recubierta por la administración de los cuerpos y la gestión calculadora de la vida. […] U]n poder

> cuya más alta función no es ya matar sino invadir la vida enteramente (Foucault, 2005: 168-169, cursivas en el original).

Hoy en día siguen operando anatomopolítica y biopolítica de modo encubierto tal como sugería el filósofo francés. Al alimentarlos y mantenerlos vivos, promocionando al mismo tiempo ciertas prácticas de caridad, el Estado no sólo cumple con tener vivos a los reconocidos por las políticas de identidad −de "discapacidad" en este caso, pero que abarcan otras dimensiones como la étnica, la de género o la de edad, por mencionar sólo algunas−, sino que evita que se muestre de forma descarnada la muerte anunciada por enfermedades como la diabetes, construida políticamente a lo largo de la historia. Además, aspectos como la genuflexión de la limosna, o el disciplinamiento corporal ante eventos cotidianos como quitarse los lentes para que los otros corroboren que soy una persona ciega, son prácticas encarnadas de un *habitus* que también abonan al mantenimiento del mentado ordenamiento corporal, en este caso precarizado por la experiencia de clase.

La hipótesis que descansa en el fondo de mi inquietud por emprender estas conexiones teórico-empíricas, partió de repensar las enfermedades que históricamente habían sido asociadas a condiciones de pobreza que enfrentan distintos sectores de población en desventaja,[120] desde una óptica relacional estructural. Se hayan dispersas de modo específico en cada región del mapa geopolítico mundial y no es válido aseverar que en México se comportan igual que en otros sitios como África, Asia o El Caribe, como acertadamente nota Farmer (2004). En la ciudad de Puebla, algunas de estas enfermedades han tendido a disminuir como causas de muerte en los últimos quince años,[121] pese a que la brecha de desigualdad se ha elevado considerablemente desde 2010 (Coneval). ¿Es posible pensar que la disminución de estas enfermedades, estaría expresando la mejora de las condiciones de vida de la población? No necesariamente.

Las condiciones materiales que en décadas anteriores promovieron el aumento de dichas enfermedades, sin duda han cambiado. Pese a que hoy se continúen promoviendo desde los programas de gobierno acciones como casas con techo firme o acceso de agua potable, partiendo del supuesto de

[120] Parasitosis, intestinales, infecciosas relacionadas con el sistema respiratorio o problemas de desnutrición, entre otras.

[121] Las muertes por enfermedades digestivas en el municipio pasaron de 10.55% en 1990 a 10.13% en 2015, y las del sistema respiratorio pasaron de 9.30% a 7.01% en el mismo periodo (INEGI, 2016).

que, modificando tales cosas, se aminoran los riesgos de adquirir enfermedades infecciosas −supuestamente las más frecuentes entre las personas en situación de pobreza. En ese sentido, el poder de la biopolítica en relación con la producción de la violencia (Nelson, 2009), ha ejercido un efecto fundamental: hacer vivir a las poblaciones, aunque al mismo tiempo se solidifiquen otras condiciones que las dejan morir silenciosamente −como la diabetes−, a menudo por vías menos evidentes y más difusas de poder capilar.

Dicho entorno violento se alimenta de las dinámicas estatales que se vienen desarrollando a nivel histórico (Gledhill, 2012; Pansters, 2012). Es en este marco donde sugiero inscribir a la diabetes. De acuerdo con los indicadores de mortalidad que reportó el INEGI, para 2015, en la ciudad de Puebla el rubro de las "Enfermedades endócrinas, nutricionales y metabólicas" conformó la segunda causa de muerte a nivel general (17.14%),[122] categoría donde la diabetes mellitus fue predominante, representando 87.62% de los casos.

Por supuesto que la cuestión de la desigualdad material no está desconectada de esta espeluznante prevalencia. Algunos estudios sostienen que la diabetes, si bien no necesariamente se relaciona con la pobreza, sí está relacionada con la desigualdad que impera en México (Fuentes, 2013). Otras opiniones se posicionan más contundentemente y explicitan la relación entre diabetes y pobreza (Pérez Cuevas y Medina Bravo, s/f).[123] En este sentido, es preciso señalar que, hacia 2014, según datos oficiales, en México 55.3 millones de personas (46.2%) vivieron en pobreza y 11.4 (9.5%) en pobreza extrema (Coneval, 2015). Esto es, de comprobarse que existe una relación de mayor riesgo a sufrir diabetes entre la población con más carencias, se estaría hablando de que, de cada diez mexicanos, aproximadamente cinco o seis tendrían altas probabilidades de padecer la enfermedad por razones sociales, estando expuestos a mayores condiciones de vulnerabilidad en razón de la desposesión de clase a la que han sido sometidos históricamente.

[122] En 1990 el indicador fue de 12.27%, lo cual sugiere que ha crecido de manera importante en quince años.

[123] "Las personas de escasos recursos son más vulnerables a la diabetes y a sus complicaciones y esto se da principalmente porque tienen menores ingresos. Los alimentos saludables son más costosos, el precio de acceder a controles de salud es mayor y realizar cambios en los estilos de vida, como ir al gimnasio, son más difíciles. El menor nivel escolar también influye en la comprensión cabal del problema y la educación en salud es más distante" (Pérez Cuevas y Medina Bravo, s/f).

Como dice Benjamin (1998), si se reduce la discusión sobre la violencia solamente a los fines que ésta persigue, la respuesta se reduciría a evaluar si éstos son justos o injustos. Por el contrario, sigue el filósofo alemán, es más conveniente adherirse a un análisis que esté orientado a discernir la legitimidad o ilegitimidad de los medios que la conforman. Si se pensase como una tubería, la violencia más que remitirnos al sitio hacia el cual se direcciona el agua, lo haría apuntando hacia los plásticos o metales que dan soporte a esa tubería, el ancho de esta, el volumen de líquido que soporta, la dirección hacia la que se encamina, etcétera. Esta metáfora me hace pensar entonces que la diabetes no se expande *per se* hacia los más desposeídos −mayor presencia en países con altos índices de desigualdad−, sino que se edifica toda una ingeniería de medios para que eso ocurra. En este sentido, Butler (2004) consigue explicar que esta diferencia de vulnerabilidad se construye políticamente, "con el fin de maximizar la precariedad para unos y de minimizarla para otros" (Butler, 2010: 15).

Las tradiciones intelectuales de las que parten Benjamin y Das son distintas, sin embargo, pueden dialogar entre sí para presentar un margen más amplio de los mecanismos que necesitan violencia y Estado para actuar. La violencia no es un ente abstracto con vida propia; cabe entender su funcionamiento respecto al poder: siempre hay un quién, un por qué, un para qué y un hacia quiénes encubiertos por la misma formación violenta. Podría formularse que la violencia sólo existe en un sentido concreto, histórico y específico.[124] Así, Veena Das (2006) concuerda con la lectura benjaminiana en tanto considera también que las formaciones legales se separan en sí mismas de lo que suponen representar −se reifican. Cuando se alude a la violencia en el discurso oficial ocurre esto, pues los textos que movilizan posiciones al respecto legitiman, al mismo tiempo, lo que el Estado considera o no violencia. En el caso que nos interesa discutir aquí, el de la diabetes en tanto formación de la violencia estructurada política y económicamente, la pandemia es constantemente definida por organismos internacionales como la OMS, y por el gobierno mexicano como un padecimiento de origen individual, vale decir, un tema de malos hábitos que termina culpabilizando a quien la padece.

Es de mi interés superar esa interpretación del sentido común que se impone acerca de la diabetes, pues el discurso dominante dificulta explicitar su articulación con procesos económicos como la expansión del consumo del azú-

[124] Benjamin (1998) converge en este sentido, pues si bien abstrae elementos para discutir conceptualmente la violencia, no deja de hacer alusión a que ella se entiende mejor en un contexto histórico concreto.

car entre las clases trabajadoras para maximizar su productividad; el poder de las industrias refresqueras; la probable conveniencia al capital de las muertes que la diabetes ocasiona, ahorrando costos en gastos por fuerza de trabajo; la expansión de la industria de medicamentos y un vasto mercado de productos *light* endulzados con Splenda o Stevia ("Coca-Cola Life"). Además, la expansión de la diabetes conlleva un incremento de presión sobre gastos que recaen sobre el Estado, al deteriorar su capacidad de acción para atender la salud de la población. Destaca que una de las principales preocupaciones del gobierno mexicano sea la que corresponde a las partidas presupuestarias que demanda el gravoso número de diabéticos −cuyas muertes alcanzan casi los cien millones durante 2016 (Hernández, 2016). Más que una preocupación ética respecto al bienestar y el cuidado de la vida de los diabéticos, es frecuente que las políticas públicas en materia de salud se elaboren con el objetivo de ahorrar recursos públicos, crecientemente mutilados por las feroces políticas neoliberales.

Otras formas en que encarna la precariedad

La vida de Daniel, ciego adquirido, se ha visto envuelta en dificultades que aparentemente se originaron en el ámbito de la esfera individual. De joven fue futbolista y perdió la vista debido al consumo desmedido de alcohol adulterado: "Uno de futbolista no mide los excesos". Sufría además de sinovitis que le provocaba hinchazón de la rodilla y la atrofia de ligamentos y cartílagos. Pedía limosna en la calle y alguna vez comentó: "A mí todo me regalan. Mis zapatos me quedan grandes, mi pantalón me queda chico, no me lo abrocho… ¡Pero me lo dan! Dios provee". Frecuentemente apareció en las narrativas el cuerpo de los limosneros, se reconocieran o no como tales.[125] En otra ocasión, Zulema (55 años, ciega adquirida), sentenció: "Pues no por ser ciegos vamos a andar todos mugrosos y apestosos. Si ser ciego no significa que uno sea limosnero".

También persisten factores urbanos que generan riesgos para el cuerpo. A continuación, los presento divididos en materiales y simbólicos. Los primeros tienen que ver con la inadecuada estructura para por la ciudad:[126]

[125] Existe una expresión en el lenguaje popular mexicano, que dice: "Tienes cuerpo de limosnero". Se utiliza para señalar a la persona a la que le acomoda cualquier prenda usada regalada.

[126] A pesar de que hay guías podotáctiles en ciertas zonas de la ciudad −zona centro y calles que llevan al DIF, por ejemplo−, los informantes se quejaron constantemente de que son insuficientes. Esa infraestructura urbana fue realizada durante la admi-

hoyos, calles en remodelación, alcantarillado abierto, bordes en el piso, varillas salidas, todo en conjunto les provoca caídas y/o choques. Los simbólicos tienen que ver con dimensiones ideológicas más amplias, como las construcciones de género del uso de espacios públicos y su relación con "el ciego" o "la ciega": acosos sexuales hacia las mujeres; asaltos a ambos sexos, aunque con mayor presencia en los testimonios de los varones. Estigmatización hacia los hombres: el ciego es "borracho", "sucio", "pobre", "mendigo", "libidinoso"; y hacia las mujeres estos estigmas se expresan como la ciega "que quiere que se la echen [tener relaciones sexuales]", la ciega "sola", la ciega "quedada" o "cotorrita", la ciega "que no tuvo hijos", la ciega "interesada".

Un ejemplo de lo anterior se expresa en una narración de Gregorio, quien comentó en uno de los talleres de resiliencia que el día anterior lo había tirado un ciclista en la calle, se le cayó el bastón y el ciclista le increpó gritando: "¡Qué no ve!". Ante lo cual el ciego replicó: "Lentes, bastón de ciego, ¿qué crees que soy?". El conductor de la bicicleta no le creyó. Es común que el resto de las habitantes de la ciudad dude de la ceguera de estas personas. Por poner otro ejemplo de injurias semejantes, los conductores del transporte público no los suben al camión, pues al ser ciegos no pagan pasaje por un derecho con el que cuentan las personas "discapacitadas" en la ciudad. Por otro lado, Gregorio me dijo que intentó tener relaciones sexuales con Zulema, pero como sufre de impotencia viril − "ya no me funciona aquello, ya no se me para"− la mujer se burló de él. Pese a ello, siempre escuché chistes misóginos de los ciegos contra ella y otras "socias". Por ejemplo, de Patricia decían que "es cotorrita" y que vivía "enamorada de Francisco", porque "nunca le dieron", expresión que sugería que la mujer nunca tuvo relaciones sexuales. Es posible observar cómo la violencia simbólica no sólo se expresa en el espacio público, también al interior de la asociación civil.

Socialmente, el cuerpo está siempre cargado de símbolos pues comunica en todo momento el lugar que ocupa en el espacio social (Bourdieu, 1986). Así lo reflejaba la modesta indumentaria de Paty, misma que evidenciaba su origen de clase. Vestía su delgado y encorvado cuerpo con un arreglo sencillo que, con ligeras variaciones de tono, solía ser sobrio. En una ocasión, llevaba falda color palo de rosa, suéter ligero en tono beige, zapatos de piso color negro y un desgastado bolso del mismo tono. Llevaba prendida a la cabeza una delgada diadema con pedrería de fantasía que le alcanzaba a sostener la desgastada ca-

---

nistración municipal de Blanca Alcalá del PRI (2008 a 2011), y formó parte de las negociaciones político-clientelares que ciertos líderes de las ONGs de ciegos hicieron con la candidata, a cambio de votos por parte de los "socios".

bellera canosa. Le faltaban los dientes superiores[127] y su cara morena disimulaba ligeramente la plaga de lunares y arrugas que le invadían. El cóctel de tópicos de los que hablaba se aderezaba con señalamientos constantes acerca de que llevaba "más de veinte años desempleada", era "diabética", sus riñones "sólo funcionan al 50%", además de "tener que cuidar de su madre y su sobrino". Las quejas de esta mujer, su denuncia de injusticias, reflejan −sin que ella lo note− la conformación social de su corporalidad. Ella portaba además gafas oscuras, al igual que otros compañeros de la asociación. En contraste, los limosneros de la calle a quienes acompañé durante sus jornadas de trabajo no utilizaban ese aditamento, quizás en un intento permanente por demostrarle al espectador que se es ciego para validar la "necesidad", pues los globos oculares se suelen mostrar desorbitados, titubeantes o cubiertos por los párpados. Aquí el cuerpo representa la esfinge de la precariedad, que adopta posturas enigmáticas.

Apoyándome en Bourdieu (2007), diría que la disposición corporal depende de si se es limosnero de calle o limosnero de ONG: mientras en el primero la osamenta y el exhibicionismo es el medio a través del cual se corrobora la "necesidad", entre los de la ONG son la dimensión institucional e higienizada de la identidad políticamente correcta, los elementos que vehiculizan tal función, pues dicha comprobación atraviesa otros soportes que no son en sí el cuerpo inmediato visible, pero que sí se relacionan íntimamente con lo corporal.[128] Los soportes propios de la institucionalización de la precariedad de los ciegos, son: la credencial del DIF que les acredita como discapacitados, el certificado médico de la Secretaría de Salud que les valida como ciegos, incluso el "alta" que les brinda la pertenencia a determinada ONG.

Los ciegos que practican la limosna en la calle, si bien usan más su cuerpo para generar lástima en el transeúnte, también llegan a apoyarse en elementos como la credencial de "discapacitado". Por el contrario, los ciegos que pertenecen a la ONG, llegan a hacer también uso de posturas de genuflexión cuando salen a "pedir limosna". Como puede notarse, hay un continuum de juegos posturales en torno al cuerpo, de acuerdo con la ocasión y el contexto. Con todo, ambas realidades no están completamente separa-

[127] Algunos de los informantes comentaron que en la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP) se les hacía descuento en tratamientos dentales, por ser "discapacitados visuales".

[128] Utilizo la palabra "soporte", en el sentido del objeto material que testifica un proceso, que posibilita la obra, como el pintor de óleo se apoya en el caballete y lienzo, así funciona el cuerpo con la precariedad.

das por los espacios; tampoco están fragmentadas por las membresías, pues constituyen más bien una ida y vuelta, un juego de toma y daca errático y azaroso que está, pese a ello, altamente estructurado. Como lo señala Raymond Williams (2000), no es que el analista de lo social difracte al mundo y asuma que así opera en la realidad, pues ésta suele ser más compleja, sino que recurre a la conceptualización en el terreno del papel, pues solamente descomponiendo los elementos en lo abstracto, es posible aprehender y analizar el mundo social. Diría yo: es ese proceso de ir de lo abstracto a lo concreto y de lo concreto a lo abstracto, característico del pensador dialéctico.

A Zulema no le espanta decir que tiene la columna desviada,[129] ni tampoco que se le note. Le gusta utilizar pantalones ajustados a sus anchas caderas, blusas igualmente ceñidas, botas de tacón y un bolso negro con un dibujo de una bola de billar en el frente. Usa el cabello corto, medio canoso y medio teñido de rubio. Las manos de Zulema, al igual que las de Paty, brillan con ese resplandor que distingue las manos de las mujeres cuando han realizado trabajo de limpieza por años −con cloros, limpiadores y demás sustancias químicas. Cabe aquí recordar los años de Zulema como empleada doméstica, trabajadora de limpieza subcontratada para "Lavatap", además de cumplir con esa misma función en su propia casa. "Mi cuerpo es un templo que se me olvidó porque yo quise", sentenció alguna vez, asumiendo la culpa de sus achaques. Su cuerpo voluminoso es, sin embargo, menos obeso que el de otros varones "socios". Aunque noté más sobrepeso entre los varones, Zulema fue la única de las entrevistadas con indicio de obesidad, el resto de las mujeres son muy delgadas. Eso me hace suponer, sin pretender resolver en este estudio la cuestión, que quizás haya una relación no sólo entre precariedad, delgadez y gordura, sino entre esta condición corporal y el género.

En este sentido aprovecho para enfatizar que hoy no es posible mantener la relación pobreza-delgadez, tal como incluso el propio Marx (1999) en *El Capital* observó con respecto a las clases trabajadoras desposeídas, basándose en

[129] Es importante señalar que la esposa de Héctor descalifica a Zulema por su forma de caminar "chueca", por usar tacones y no saber usar, a su juicio, el bastón blanco para ciegos. La deformación anatómica opera como refuerzo lingüístico de las ansiedades de clase social, a modo de injuria. En ese sentido, la cónyuge de Héctor así despliega el coraje que le invade, a raíz de que Zulema se burla de la forma de vestir de su marido: lo acusa con frecuencia de no oler bien y de vivir en un entorno "de pobre". El cuerpo es el caballo de batalla permanente de todo este proceso de "corrosión" de clase sobre el carácter (Morris, 2011; Sennett, 2005).

la deficiencia de consumo de nutrientes que los informes médicos ingleses de la época constataban. Hoy, gordura y delgadez pueden relacionarse igualmente con una situación de empobrecimiento, pues la alta ingesta de comida chatarra, barata y accesible, es característica de un amplio segmento demográfico que sobrevive bajo un esquema deficiente de ingresos económicos, como es el caso de los ciegos estudiados aquí, aunque también de otros amplios segmentos demográficos. Pese a la descripción anterior, cuando en las entrevistas pregunté a Zulema si tenía algún problema de salud, lo negó categóricamente; incluso, presumió su buena salud –ese tipo de contradicciones resbaladizas que el etnógrafo contrasta entre lo dicho por los informantes, y lo que se acciona y padece.

No fue así en el caso de Héctor, quien todo el tiempo narró su dolor corporal derivado de enfermedades evidentes. Es él quien tenía más exceso de peso entre sus "compañeros". Solía usar pantalones deportivos con zapatos negros de vestir, y playeras holgadas de algodón pues, según él, por su gordura eran más cómodas y frescas esas prendas, atuendo que hacía que sus compañeras se burlaran de él. Este ejemplo vuelve palpable cómo el poder de la mirada de la descalificación de clase trasciende la ceguera orgánica.[130] Su piel era morena intensa, su cabello negro azabache, largo y suspendido por una coleta de caballo. El rostro compungido reflejaba su dolor por la psoriasis que se expandía en su cuerpo plagado de manchas blancuzcas; además de los pliegues marcados por la expresión de los años y una barba y bigote escuetos, de esos que no crecen mucho y que, dicen estereotípicamente algunos extranjeros, nos caracterizan a los mexicanos. Durante el trabajo de campo se quejaba constantemente porque el ISSSTE no le proporcionaba los medicamentos necesarios, "porque la institución no había pagado a la farmacia, ya que está privatizada", según decían las autoridades correspondientes.

De la precariedad del cuerpo a la precariedad en el cuerpo

Podría seguir con las descripciones de cada uno de los cuerpos de las personas con las que conversé durante mis indagaciones en el campo. Sin embargo, de-

[130] En varias ocasiones pude notar que los ciegos elaboraron juicios demeritorios de sus "compañeros" con base en lo que sus familiares videntes les decían. Es decir, las injurias de pertenecer a una clase empobrecida no dejan de configurarse a través de la vista, aunque se carezca de dicho sentido sensorial. En esta y otras situaciones que se trabajan en este capítulo, la vista es más política que corpórea.

seo pasar a otra cuestión de mayor abstracción. Se requiere tener cuidado para evitar dos posibles riegos metodológicos cuando se estudia el tema del cuerpo y la precariedad. El primer riesgo es de tipo explicativo causal, y se relaciona con caer en la fantasía de suponer personas aisladas de su contexto. Este riesgo interpretativo considera que las causas de las desgracias corporales se explican por razones individuales. El segundo riesgo latente va de la mano con el origen de la precariedad, pero es más de tipo moral: culpabiliza a los individuos de sus sufrimientos. Desde un punto de vista neoliberal, se dice que consumir altas cantidades de Coca-Cola o la ausencia de ejercicio − "no cuidarse", como coloquialmente se escucha−, es la causa de enfermedades crónicas como la diabetes y otros padecimientos subsecuentes −deficiencias renales o pies diabéticos, por ejemplo. No obstante, lo que demostró el trabajo de campo fue distinto. La narración de Angélica es un buen ejemplo en tal sentido:

> Tenía yo 37 años cuando me dio la diabetes. Fue de la impresión, porque me atacó un drogadicto en mi colonia, La Cristal, con un cuchillo; el muchacho siempre andaba drogado, pero nunca se había metido conmigo. Ese día iba él cruzando la calle, alcoholizado y drogado, que se me acerca, me desconoció y me empezó a corretear. Todavía me dio tiempo de meterme a mi casa y cerrar una reja, pero todavía aventó los cuchillazos. ¡De la impresión me dio la diabetes! Una vez me fui a sacar análisis y ese día pedí un chequeo general de sangre. "Es usted diabética", dijo el médico, ya tenía yo 110 de azúcar y desde ahí se alocó (Angélica, 59 años, ciega adquirida).

¿Quién podría culpabilizar a Angélica por su padecimiento, si para ella el problema de salud devino de una experiencia donde se sintió atemorizada? No sólo eso, más aún: independientemente de que esa experiencia haya sido o no la causante de la enfermedad, ¿por qué una mujer habría estado expuesta al acoso y amenaza de un hombre que la atacó bajo el efecto de las drogas? Es decir, la enunciación es una contundente muestra de la violencia estructural que enfrenta esta mujer, pero también muchas otras personas de clase trabajadora que viven en barrios violentos de la ciudad de Puebla y de otras ciudades. Esos entornos vulnerabilizados en el sentido que enmarcan las psicólogas argentinas Ana M. Fernández y Mercedes López.[131]

[131] Los "procesos de vulnerabilización" "son el resultado manifiesto de políticas de vaciamiento de pertenencias comunitario-subjetivas que han sido funcionales al vaciamiento económico y político del Estado y sus instituciones, al quiebre de la sociedad salarial y del patrimonio nacional. […] Los procesos de vulnerabilización despliegan estrategias

Se acumulan así violencias y vivencias que en su conjunto brindan explicaciones poderosas sobre los estados corporales de estas personas. No conviene reducir la explicación de la precariedad al asunto del auto-cuidado corporal individualizado, aunque la recomendación del cuidado de sí no debe ser tampoco subestimada. No obstante, las historias de trabajo y desgaste se han encarnado en una precariedad que condensa la vulnerabilización a la que los sujetos han estado sometidos. Como se ha visto, la política estatal actúa en dicho sentido en complicidad con el capital, pues disciplina cuerpos para el trabajo, pero también para la limosna; les somete mediante el recurso de la edad, y exacerba diferencias de género a fin de extraer plusvalor, incluso de aquellos que no poseen un empleo remunerado o de aquellas que trabajan bastante y reciben muy poco. En su conjunto, la gubernamentalidad neoliberal (Fraser, 203) les hace pensar que son responsables de sus dolores y sufrimientos, sin que ello sea así necesariamente. Es tan elegante y discreto el mecanismo discursivo que opera en el terreno de lo psíquico desde lo político, que las personas llegan a atribuir a la dimensión sexual, problemas que se relacionan más bien con envidias de clase social −el ejemplo de la ONG y lo que se dice de las mujeres "facilotas" es un ejemplo de ello−.[132] La precariedad es política y tiene que ver con el reconocimiento identitario, pero se edifica con base en la desigualdad material. Por tanto, no es posible entenderla sin comprender a cabalidad la exposición de la carne al sufrimiento propiciado por la situación de erosión económica, histórica y política.

Recordaré algunas coordenadas necesarias, antes de proceder con la argumentación final del capítulo. En páginas anteriores he referido la diferen-

biopolíticas; esta noción, desarrollada por M. Foucault (1978), remite a un conjunto heterogéneo de elementos materiales y simbólicos que operan como poder sobre la vida de las personas, sus cuerpos, emociones, voluntades. Hemos constatado que estas formas de dominio sobre la vida de las poblaciones cuando operan vulnerabilizando, producen no solo desigualdad de oportunidades, desnutrición, desempleo, etc., sino que configuran proceso de destitución subjetiva, particularmente profundos sentimientos de apatía, culpa, paralización de la capacidad de iniciativa y el empobrecimiento de la imaginación en la población afectada. La operación de las estrategias biopolíticas sobre la población, si bien constituye un complejo entramado, el mismo no es invulnerable ni se instala de una vez para siempre. Esta condición de lo histórico social hace que, en determinados momentos políticos, particularmente en situaciones de revuelta social […], se puedan crear algunas condiciones de resistencia y/o transformación" (Fernández y López, 2005: 134).

[132] En diversas ocasiones los "socios" aludieron al hecho de que ciertas "socias" recibían beneficios por intercambiar favores sexuales con ciertos "ciegos de primera". En este sentido, la sexualidad femenina es utilizada como explicación patriarcal en el mismo sentido que los discursos del merecimiento explican la desgracia y la miseria.

ciación que establece Butler (2010) con relación a la *precariousness* −traducida en la edición correspondiente como "precariedad"− y la *precarity* −traducida en la misma fuente como "precaridad". Apropiándome de esta terminología, propongo una conceptualización en torno al cuerpo que, a su vez, amplíe el significado. La tipología conceptual sería, entonces, la siguiente: precariedad del cuerpo y precariedad en el cuerpo. La precariedad del cuerpo aludiría al proceso de envejecimiento sin cultura, podríamos decir. O sea, biológico. Lo cual no nos lleva a ningún sitio, pues el debate naturaleza-cultura no ha sido resuelto por la filosofía y está lejos de serlo por la antropología. Por otro lado, la precariedad en el cuerpo sería aquella que se produce a nivel macrosocial, se experimenta en el terreno de lo privado, se compone de dolor, sufrimiento, angustia, malformación, mutilación y muerte. Eso que cala hondo en la existencia personal, nada más y nada menos porque afecta el terreno de la subsistencia, sin la cual no hay posibilidad de nada, ni de trabajo, ni de estudio, ni de reproducción, ni de alimento: el cuerpo material tallado políticamente por un amplio espectro de fuerzas. Esa desigualdad se instala en las extremidades y en la cabeza; en los órganos y en los fluidos; la que encarna el cuerpo como un oxímoron: de manera evidente pero discreta y difícil de corroborar.

Es esa precariedad que hace que los cuerpos lloren y, a su vez, que no tengan claridad sobre las razones histórico-políticas de su llanto. Yo lo explicaría con C. Wright Mills (2003) en el sentido de que los sujetos no saben claramente dar explicación de sus problemas más allá de su experiencia biográfica, y es labor del analista social poseer lo que el estadounidense refiere como "imaginación sociológica" para poder explicarlo, para poder verlo. La precariedad en el cuerpo, para concluir aquí, sería entonces esa que requiere de imaginación etnográfica para ser mirada, explicada y entendida, no sólo como realidad experimentada en lo privado, en lo personal más próximo, sino a la par en lo amplio, en lo político, en lo histórico, en lo económico. En definitiva, en lo estructural. Diría Wright Mills (2003) que se trata de: "captar la historia y la biografía y la relación entre ambas dentro de la sociedad", en este caso, para comprender al cuerpo como una realidad compleja e histórica, y no solamente como un objeto de investigación de moda, fetichizado y desprendido del contexto material y simbólico en que es producido. No solamente como el cuerpo "discapacitado" del multiculturalismo neoliberal.

CAPÍTULO V. ARTICULAR LA DESARTICULACIÓN

A lo largo de los capítulos anteriores, se ha constatado que la precariedad configura a un amplio segmento de ciegos en la ciudad de Puebla, principalmente a los hombres y mujeres autodenominados "ciegos de segunda". Estos sujetos dependientes, lo son en cuanto a que la precariedad en el cuerpo les conduce a establecer vínculos de subordinación con otros sujetos que detentan diversas formas de poder −ciegos o no−, que a su vez obtienen ganancias derivadas de la desgracia que embarga a los primeros. Los "ciegos de primera" son legibles y aparecen entrevistados en medios de comunicación locales; tienen la posibilidad de gestionar recursos ante el Estado para financiar sus proyectos de ONGs; obtienen un cierto nivel de renta que, no hay que olvidar, deriva o proviene a modo de utilidad por tener "socios" inscritos en la asociación, por recibir ingresos de particulares o donaciones en especie, u otras formas en las que contribuye el Estado −por ejemplo, en la distribución de bastones blancos o inclusive, en ciertos exámenes médicos que patentan y reconocen a los ciegos como "discapacitados visuales".

En este proceso, se establece un puente explicativo que involucra a los gestores de la precariedad que desempeñan actividades rentables al capital o retribuibles al Estado, como las psicólogas del DIF que imparten talleres de resiliencia en las ONGs de "personas con discapacidad", espacios que contienen potenciales conflictos de clase, al individualizar las problemáticas sentidas; o los trabajadores del DIF que distribuyen las despensas; los médicos y demás personal de salud que atienden "por caridad"; miembros de partidos políticos que movilizan a los más desposeídos para fines electorales, como han hecho el PRI y el PAN en el contexto local; sin mencionar a los instructores o capacitadores en el uso del bastón, clases de repostería, masajes o computación para ciegos, por mencionar algunos ejemplos. No hay que olvidar también a las corporaciones privadas que colaboran con campañas de donación de fondos, como la Fundación del Dr. Simi −Farmacias Similares−, clínicas o consultorios médicos, universidades privadas locales que venden servicios de salud a precios accesibles para "discapacitados", así

como empresas como Cinépolis, que recaudan dinero de particulares para problemas relacionados con la ceguera.

Los procesos de precarización han sido determinados históricamente mediante dispositivos políticos y económicos, y son potenciados cuando tiene lugar −de distintas formas, a diversas escalas− la desigualdad, no sólo simbólica sino también material. En este sentido, Judith Butler (2004; 2006; 2009; 2010) y Nancy Fraser (1997; 2015) contribuyen al entendimiento de esa dualidad, pues tanto el reconocimiento como la redistribución son imprescindibles a la hora de comprender holísticamente el fenómeno de la injusticia (Fraser, 2015). En efecto, puedo sostener que la sumatoria de falta de reconocimiento −políticas de identidad−, como la falta de redistribución −políticas de igualdad (Fraser, 1997; 2015)– dejan sistemáticamente en posiciones desventajosas a unos ciegos con respecto a otros, ciegos o no. A su vez, esta desventaja maximiza la exposición a riesgos entre los "ciegos de segunda", mientras disminuye esa probabilidad en los "ciegos de primera". Los primeros continúan siendo parte del creciente grupo de supernumerarios que el capital produce y deja en el abandono, que contribuyen a bajar los precios de los salarios, y también conforman el cementerio de la clase obrera (Marx, 1999).

Las fuerzas sociales que producen a los supernumerarios que Marx (1999) estudió, tienden a renovarse para realizar el mismo fin −crear un excedente superfluo de población que reproduzca niveles de desigualdad rentables al capital−, aunque bajo el neoliberalismo estas realidades adquieran tonalidades identitarias diversas e intensidades variadas de dependencia. En ese marco, los discursos oficiales apelan al multiculturalismo, es decir, a una serie de políticas que promueven el derecho a la diversidad cultural como si el espacio social fuese una tabla rasa, como si no existiese desigualdad alguna más allá de la autodeterminación, la identidad y la voluntad. Con Bourdieu (2007), puedo refutar esta tesis, pues coincido con él, en cuanto a que no preexiste un espacio neutro de poder, pues los capitales simbólicos, políticos, culturales y económicos se distribuyen de forma inequitativa, dejando a unos sujetos en desventaja frente a otros. Así, el mote discursivo que ensombrece la realidad de clase de los ciegos es el discurso de la llamada discapacidad.

Dicho filtro de la precariedad tiene lugar a través de un embudo selectivo como pensaría Smith (2011), pues la diferenciación de clase se disfraza de desigualdad de reconocimiento o de identidad −la figura del "discapacitado visual". Este proceso, en el que el poder se entrevera, entretejiéndose y nublando la visión −la ceguera no sólo es biológica, sino también política−, no puede ser entendido si no son tomadas en cuenta las condiciones ma-

teriales de existencia que el capitalismo ha venido troquelando desde hace varios siglos de manera dinámica y a la vez desigual. El ingrediente paradójico de esta producción de la precariedad, que se verifica en los relatos de los sujetos ciegos, atañe a una contradicción que a la vez les aqueja y les produce ansiedad. Me refiero al hecho de que es imposible ocultar su condición de sujetos dependientes y precarizados por un lado y, sin embargo, intentan camuflar a toda costa la pertenencia a una clase degradada por el otro. Eso es, una clase degradada que se ha desteñido, que ha sido duramente erosionada mientras que los sujetos lo han resentido de manera tal que se culpabilizan a sí mismos de la desigualdad sistémica que les aqueja, vía la enfermedad, la obesidad, la depresión, el dolor, los achaques, el desempleo, entre tantas otras modalidades de sufrimiento y violencia estructural e íntima. De todo esto es testigo el cuerpo, pues aparece como el territorio donde encarna la precariedad en modo evidentemente político, teniendo lugar en él procesos de precarización no sólo del cuerpo, sino en los cuerpos.

Estos sujetos se avergüenzan de su condición degradada, aunque no les es posible ocultarla. Permanentemente viven ansiosos, pues deben demostrar que "no están jodidos". Aunque la balanza tienda a inclinarse a un cementerio de miserias palpables, cuyos lapidarios trabajan día con día para dar forma discursiva a lo que se dice y se hace, el dolor y el sufrimiento dejan huellas imposibles de borrar. Se asemejan estos procesos a lo que Sennett (2005) ha denominado "corrosión del carácter". En un sentido análogo, el trabajo de Morris (2011) encuentra un fenómeno similar, aunque entrecruzado por el género, pues la honorabilidad entre los varones trabajadores tiende a esconder ansiedades de clase latentes que se relacionan por ejemplo con el rol de hombre proveedor. De modo similar, se ha encontrado aquí que las mujeres interpelan a otras mujeres mediante el género para descalificar orígenes de clase. Incluso el asunto va más allá de las relaciones entre las mismas mujeres o entre los mismos varones solamente, por ejemplo, cuando se asume que uno de ellos es "huevón" porque pide limosna y no trabaja para "llevar el gasto". A veces ellos las injurian mediante el género por motivos de clase, por ejemplo: cuando las descalifican por un supuesto uso de su sexualidad para obtener dádivas de la ONG; o ellas por razones similares, cuando se burlan de ellos por lo "fachosos" que asisten a las reuniones de socios, aunque de fondo se encuentren descalificando a otras mujeres, a las esposas o parejas sentimentales de los ciegos, pues son ellas las que "deberían" lavarles la ropa y "mandarlos" presentables a la ONG, ya que en las mujeres recae, por mandato cultural, dicha obligación.

Por otro lado, sin importar la cohorte generacional a la que pertenecieron, a los informantes se les exigía permanentemente, en la fase actual de acumulación, ser autónomos e independientes por medio de un discurso fortificado y ramplón del llamado "capital humano" −mismo que el neoliberalismo vehiculiza individualmente−, borrando así cualquier posibilidad de formular una explicación política en torno a la "mala suerte", como los mismos sujetos denominan a la adversidad que, en definitiva, de azarosa no tiene mucho. Más bien, como la investigación misma ha podido corroborar, es "la mala suerte" una deriva poco clara de un malestar sistémico de raigambre histórica, cuyo sufrimiento concomitante contiene una producción histórica de clase social. Esto significa que todo el tiempo se hacen presentes los efectos estatales (Trouillot, 2011) "mágicos" (Das, 2006) neoliberales, borrosos e inciertos, difíciles de rastrear por el carácter bicéfalo del actor (Nelson, 2009), que actúan en contubernio con el capital financiero, de una rapidez tal que no es posible detectarlo en lo cotidiano. Ese es el telón de fondo que opera detrás de la narrativa de los sujetos entrevistados, quienes manifestaron una constante dificultad en cuanto a comprender su situación de clase, pues no les fue posible explicar sus desgracias y sufrimientos de cara a las transformaciones estructurales de largo alcance, pues en ninguna ocasión pudieron tejer su biografía con la historia y los procesos estructurales en la localidad, el estado ni mucho menos el país o el mundo. Eso no implica que no expresen sensaciones de malestar que a ratos conformaron alguna explicación política posible.

Este acto de hablar enunciando algo que no puede ser explicado a detalle, pero que parece aseverar lo político en la enunciación misma, puede pensarse con la metáfora de la pastilla de jabón, pues apenas sale del empaque −es hablada−, comienza a desgastarse al primer contacto con el agua −discursos de subjetivación neoliberal−, hasta que termina resbalándose y yéndose de las manos −no consigue dar cuenta de lo sucedido. La impronta neoliberal individualista del Estado, en su formación contemporánea, es materia prima para que los sujetos no puedan hablar y tomar consciencia con miras a la movilización política. Un ejemplo de ello lo constituye, una vez más, el mote identitario de la "discapacidad", pues centra el problema en el individuo aislado, desprendido de su origen de clase y espacializado en lugares no-clásicos por donde operan los tentáculos de la gubernamentalidad. En ese sentido, las ONGs son el ejemplo perfecto que materializa el espacio donde se vive actualmente la degradación de clase, son esos lugares

que se significan como desconectados del Estado pero que, como he intentado mostrar, no podrían operar sin la colaboración de este.

Los procesos referidos, se explican históricamente por el arrinconamiento de clase social que conllevan capital y Estado, así como a la emergencia del precariado (Standing, 2014), o como prefiero denominarlo, la avanzada del "lumpen-precariado". Este esquema sugiere que los sujetos no pueden concebirse como proletarios, puesto que se hayan desarraigados de cualquier tipo de trabajo remunerado en sí, a la par que la reproducción de su existencia depende de hilos inciertos como los programas de las ONGs −auspiciados por el Estado neoliberal y la iniciativa privada de la sociedad civil−, el caerle bien o mal a los gestores de la precariedad, el que el transeúnte quiera o no proporcionar una limosna, entre otras modalidades aleatorias y titubeantes, pero también pensadas y organizadas. Con ello, no quiero decir que el trabajo asalariado haya muerto o ya no exista, ni tampoco que la clase social, más allá de la forma que adopte, haya perdido relevancia. Por el contrario, propongo que las formaciones de clase inestables y degradadas predominantes en este estudio pueden ser entendidas mejor como sujetos lumpen-precarizados y no solamente como precariado en los términos descritos por Guy Standing (2014).

Aunado a lo anterior, cabe decir que la interpelación que logra que los sujetos de clase no se piensen más como clase, tiene cabida por medio del soporte discursivo que les obliga a sentirse "productivos", pese a que ello sea más una aspiración imaginaria y no precisamente un hecho material tangible. Aparece en escena un sujeto ciego contradictorio, más allá del sujeto dependiente prototípico del fordismo o de un sujeto plenamente autónomo y racional, estereotípico en la fase neoliberal. Despojado incluso de cualquier posibilidad de ser absorbido por el capital (Li, 2009; Marx, 1999; Mbembe, 2016; Smith, 2011), sobrevive como un sujeto desarraigado de la explotación laboral en sí −no puede ser ni siquiera asalariado−, por lo cual vive en una realidad de lesión permanente con el sistema (Mbembe, 2016).

Así, si no se piensa ni como dependiente (fordismo), ni como autónomo y racional (neoliberalismo), ¿cómo se piensa? Considero que se piensa como "muerto vivo", para regresar a la alegoría literaria que utilicé de Bram Stocker, como alguien que proclive de ser tomado por el capital, o proclive de morir debido a la "mala suerte" de un orden que se pinta como azaroso. De ahí su condición de contrariedad de conciencia. Un sujeto oxímoron a la vez inmóvil y dinámico de forma disparatada. Un sujeto que constantemente se ve obligado y disciplinado a mostrarse como "independiente", dispuesto a renovarse

("capacitarse") y ser "autónomo" ("resiliente"), a través de un artefacto fetichizado (el bastón), pese a que sus actividades no le reporten ingresos como tal. Algunos cuantos logran colocarse en puestos volátiles, erráticos y muy mal remunerados −por ejemplo, en un spa como masajistas, o en una maquila textil, o incluso en un centro de atención telefónica, etc.−, mientras tanto, otros no llegan a colocarse más que en la limosna callejera o institucional.

Es posible identificar que es la fase neoliberal cuando surgen en la ciudad de Puebla las ONGs para atender a ciegos, para captar poblaciones depauperadas, viejas, enfermas, mutiladas, etcétera. Así, el ordenamiento biopolítico que la gubernamentalidad demanda va mutando, a ratos para hacer vivir, a ratos para dejar morir. Es así como el capital se deshace de este contingente y el Estado lo mira sólo de reojo −mendicidad institucionalizada. En los años noventa ocurre ese tránsito, cuando la Escuela Hogar deja de atender a adultos, y precisamente son los adultos quienes comienzan a ser cada vez más los que demandan atención, los que requieren de cuidados médicos y de pensiones. Es en los albores del nuevo siglo, cuando se afianza el modelo de las ONGs a través de ejemplos como OCPAC y Posada Rosario. Previo a eso −aproximadamente en el periodo 1955-1999− se daba otro tipo de servicio en la Escuela Hogar, pues ahí mismo ocurrían actividades de trabajo remunerado de encierro −maquila domiciliaria−, así como ciertas fases de la reproducción de la vida −aseo personal, educación física, entrenamiento en el uso de bastón y otros enseres personales, educación escolarizada, alimentación, acceso a servicios de salud, entre otros. Durante la década de 1920 y los años cincuenta, la regulación estatal era escasa, pues tan sólo había una serie de iniciativas privadas de educación artística para ciegos en la ciudad. Esa transición gubernamental encuadra el paso del sujeto dependiente al sujeto autónomo, aunque ello sea contradictorio e ilusorio, pues por más que se le presente como desarticulado de las fuerzas estructurales, no deja de encontrarse como sujeto dependiente articulado, sea al Estado, al capital, a la sociedad civil, o a una mezcla de todos ellos.

Es importante notar que a lo largo de los periodos mencionados aparece la limosna callejera como formato de la supervivencia cuando así se requiere, sea porque se es ciego y no consigue ser captado por alguna fábrica o negocio, sea porque ha caído en la desgracia de perder el empleo o ser abandonada por el cónyuge. Existen dos modalidades de limosna callejera. Una alude a la limosna callejera intermitente, a la que se ven expuestos a veces los sujetos, por periodos de ingreso y salida de ella, mientras encuentran otras posibilidades que les reporten ingresos. Otra es la que denomino

limosna callejera estacionaria, pues tiene lugar cuando un determinado sujeto se estanca ahí por razones de enfermedad o vejez, no puede salir de ella y constituye casi el único medio que le reporta ingresos. Aunque se esté en la limosna intermitente o en la estacionaria, siempre se alternan con ingresos monetarios y en especie que son esparcidos a cuentagotas por ONGs e instancias gubernamentales.

La limosna es sólo uno de los aspectos de la precarización de la vida, le acompañan también la desnutrición, la obesidad, la enfermedad crónica −hipertensión, diabetes, enfermedades renales, entre otras−, las adicciones al alcohol y a la Coca-Cola y las violencias generizadas hacia los cuerpos. Dichas precariedades se ven potenciadas por la lógica individual y de mercado, como únicas narrativas posibles de la reproducción de la vida. En ese sentido, las violencias y los riesgos son mayores para quienes componen las amplias franjas del proletariado pauperizado en harapos que no pueden obtener, por méritos propios, un ingreso fijo por la vía salarial.

Planteo que los "ciegos de segunda" que aquí hablan, son poblaciones sobrantes en dos sentidos. En el primero de ellos, operó una ceguera inducida, pues la mayoría perdió la vista en el transcurso vital, mientras que los menos nacieron ciegos. En el segundo sentido, son poblaciones metafóricamente ciegas para el capital, pues él también les deja de ver, se hace pasar por invidente ante ellas −no pueden ser vistas por él, parafraseando a Tania Li (2009) − y las desecha. De la síntesis de dualidad de la ceguera −a la vez biológica y política− se desprende el doble sentido del título del Capítulo 1: "Las poblaciones sobrantes ciegas para el capital", pues la ceguera ocurre en dos dimensiones: fisiológica y política. Como investigador, decidí diferenciarlas para condensar el ejercicio analítico al cual obedecen, aunque se encuentren íntimamente articuladas en la praxis, pues su existencia histórica y material se entrecruzan indisociable e irremediablemente.

Es posible analizar los dos componentes de una misma atrofia óptica: la precariedad y la dependencia, que perfilan la discusión hacia la que se han dirigido las anotaciones previas. A riesgo de parecer reiterativo, diré que ninguna de las tres generaciones propuestas está exenta de fisuras y discontinuidades. En determinados momentos el capital les colocó en ciertas posiciones laborales ligeramente reguladas −por ejemplo, trabajador por contrato en una ensambladora automotriz−; en otras ocasiones los lanzó a la flexibilidad más infame e inestable −dar masajes en un spa u ostentarse como "masajista" aunque nadie le emplee como tal. Las condiciones de vida objetivas de los hablantes demuestran fisuras estructurales que les confi-

guran en lo subjetivo como individuos históricos contradictorios, noción que con antelación he delineado. No obstante, una continuidad notoria es que, a lo largo de las tres cohortes, aparece abiertamente la limosna como constante cuando no existe otra salida que reporte ingresos. A su vez, se integran en este sentido ciertas formas "disfrazadas" de mendicidad, como la recolección y venta de basura, la transferencia de dádivas por medio de la ONG o el Estado, la venta de dulces o mercancías de importación en la calle, o incluso la esperanza de vender algo fabricado artesanalmente por medio de los aprendizajes recibidos en las capacitaciones laborales de instituciones, como el tejido de macramé −cinturones, bolsas, llaveros, pulseras u ornamentos− o la repostería −galletas. Pese al ejercicio de análisis generacional, se considera que la experiencia de clase es porosa y no tiene fronteras rígidas entre unas generaciones y otras.

Luego del análisis de género que se enfatizó en relación con la dependencia, que ha puesto sobre la mesa la constatación en torno a que los hombres aparecen como dependientes de las mujeres −vía el trabajo doméstico y de cuidados− en mayor medida que éstas de ellos −recurrentemente por la vía salarial−, resulta sugerente una explicación similar sobre la limosna. Además de los factores estructurales que tuvieron lugar con las transformaciones productivas a escala macro, considero que existen razones de género que, diferencialmente, colocan a las mujeres y a hombres en la limosna. Al sentirse presionado por el trabajo relativamente estable que tiene su esposa como enfermera en un hospital, Gregorio se siente interpelado por cumplir con su papel de varón proveedor que su condición de ciego y enfermo le impiden desempeñar ("tengo que dar gasto, por eso chambeo en la limosna"). La masculinidad emula aquí la ansiedad de clase pues, ante la degradación, la sensación de respetabilidad se vuelve necesaria en tanto vía de la dignificación (Morris, 2011).

De manera contrastante, el ingreso de Cecilia a la limosna implicó también razones de género al respecto −aunque en el fondo, descansa también el problema de la condición de sobrante como explicación. Cecilia se separó de su marido, perdió el empleo que tenía como promotora en la Secretaría de Salud estatal y, al no encontrar otro trabajo y tener a su cargo a tres hijos, se mostró desesperada. A pesar de la vergüenza que le generó la idea de pedir limosna, lo comenzó a hacer afuera de un templo, y a partir de ese momento empezó a "sacar adelante" a sus hijos. No obstante, fue la única que se concibió como "empleada" durante el estudio, pues le pagaban a destajo por cada masaje que ejecutaba en un spa. Durante el trabajo de campo, llegué a escuchar esto: son las mujeres relativamente más jóvenes las que llegan a ser re-

queridas para los masajes −no los varones ni las mujeres de mayor edad. Así, se esclarecen dos asuntos: por un lado, que las razones de la limosna también se explican mediante el género y, por el otro, que las mujeres con ceguera, de ciertas edades, son más dóciles y flexibles para ser captadas por determinadas actividades que demanda el capital. Hoy son los spas (Cecilia), ayer fue la industria textil o cosmética (Patricia), mañana está por verse qué modalidad se empleará para extraer al máximo la dualidad de potencia del cuerpo femenino, es decir, la de producir valor por medio del trabajo remunerado y la de producirlo igualmente por medio del trabajo doméstico y de cuidados, pariendo y cuidando a la mercancía más odiada y a la vez más codiciada por el capital: la fuerza de trabajo. No es que estas personas "no quieran trabajar", como suele decirse, sino que su misma condición de ceguera, de forma automática, los coloca en situaciones desventajosas frente al capital. Esta problemática en ascenso puede ser explicada desde el enfoque de género: mientras unos son interpelados discursivamente por la corrosión de una masculinidad feminizada, otras lo son por medio de la dignidad que sienten al cuidar de otros −padres, madres, hijos, nietos, sobrinas, dependientes.

Así, he intentado elaborar un matiz del uso del cuerpo como extractor de valor que no dista mucho de las formulaciones encontradas por Marx en el siglo XIX. Los varones, tal como lo notó Marx, continúan siendo población latente, aquella de la que se extrae el máximo poder energético del cuerpo en sus años de juventud, así lo demuestran todos los relatos masculinos. No obstante, ante el envejecimiento prematuro, la enfermedad o la pérdida de la vista, los ciegos varones fueron descartados. En varios sentidos, es el cuerpo físico donde se evidencia ese descarte, pues es debido a la vejez, la ceguera y la enfermedad que la erosión corporal se hace tangible. Entre tanto, algunas mujeres también formaron parte de dicha población, pues de jóvenes fueron empleadas en la industria o la maquila, hallazgo que contribuye a desmitificar la composición casi exclusiva de varones en dicho segmento de clase. La diferencia de género ocurre cuando se verifican cuerpos de mujeres que, aunque envejecidos, ciegos o enfermos, deben seguirse encargando de refaccionar a otros cuerpos −algo así como una plusvalía corporal para los sujetos que son objeto del cuidado femenino. Es decir: el trabajo reproductivo continúa siendo relegado en su gran mayoría sobre los hombros de las mujeres. Ellas realizan dobles o triples jornadas mientras que ellos no, lo cual también aterriza en los cuerpos cansados de las ciegas y de las otras mujeres que asean a los varones, sus hijas, esposas, vecinas y amantes videntes; sucesivamente, la vida de los hombres ciegos se aligera

por sus cuidadoras y, en ciertos casos, permanecen también sujetas a trabajos precariamente remunerados o a la misma limosna, como Margarita.

Al respecto, vale recalcar que cuando las mujeres ciegas envejecen, son, en comparación a los hombres ciegos, mayormente reclutadas para determinados puestos de trabajo, aunque estos sean inestables, mal remunerados y sin derechos sociales, en los que también juega un papel preponderante, a modo de moneda de cambio, el discurso que refuerza el Estado neoliberal del "empresario de sí", como diría Mbembe (2016), pues se les interpela para que "no lo vean como trabajo, sino como una ayuda". Pero esta explotación tiene lugar de múltiples maneras, no sólo en torno a las bajas remuneraciones. Cuantitativa y cualitativamente, son más los pesos de la precariedad que ellas cargan en sus espaldas: cuidan de otros hombres adultos ciegos y no ciegos, así como de los más pequeños hijos, nietos y sobrinos; mantienen limpia la ONG y realizan actividades secretariales sin pago, como contestar el teléfono, atender usuarios, abrir la puerta, etc.; piden limosna en las calles; trabajan en la maquila o en el ambulantaje; se responsabilizan de ancianos, enfermos crónicos o en estado vegetativo; dan masajes en spas. Sus cuerpos son siempre testigos de ello, aunque de manera un tanto silenciosa, pues los dolores de espaldas desviadas por años de trabajo en la limpieza –en casas o en *outsourcing*–, las preocupaciones que deducen les causaron la diabetes, la falta de sueño, entre otros achaques corporeizados, no se hallan articulados en su discurso a la desigualdad estructural, tanto por su pertenencia de clase como de género. Esas violencias autoinfligidas, como si ellas fueran responsables, conllevan un mutismo aprendido. El cuerpo grita la historia de la desigualdad de clase.

El cuerpo "extraño", ese cuerpo que no va acorde al ideal occidental de belleza, ha sido una piedra en el zapato para la razón europea, razón que se ha expandido globalmente desde la era colonial (Mbembe, 2001). No sólo el cuerpo negro o el cuerpo indígena caben ahí, sino también el cuerpo femenino, el cuerpo homosexual, el cuerpo deforme... El cuerpo "discapacitado", podría decirse de cara al discurso gubernamental del presente neoliberal, marcado no sólo por la clínica médica que teorizó Foucault (2001), sino también por las demandas de consumo y del capital flexible, dócil y rearticulado, como el bastón blanco que se dobla y desdobla a demanda, no del individuo racional, sino de las relaciones de poder en que se encuentra inmerso. Esa humanidad impedida por la modernidad patriarcal y capitalista, que obstruye principalmente la vida de las mujeres, es el mismo problema que obstaculiza la comprensión de un cuerpo ciego, más allá de su carácter instrumental –el bastón, la limosna, la miseria.

En la actualidad, esa realidad del cuerpo del ciego termina siendo diluida mediante la diferencia multicultural, pues, como sugieren Mbembe (2016) y O'Connell (2005), la modernidad crea a sus "otros" –aspecto en que converge el capital. Esos "otros" que adquieren tan sólo utilidad para la explotación o, como los casos etnográficos demuestran, ni siquiera para tal efecto (Mbembe, 2016), pues conforman piltrafas humanas lisiadas que, tal vez, sólo consiguen disimular su propia existencia contradictoria por medio de los discursos caritativos selectivos. Y, justo a partir de esta mecánica biopolítica y anatomopolítica, se invisibiliza cualquier posibilidad de reconocimiento común, de accionar político, de organizar cualquier proyecto que apunte hacia una eventual solidaridad de clase y en busca de desarticular la explotación.

A manera de corolario, quisiera mencionar algunas líneas de investigación que, he pensado, podrían seguir trabajándose en esfuerzos de pesquisa futuros. Primeramente, la que atañe a la producción visual del capital. Los testimonios y las relaciones conceptuales que aquí he planteado, además de las observaciones que se me hicieron en exposiciones de avances preliminares, me han permitido preguntarme sobre la construcción visual del capitalismo y las relaciones de poder que se tejen en torno a ello. En segundo lugar, me parece importante atender un hueco del análisis que quedó pendiente durante la investigación, acerca de las relaciones clientelares y partidistas de las cuales los ciegos son parte. Finalmente, identifico necesario profundizar de modo interdisciplinario en las temáticas tocantes a la intersección del cuerpo, la violencia y la salud. Este es uno de los puntos más fuertes que, considero, pueden seguir siendo pensados en otros trabajos de investigación ya que sospecho, a modo de hipótesis, que el aumento de las enfermedades de tipo crónico como la diabetes, las renales, las cardiovasculares, entre otras, han sido un producto histórico, cuya función como control demográfico, podría plantearse como eficacia necropolítica del capital para deshacerse de los supernumerarios. Es decir, planteo la posibilidad de pensar en ese tema a la luz de la biopolítica, la gubernamentalidad y el avance del capital, proceso en el que no están separadas la clase, el género y la precariedad, cuyo objeto podría ser también el de profundizar teóricamente en las discusiones pendientes que vinculan al marxismo con el pensamiento foucaultiano. En suma, la articulación de estos procesos permanece abierta a la construcción de explicaciones originales que al mismo tiempo potencialicen la acción política.

REFERENCIAS

Aguilar Ros, Alejandra (2009). "Cuerpo, memoria y experiencia. La peregrinación a Talpa desde San Agustín, Jalisco". *Desacatos*, 30, 29-42.

Alabarces, Pablo (2006). "Fútbol, violencia y política en la Argentina. Ética, estética y retórica del aguante". En Cantarero, Luis y Mena, Xavier (coords.), *Actualidad en el deporte: investigación y aplicación* (pp. 21-33). Donostia. Ankulegi Antropologia Elkartae.

Alfarache Lorenzo, Ángela (2001). "Las mujeres lesbianas y la antropología feminista de género". *OMNIA*. Consultado en: http://www.caladona.org/grups/uploads/2009/08/las-mujeres-lesbianas-y-la-antropologia-feminista-de-genero-a-alfarache.pdf

Antunes, Ricardo (1998). "La centralidad del trabajo hoy". *Revista Herramienta,* 8, s/p, consultado en internet: http://www.herramienta.com.ar/revista-herramienta-n-8/la-centralidad-del-trabajo-hoy#_ftn1

Arango Gaviria, Luz Gabriela (2007). "Género, discriminación étnico-racial y trabajo en el campo popular-urbano: experiencias de mujeres y hombres negros en Bogotá". En *La manzana de la discordia*, *2*(4), 37-47.

Arendt, Hannah (2006). *Sobre la violencia*, Madrid: Alianza Editorial.

Bachiller, Santiago (2015). "Reflexiones etnográficas sobre un trabajo de campo con personas en situación de calle". *Población & Sociedad*, *22*(2), 135-144.

Benjamin, Walter (1998). "Para una Crítica de la violencia". En *Iluminaciones*, IV, Madrid: Taurus, pp. 23-46.

Bourdieu, Pierre (1986). "Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo". En Álvarez-Uria, Fernando y Varela, Julia (edit.), *Materiales de sociología crítica*, Barcelona: Ediciones La Piqueta.

Bourdieu, Pierre (1998). *Acts of Resistance. Against the New Myths of our Time*. New York: Polity Press.

Bourdieu, Pierre (2007). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.

Bourdieu, Pierre (2013). *La miseria del mundo*. Buenos Aires: FCE.

Bourdieu, Pierre, Chamboredon, Jean-Claude y Passeron, Jean-Claude (2002). *El oficio de sociólogo*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Bourgois, Philippe (2009). "Recognizing Invisible Violence. A Thirty-Year Ethnographic Perspective". En Rylko-Bauer, Barbara; Whiteford; Linda y Farmer; Paul (eds.), *Global Health in Times of ViolenceK* (pp. 18-40). Santa Fe NM. School of Advanced Research Press.

Bourgois, Philippe y Jeff Schonberg (2007). "Intimate apartheid. Ethnic dimensions of habitus among homeless heroin injectors". *Ethnography*, *8*(1), 7-31.

Bustos García, Brenda Araceli (2015). *La construcción de marcas de reconocimiento en sociedades ocularcentristas. El caso de mujeres ciegas del Área Metropolitana de Monterrey*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.

Butler, Judith (2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.

Butler, Judith (2004). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Barcelona: Paidós.

Butler, Judith (2006). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós.

Butler, Judith (2009). "Performatividad, precariedad y políticas sexuales". *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, *4*(3), septiembre-diciembre, Madrid, 321-336.

Butler, Judith (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Barcelona: Paidós.

Caballero Guisado, Manuela y Baigorri Agoiz, Artemio (2013). "¿Es operativo el concepto de generación?". *Aposta*, 56, 1-45.

Cabrera Becerra, Virginia y Tenorio Téllez, Lina Marcela (2006). "Programa Angelópolis en la zona monumental de la ciudad de Puebla, México". *Ciencia Ergo Sum*, 13(1), 7-14.

Carbonella, August y Sharryn Kasmir (2014). "Introduction. Toward a Global Anthropology of Labor". En Carbonella, August y Kasmir, Sharryn (edit.), *Blood and Fire: Toward a Global Anthropology of Labor* (pp. 1-29). Nueva York: Berghanh.

Carbonella, August y Kasmir, Sharryn (2015). "Dispossession, disorganization and the anthropology of labor". En Carrier, James G. y Kalb, Don (edits.), *Anthropologies of class. Power, practice, and inequality* (pp. 41-52). Cambridge: Cambridge University Press.

Carreras Sendra, Natatxa (2007). "La politización contemporánea: feminidad y sexo servicio". *Bajo el Volcán*, *7*(11), 177-194.

Carreras Sendra, Natatxa (2010). "Perversión y clase: subsunción laboral, política y subjetiva". En Macip Ríos, Ricardo Francisco y Carreras Sendra, Natatxa (edit.), *Perversión y duplicidad: en torno a la producción de subjetividades del cuerpo político en México*. México: BUAP.

Castel, Robert (1998). *Las metamorfosis de la cuestión social: una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.

Chant, Sylvia (2002). "Researching Gender, Families and Households in Latin America: From the 20th into the 21st Century". *Bulletin of Latin American Research*, *21*(4), 545-575.

Chávez González, Mónica Lizbeth (2009). "Construcción de la nación y el género desde el cuerpo. La educación física en el México posrevolucionario". *Desacatos*, 30, 43-58.

Churchill Conner, Nancy (2008). "La patrimonialización como proceso hegemónico: la lucha para el significado de los barrios céntricos en Puebla". En Gómez Carpinteiro, Francisco Javier (edit.), *Sendas en la globalización. Comprensiones etnográficas sobre poderes y desigualdades* (pp. 27-53). México: BUAP-Juan Pablos,.

Cingolani, Patrick (2015). "La idea de Precariedad en la Sociología Francesa". *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, *16*(6), 48-55.

Citro, Silvia (2010). "La antropología del cuerpo y los cuerpos en-el-mundo. Indicios para una genealogía (in)disciplinar". En Citro, Silvia (coord.), *Cuerpos plurales. Antropología de y desde los cuerpos* (pp. 17-58). Buenos Aires, Biblos.

Connell, Raewyn W. y Messerschmidt, James W. (2015). "Hegemonic Masculinity. Rethinking the Concept". *Gender and Society*, *19*(6), 829-859.

Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (2015). *Medición de la pobreza en México y en las entidades federativas, Coneval*. Consultado en línea en: http://www.coneval.org.mx/Medicion/Documents/Pobreza%202014_CONEVAL_web.pdf

Crehan, Kate (2004). *Gramsci, cultura y antropología*. Barcelona: Bellaterra.

Cross, Jamie (2010). "Neoliberalism as unexceptional: Economic zones and the everyday precariousness of working life South India". *Critique of Anthropology*, *30*(4), 355-373.

Das, Veena (2006). *Life and Words: Violence and the Descent into the Ordinary*. Berkeley; University of California Press.

Del Río, Sira (2004). "La crisis de los cuidados: precariedad a flor de piel". Documento de trabajo, CGT-Comisión Confederal contra la Precariedad. Consultado en línea: http://www.caesasociacion.org/feminismo/ficheros/la_crisis_de_los_cuidados.pdf

Del Río, Sira y Pérez, Amaia (s/f). "Una visión feminista de la precariedad desde los cuidados". CGT-Comisión Confederal contra la Precariedad, consultado en línea: http://pendientedemigracion.ucm.es/info/ec/jec9/pdf/A05%20-%20P%E9rez%20Orozco,%20Amaia%20y%20Del%20R%EDo,%20Sira.pdf

Díaz Cruz, Rodrigo (2014). "Cuerpos desgarrados, vidas precarias: violencia, ritualización, performance". *Alteridades*, *24*(48), 71-83.

Du Toit, Andries y David Neves (2014). "The government of poverty and the arts of survival: mobile and recombinant strategies at the margins of the South African Economy". *The Journal of Peasant Studies*, *41*(5), 833-853.

Escalona Victoria, José Luis (2014). "Espacios transpuestos: haciendo etnografía entre el campo y la ciudad". *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades,* primavera-verano, 175-205.

Esteban, Mari Luz (2013). *Antropología del cuerpo. Géneros, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Madrid: Ediciones Bellaterra.

Estrada Urroz, Rosalina (1997). *Del telar a la cadena de montaje. La condición obrera en Puebla, 1940-1976*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Farmer, Paul (2004). "An Anthropology of Structural Violence". *Current Anthropology*, *45*(3), 305-325.

Federici, Silvia (2010). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Ferrádiz Martín, Francisco y Carles Feixa Pampols (2004). "Una mirada antropológica sobre las violencias". *Alteridades*, *14*(27), 159-174.

Ferrajoli, Luigi (2010). "El principio de igualdad y la diferencia de género". En Cruz Parcero, Juan A. y Rodolfo Vázquez (coords.), *Debates constitucionales sobre Derechos Humanos de las mujeres* (pp. 1-26). México: Suprema Corte de Justicia de la Nación-Fontamara.

Forrester, Viviane (2000). *El horror económico*. México: FCE.

Foucault, Michel (2000). *Defender la sociedad. Curso en el Collège de France (1975-1976)*. Buenos Aires: FCE.

Foucault, Michel (2001). *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. México: Siglo XXI Editores.

Foucault, Michel (2002). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Foucault, Michel (2005). *Historia de la sexualidad. Vol. I. La voluntad de saber*. México: Siglo XXI.

Fraser, Nancy (1997). *Iustitia interrupta. Reflexiones críticas desde la posición "postsocialista"*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores/Universidad de los Andes.

Fraser, Nancy (2003). "¿De la disciplina hacia la flexibilización? Releyendo a Foucault bajo la sombra de la globalización". *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, *XLVI*(187), 15-33.

Fraser, Nancy (2015). *Fortunas del feminismo. Del capitalismo gestionado por el estado a la crisis neoliberal*. Ecuador: Traficantes de Sueños.

Gamboa, Leticia (2001). *La urdimbre y la trama. Historia social de los obreros textiles de Atlixco, 1899-1924*. México: BUAP/FCE.

García Peña, Perla Luz (2009). "De cuerpo amenazante a cuerpo deseado. Paradojas en torno a los varones 'echados a perder': el caso de los cholos transnacionales". *Desacatos*, 30, 59-74.

García, Brígida (2010). "Población económicamente activa: evolución y perspectivas". En Brígida García y Manuel Ordorica (coords.), *Los grandes problemas de México. Vol. I. Población* (pp. 363-392). México: El Colegio de México.

Gauss, Susan M. (2009). "La masculinidad de la clase obrera y el sexo racionalizado. Género y modernización industrial en la industria textil de Puebla durante la época posrevolucionaria". En Cano, Gabriela; Vaughan, Mary Kay y Jocelyn Olcott (comps.), *Género, poder y política en el México posrevolucionario* (pp. 281-305). México: FCE/UAM-I.

Gledhill, John (2012). "Violence and Reconstitution". En Wil G. Pansters (edit.), *Violence, Coercion, and State-Making in Twentieth-Century Mexico. The Other Half of the Centaur* (pp. 233-251). Stanford: Stanford University Press.

Godelier, Maurice (1998). *El enigma del don*. Buenos Aires: Paidós.

Guber, Rosana (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Gupta, Akhil (2012). *Red Tape: Bureaucracy, Structural Violence, and Poverty in India*. Durham: Duke University Press.

Gwaltney, John L. (1967). *The Thrice Shy: Cultural Accommodation to Blindness and Other Disasters in a Mexican Community*. Nueva York; Columbia University Press.
Han, Byung-Chul (2013). *Topología de la violenci.* España: Herder.
Hammersley, Martyn y Paul Atkinson (1994). *Etnografía. Métodos de investigación*. Barcelona: Paidós.
Hartmann, Heidi (1979). "Un matrimonio mal avenido: hacia una unión más progresiva entre marxismo y feminismo". *Papers de la Fundación*, 88, Fundación Rafael Campalans.
Harvey, David (2007). *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Madrid: Akal.
Harvey, David (2008). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio* cultural. Buenos Aires: Amorrortu.
Heritier, Françoise (2007). *Masculino/Femenino II. Disolver la jerarquía*. Buenos Aires: FCE.
Hernández Flores, Mariana (2010). "Recorridos y representaciones espaciales de la Ciudad de México de personas con discapacidad visual: un entorno discapacitante". Tesis de grado de maestría en antropología social, CIESAS.
Hernández, Leopoldo (2016). "Alerta epidemiológica en México por diabetes". *El Economista*, nota del 14 de noviembre. Consultada en línea en: http://eleconomista.com.mx/entretenimiento/2016/11/14/alerta-epidemiologica-mexico-diabetes
Holmes, Seth M. (2013). *Fresh Fruit, Broken Bodies: Migrant Farmworkers in the United States*. Berkeley: University of California Press.
Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2010). *Censo de Población y Vivienda 2010*. Consulta Interactiva de Datos en: http://www.inegi.org.mx/est/lista_cubos/consulta.aspx?p=pob&c=1
Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2013). *Las personas con discapacidad en México: una visión al 2010*. México: INEGI.
Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2016). "Mortalidad", indicadores consultados en línea: http://www.beta.inegi.org.mx/proyectos/registros/vitales/mortalidad/
Kalb, Don (2015). "Introduction: class and the new anthropological holism". En Carrier, James G. y Kalb, Don (edits.), *Anthropologies of class. Power, practice, and inequality* (pp. 1-27). Cambridge: Cambridge University Press.
Kleinman, Arthur (1997). "The Violence of Everyday Life. The Multiple Forms and Dynamics of Social Violence". En Das, Veena; Kleinman, Arthur y Rynolds, Mamphela (edit.), *Violence and Subjectivity* (pp. 226-241). Berkeley: University of California Press,.
Lagarde y de los Ríos, Marcela (2008). "Antropología, feminismo y política: violencia feminicida y derechos humanos de las mujeres". En Bullen, Margaret y Diez Mintegui, Carmen (coord.), *Retos teóricos y nuevas prácticas* (pp. 209-239). España.
Lamas, Marta (2002). *Cuerpo: diferencia sexual y género*. México: Taurus.
Le Breton, David (2007). *Adiós al cuerpo*. México: La Cifra Editorial.

Leccardi, Carmen y Carles Feixa (2011). "El concepto de generación en las teorías sobre la juventud". Última Década, 34, 11-32.
Li, Tania Murray (2009). "To make live or let die? Rural dispossession and the protection of surplus populations". *Antipode*, *41*(S1), 66-93.
Lions International (2014). "White cane", recuperado de: https://www.lionsclubs.org/resources/EN/pdfs/iad413.pdf
List Reyes, Mauricio (2005). "Hombres: cuerpo, género y sexualidad". *Cuicuilco*, *12*(33), 173-202.
López Austin, Alfredo (1991). "Cuerpos y rostros". *Anales de Antropología*, 28, 317-335.
Luxemburg, Rosa (1951). *The acumulation of capital*. Londres: Routledge And Kegan Paul Ltd.
Magallanes González, Ana Beatriz y Fernando Limón Aguirre (2005). "Nutrición del cuerpo y alma: práctica y creencias alimentarias durante el embarazo en Tziscao, Chiapas". *Nueva Antropología*, *XIX*(64), 131-148.
Marradi, Alberto, Nélida Archenti y Juan Ignacio Piovani (2007). *Metodología de las ciencias sociales*. Buenos Aires: Emecé Editores.
Marx, Carlos (1977). *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Barcelona: Editorial Ariel.
Marx, Carlos (1999). *El capital. Crítica de la economía política, tomo I*. México: FCE
Mbembe, Achille (2001). *On the poslolony*. California: University of California Press.
Mbembe, Achille (2016). *Crítica de la razón negra*. Barcelona: Futuro Anterior Ediciones/Nuevos Emprendimientos Editoriales.
Mintz, Sideny W (1996). *Dulzura y poder. El lugar del azúcar en la historia moderna*. México: Siglo XXI Editores.
Monárrez Fragoso, Julia (2007). "Las asesinadas en Ciudad Juárez. Un análisis del feminicidio sexual serial de 1993 a 2001". En Lamas, Marta (coord.), *Miradas feministas sobre las mexicanas del siglo XX* (pp. 237-275). México: FCE/Con#aculta.
Morris, Edward W. (2011). "The 'Hidden Injuries' of Class and Gender among Rural Teenagers". En Pini, Barbara y Leach, Belinda (edits.), *Reshaping Gender and Class in Rural Spaces* (pp. 221-238). Farnham, U.K.: Ashgate Publishing.
Muñiz, Elsa (2014). "Prácticas corporales: performatividad y género. A manera de introducción". En Muñiz, Elsa (coord.), *Prácticas corporales: performatividad y género* (pp. 9-37). México: La Cifra Editorial.
Naciones Unidas (1993). *Normas Uniformes sobre la igualdad de oportunidades para las personas con discapacidad (resolución 48/96)*. Naciones Unidas, consultado en línea: http://www.un.org/spanish/disabilities/default.asp?id=498
Narotzky, Susana y Gavin Smith (2010). *Luchas inmediatas. Gente, poder y espacio en la España rural*. Valencia, España: Universidad de Valencia.
Nelson, Diane (2009). *Reckoning: The Ends of War in Guatemala*. Durham: Duke University Press.
Núñez Noriega, Guillermo (1999). *Sexo entre varones. Poder y resistencia en el campo sexual*. México: Miguel Ángel Porrúa/El Colegio de Sonora/PUEG-UNAM.

O'Connell Davidson, Julia (2005). "The sex tourist, the expatriate, his ex-wife, and her "other". The politics of loss, difference, and desire". En Baca Zinn, Maxine; Hondagneu-Sotelo; Pierrette y Messner, Michael A. (edits.), *Gender through the prism of difference* (pp. 203-215). Nueva York: Oxford University Press.

Omran, Abdel R. (1971). "The Epidemiologic Transition. A Theory of the Epidemiology of Population Change". *The Milbank Memorial Fund Quarterly*, *49*(4), 509-538. Consultado en línea en: http://ocw.uci.edu/upload/files/v79n2a11.pdf

Organización Mundial de la Salud (2012). "Campaña del Día Mundial de la Salud 2012", OMS. Consultada en línea: http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs312/es/

Organización Mundial de la Salud (2016). "Diabetes. Nota descriptiva", OMS. Consultada en línea: http://www.who.int/mediacentre/factsheets/fs312/es/

Pansters, Wil G. (2012). "Zones of State Making. Violence, Coercion, and Hegemony in Twentieth-Century Mexico". En Pansters, Wil G. (edit.), *Violence, Coercion, and State-Making in Twentieth-Century Mexico. The Other Half of the Centaur* (pp. 3-39). Stanford: Stanford University Press.

Pérez Cuevas, Ricardo y Patricia Medina Bravo (s/f). "La diabetes en los pobres". Banco Interamericano de Desarrollo. Consultado en línea: http://www.iadb.org/es/temas/salud/diabetes-en-pobres,7017.html

Pérez Orozco, Amaia (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*, Madrid, Traficantes de Sueños.

Price, Janet y Margrit Shildrick (1999). *Feminist theory and the body*. Nueva York: Routledge.

Rendón Gan, Teresa (2003). *Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en el México del siglo XX*. México: CRIM/PUEG/UNAM.

Reyes Manzano, Jorge (2012). "Tendencias en los niveles de discapacidad 2000-2010". *Memorias Electrónicas de la XI Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México,* Aguascalientes, Sociedad Mexicana de Demografía, consultado en línea en: http://www.somede.org/xireunion/ponencias/Poblacion%20y%20salud/94Ponencia%20Jorge%20Reyes%20Manzano.pdf

Roseberry, William (2014). *Antropologías e historias. Ensayos sobre cultura, historia y economía política*. Zamora, Michoacán: El Colegio de Michoacán.

Rubin, Gayle (1986). "El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo". *Nueva Antropología*, *VIII*(30), 95-145.

Sánchez Jiménez, Arturo (2015). "México, con más desigualdad que otros países: Oxfam". *La Jornada*, miércoles 24 de junio, recuperado de: http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2015/06/24/desigualdad-en-mexico-se-refleja-en-53-millones-de-pobres-oxfam-2410.html

Sancho Ordóñez, Fernando (2011). "'Locas' y 'fuertes': cuerpos precarios en el Guayaquil del siglo XXI". Íconos. Revista de Ciencias Sociales, 39, 97-110.

Schubert, J. Daniel (2008). "Suffering/Symbolic Violence". En Grenfell, Michael (edit.), *Pierre Bourdieu: Key Concepts* (pp. 183-198). Stocksfield: Acumen,.

Scott, Joan Wallach (2008). *Género e historia*. México: FCE/UACM.
Scribano, Adrián (2013). "Con el sudor de tu frente: una sociología de los cuerpos/emociones en Marx desde la comida y el hambre". *Revista Horizontes Sociológicos*, *1*(2), 78-85.
Secretaría de Fomento, Colonización e Industria (1902). *Censo General de la República Mexicana 1900. Estado de Puebla*, *México*.
Secretaría de Fomento, Colonización e Industria (1903). *Censo General de la República Mexicana 1900. Estado de Guanajuato*, *México*.
Secretaría de Fomento, Colonización e Industria (1905). *Censo General de la República Mexicana 1900. Estado de Michoacán*, México.
Secretaría de Fomento, Colonización e Industria (1917). *Censo de 1910. Estado de Puebla*, México.
Secretaría de Industria y Comercio (1963). *VIII Censo General de Población. 1960, Estado de Puebla*. Secretaría de Industria y Comercio.
Secretaría de la Economía Nacional (1930). *Quinto Censo de Población. Estado de Puebla*. Secretaría de la Economía Nacional.
Secretaría de la Economía Nacional (1947). *6° Censo de Población 1940. Puebla*, *México*.
Segato, Rita Laura (2014). *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*. Puebla: Pez en el Árbol.
Sennett, Richard (1997). *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza Editorial.
Sennett, Richard (2005). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
Sennett, Richard (2007). *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
Serna, Erick (2013). *Los que laboran en la oscuridad. La informalidad regulada del discapacitado visual bajo la ciudad*. Tesis de maestría en Estudios Urbanos: El Colegio de México.
Simón Rodríguez, Elena (2002). *Democracia vital. Mujeres y hombres hacia la plena ciudadanía*,. Madrid: Narcea.
Smith, Gavin (2002). "Out of Site. The Horizons of Collective Identity". En Lem, Winnie y Leach, Belinda (edit.), *Culture, Economy, Power: Anthropology as Critique, Anthropology as Praxis* (pp. 250-266). Nueva York: State University of New York.
Smith, Gavin (2011). "Selective hegemony and beyond-populations with "no productive function": a framework for enquiry". *Identities: Global Studies in Culture and Power*, *18*(1), 2-38.
Sohn-Rethel, Alfred (1978). *Intellectual and Manual Labour. A Critique of Epistemology*. London y Basingstoke: MacMillan Press.
Speckman Guerra, Elisa (2008). "El porfiriato" (pp. 337-391). *Nueva historia mínima de México ilustrada*. México: El Colegio de México.
Standing, Guy (2014). "Por qué el precariado no es un 'concepto espurio' ". *Sociología del Trabajo*, 82, 7-15.

Stolcke, Verena (2014). "¿Qué tiene que ver el género con el parentesco?". *Cuadernos de Pesquisa*, *44*(151), enero-marzo, 176-189.
Trouillot, Michel-Rolph (2011). *Transformaciones globales. La antropología y el mundo moderno*. Popayán, Colombia: Universidad del Cauca/Universidad de los Andes.
Uribe Gómez, Mónica, Rodríguez Gómez, Katya y Agudelo Botero, Marcela (2015). *Salud sexual y reproductiva en México: determinantes sociales y acceso a los servicios del seguro popular en el municipio de León-Guanajuato*. Buenos Aires: CLACSO.
Vergara, Gabriela (2009). "Conflicto y emociones. Un retrato de la vergüenza". En Figari, Carlos y Scribano, Adrián (comps.), *Cuerpos, subjetividades y conflictos: hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica* (pp. 35-52). Buenos Aires: CICCUS/CLACSO.
Vergara, Gabriela (2014). "Emociones, cuerpos y residuos: un análisis de la soportabilidad social". *RBSE. Revista Brasileira de Sociología da Emo□ão, 13*(37), 43-58.
Wacquant, Loïc (2001). *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.
Wacquant, Loïc (2010). *Las dos caras de un gueto. Ensayos sobre marginalización y penalización*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
Williams, Raymond (2000). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Península.
Wolf, Eric (1987). *Europa y la gente sin historia*. México: FCE.
Wright Mills, C. (2003). *La imaginación sociológica*. México: FCE.
Wright, Melissa (2006). *Disposable Women and Other Myths of Global Capitalism*. Nueva York: Routledge.
Young, Iris (1992). "Marxismo y feminismo, más allá del "matrimonio feliz" (una crítica al sistema dual)". *El cielo por asalto*, *11*(4).
Zendejas Romero, Sergio (2008). "Por una etnografía histórica: desafíos metodológicos de una etnografía sobre procesos históricos de formación de sujetos y espacios sociales". En Gómez Carpinteiro, Francisco Javier (edit.), *Sendas en la globalización. Comprensiones etnográficas sobre poderes y desigualdades* (pp. 113-147). México: Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Juan Pablos.

Sitios de internet

American Academy of Ophthalmology: https://www.aao.org/
Arthritis Foundation http://www.arthritis.org/
Asociación Mexicana Contra la Psoriasis: http://asociacionpsoriasis.mx/
Banco Mundial: https://datos.bancomundial.org/
Comisión Económica para América Latina y el Caribe (cepal): http://www.cepal.org/es
Farmacias Similares: www.farmaciasdesimilares.com
INFOCIEGOS: http://www.infociegos.com/espanol/
Infonavit: http://portal.infonavit.org.mx
Lions Club Washington: http://www.washingtonlions.org/fundraisers/whitecane.php
Sitio del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (inegi): http://www.inegi.org.mx/.

LA DEPENDENCIA Y EL BASTÓN
PRECARIEDAD, CUERPO Y GÉNERO ENTRE SUJETOS CIEGOS
DE LA PUEBLA NEOLIBERAL

editado por el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
"Alfonso Vélez Pliego" de la Benemérita Universidad
Autónoma de Puebla, se publicó como libro electrónico
de acceso gratuito en marzo de 2023.